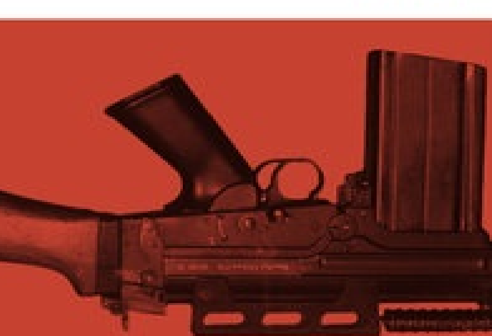
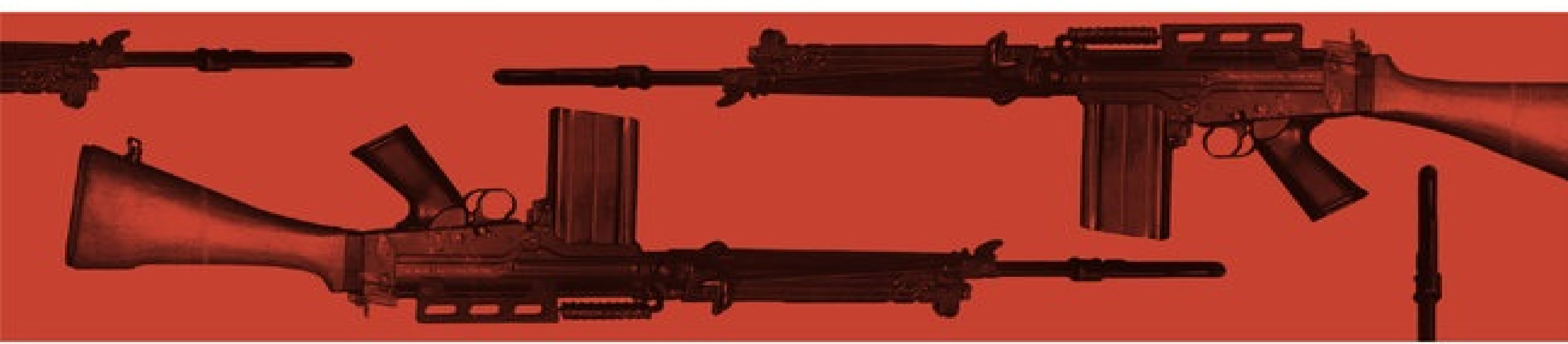


RICARDO RAGENDORFER



LOS





DOBLADOS



Las infiltraciones del Batallón 601
en la guerrilla argentina

SUDAMERICANA

Ricardo Ragendorfer

Los doblados

Las infiltraciones del Batallón 601 en la guerrilla argentina

Sudamericana

A la memoria de Eduardo Luis Duhalde

INTRODUCCIÓN

“Esta, señores, es una guerra de inteligencia, y su clave es la información.” Con tamaña economía de palabras, el todopoderoso jefe del Batallón 601, coronel Alberto Alfredo Valín, definió ante sus colaboradores el espíritu de la “lucha antisubversiva”, tal como los militares solían llamar la aplicación indiscriminada del terrorismo de Estado. Corría el 20 de octubre de 1975.

Casi treinta años después, la frase fue evocada por uno de esos oficiales, el mayor Carlos Españadero (actualmente condenado por delitos de lesa humanidad), en uno de los encuentros periodísticos que mantuvimos entre mayo y julio de 2005 para un artículo en la revista *Caras y Caretas*.

La primera cita con él fue en la confitería Los 36 Billares. Españadero llegó antes de hora y, como buen agente de inteligencia, ocupó una mesa del fondo, dominando así el ventanal que daba a la Avenida de Mayo. Pero yo ingresé por la entrada de Rivadavia. Eso lo contrarió.

Luego tuvo otro sobresalto ante el saludo de un conocido mío. Y terminó por explotar al advertir la presencia de un fotógrafo que retrataba allí a una estrella de la zarzuela, antes de su debut en el teatro Avenida. El hombre se creía víctima de un complot para desenmascarar su identidad. Fue difícil disuadirlo.

Después se mostró muy expansivo. Y sus palabras salieron a borbotones. Resultaba extraño estar con él; era como la frase de Walsh al revés: “Hay un fusilador que vive”.

Lo cierto es que tales entrevistas fueron el germen de este libro. Y aquel tipo, el actor que entrelaza el grueso de sus hechos y circunstancias.

Porque, a pesar de su módica jerarquía, Españadero supo ser una especie de estratega en las sombras del máximo organismo represivo del Ejército, además de dirigir una pequeña pero auspiciosa red de agentes que él mismo había elegido y entrenado para infiltrar en las principales organizaciones revolucionarias.

Entre ellos, resaltaba su criatura más dilecta: Rafael de Jesús Ranier, alias el “Oso”, un soplón enquistado en el PRT-ERP, al cual se le atribuye la entrega de medio centenar de militantes y las cincuenta y tres bajas del delatado ataque al cuartel de Monte Chingolo, junto con la localización de casas, talleres de armamento, imprentas y depósitos de propaganda, donde cayeron acribilladas otras trece personas.

De eso trata esta historia. Un relato verídico que explora la figura de la traición, tal vez el único tema que aún no ha sido debidamente abordado por la profusa bibliografía acerca de la última dictadura. Pero

esta crónica también es el espacio propicio para describir el amenazante jadeo de una época, un jadeo signado por la puesta a punto de un sistema político basado en el exterminio.

Cruzada por la trama del “espionaje” como hilo conductor, su estructura —con un lapso temporario comprendido entre la primavera de 1975 y el otoño del año siguiente— se cifra en la progresión de los eventos y situaciones que guiaron el desfile de los uniformados hacia el 24 de marzo, a través de una narración fragmentada en una diversidad de planos.

Para eso fue preciso ahondar en ciertos aspectos no menos brumosos de aquel período. Como la maniobra cívico-militar que posibilitó, cinco meses antes del golpe, el traspaso real del poder desde la Casa Rosada al Edificio Libertador, junto con la primera oleada de la represión militar y el inicio en Argentina del Plan Cóndor.

También hubo que develar el organigrama del Batallón 601, reconstruir la vida pública y privada de sus principales jerarcas. Y penetrar en la realidad íntima y cotidiana de las organizaciones guerrilleras.

La investigación de este trabajo incluye más de cincuenta testimonios, tanto de antiguos militantes y jefes sobrevivientes de esas organizaciones como de represores. Entre los últimos, los generales Albano Harguindeguy y Carlos Dalla Tea, el capitán Héctor Vergez y el agente chileno Enrique Arancibia Clavel, quien fuera el enlace entre el Batallón 601 y la DINA pinochetista. De él —un personaje crucial de esta trama— fue posible obtener su archivo: cuatrocientos informes de inteligencia enviados entre 1974 y 1978 desde Buenos Aires a las oficinas del “Servicio Exterior” de la DINA, en Santiago de Chile; una verdadera bitácora del Plan Cóndor. El soporte documental se completa con numerosos papeles de origen militar: actas, directivas, evaluaciones, legajos de servicio y partes operativos —algunos aún inéditos—, junto con documentos públicos e internos de Montoneros y el ERP, además de expedientes judiciales, material bibliográfico y archivos periodísticos sobre los años en cuestión.

CAPÍTULO UNO

TAMBORES DE GUERRA

Cerca de las 15 los altavoces del aeropuerto Jorge Newbery lanzaron el último llamado del vuelo 706 de Aerolíneas Argentinas, pese a que todos los pasajeros —cuarenta y ocho en total— ya estaban en la sala de embarque. La mayoría formaba una tumultuosa fila ante un mostrador para el chequeo final. Entre ellos, un morocho de baja estatura y porte marcial, que lucía un traje de mezcla, acaso con demasiada fibra sintética. Tal prenda no parecía muy apropiada para la temperatura primaveral de aquel domingo. Era el 5 de octubre de 1975.

El aerobús Boeing 737 permanecía en el sector oeste de la plataforma, a doscientos metros de la terminal. A su alrededor aún había varios vehículos de mantenimiento y un puñado de hombres con overoles amarillos. La escalerilla ya había sido colocada sobre la puerta delantera, junto a la cual se podía leer el nombre del avión: “Ciudad de Trelew”.

El piloto, luego de examinar el panel de instrumentos, le echó un vistazo a la hoja de ruta; el destino del vuelo era la ciudad de Formosa, a donde la nave debía llegar a las 16.45, tras una escala de apenas quince minutos en Corrientes. Las condiciones meteorológicas no podían ser mejores, y para comprobarlo sólo bastaba con mirar el horizonte. Por el parabrisas también se veía la lenta procesión de los pasajeros hacia el aparato. Los tripulantes ya estaban ubicados en sus respectivas posiciones. Exactamente a las 15.15, el Boeing comenzó a carretear por la pista principal.

Los acontecimientos tuvieron un origen imperceptible. Minutos después de que el avión alcanzara la velocidad de crucero, algunos pasajeros se levantaron de sus asientos con el propósito de estirar las piernas. Uno de ellos, sin embargo, avanzó por el pasillo hasta desaparecer por el cortinado del *office*, donde estaba el baño. Pero lejos de meterse allí, irrumpió en la cabina de vuelo. Las azafatas estaban en la parte posterior muy entretenidas con el *catering*. Nadie notó algo extraño. Ni cuando, casi al unísono, otros dos pasajeros se pusieron de pie.

En ese instante, brotó por los parlantes una voz masculina:

—Se solicita en la cabina de vuelo la presencia del señor Aníbal Rufino Antúnez.

La frase sacudió la modorra del hombre que ocupaba el asiento lindante a una de las puertas de emergencia. Era, justamente, el morocho vestido con traje de polyester. Tras restregarse los párpados, se

levantó de un respingo, antes de encaminarse con pasos aún adormilados hacia la proa. Tal vez, le haya intrigado el motivo de aquel inesperado requerimiento. De ser así, al entrar a la cabina, el interrogante alcanzaría un tono más dramático. Y por toda respuesta, sintió sobre su sien el caño de una pistola Ballester Molina.

II

En aquel mismo momento, el pequeño aeropuerto Cambá Punta, ubicado a quince kilómetros de la ciudad de Corrientes, asistía a los prolegómenos de su breve pero intenso trajín dominical. El reloj del hall marcaba la 15.50; sólo faltaban veinte minutos para el arribo del único vuelo comercial de ese día. El lugar comenzó a llenarse de empleados, pasajeros y familiares.

Entre estos últimos, descollaba un grupo integrado por la esposa, los tres hijos y los suegros del jefe zonal de la Prefectura, quien volvía de la Capital luego de reunirse con la cúpula de la fuerza. Dada su investidura, también se hizo presente una escolta integrada por cuatro uniformados y otros tantos guardaespaldas de civil.

No era para menos: la jurisdicción a su mando abarcaba los territorios de Corrientes y Formosa, a través de los ríos compartidos por tales provincias. La llave de ese reino a él le había llegado gracias a los buenos oficios de su amigo, el gobernador correntino Julio Romero. Fue a fines de1974, después de que el veterano político justicialista agitara sus fluidos contactos en el Ministerio del Interior para impulsar la designación de su protegido, quien ya exhibía grado de prefecto mayor. Se trataba del tal Antúnez.

El paso del tiempo en la terminal transcurría sin sobresaltos hasta que las agujas del reloj se arrimaron hacia las 16.20. El avión ya tenía diez minutos de retraso. Y un creciente murmullo fue tapando la música funcional que hasta entonces matizó la espera. A los allí presentes no les inquietaba tanto la demora en sí como la obstinada negativa del personal de Aerolíneas a brindar información al respecto. En realidad, ellos no estaban dispuestos a admitir su absoluta ignorancia sobre lo que estaba sucediendo.

Mientras tanto, en la torre de control reinaba un silencio de radio. Y ello, en un sentido literal. Ya que resultaba imposible establecer comunicación con el Boeing, el cual, además, estaba fuera del alcance del radar. Desde Buenos Aires insistían con que el vuelo 706 había salido a horario y sin inconvenientes. Sólo que ahora el avión parecía tragado, en este caso, por el cielo. Por su parte, las autoridades ya masticaban la impresión de que se estaba ante un acto de piratería aérea.

El episodio en sí contenía un detalle que merece ser incluido en el *Libro Guinness*: aquel mismo Boeing 737 —matrícula LV-JNE— ya había sido secuestrado en otra ocasión. Fue el 20 de octubre de 1973, cuando cuatro guerrilleros desviaron hacia Tucumán el vuelo que debía aterrizar en Salta para luego iniciar un viaje inconcluso a Cuba, que, por cierto, finalizó en la ciudad boliviana de Yacuiba. Los autores del hecho pertenecían al MLN-Tupamaros, la organización pionera en el método de la guerrilla

urbana, fundada en Uruguay por el líder cañero Raúl Sendic.

Ahora, en cambio, se desconocía tanto la filiación de los secuestradores como sus objetivos y el destino que pretendían alcanzar.

En cuestión de minutos, el aeropuerto de Corrientes se convirtió en el epicentro de un verdadero zafarrancho. Sirenas, repiqueteo de borceguíes y voces de mando musicalizaron la aparatosa irrupción de tropas especiales de Gendarmería secundadas por efectivos de la policía local. Tenían orden de clausurar el aeropuerto ante el posible aterrizaje de aquella máquina para reaprovisionarse de combustible.

También a los gritos, los custodios de Antúnez obtuvieron una copia de la lista de embarque para verificar si su jefe había incurrido en el desliz de registrarse con su verdadera identidad. Al comprobar que era así, los asaltó un funesto presentimiento.

En tanto, los familiares y amigos de los otros pasajeros seguían agolpados ante el mostrador de la compañía aérea, pasando sin escalas del estupor a la desesperación, con picos, en algunos casos, rayanos a la histeria.

Los uniformados, sin demasiada cortesía, procedieron a desalojarlos. Y todos ellos acabaron reagrupados fuera del aeropuerto, a la orilla de un tramo del río Paraná que corre en paralelo a la pista. Desde allí era visible su cabecera, en la cual ahora se advertía un tenso ir y venir de patrulleros, carros de asalto, camiones de bomberos y ambulancias. La escena resultaba algo extraña: los efectivos actuaban como si el avión secuestrado estuviese ante sus ojos.

Al rato, se fueron con las manos vacías.

III

No lejos de tales circunstancias, un Piper Navajo despegaba de un precario aeródromo emplazado a la vera de un campo de algodón. El hombre sentado junto al piloto hojeaba distraídamente una revista. El bimotor estaba al servicio de la gobernación de Formosa. Y él era su interventor. A Juan Carlos Taparelli todos lo llamaban “El Profesor”, porque alguna vez había dictado clases de matemática en un colegio de Rosario. El Profesor viajaba con su ministro de Asuntos Agrarios, Telmo Cóggola, el jefe de Ceremonial, Luis Aquino, y el fotógrafo Adrián Sánchez.

El aire climatizado que flotaba en la cabina les producía una sensación de alivio. Hacía apenas un rato habían creído derretirse bajo el calcinante sol de Villa Dos Trece, un caserío situado a ciento cuarenta kilómetros de la capital provincial, en donde asistieron al acto de clausura de la Semana del Agricultor. Ahora, de regreso a la ciudad de Formosa, la nave sobrevolaba una inmensa llanura cubierta por selvas y bosques. A las 16, el piloto se comunicó con la torre del aeropuerto El Pucú, solicitando autorización para el aterrizaje. Dicho pedido no demoró en ser concedido. Y la nave inició las maniobras de descenso. Diez minutos después, sus ruedas tocaron la pista.

Al bajar de la cabina, al interventor le extrañó la ausencia de su vehículo oficial, cuyo chofer tenía expresas instrucciones de estacionarlo a metros del avión. Taparelli no dijo palabra alguna al respecto, aunque fulminó al jefe de Ceremonial con una mirada admonitoria. Y este, sencillamente, se encogió de hombros.

En aquel momento, se les atravesó una imagen inquietante: dos hombres corriendo hacia la sala de arribos; uno de ellos, apuntaba una pistola sobre la espalda del otro. Ambos habían bajado de una avioneta Cessna 182.

Casi en paralelo se escucharon los primeros disparos; parecían provenir de un sitio distante, tal vez del estacionamiento. Tras un silencio, hubo otra andanada de tiros. Y una explosión, como de granada.

Sin pensarlo dos veces, Taparelli se arrojó al suelo, boca abajo. Sus acompañantes lo imitaron.

El Rambler negro de la Gobernación había llegado al aeropuerto con el tiempo suficiente como para aguardar sin ningún sobresalto la llegada del interventor. El chofer amenizó la espera departiendo animadamente con los cuatro policías del patrullero que los escoltaría. Eran las 16.10 cuando divisaron el descenso de la avioneta.

En ese instante, fue audible un chirrido de frenadas simultáneas. Era un Falcon, seguido por un Fiat 128 y una *pick up*; los tres vehículos se habían clavado en abanico y unas doce siluetas armadas saltaron de su interior. El chofer vio de soslayo el intento de los policías por desenfundar. Y la lluvia de balas que puso fuera de combate a dos, mientras los otros dos intentaban replegarse tras una camioneta. Ambos también fueron heridos. Aun así, uno de ellos —el agente Neri Argentino Alegre— se esforzó por escapar hacia la ruta nacional 11. Una ráfaga de FAL acabó con él. Finalmente, una granada inutilizó el patrullero.

La torre de control fue tomada en pocos minutos. Allí fue instalada una enorme ametralladora Madsen apuntando a la pista. Otros tres integrantes del grupo comando irrumpieron en la Sala de Aduana, donde se desató un enfrentamiento con unos gendarmes que no tardaron en rendirse. Y fueron llevados al hall, donde ya estaban reducidos los pasajeros, sus allegados y el personal del lugar. También se encontraba el piloto del Cessna, que fue alquilado en Resistencia y desviado en pleno vuelo.

Fue entonces cuando alguien descubrió las cinco figuras tumbadas junto al Piper Navajo.

Quienes yacían sobre la ardiente superficie de la pista se dieron cuenta de que los disparos habían cesado. Pero consideraron que aún no había llegado el momento de recuperar la vertical. Fue cuando el ministro Cóggola vio por el rabillo del ojo a unos hombres armados que se aproximaban hacia ellos.

—Son extremistas —balbució, innecesariamente, al oído del interventor.

No obtuvo respuesta; en parte, por lo obvio de la afirmación y, en parte, porque Taparelli estaba paralizado por el pánico. Ignoraba si los atacantes pertenecían a Montoneros o al ERP, aunque poseía sobradas razones para suponer que ambas organizaciones podrían tener cierta animosidad hacia su persona.

Quizás en tal situación se le haya cruzado por la mente el recuerdo de su militancia estudiantil en la

Confederación General Universitaria (CGU), los meses en Caseros por ser peronista, esa frustrada candidatura a diputado en 1965 y su no muy lejano reverdecer político, ya alineado en las filas del peronismo ortodoxo.

Taparelli había estado ligado al gobernador bonaerense Victorio Calabró, un enemigo declarado de la Tendencia Revolucionaria, cuyo ministro de Gobierno, Alberto Rocamora, saltaría a la esfera nacional al ser convocado para dirigir la cartera del Interior. Y El Profesor lo acompañó en calidad de consejero. Esa gestión es recordada por el activo papel del ministro en la elaboración de dos decretos: el que colocó fuera de la ley a los Montoneros —después de que ellos pasaran de manera voluntaria a la clandestinidad— y el que ordenaba la "aniquilación" del ERP en Tucumán. Taparelli, por su parte, sintió tocar el cielo con las manos al ser designado interventor en Misiones, antes de recalar con idéntico cargo en Formosa. Desde ese lejano confín se las arregló para sobrevivir a la caída de su mentor, quien meses atrás había sido reemplazado por Antonio Benítez.

De pronto, oyó sobre sus hombros una voz que le ordenaba ponerse de pie. Y él obedeció, con la resignación de quien intuye que su estrella ha dejado de brillar.

Junto a su séquito fue llevado al edificio de la terminal por unos jóvenes que se conducían con una fría amabilidad. En suelo del hall permanecían tendidas las otras personas sorprendidas por el copamiento. Taparelli, por razones de protocolo o vecindad, conocía a la mayoría. En consecuencia, temió que alguien lo reconociera. Y que, además, tuviera el poco tino de manifestarlo.

Nada de ello sucedió. Para su sorpresa, todo siguió su curso sin que los guerrilleros cayeran en la cuenta de que tenían en su poder al mismísimo interventor de la provincia.

Lo cierto es que dicho milagro se vio favorecido por un hecho fortuito: la llamativa presencia entre los pasajeros de un sujeto con jopo, cejas gruesas y ojos hundidos, a quien el miedo le dibujaba una extraña sonrisa. Era nada menos que el animador televisivo Sergio Velazco Ferrero. Junto a él, hecha un ovillo en un rincón del hall, estaba la actriz Claudia Lapacó. Venían de ofrecer un show en un club local.

Los cuatro guerrilleros que controlaban aquel sector no exteriorizaron su asombro al reparar en ellos.

Y desde el suelo, con parte de la cara oculta entre los brazos, Taparelli los observaba de reojo.

A las 16.20, o sea, a diez minutos del inicio de las hostilidades, se oyó en el cielo el ensordecedor rugido de unas turbinas. Poco después, aterrizó una nave de gran porte. Era, precisamente, del Boeing secuestrado.

Sus pasajeros descendieron con las manos en alto, antes de ser guiados a la terminal. La tripulación, en cambio, había quedado retenida en el avión. Y junto a ellos, el prefecto Antúnez.

De inmediato, se inició la carga de combustible. El trámite se prolongaría durante veinticinco minutos.

Ese fue también el lapso temporario de una vidriosa espera.

En tanto, por la ruta 11 avanzaba un camión Ford F 350 en dirección al aeropuerto. Era llamativa su velocidad. Pero también otro detalle: un fusil ametralladora montado en posición de tiro sobre el capot. Además, había unos cincuenta fusiles automáticos apilados en la caja del vehículo. Y once hombres —

algunos con heridas— repartidos entre ese sitio y la cabina.

Pero entre ellos no estaba un muchacho al que sus compañeros llamaban “Ricardo”.

IV

Varias horas antes, cuando aún transcurría la mañana de aquel domingo, en el Regimiento 29 de Infantería de Monte, ubicado al noreste de la ciudad, reinaba la típica calma de los fines de semana. El grueso de la tropa estaba de franco.

Pero el conscripto Roberto Mayol había regresado durante la madrugada con el propósito de dormir allí. Y ahora, luego de una extensa caminata por las instalaciones del cuartel, se disponía nuevamente a salir.

El azar quiso que se cruzara con el subteniente Jorge Cáceres. Al tipo le gustaba jactarse de haber combatido al ERP en Tucumán. Y tenía fama de “verdugo” entre los soldados, a quienes solía aplicar castigos con deleite. En aquel momento, le ordenó al conscripto no volver al regimiento hasta la mañana siguiente a sabiendas de que no tenía otro sitio en donde pasar la noche. Claro que no imaginaba su imperiosa necesidad de regresar allí en apenas unas horas.

Roberto Mayol cumplía el servicio militar a unos seiscientos cincuenta kilómetros de su Santa Fe natal debido a un traslado, digamos, preventivo.

Hasta entonces, su destino había sido el Batallón de Arsenales 121, situado en la localidad santafecina de Fray Luis Beltrán. Allí, el 13 de abril de 1975, fue testigo involuntario del copamiento a dicha unidad.

Aquel operativo había sido ejecutado por la Compañía “Combate de San Lorenzo”, del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Durante horas, mantuvieron el lugar bajo control a raíz de la increíble desorientación de sus defensores. Eso fue fruto de una picardía táctica: desde la centralita telefónica del cuartel, un soldado que colaboraba con los guerrilleros transmitía informaciones falsas a los oficiales del Ejército.

Por tal motivo, todos los conscriptos del Batallón fueron puestos bajo la lupa. En lo que respecta al soldado Mayol, la única mácula detectada en su historial fue un efímero paso por el activismo estudiantil. Ello bastó para que fuera transferido al inhóspito regimiento de Formosa.

Dos años antes, al cursar la carrera de Medicina en Rosario, el muchacho, en efecto, se había unido a la Juventud Universitaria Peronista (JUP), una de las agrupaciones de superficie que respondía a los Montoneros.

El asunto causó un gran disgusto a su padre, el doctor Carlos Mayol, uno de los abogados más prestigiosos de Santa Fe. El joven Roberto pertenecía a una familia conservadora y fervientemente católica. De hecho, él y sus cuatro hermanos fueron educados por los jesuitas en el exclusivo Colegio Santísima Trinidad, cuyo lema es: “Formar para servir a los demás”. De sus aulas egresaron muchos militantes.

Pero la actividad política de Roberto en la universidad no fue duradera, ya que abandonó aquel ámbito en septiembre de 1974.

Hasta este punto, el informe militar sobre su persona —seguramente hecho por algún soplón que se movía en los claustros académicos— se ajustaba a la realidad, pero todo indica que no fue debidamente actualizado.

Sucede que los Montoneros habían pasado a la clandestinidad. Y Roberto no tardó en plegarse a ese novedoso estilo de vida. En la estructura militar de la organización alcanzó rango de miliciano, lo que era equivalente a ser soldado en un ejército regular. Y como tal, participó en modestas acciones militares, como el robo de armas en un puesto policial de Rosario y la toma de un pequeño pueblo en la provincia de Buenos Aires.

Desde entonces, su nombre de guerra fue Ricardo.

Pasado el mediodía de aquel 5 de octubre, el sitio conocido como Arroyo Pucú, una suerte de recreo natural distante a ocho kilómetros de la ciudad, ofrecía un aspecto animado.

Entre otros motivos, porque fue el punto elegido para concentrar una columna guerrillera. Esa planicie recostada sobre un riacho parecía ideal para tal fin; una frondosa arboleda le confería la privacidad necesaria y las casas más próximas se encontraban a cierta distancia.

En consecuencia, había nueve vehículos estacionados de modo irregular, como si cada uno se empeñara en disimular su vinculación con los otros. A su alrededor, con una coreografía precisa, sus ocupantes —treinta y ocho, en total— descargaban y distribuían armas, pertrechos y equipos. Casi todos lucían camisas celestes y gorritas al tono, levemente parecidas a las de la policía bonaerense. Era el flamante uniforme del Ejército Montonero.

Tales maniobras se complicaron cuando ese lugar comenzó a llenarse de familias con niños, parejas de novios y otros paseantes, incluido un micro turístico con cincuenta jubilados. Todos creyeron estar en presencia de una razzia, un ritual policíaco muy en boga por aquellos días.

Los guerrilleros, mientras tanto, apuraban sus tareas forzando un aire absurdamente casual. Unos minutos antes se les había comunicado que el objetivo del ataque sería, justamente, el Regimiento 29 de Infantería de Monte, un dato hasta entonces compartimentado para evitar filtraciones.

El miliciano Ricardo, quien a su vez seguía vestido de conscripto, llegó en medio de tales circunstancias. A su encuentro salió un joven con acento correntino y jinetas montoneras de oficial segundo, cuyo apodo era “Lito”. Y lo llevó hacia un Falcon, sobre cuya trompa permanecía apoyado un hombre de pómulos marcados y bigote mexicano, que arañaba la treintena.

Era un cuadro legendario de la “orga”, además de integrar su Conducción Nacional. También era el jefe máximo de ese operativo. Todos lo llamaban “Roque”. Su verdadero nombre: Raúl Clemente Yaguer.

Puesto que el punto de concentración fue asemejándose al Rosedal en el Día de la Primavera, Roque ordenó reagrupar la columna en un camino secundario situado a unos diez kilómetros hacia el sur.

En el trayecto, evaluó con suma atención las novedades transmitidas por el recién llegado. Lito

también subió a ese Falcon por expreso pedido suyo, pese a estar asignado a otro vehículo. Lo cierto es que Roque confiaba en su criterio.

De hecho, ese muchacho alto y muy pálido era —al igual que él— ingeniero químico. Y había desarrollado su militancia en Santa Fe bajo su ala, antes de regresar a Corrientes. En aquella ciudad integraba la conducción de la Regional Nordeste y, en el frente militar, era el responsable logístico local. El propio Roque viajó allí unas semanas antes para integrarlo al operativo.

Ahora Lito, sin abrir la boca, escuchaba los dichos del conscripto.

En resumidas cuentas, este expuso algunos detalles no previstos: en cada una de las compañías del regimiento —que, en teoría, los domingos carecían de personal— había en realidad dos soldados con fusiles automáticos, a lo que se sumaba una ametralladora MAG sorpresivamente instalada en un extremo de la Plaza de Armas.

Ricardo fue desgranando aquellos datos con la precisión de un alumno que repite de memoria su lección. Tal vez ni siquiera era consciente de su papel en el armado del operativo. Pero sobre sus hombros descansaba toda la tarea de inteligencia previa a la incursión. Era nada menos que el único combatiente infiltrado en las entrañas del enemigo; un verdadero "topo", y no un entregador, como dirían luego los militares.

Lo cierto es que estos tenían una desventaja en relación con la guerrilla, ya que para infiltrarla debían apelar a recursos tan enmarañados como quebrar a un militante y "doblarlo" o, directamente, intoxicar sus filas con un espía propio, y ello con todas las complejidades del caso. En cambio, la simple y arbitraria dinámica del servicio militar hacía posible que todo conscripto pudiese ser un "filtro" en potencia.

Esa, al menos, fue la creencia teórica de quienes habían planificado la acción. Pero, en la práctica, el asunto no era tan sencillo. Porque en ningún otro cuartel del país los Montoneros tenían un conscripto que perteneciera a su estructura, tal como era el caso del soldado Mayol. Únicamente por ese motivo, Formosa fue el blanco del ataque. Aunque para ello también sería necesaria la ejecución de otros dos operativos simultáneos: el copamiento del aeropuerto y el secuestro de un avión.

Antes de concluir su encuentro con el jefe montonero, Ricardo le informó sobre las dificultades de su regreso a la unidad, a raíz de la orden impartida por el subteniente Cáceres.

Roque se rascó la barbilla, y dijo:

—Vos vas a volver, pero no como ese milico supone.

El conscripto, entonces, fue sumado a la columna.

Esta —ya con Lito en el auto que le correspondía— partió en caravana hacia el cuartel. A la altura del aeropuerto, los tres vehículos que cerraban la formación se desprendieron del resto para dirigirse al estacionamiento de la terminal.

Al rato, se oyeron disparos.

V

Aún hoy se ignora por qué aquel asunto fue bautizado con el nombre de “Operación Primicia”. En cambio, no cabe ninguna duda de que fue uno de los golpes más ambiciosos en la historia de la guerrilla argentina.

Su semilla había sido plantada en una casa clandestina situada en algún lugar de Córdoba, donde por aquella época solía reunirse la Conducción Nacional de Montoneros.

Esta estaba integrada por Mario Eduardo Firmenich, Roberto Cirilo Perdía, Roberto Quieto y el ya mencionado Yaguer. En aquellos cónclaves, sin embargo, había una quinta silla que ya nadie ocupaba. Quizás era sólo un recurso escenográfico para sobrellevar la ausencia del “Pelado”.

Así era como todos le decían a Marcos Osatinsky.

Aquel hombre había sido jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), antes de la fusión con Montoneros. También fue uno de los fugados del penal de Rawson en agosto de 1972. Y formó parte de la Conducción Nacional hasta el 7 de agosto de 1975, fecha en la que fue apresado por la policía cordobesa. Sus captores no demoraron en matarlo, arrastrándolo por una ruta encadenado a un auto. Luego, dinamitaron su cadáver.

El Pelado había sido delatado por “Valdez”, un militante cuyo verdadero nombre era Fernando Haymal, quien poco antes había caído en manos de una brigada policial apoyada por efectivos del Ejército. Al delator también se le atribuye la entrega de otros diez compañeros, algunas casas operativas y un depósito de armas. Tras semejante contribución informativa, recuperó alegremente la libertad. Pero sus confidencias no tardaron en trascender. Y terminó siendo condenado a muerte por un “Tribunal Revolucionario” de la organización. La sentencia fue cumplida el 6 de septiembre de ese año.

Su apresurado modo de morir, sin embargo, le permitió llevarse algunos secretos a la tumba. Porque lo suyo no se había limitado solamente a una traición cometida en medio de circunstancias apremiantes. En realidad, Valdez había sido “doblado” por agentes de inteligencia, antes de su fallido intento por volver a circular entre sus compañeros. En su nueva condición de “filtro” debía reportarse a un tal “Vargas”. Era el nombre de cobertura del capitán Héctor Vergez.

La verdadera trama de esa historia saldría finalmente a la luz por boca de un sargento del Ejército que oficiaba como informante de Montoneros. El episodio puso en alerta a la cúpula de la organización. Y tuvo un efecto incidental en el inicio de una virulenta ofensiva.

A fines de agosto, un pelotón que llevaba el nombre del jefe montonero asesinado hizo detonar una bomba en la pista del aeropuerto Benjamín Matienzo, de San Miguel de Tucumán, convirtiendo en chatarra a un Hércules C-130 de la Fuerza Aérea que despegaba con tropas antiguerrilla. Cuarenta y cinco uniformados quedaron fuera de combate; cinco de ellos, para siempre.

La Armada también tuvo su escarmiento.

El 22 de agosto, coincidiendo con el tercer aniversario de la Masacre de Trelew, el moderno

destructor *Santísima Trinidad*, un orgullo para los marinos por ser el único buque de su flota equipado con misiles, se fue lisa y llanamente a pique, envuelto por lo que parecían fuegos de artificio. En realidad, fue el efecto causado por una carga explosiva de ciento cincuenta kilos de trotyl adosada al casco por un equipo de buzos montoneros.

Firmenich, simplemente, estiró la comisura de los labios; era su modo de sonreír. Ante sus ojos tenía un ejemplar de *La Razón* correspondiente a ese mismo día, cuya primera plana daba cuenta del hundimiento.

Ya en 1970 aquel hombre era la cara visible de Montoneros.

Lo llamaban "Pepe" desde sus años de estudiante en el Colegio Nacional Buenos Aires. Se trataba, sin duda, de un apodo algo desangelado como para un jefe guerrillero. Pero él lo había conservado, tal vez debido a su resonancia corta y precisa, la cual, por otra parte, hacía juego con su personalidad. Ahora, a punto de cumplir veintisiete años, aquel muchacho con sangre croata en sus venas encabezaba el ejército revolucionario más formidable del país, con alrededor de cinco mil militantes encuadrados en los diferentes niveles de su estructura militar.

Durante la mayor parte de 1975, Firmenich residió en Córdoba, al igual que los otros integrantes de la Conducción y sus respectivas familias. La vida clandestina los amarraba a estrictas normas de seguridad, por lo que debían limitar al máximo sus desplazamientos. Salvo algunas excepciones, aquellos desplazamientos sólo consistían en ir a diario desde sus viviendas a la casa que utilizaban como comandancia, que poseía una guardia rotativa integrada por cuadros de confianza.

Firmenich mantuvo la sonrisa mientras sus ojos seguían clavados en la portada de *La Razón*.

A su lado, Quieto parecía conmovido.

"El Negro" era otro emblemático líder de las FAR evadido de Rawson. Por ese motivo, la fecha en cuestión le provocaba confusos sentimientos.

Perdía y Yaguer, en tanto, intercambiaban impresiones.

Lo cierto es que Montoneros había ampliado el espectro de su accionar, que hasta entonces sólo concentraba ataques a la policía, los monopolios y la derecha peronista. Ahora le llegaba el turno al Ejército.

La elección de este nuevo frente de batalla coincidió con la designación de Jorge Rafael Videla como comandante de esa fuerza, en reemplazo de Alberto Numa Laplane. Aquel enroque fue precedido por una puja interna que mantuvo en vilo al gobierno de Isabel Perón. A partir de entonces, sin embargo, el clima de zozobra no disminuyó: era ya un secreto a voces la silenciosa marcha militar hacia el golpe del 24 de marzo. Y los Montoneros daban por descontado tal epílogo.

Pero, a la vez, su carácter inexorable los tenía sin cuidado. Ellos no creían que la interrupción del ya de por sí alicaído orden constitucional fuese un hecho negativo para su política. Al respecto solían esgrimir una profecía de sólo cinco palabras: "El golpe agudizará las contradicciones".

Tal concepto era por entonces insistentemente escuchado en todos los niveles de la "orga". Militantes

y cuadros por igual creían que el asalto al poder por parte de los militares haría caer la máscara de los verdaderos enemigos del pueblo. Y cuanto más feroz resultara la represión aplicada por las Fuerzas Armadas, mayor sería la conciencia de las masas para combatirla.

Tanto es así que la ofensiva montonera desatada en esos días contra los uniformados no tuvo el propósito de frenar o, al menos, entorpecer el cronograma golpista. Se podría decir, incluso, que aquel giro estratégico carecía de otra meta que la de poner en práctica una especie de gimnasia revolucionaria para mantener en forma los bíceps de su militarización.

Tal vez por eso, semanas antes, a Firmenich le brillaron los ojos cuando alguien sugirió copar un regimiento. Aunque, por todo comentario, sólo miró a su alrededor.

Perdía, en cambio, fue más expansivo, y dijo:

—No está mal. Porque las acciones del ERP nos están espoleando los tobillos.

En sus palabras había una cuota de verdad.

La organización encabezada por Mario Roberto Santucho, más allá de su campaña en el monte tucumano, sobresalía por un rasgo innovador: sus ataques a grandes unidades del Ejército, movilizando para ello a un elevado número de combatientes. Este *modus operandi* estaba profundamente enraizado en la naturaleza del ERP, dado que consideraba a las Fuerzas Armadas como uno de los pilares del sistema al que se debía derribar. Y no se apartó de aquella premisa ni durante la primavera camporista. Desde entonces, el ERP registraba seis operaciones en tal rubro, pero con un considerable costo en bajas propias y prisioneros. Aun así, ahora su cúpula pergeñaba en el mayor de los sigilos lo que creía que iba ser una estocada espectacular: el asalto al Batallón de Arsenales 601, ubicado en Monte Chingolo.

Montoneros, por su parte, había comenzado a planificar la "Operación Primicia" a comienzos de septiembre. Para ello, se realizó en Córdoba una reunión entre la Conducción y los responsables de las tres Regionales. Así quedó constituido un Estado Mayor, encabezado por Yaguer.

Este ingeniero santafecino era el único integrante de la cúpula montonera que alternaba la jefatura de la "orga" con misiones operativas. Surgido en las filas estudiantiles del Ateneo de Santa Fe —un grupo del progresismo católico que confluyó en la guerrilla peronista—, se lo tenía por un cuadro político muy sólido y criterioso. Y de sus dotes militares no cabían dudas; diestro con las armas de fuego y versado en el uso de explosivos, Yaguer supo merecer fama de sujeto aguerrido. Ya durante la dictadura del general Lanusse produjo la voladura de la comisaría 10ma de Santa Fe y comandó el copamiento de la localidad San Jerónimo Norte, a cuarenta kilómetros de la capital provincial. Pero también era célebre por un hábito inquietante: en su auto siempre llevaba una granada enganchada sobre un clavo en "L" para, llegado el caso, deschavetarla con una sola mano.

Ahora, en Córdoba, Yaguer exponía la estrategia que ideó para tomar por asalto el regimiento formoseño.

Tal vez durante aquel encuentro el Negro Quieto se haya acordado de Richard Gott, un periodista inglés que en octubre de 1974 había publicado una extensa entrevista que le realizara para el diario *The*

Guardian.

En esa ocasión le hizo una pregunta sobre las posibles alianzas que los Montoneros podrían tejer en el futuro.

—Nosotros —dijo el guerrillero— seguimos pensando en un programa de liberación nacional apoyado por un amplio frente de sectores políticos y sociales.

—¿Y cuáles serían esos sectores? —quiso saber el reportero.

La respuesta del Negro fue:

—La pequeña burguesía y sectores progresistas de las Fuerzas Armadas.

A casi un año, el tablero de lo posible había arrojado aquellas palabras al basurero de la Historia.

Lo cierto es que, a partir de 1973, la guerrilla peronista había sustentado una postura ciertamente contemporizadora hacia los uniformados. Fruto de ello fue el denominado “Operativo Dorrego”.

Se trataba de un emprendimiento conjunto para aliviar los efectos de las inundaciones en algunas zonas de la provincia de Buenos Aires. La iniciativa había sido acordada entre Montoneros y el entonces comandante en jefe del Ejército, general Jorge Raúl Carcagno. En aquella negociación también participó un coronel que se mantuvo en un riguroso segundo plano. Este era nada menos que el jefe de Inteligencia del Estado Mayor; su nombre: Carlos Dalla Tea.

El 9 de octubre de 1973, una caravana de camiones militares arribó a la ciudad de 25 de Mayo. Transportaba a unos ochocientos militantes de la Juventud Peronista (JP) y a casi dos mil efectivos del Ejército.

La población los vitoreaba.

Desde un jeep, el delegado de la Regional I de la JP, Juan Carlos Dante Gullo, saludaba a la multitud. A su lado iba un coronel cuya sonrisa intentaba ser afable. Este era nada menos que el jefe del Regimiento 10 de Caballería Blindada; su nombre: Albano Harguindeguy.

En otro vehículo, un general recién ascendido hacía lo imposible para que su figura pasara inadvertida. Este era nada menos que el subcomandante del Primer Cuerpo; su nombre: Jorge Rafael Videla.

Durante quince días, el conglomerado cívico-militar cavó zanjas, abrió canales y levantó defensas.

Los muchachos de la JP estaban convencidos de que la incipiente relación con los uniformados alteraría la cohesión de las Fuerzas Armadas. La idea era confraternizar con suboficiales y oficiales de baja graduación para que ellos pudieran ver con sus propios ojos lo que eran los montoneros y así poner en duda lo que les decían sus jefes.

Harguindeguy, desde luego, no escatimó recursos para evitar que la tropa se mezclara con los militantes.

Sin embargo, algunos oficiales entablaron una cordial relación con los jóvenes peronistas, participando con ellos en guitarreadas y tertulias que se estiraban hasta el alba.

En realidad, pertenecían al Batallón 601 de Inteligencia. Y los movía únicamente el propósito de reunir información sobre los dirigentes de la JP. En consecuencia, desde el regreso de Perón, el

“Operativo Dorrego” fue el evento propiciador del primer trabajo de campo hecho por la inteligencia militar sobre la izquierda peronista.

El general Carcagno no habría estado al tanto de esta circunstancia.

Ya entonces, su suerte parecía echada; los sectores duros del Ejército no toleraban sus inclinaciones populistas. Pero la gota que rebalsó el vaso fue su encendido discurso ante la Conferencia de los Ejércitos Americanos, celebrada semanas antes en Caracas, en la que se opuso con vehemencia a la postura norteamericana sobre las fronteras ideológicas. El “Operativo Dorrego” sería, simplemente, su tiro de gracia. El 18 de diciembre de ese año fue reemplazado por el general Leandro Enrique Anaya.

Así fue como Montoneros perdió a su mejor interlocutor dentro de las Fuerzas Armadas.

No obstante, durante más de un año, la “orga” persistiría en su empeño de sacudir la unidad del Ejército mediante el ilusorio recurso de democratizar la conciencia de los uniformados, a la vez que siguió soñando una política conjunta con algún sector de la fuerza.

En ese lapso también mantuvo frecuentes contactos con algunos altos oficiales, como Harguindeguy y Dalla Tea, quienes ya habían ascendido a generales. El primero era “atendido” por el dirigente montonero Norberto Habbeger; ambos se habían conocido durante el “Operativo Dorrego”. Y el otro era el principal vínculo de Rodolfo Galimberti con el Ejército.

La Conducción Nacional, desde luego, no ignoraba que la “Operación Primicia” malograría sus contactos secretos con esa fuerza.

Con el correr del tiempo, el general Dalla Tea se había convertido en el jefe de la Séptima Brigada de Infantería de Corrientes y entre las unidades bajo su mando estaba nada menos que el Regimiento 29 de Formosa.

Eso fue, justamente, lo primero que se le cruzó por la cabeza a Galimberti en el atardecer del 5 de octubre de 1975, al oír por la radio de un taxi la noticia del copamiento. Lo segundo, la evidencia de que no había sido convocado para participar en esa operación. De ahí pasó directamente a la furia, al darse cuenta de que sus propios compañeros le habían ocultado el asunto.

Al respecto, unos doce días antes, Yaguer había sido terminante:

—Ni una palabra de esto al “Loco”.

Así era como lo llamaban a Galimberti.

La “Gorda Amalia”, simplemente, pestañeó.

Ella luego supo que, en este caso, la Conducción había optado por no confiar en el carismático montonero debido precisamente a su relación con Dalla Tea. Se pensaba que tal vínculo podría poner en riesgo el secreto del plan. Y la mujer obedeció al pie de la letra.

La Gorda Amalia era la jefa de la Columna Norte. Su nombre verdadero era Élida D’Ippolito, tenía veintisiete años y fue una de las mujeres que alcanzó mayor nivel de mando en la historia de Montoneros.

En cambio, Galimberti, pese a su prestigio político, sólo exhibía jinetas de oficial segundo. Aun así, era el cerebro operativo de la Columna Norte y entre sus compañeros ejercía un irresistible liderazgo.

Pero a la Gorda Amalia no le tembló la voz al transmitir textualmente la orden impartida por el comandante Roque:

—Ni una palabra de esto al Loco.

Esta vez, el que pestañeó fue “Tonio”.

Era uno de los integrantes del círculo íntimo de Galimberti.

Su encuentro con Amalia había tenido lugar en la pizzería San Martín, ubicada en Salguero y Santa Fe. Ella ya estaba seleccionando cuadros para ir a Formosa. De su gente irían cinco combatientes. Tonio era uno de ellos.

Ya a punto de acuartelarse en una casa del Gran Buenos Aires, Tonio sintió la súbita necesidad de hacer una cita con el Loco. Quizás ese impulso haya obedecido al propósito de consumar una posible despedida, en caso de que las cosas salieran mal.

La reunión se efectuó en un barcito situado frente a la estación de San Isidro. Galimberti fue el último en llegar, y enseguida percibió el modo entre emocionado y evasivo con el cual su amigo se conducía.

Pero no dijo nada al respecto.

En el atardecer del 5 de octubre, mientras viajaba en aquel taxi, el Loco adivinó de golpe que Tonio estaba en Formosa.

La radio seguía disparando escuetos flashes sobre el copamiento, que ahora hablaban de “una gran cantidad de muertos”.

En ese instante, Galimberti tragó saliva; temió que Tonio estuviese entre ellos.

VI

A las 16.20 de aquel domingo, la caravana guerrillera se detuvo en un camino de tierra situado sobre la retaguardia del regimiento, a unos cien metros del Puesto 2. Era el único acceso en ese sector.

El silencio fue absoluto. Hasta que desde el cielo comenzó a oírse el rugido del Boeing 737 ya volando hacia el aeropuerto.

Había llegado el momento de entrar en acción.

Dos hombres descendieron del Peugeot 404 que encabezaba la fila de vehículos. Sólo tenían armas de puño. Y las escondieron entre sus ropas, antes de encaminarse en dirección a la entrada.

Tal ingreso no poseía ninguna valla de protección y el único detalle que indicaba la naturaleza castrense del lugar fue la presencia de un centinela con un FAL.

El tipo no había notado nada extraño debido a una hilera de arbustos que obstaculizaba su visión. Tampoco lo alarmó la imprevista llegada de aquel conscripto que lo saludaba levantando un brazo; con él iba otro muchacho, vestido de civil. Ambos sostenían cigarrillos sin encender entre los labios. Y él soltó su fusil para buscar fósforos en un bolsillo.

—¡Quedate quieto! —fueron las palabras que frenaron esa búsqueda.

Habían salido de la boca del soldado Roberto Mayol, que ahora lo estaba encañonando con una pistola calibre nueve milímetros, mientras el otro se apoderaba del FAL. Luego, este retrocedió unos pasos para dar la señal del ataque.

Yaguer, quien monitoreaba la escena desde un Falcon, sintió un ramalazo de alivio al divisar su figura victoriosa al agitar aquel fusil entre las manos.

Aquel joven de porte atlético y pelo ensortijado, cuyo nombre de guerra era “Sebastián”, poseía una vasta experiencia en acciones armadas y, por esos días, ocupaba un alto cargo en la estructura militar de Montoneros en la Capital Federal.

Roque seguía con los ojos clavados en él.

También vio cómo otro auto se desprendía de la fila para avanzar hacia la entrada; en sólo unos segundos, sus ocupantes montaron un puente portátil sobre la zanja que había entre la ruta y el cuartel.

Entonces, la columna montonera se abrió paso envuelta por una nube de tierra.

El Falcon, que estaba ubicado en el quinto lugar de la formación, ingresó al regimiento unos veinte segundos después; ese fue también el tiempo que tardó Roque en escuchar los primeros disparos.

Provenían de la Guardia.

Los atacantes se habían topado allí con unos treinta soldados. Y los intimaron a rendirse con un parlamento que incluyó su filiación política, los objetivos que perseguían y una invitación para unirse a ellos.

La respuesta fue una lluvia de balas.

Algunos uniformados disparaban y otros huían con sus fusiles hacia los fondos del cuartel. Los guerrilleros replicaban con fuego graneado. Un sargento que estaba en la centralita de comunicaciones fue la primera baja; las siguientes, cinco soldados caídos en un dormitorio y dos integrantes del bando contrario, quienes quedaron tendidos junto a una garita.

Mientras tanto, Sebastián cubría el avance de Ricardo, cuya chaquetilla verdosa resaltaba entre las camisas azules de sus compañeros. El conscripto ahora sostenía una ametralladora Halcón. Y preguntaba a los gritos por el subteniente Cáceres.

El oficial en cuestión estaba a unos metros.

No poca fue su sorpresa al verse a punto de ser acribillado por el mismo colimba con el que se cruzara a la mañana.

Ricardo no dudó en apretar el gatillo. Pero olvidando destrabar el seguro del arma.

Semejante contratiempo fue aprovechado por el oficial para desenfundar una pistola. Y tampoco dudó en apretar el gatillo. Aunque con un resultado idéntico al de su oponente: la bala se le había encasquillado.

Sebastián entonces comenzó a dispararle con el FAL, pero el subteniente ya había puesto los pies en polvorosa, escabulléndose de la Guardia junto a un puñado de soldados. Todos lograron parapetarse detrás de un montículo de tierra ubicado a unos doscientos metros.

En aquel mismo momento, Roque emergía de la Compañía de Servicios junto a otros tres integrantes del pelotón comando. El sitio había sido copado sin sobresaltos; únicamente bastó el estallido de una granada para que el centinela se rindiera y algunas patadas para abrir el portón de la sala de armas. El resto sólo fue llevar el botín —cincuenta fusiles automáticos y una ametralladora pesada— a la caja del Ford F 350 que permanecía con el motor en marcha.

En tanto, Ricardo iniciaba una desaforada carrera hacia la ametralladora MAG instalada en un extremo de la Plaza de Armas. Pero, de pronto, algo lo frenó casi en el aire, antes de caer de bruces. Había sido alcanzado en la espalda por una ráfaga disparada desde un lugar impreciso.

Su cuerpo quedó como arrodillado a un costado del mástil.

La siguiente descarga lo terminó de derribar.

Roque fue testigo de aquel desenlace.

Había visto correr a Ricardo y también vio el topetazo de plomo que lo fulminó. Sus ojos, entonces, se clavaron sobre Sebastián, ahora lanzado al intento de tomar esa misma posición. Finalmente, lo vería desistir; el fuego enemigo se concentraba sobre aquel sector. Y por obra de tiradores que parecían invisibles.

El jefe montonero estaba agazapado sobre una elevación del terreno que ofrecía una perspectiva general del regimiento. Permanecía en silencio, sin apartar la mirada de aquel lejano punto en el que Ricardo fue acribillado.

Las balas seguían silbando sobre el cadáver.

Sin embargo, otros tres guerrilleros lograron aproximarse al nido de la MAG. Uno de ellos, incluso, llegó a manipular su mecanismo y se disponía a barrer las posiciones enemigas. Pero un certero balazo le dio de lleno en la sien. Sus compañeros no fueron más afortunados. Y cayeron perforados por el fuego que provenía desde los fondos del cuartel.

Roque, entonces, volteó los ojos hacia aquella dirección y pudo ver unas remotas siluetas echadas sobre un terreno lindante al barrio militar. Eran los soldados que habían huido de la Guardia. Esa visión lo dejó estupefacto.

Porque su plan daba por sentado que los colimbas —ya fuera por una cuestión de clase o sólo por afinidad— se rendirían sin más trámite. Lejos de ello, una vez replegados y sin abandonar sus fusiles, buscaron refugio a la distancia para así reanudar el fuego.

La desesperación, entonces, sacudió sus nervios.

Porque desde aquel mirador dominaba el escenario del combate como si se tratara de una mesa de arena. Pero, debido a la rotura del equipo de onda corta, le era imposible advertir a sus hombres sobre las posiciones donde los uniformados se habían hecho fuertes.

En consecuencia, por sus ojos siguió desfilando la muerte.

Ahora, la de casi dos pelotones integrados por ocho combatientes. Habían intentado llegar a la Compañía de Comando para capturar al coronel Dardo Oliva, el jefe de la Unidad. Tanto es así que

iniciaron un temerario avance a campo traviesa, sin protección física alguna. El fuego que se desató sobre ellos fue afinado y certero, como en una práctica de tiro al blanco. Seis cuerpos quedaron en el trayecto. Los dos únicos sobrevivientes corrieron en distintas direcciones. Uno de ellos encontró cobijo a un costado del Casino de Suboficiales. Se trataba de Tonio.

Si bien el tipo había salvado el pellejo, su situación ahora no era sencilla: se encontraba varado en medio del campo de batalla, sin otra compañía que su fusil y apenas separado del enemigo por un delgado muro.

De golpe, los disparos cesaron.

Pero él no cayó en la trampa de aquel engañoso silencio. Y siguió echado sobre la maleza sin mover un solo músculo. Lo cual era casi una rutina para ese tipo prematuramente calvo, cuya máxima obsesión consistía en pasar inadvertido.

En realidad, nadie sabía demasiado sobre él. Y su temperamento retraído contribuía con esa incógnita.

Alguna vez había sido estudiante de sociología, pero de golpe abandonó la facultad. Y se sumó a las FAR, convirtiéndose así en un verdadero cuadro militar. Desde entonces hizo del anonimato un estilo de vida. Hasta que una foto suya comenzó a ser exhibida por televisión. Fue en agosto de 1972; lo buscaban por haber participado en el apoyo externo a la fuga del penal de Rawson. Poco después, la policía lo detuvo en una chacra ubicada en el Valle de Río Negro.

Tal vez, ahora, sitiado bajo el cielo sin nubes de Formosa, haya evocado las tenebrosas circunstancias de ese ya lejano día.

Atado a una soga, sus captores lo arrojaron al vacío desde un helicóptero en pleno vuelo. Jamás olvidaría la sensación de estar oscilando de un lado a otro. Ni las torturas a las que fue sometido, sin que esa vez le arrancaran una sola palabra. Recién saldría en libertad con la amnistía camporista de 1973.

Al año siguiente, ya en las filas de Montoneros, se integró a la Columna Norte, donde no tardaría en descollar por su capacidad operativa. A todas luces, fue la etapa más intensa de su vida. Empezando por su participación en el espectacular secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born, ocurrido el 19 de septiembre de 1974. De allí en más, junto a Galimberti, intervendría en otras acciones armadas, aunque de menor envergadura.

En paralelo, Tonio realizaba frecuentes viajes a Europa para negociar con traficantes internacionales la compra de armas para Montoneros. Por lo tanto, conocía algunas ciudades del Viejo Continente como la palma de su mano. Ello incidió en la elección de su persona para protagonizar en Suiza una trama financiera rayana a la ficción: el cobro y la transferencia a una caja de seguridad bancaria de una parte del rescate exigido para liberar a Jorge Born, cuya vida había sido tasada en sesenta millones de dólares.

Su misión fue todo un éxito.

Aquella caja de seguridad se convirtió en el secreto mejor guardado por Montoneros. Y Tonio —cuyo nombre era Pablo González de Langarica— fue uno de sus pocos depositarios.

Nadie sospechaba entonces que esa circunstancia lo arrastraría hacia una de las historias más

increíbles de la dictadura.

Pero, claro, aún faltaba tiempo para ello.

Mientras tanto, a las 16.35 del 5 de octubre, Tonio escuchó a lo lejos otra andanada de disparos. También vio cómo se aproximaba un vehículo.

La sangre, entonces, le volvió al cuerpo. Se trataba un Fiat 128 con tres integrantes del pelotón que debía copar el Casino de Suboficiales. Uno era Lito. Y él no tardó en sumarse al grupo.

Así comenzó uno de los enfrentamientos más trepidantes de la jornada.

Un soldado les dio la bienvenida abriendo fuego con un FAL, antes de parapetarse en la cocina, detrás de unos troncos. El estallido de una granada obligó su repliegue hacia el interior del edificio.

Lito lo corrió, sin imaginar que el soldado, ya oculto detrás de un mueble, le dispararía casi a quemarropa. Pero este tampoco imaginó que el proyectil se incrustaría en el cargador de repuesto que él llevaba en la cintura. Aun así, el impacto lo derribó. Demoró unos segundos en saberse ileso, antes de recuperar la vertical.

El resto del pelotón irrumpió allí sacándole chispas a sus ametralladoras.

Un suboficial y otros dos soldados se agregaron a la lucha.

Al cabo de diez minutos, el Casino adquirió la apariencia de un queso gruyer. En ese lapso, los atacantes utilizaron nueve cargadores y cuatro granadas. Una de ellas fue lanzada por Tonio y sus esquirlas se incrustaron en las piernas del sargento, dejándolo fuera de combate; un soldado murió abrazado a su fusil y el otro, al quedar sin municiones, levantó las manos en señal de rendición.

Ya adueñados del lugar, los cuatro guerrilleros abrieron fuego hacia el exterior. La lluvia de proyectiles provocó el desbande de los soldados que permanecían en la retaguardia del cuartel.

En el ínterin, la Compañía de Retén también había sido tomada. Aquella secuencia fue demoledora: dos granadas bastaron para despejar el camino de los atacantes provocando la muerte del centinela, mientras unos treinta conscriptos se replegaban hacia el baño. Desde ese lugar comenzaron a disparar. Pero sin éxito; un soldado murió y otros seis resultaron heridos. Los demás huyeron por una ventana en diferentes direcciones.

Al mismo tiempo, otro infierno se desataba en la Compañía A. También allí había un guardia armado, que abrió fuego al advertir el avance de dos siluetas. Los estampidos hicieron que un oficial saliera del edificio para integrarse a la refriega; sólo tenía una pistola Browning, con la cual, sin embargo, hirió a uno de los guerrilleros. Pero aquel tiro delató su posición. El militar murió sin poder apretar nuevamente del gatillo. Se trataba del teniente Ricardo Massaferro. Era hijo de un capitán que había participado junto al general Juan José Valle en la sublevación peronista de 1956. El soldado, en tanto, continuó luchando como un tigre hasta que una bala le atravesó el corazón.

La Compañía B, por su parte, fue tomada sin inconvenientes.

Yaguer, que continuaba observando el desarrollo de los acontecimientos desde la Compañía de Servicios, hizo una rápida evaluación de lo actuado hasta el momento.

Los infortunios iniciales —en especial, las bajas propias ocurridas en la Plaza de Armas y las del frustrado asalto a la Compañía de Comando— fueron equilibrándose con la toma simultánea del Casino de Suboficiales y las otras tres compañías, sin soslayar el control que sus hombres seguían ejerciendo sobre la Guardia. El jefe montonero entonces entendió que había llegado la hora de consolidar el objetivo.

Ese era el paso a seguir, de acuerdo a la planificación del ataque. Y las condiciones parecían óptimas.

Roque, desde luego, no había reparado en el ominoso frente de tormenta que se avecinaba desde el barrio militar. Hasta que se escucharon los tiros.

Un nutrido grupo de oficiales y suboficiales había salido de sus viviendas para sumarse a los soldados reagrupados allí. Todos disparaban al unísono, sin dejar de avanzar como hormigas hacia diferentes posiciones.

Roque entonces efectuó otra evaluación: los tres pelotones encargados de establecer las contenciones sobre dicho sector eran, precisamente, los que fueron diezmados en el copamiento; en otras palabras, no había defensa posible. El fuego comenzó a precipitarse sobre los guerrilleros.

En pocos segundos, estos perdieron hasta la noción del sitio desde donde provenían los balazos. En consecuencia, el repliegue tuvo una desesperada coreografía.

La situación se complicó aún más cuando una granada hizo añicos el Falcon asignado al pelotón comando. Otros cuatro autos también resultaron inutilizados. Sólo quedaba el Ford F 350.

Roque y sus tres lugartenientes respiraron con alivio al comprobar que al menos aquel vehículo estaba intacto. Entonces montaron la ametralladora capturada sobre el capot y pusieron el camión en marcha; al principio, lentamente, para levantar en el camino a los guerrilleros que corrían hacia ellos. Encontraron a siete.

Al regimiento habían ingresado veintisiete hombres; doce habían caído en combate. El cálculo no cerraba.

Al concluir el recuento, Roque experimentó un sobresalto al percatarse de que cuatro combatientes habían quedado en el cuartel. Eran los que habían copado el Casino de Suboficiales. Lito y Tonio estaban entre ellos. Pero, irremediablemente, el Ford F 350 ya había abandonado la unidad.

En el trayecto por la ruta 11 hacia el aeropuerto, se cruzó con un Peugeot 504 que avanzaba a toda velocidad en dirección opuesta. Los guerrilleros no llegaron a suponer que su único ocupante era nada menos que el coronel Dardo Oliva.

Diez minutos después, el coronel asomó la nariz en el campo de batalla con botas de montar y *breechs*. Ocurre que durante la incursión montonera él jugaba al polo no lejos de allí. Ahora su cara adquiría cierta pesadumbre al ser informado que las fuerzas a su cargo habían perdido a un oficial y nueve soldados.

VII

A las 16.55, el interventor Juan Carlos Taparelli seguía echado en el suelo de la terminal aérea, apenas a metros de la puerta vidriada que conducía a la cabecera de la pista.

El tipo permanecía inmóvil, con el rostro oculto entre sus brazos; aún temía ser reconocido por quienes habían copado el aeropuerto. Ese temor se transformó en un escalofrío al oír unos gritos incomprensibles. También escuchó un chirrido de neumáticos. Y entre las hendijas de sus dedos pudo ver un camión clavándose junto al Boeing. De su interior brincó un puñado de hombres. Con movimientos sincronizados abordaron la nave, acarreando la imponente ametralladora que había estado montada en el capot.

Taparelli y los otros rehenes se consideraron libres al observar que los guerrilleros agrupados en el hall corrían para unirse a los recién llegados. Cuatro enfilaron hacia el Cessna 182, mientras el resto trepaba con premura por la escalerilla del Boeing. Sus compuertas empezaron a cerrarse.

De pronto, fue audible otro chirrido de neumáticos.

Esta vez era un Chevy azul frenando junto al camión. De su cabina se vio salir a los integrantes del pelotón perdido, con Tonio a la cabeza, seguido por Lito. Las compuertas del Boeing se abrieron otra vez.

El hombre de la Columna Norte, tras abrazarse con Roque, hizo un relato de lo ocurrido.

Desde el Casino de Suboficiales les había resultado imposible reparar en la retirada de sus compañeros. Únicamente alcanzaron a ver el camión ya avanzando por fuera del regimiento. Los uniformados entonces dejaron de disparar, acaso convencidos de que no había más guerrilleros en el lugar. Dicha presunción fue aprovechada por los cuatro rezagados para arrastrarse hacia un alambrado perimetral. Del otro lado estaba la ruta 11. El siguiente paso fue “expropiar” el primer vehículo que circulaba por allí; de ese modo iniciaron una frenética carrera en dirección al aeropuerto.

Tonio concluyó su narración mientras el piloto empezaba a activar los controles para el despegue.

El prefecto Antúnez permanecía en el primer asiento con las muñecas esposadas; su traje ahora lucía arrugado y su rostro se esforzaba en irradiar un aire indiferente. Aunque todos sus sentidos estaban pendientes de lo que sucedía a su alrededor.

Algunos guerrilleros acomodaban los fusiles capturados en el fondo de la cabina, junto a su propio armamento; el equipo de sanidad empezó a aplicar suero y hacer transfusiones a los heridos; otros combatientes se cambiaban la ropa o, simplemente, descansaban.

Lito, más pálido que nunca, se dejó caer en una butaca y entrecerró los ojos, mientras desabrochaba su camisa. Estaba dolorido: el balazo sobre su cargador de repuesto le había dejado un enorme moretón en la cadera. Pero aquella lesión no parecía ser el único motivo de su abatimiento.

¿Qué circunstancia afligía —tras salvar milagrosamente su pellejo— a ese joven de veinticinco años, perteneciente a una familia con cierto abolengo en la ciudad correntina de Curuzú Cuatiá?

Había, claro, un nudo conflictivo entre aquel origen de clase y el ideario político que José Luis Aspiazú —así era su nombre legal— eligió abrazar. A ello se le sumaba otra penumbra: él era hijo de un profesional asimilado al Ejército, el coronel bioquímico José Luis Aspiazú, apodado “Poroto”. Y su tío José Manuel, alias “Pocho”, poseía rango de coronel médico. Ambos se desempeñaban en el Hospital Militar local.

Cuando la nave ya carreteaba, es posible que la mente de Lito estuviera sumergida en un pozo de postales sucesivas: las misas dominicales de su niñez en la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar; las cabalgatas patrióticas a Yapeyú —organizadas por el tío Pocho y otros lugareños— para honrar al general San Martín; sus años de cadete en el Liceo Militar General Paz, de Córdoba. Su partida a Santa Fe. Y su paso por la Universidad Nacional del Litoral, de donde salió con el título de ingeniero químico. Desde entonces, en Curuzú Cuatiá corría un secreto a voces: “El hijo de Poroto está metido en la guerrilla”.

Pero nada resultó más dramático para él que el siguiente eslabón de esa cadena: su captura en Rosario, a fines de 1974, por una patota policial con apoyo de efectivos del Destacamento de Inteligencia 121 del Ejército.

Fueron tres días de palizas matizadas con voltaje, en el subsuelo de una lúgubre edificación ubicada sobre la esquina de San Lorenzo y Baigorria. Era la sede del Servicio de Informaciones de la Policía de Santa Fe.

Al cuarto día, para su sorpresa, alguien se asomó al calabozo y lo llevó al baño, antes de decir:

—Lavate un poco. Tenés que estar presentable.

Y fue trasladado en un vehículo —a cara descubierta— hasta una casona frente a la Facultad de Derecho. Era el Comando del Segundo Cuerpo del Ejército.

Allí lo recibió en su despacho un jerarca del lugar, el coronel José María González. El tipo lo miraba fijamente.

A su lado permanecía de pie un sujeto flaco, de traje, cuya boca sin labios parecía cortada con un cuchillo.

También había un tercer hombre: su propio padre.

Media hora más tarde, el coronel bioquímico Aspiazú salió por el portón principal de ese inmueble con su hijo. En ambos palpitaba la tensión.

A raíz del episodio, la “orga” consideró que la presencia de Lito en Santa Fe era riesgosa para su seguridad. De modo que se dispuso mudarlo a su provincia natal. Ya se sabe que allí asumió tareas políticas y militares de relevancia.

Ahora, hundido en su butaca del avión, Lito intentaba dormir.

En tanto, el pequeño Cessna ya había levantado vuelo hacia Corrientes. Al cabo de una hora sería localizado sin tripulantes en un campo cercano a la frontera paraguaya.

En ese mismo instante, el Boeing atravesaba el norte santafecino.

Se había planificado el aterrizaje en una estancia situada en la localidad de Susana, a doce kilómetros de Rafaela. Previamente, un grupo de apoyo debía señalizar el sitio con trozos de tela que en algunos casos llegaban a medir diez metros. Pero desde las ventanillas del aparato no se divisaba tal demarcación. De modo que el piloto se vio obligado a sobrevolar la zona, aun a riesgo de alertar a todos sus pobladores. Así fue como el avión, durante veinte minutos, dio seis vueltas a sólo quinientos metros de altura. Hasta que, súbitamente, se produjo la llegada del pelotón logístico en una caravana compuesta por una decena de vehículos.

El piloto, entonces, inició las maniobras de aterrizaje.

Pero su modo de hacerlo fue objeto de una pequeña discusión entre el comandante del operativo y el de la nave. Roque sostenía que el avión debía concluir el descenso de panza y el piloto se inclinaba por el uso del tren de aterrizaje. Finalmente, se impuso la opinión de este último.

El Boeing carreteó unos ochocientos metros por un campo de sorgo envuelto en un traqueteo perturbador. Al detenerse, las ruedas quedaron semihundidas en la tierra y una de las turbinas casi tocaba el suelo. El contingente montonero no tardó en hacerse humo. En el avión sólo quedó la tripulación y, desde luego, el prefecto Antúnez.

Ahora su expresión era la de quien se había sacado un peso de encima; sin duda, paladeaba el vivificante sabor de estar a salvo. Pero había un detalle que lo seguía incomodando: sus captores no le habían quitado las esposas. Y tuvo que permanecer así durante algunas horas.

Recién al caer la noche llegó una patrulla de la policía santafecina. La encabezaba un comisario de pueblo cuya lógica demoró en relacionar lo de Formosa con la insólita presencia de aquel aparato en su jurisdicción.

En aquel momento, la noticia del copamiento ya atravesaba al país.

VIII

Por días no se habló en Argentina de otra cosa. Los diarios y la televisión reprodujeron hasta el cansancio los detalles del ataque, pero sin transgredir la versión oficial. Esta había abultado las bajas de la guerrilla, exageró su capacidad operativa y negaba la pérdida de armas en el arsenal del cuartel. A su vez, las fotografías de los soldados muertos causaron temor y rechazo hacia los Montoneros.

En tanto, la Conducción Nacional efectuó una lectura algo triunfalista del asunto, mostrándose satisfecha tanto por el despliegue militar como por las armas obtenidas. En un Parte de Guerra difundido a cuarenta y ocho horas de los acontecimientos, la cúpula calificaba esa operación como un "éxito parcial", ya que —según sus propias palabras— "puso en relieve la debilidad del enemigo". Tampoco se privó de señalar que dicha acción fue el germen de "un ejército regular que permitirá la toma del poder por parte del pueblo de la patria".

No obstante, en ciertos ámbitos de la "orga" prevalecía una mirada crítica hacia el operativo. Los

argumentos remarcaban su falta total de objetivos políticos, más allá de la pretensión infantil de humillar momentáneamente al Ejército y arrebatarle un puñado de armas. Muchos se preguntaban hasta qué punto valió la pena conseguir cuatro fusiles a razón de cada compañero caído. La ecuación no era alentadora.

De modo que esta espinosa cuestión contribuyó a cimentar una atmósfera de disconformidad en las entrañas de Montoneros. También derivó en una suerte de debate teórico que rebasaría sus límites internos para extenderse hacia otros escenarios. Y con interlocutores de lo más inesperados.

Muestra de ello fue una reunión celebrada por esos días en un coqueto departamento de Belgrano. Para sus dos únicos participantes se trataba de un sitio "neutral".

Uno de ellos, eligiendo cuidadosamente las palabras, disparó:

—En esta forma de combate hay una especie de malentendido conceptual sobre lo que es ganar o perder.

Bien podría haber sido un comentario de boxeo.

La frase había salido de la boca del general Dalla Tea, quien en realidad trazaba un enfoque técnico sobre la batalla de Formosa.

Su tono académico y distante se obstinaba por parecer el de un *gentleman* sin otro interés que el intelecto.

Pero —ya se sabe— aquel hombre era nada menos que el jefe superlativo de la unidad atacada, dado que esta se encontraba bajo la jurisdicción de la Séptima Brigada de Infantería, cuyo titular era precisamente él.

Sin ser interrumpido por el muchacho engominado que lo observaba de soslayo, el general continuó exponiendo su punto de vista.

Entonces pasó a explicar que "la guerra convencional es una cosa y la guerra revolucionaria otra". Y que en esta última modalidad, se cometía un error al medir los resultados en forma aritmética: tantas bajas de un lado y tantas del otro.

El muchacho se movió en la silla con incomodidad, pero sin abrir la boca.

El militar entonces habló de los "guarismos cualitativos", aclarando que un muerto para la guerrilla significa el equivalente de cien para un ejército regular. Reforzó la idea con el ejemplo vietnamita, donde se consideraba como "baja" al militante de Saigón que pasaba a la clandestinidad tras ser detectado. En este punto, con un tono burlón, le recomendó al otro leer los escritos del general Nguyên Giáp. Por último, enumeró los errores de la guerrilla montonera en Formosa. Su perorata, que ya había extraviado la elegancia del comienzo, culminó con una velada recriminación:

—Ustedes no se llevaron tantos fusiles como andan diciendo por ahí.

En ese instante, Rodolfo Galimberti saltó de su asiento como impulsado por un resorte y, extrayendo un papelito del bolsillo, replicó:

—Tome, general. Acá está el inventario de los fusiles. Es para que no le mientan sus subordinados.

Esa misma noche, Galimberti repitió, palabra por palabra, su diálogo con Dalla Tea. Y Tonio reía de

buena gana.

Se habían citado en el restaurante del hotel Sheraton, desde cuyo ventanal se divisaba hasta la costa uruguaya. La elección del lugar corrió por cuenta del líder de la Columna Norte.

Seguidamente, Tonio le habló de sus peripecias en Formosa.

Galimberti escuchaba con mucho interés. Al concluir el relato, clavó los ojos en su amigo; recién entonces, dijo:

—Voy a confesar algo: cuando supe que estabas ahí, tuve el presentimiento de que no volverías.

Y levantó su copa de champán.

Quince meses después, mientras esquivaba la represión de la dictadura, Galimberti quizás haya evocado aquella escena, pero con la certeza de que ya no habría entre ellos otro brindis: Tonio acababa de caer en el agujero negro de los muertos-vivos.

Una patota de la Armada lo había capturado durante la mañana del 10 de enero de 1977 en la esquina de Lavalle y Callao. En un operativo posterior, también fue secuestrada su mujer, Delia, y las dos hijas de la pareja, de tres y cinco años. Era probable —suponía Galimberti— que todos ellos estuvieran en la ESMA. Y que ninguno sobreviviera.

Semejante pálpito perduró en él hasta el 15 de abril.

Aquel viernes había quedado de una sola pieza al ver una fotografía de Tonio con peluca, junto a dos encapuchados y una bandera montonera a sus espaldas. La imagen resaltaba en una hoja del diario italiano *La Repubblica* —en medio de un artículo a cuatro columnas— que, casi a modo de saludo, el recién llegado extendió ante su rostro.

Era Miguel Bonasso, por entonces a cargo de la Secretaría de Prensa del Movimiento Peronista Montonero (MPM), cuyo lanzamiento oficial sería anunciado seis días más tarde por Firmenich en Roma, ciudad desde la cual la Conducción Nacional intentaba ahora impulsar la resistencia.

De hecho, Galimberti ocupaba una mesa en un bar del Trastévere, sobre la ribera occidental del río Tíber. Bonasso tomó asiento a su lado, envuelto en un silencio sepulcral.

El otro, con las cejas enarcadas, seguía inmerso en aquella página.

En resumen, el artículo reseñaba una conferencia de prensa “clandestina”, ofrecida en una suite del hotel Eurobuilding de Madrid por tres montoneros “disidentes” ante una docena de periodistas europeos.

La voz cantante la llevaba Tonio, Y sus dichos, pronunciados —según la nota— con “un leve titubeo”, hicieron que los cronistas se cruzaran miradas incómodas.

“La represión en Argentina es un invento de los líderes montoneros para confundir a la opinión pública internacional”, fue su remate.

Luego tomó el micrófono el tipo con capucha sentado a su izquierda. Una sola frase le bastó para que la impostura se desplomara del todo.

“Ingresé a la organización subversiva con el propósito de encausar mis sentimientos nacionalistas”, fueron sus palabras. Y los presentes estallaron en una carcajada.

Galimberti, al leer la palabra “subversiva”, también se permitió reír.

No tardó en saberse que el autor de esa frase era en realidad un integrante del Grupo de Tareas (GT) 3.3.2 de la Armada, el teniente de navío Miguel Benazzi. Y el otro encapuchado, el teniente de fragata Alberto González Menotti.

Previamente, habían visitado Suiza. Y en un banco de la ciudad de Zúrich se apoderaron de una parte del dinero obtenido por la “orga” en el secuestro de los hermanos Born. Para ello contaron con la inestimable colaboración de Tonio, quien tenía acceso a la caja de seguridad que atesoraba el enorme bolso con un millón de dólares, guardado allí por él a mediados de 1975.

Tal novedad llegó a la base romana de Montoneros durante los últimos días de abril. En esa ocasión, Galimberti sólo atinó a decir:

—Tonio se quebró en mil pedazos.

Pero en octubre de 1975, durante la plácida velada en el restaurante del Sheraton, aquella circunstancia no era ni siquiera imaginable.

Galimberti había levantado su copa. Y Tonio, con suavidad, la chocó con la suya. Aún latía en ellos la ilusión de un futuro venturoso.

Con un paralelismo fantasmal, durante esa noche también transcurría otro encuentro a casi mil kilómetros de distancia; exactamente, en un Peugeot 404 que circulaba sin rumbo por las calles de la ciudad de Corrientes.

—¡Carajo! ¿Por qué no avisaste? —exclamó el que manejaba.

Era un tipo petiso y ancho. Y no apartaba sus ojillos negros del camino.

—No se pudo. Ya lo expliqué cien veces —contestó el que estaba sentado a su derecha.

Se refería a la imposibilidad de informar que el objetivo del ataque era el regimiento de Formosa, a pesar de su participación en el asunto.

Y a modo de excusa, acotó:

—Eso recién lo supimos ya concentrados en el arroyo. Entiéndalo de una vez, Vargas: no hubo modo de avisar.

“Vargas” era en realidad el capitán Héctor Vergez.

Y su interlocutor, nada menos que Lito.

En el asiento trasero había otro tipo, al que Lito llamaba “Wenceslao”. Se trataba del PCI (Personal Civil de Inteligencia) Walter Salvador Pagano. Su boca sin labios mostraba en ese momento una mueca.

Era el mismo sujeto que estaba en la casona del Segundo Cuerpo cuando el coronel José María González le perdonó —gracias al papá— la vida a Lito.

No fue gratis: todo indica que, ese día, José Luis Aspiazú se convirtió allí en agente inorgánico del Ejército. O sea, en un “doblado”.

Ahora, sin desatender el manejo del vehículo, Vergez lo escrutaba por el rabillo del ojo. Atrás, el tal Wenceslao persistía con su mueca.

Quizás aquella mueca escondía la clave de un enigma: los militares, pese a ignorar la fecha y el lugar de la acción montonera, sabían desde mediados de septiembre —luego de que Roque fuera a Corrientes para sumar a Lito al operativo— que había algo muy grande en marcha. Pero no impidieron el plan. ¿Acaso tenían un interés especial en que ese "algo" se produjera?

Lito bajó del Peugeot en la calle Buenos Aires, frente a la Parroquia de la Merced. Y enfiló a pie hacia la casa que compartía con su pareja, Norma, y dos "compañeros". Era ya de madrugada.

Aun nadie sospechaba de él. De modo que siguió abocado a su simulada militancia con absoluta normalidad. Sin embargo, su suerte no sería eterna.

El 13 de agosto de 1976, el coronel González —por entonces, interventor de Santa Fe— tal vez haya sentido un ramalazo de pesar al enterarse por medio de un escueto radiograma del súbito deceso de José Luis Aspiazú.

El cuerpo de Lito, acribillado con tres disparos, acababa de aparecer en un arrabal de la capital correntina.

Sobre su camisa había un papel con una breve inscripción: "Ajusticiado por espía". Y una firma: "Montoneros".

Lo cierto es que Lito quedó al descubierto al ser analizada una docena de caídas en la Regional Nordeste. Las celadas eran precisas, quirúrgicas. Y las víctimas poseían un denominador común: todas, previamente, se habían cruzado con él. Por aquellos días, también intentó establecer contacto con Roque, por cuya cabeza sus mandantes del Destacamento de Inteligencia 121 tenían sumo interés.

Su ejecución —resuelta por un "Tribunal Revolucionario"— hizo que esa última tarea le quedara inconclusa.

En rigor, Raúl Clemente Yaguer sería para la dictadura un trofeo tardío: fue asesinado el 30 de abril de 1983 en un oscuro callejón de la ciudad de Córdoba, dentro de su Renault, por una patota de policías y militares. La versión oficial habló de "un enfrentamiento".

Tonio, a su vez, fue puesto en libertad por sus captores en septiembre de 1977 y pudo reunirse con su familia en París. Por décadas, su paradero fue un misterio. En la actualidad, Pablo González de Langarica vive en algún lugar de Argentina.

CAPÍTULO DOS

EL RECURSO DEL MÉTODO

El Doctor —como le gustaba hacerse nombrar— eligió una corbata a rayas finas y un traje gris. Era un hombre de un metro ochenta, cabello entrecano, nariz grande y ojos claros. A los sesenta años se había convertido en una figura clave en el esquema del poder. Y a pesar de su talante introvertido, parecía disfrutar de esa circunstancia. Pero en la mañana del 6 de octubre de 1975, Ítalo Argentino Luder sintió que la realidad empezaba a apretarlo.

Mientras apuraba el segundo café, volvió a mirar de soslayo la tapa del diario *Clarín*; ahí, con tipografía catástrofe, simplemente, decía: “Fallido golpe terrorista en Formosa”.

Aquella frase no logró alterar la expresión impasible de su rostro. Pero su esposa, doña Isolda, advirtió una sombra en su mirada.

El veterano político puso la taza vacía sobre la mesita del living envuelto en un grave silencio; no le inquietaba tanto la acción guerrillera en sí como el haber comprobado que la prensa, a sólo doce horas del acontecimiento, poseía al respecto más información que él. Ese detalle, desde luego, era un síntoma del carácter acotado de su investidura.

Hacia veinticuatro días había sido nombrado nada menos que Presidente Provisional de la Nación.

Su interinato cesaría cuando Isabel Martínez, la viuda de Perón, volviese de la localidad cordobesa de Ascochinga, a donde había viajado —según la versión oficial— con el doble propósito de aliviar el desgaste psicológico provocado por el ejercicio de la primera magistratura y, al mismo tiempo, reponerse de sus secuelas somáticas: una colitis ulcerosa ya convertida en una cuestión de Estado; esa incómoda dolencia solía obligarla a interrumpir de modo súbito actos oficiales, reuniones de Gabinete y hasta recepciones a dignatarios extranjeros.

Sus días de reposo, en cambio, transcurrían apaciblemente en una colonia recreativa de la Fuerza Aérea. Allí, Isabel se alojaba en un amplio chalet rodeado de parques y, de tanto en tanto, daba algún paseo o acudía al convento de Santa Catalina para rezar en una pequeña capilla. Y lo hacía junto a tres increíbles damas de compañía: Raquel Hartridge de Videla, Delia Veyra de Massera y Lía González de Fautario. Esas mujeres tenían la misión de levantarle el ánimo y, si era necesario, hasta con adulaciones. La Presidente, por su parte, pensaba que por medio de ellas podría tender lazos personales hacia sus

maridos.

Para estos, sin embargo, el dilatado descanso de la viuda de Perón era un globo de ensayo planificado con esmero y minuciosidad. Tanto es así que, ya en los primeros días de julio, el sector golpista de las Fuerzas Armadas impulsó desde las sombras la designación de Luder en la presidencia del Senado, justamente con el objeto de habilitar una línea sucesoria favorable al generalato en caso de producirse la renuncia de Isabel. Hacía unos meses que tal posibilidad flotaba con persistencia en la atmósfera, al igual que sus alternativas intermedias: la inhabilitación o una licencia prolongada.

Aquel lunes, tras salir de su departamento —un sexto piso ubicado sobre Posadas al 1400, en el corazón de la Recoleta—, el Doctor bajó directamente a la cochera para abordar un Fairlane negro que lo aguardaba con el motor en marcha. Ya en la calle, se le unieron otros tres automóviles y algunas motocicletas policiales. Mientras esa procesión enfilaba hacia la Avenida del Libertador, el chofer presidencial observó por el espejo cómo su único pasajero acariciaba distraídamente el suave tapizado del asiento.

Tal vez, el asunto de Formosa le seguía dando vueltas a él en la cabeza. Y es posible que dicho tópico lo haya llevado a reflexionar sobre la naturaleza misma de su gestión.

II

Aunque no lo expresara en público, Luder daba por hecho el alejamiento definitivo de Isabel. Y obraba en consecuencia.

Prueba de ello fue que no demoró en borrar de un plumazo a un tercio del gabinete que la Presidente había depositado en sus manos. Así fue como el hasta entonces canciller Ángel Federico Robledo sucedió en el Ministerio del Interior al coronel Vicente Damasco. Tomás Vottero fue a Defensa en lugar del escribano Jorge Garrido. Y Manuel Arauz Castex se convirtió en canciller.

Pero el Doctor en realidad gobernaba con una suerte de gabinete paralelo, integrado por los jefes máximos de las Fuerzas Armadas. El general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Héctor Luis Fautario solían reunirse con él al menos tres veces por semana en el Salón de los Acuerdos de la Casa de Gobierno. Tales cónclaves ni siquiera tenían carácter reservado y, en algunas ocasiones, la Secretaría de Prensa y Difusión hasta repartía fotografías del encuentro acompañadas de una breve gacetilla.

Eso había sucedido el 2 de octubre.

Aquel jueves, en lugar de Emilio Massera —que se encontraba en Puerto Belgrano—, asistió el jefe del Estado Mayor de la Armada, contraalmirante Armando Lambruschini. También estuvo presente el ministro Vottero.

La reunión no tardó en tomar estado público. Al mediodía, Canal Once interrumpió la emisión de *Astroboy* para poner al aire un informe telefónico efectuado desde Balcarce 50 por Roberto Di Sandro.

El veterano periodista, quien ya llevaba veinte años acreditado en la Casa Rosada, señaló que Luder acababa de anunciar a los mandos militares "la creación del Consejo Nacional de Defensa, que tendrá a su cargo la lucha contra la subversión".

Y agregó: "El organismo estará compuesto por el ministro del área y los tres comandantes, bajo directa dependencia del Presidente de la Nación".

Fue significativo que recalcara el final de la frase con una dicción muy despaciosa, como para dejar en claro que no había dicho "la Presidente de la Nación".

Al final del informe, Di Sandro reveló que, a su vez, los uniformados le habían planteado al jefe de Estado algunas inquietudes. "Entre estas —dijo—, la fecha de reasunción de la señora Presidente." Y nuevamente recalcó las tres últimas palabras.

Había en ambas cuestiones una verdad a medias.

En lo que se refiere al Consejo de Defensa, el mandatario no transmitió a los comandantes anuncio alguno, ya que su creación había sido en realidad una iniciativa nacida en el seno de las Fuerzas Armadas; se trataba de un paso decisivo en su inexorable marcha hacia el asalto al poder. Y consistía en presionar al gobierno con el propósito de obtener, en esta etapa de la conspiración, un encuadre legal para desatar la ofensiva contra la guerrilla y las revueltas obreras que se multiplicaban en los cordones industriales de Buenos Aires, Córdoba y Villa Constitución.

En cuanto a Isabel, el trasfondo no era menos sinuoso. Es verdad que durante el encuentro los comandantes habían tocado el tema de su regreso. Y lo hicieron sin expresar ninguna postura al respecto, más allá de la lógica congoja por su salud. Pero no carecían de información sobre ella; como se sabe, sus propias esposas eran quienes la acompañaban en su descanso. Lo cierto es que la incertidumbre corría por cuenta del Presidente Provisional, quien a partir de entonces comenzó a sentirse atrapado en una verdadera comedia de enredos.

No bien se fueron los jefes militares, el Doctor convocó en su despacho al director de la SIDE, contraalmirante Aldo Peyronel.

Ambos hombres intercambiaron trivialidades mientras un mozo les servía café. Luego, como al pasar, Luder preguntó si había alguna novedad sobre los planes de Isabel.

El jefe de inteligencia carraspeó, antes de decir:

—Corren rumores de que la Señora estaría dispuesta a reasumir el 17 de octubre.

La frase fue para Luder como un baldazo de agua fría.

—¿De dónde sacó eso? —quiso saber.

—Lo anduvo diciendo anoche el "Podólogo" —reveló Peyronel, esbozando una sonrisa.

Luder tardó unos segundos en relacionar tal apodo con la figura de Pedro Eladio Vázquez. Se trataba del médico personal de Isabel.

Algunos pensaban que su mote aludía a que ese hombre siempre parecía estar a sus pies. Aunque, en realidad, comenzó a ser llamado así debido a la profesión de su madre: podóloga y estilista, con local

propio en la esquina de Cerviño y Lafinur.

El doctor Vázquez supo tener sus quince minutos de gloria cuando solía posar para las fotos junto a José López Rega, luego de que este lo nombrara secretario de Deportes y Turismo. En la actualidad, era el único personaje vinculado al esotérico ex ministro que aún revoloteaba alrededor de la Presidente. Hasta había quienes insinuaban una relación sentimental entre ellos. De hecho, él se conducía como su embajador ante el resto del mundo.

Desde el 13 de septiembre, no hizo otra cosa que viajar constantemente hacia Ascochinga. Y, durante sus breves regresos a Buenos Aires, se reunía con Lorenzo Miguel y Casildo Herreras.

Tanto el cacique metalúrgico como el titular de la CGT eran por entonces los timoneles del sector verticalista del justicialismo. Y en calidad de tales, reclamaban la inmediata reasunción de Isabel. Por esa razón, ambos habían interrumpido momentáneamente su diálogo con el gobierno interino.

Algo similar ocurría con la propia Isabel: desde el inicio de su licencia, ningún integrante del Poder Ejecutivo había logrado establecer ni siquiera una comunicación telefónica con ella.

El siguiente paso del Doctor fue convocar en su despacho al ministro del Interior. Minutos después, Robledo emergió por la puerta apuntalando su dificultoso andar con un bastón. Al igual que Luder, había nacido en Santa Fe, era abogado y tenía sesenta años. Dentro del Gabinete ese hombre era su espada principal. Y tenía fama de hábil negociador, virtud de la que no era ajeno su fino sentido de la ironía. Sin embargo, durante esa mañana, se notaba en sus pupilas la opacidad de la desesperanza.

Luder pasando por alto dicho detalle, abordó el asunto que lo preocupaba:

—Esa mujer debería quedarse donde está. Usted es la única persona capaz de hacerla entrar en razones.

La respuesta del ministro fue el silencio, pero su cara de lechuza adquirió una expresión de escepticismo. Luder insistió con que él debía reunirse con Isabel para disuadirla de su regreso. O, al menos, para obtener información de primera mano acerca de su salud y sus planes inmediatos. Robledo, sin alterar el rictus, únicamente musitó:

—El problema es que hay que arreglar todo con este muchacho Vázquez.

—¡Hágalo! —fue la orden del Presidente.

Ubicar al médico personal de Isabel no fue una tarea menor. La secretaria privada del ministro recién pudo comunicarse por teléfono con él al caer la noche. Cuando tomó aquella llamada, la presión arterial de Robledo parecía a punto de estallar. Su rostro recién mutó al alivio al percibir el tono cordial y predispuesto del sujeto que estaba en el otro lado de la línea.

Unos minutos después, el titular de la cartera política ingresó nuevamente al despacho presidencial. Esta vez, sonriendo de oreja a oreja. Con lujo de detalles, le transmitió a Luder el diálogo mantenido con Vázquez y también su exitoso resultado: la cita con Isabel fue agendada para el día siguiente en Ascochinga, a donde Robledo llegaría con el mismísimo Vázquez. Los dos habían pactado encontrarse unas horas antes en la capital cordobesa.

El Doctor, indudablemente envalentonado por semejante logro, llamó con urgencia al secretario de Prensa y Difusión, Enrique Olmedo. Y este apuró el anuncio de la inminente reunión.

Aquella noticia fue publicada con gran despliegue en todos los matutinos del 3 de octubre.

Ese viernes, luego de almorzar frugalmente en su despacho, el Presidente Provisional decidió cancelar todas sus audiencias y también dispuso que no le pasaran llamadas. Salvo, claro, la que efectuaría Robledo de un momento a otro desde Córdoba. Eran las 16 y Luder ya imaginaba a su emisario reunido con Isabel en Ascochinga. En ese instante, sonó el teléfono.

Y él, con una ansiedad casi canina, se abalanzó sobre el aparato.

La voz del ministro brotó de un modo entrecortado y chirriante, como si hablara desde un teléfono de Pekín.

—¿Cómo dice? —gritó Luder, con desesperación.

De pronto, las palabras del otro se tornaron nítidas:

—No pude ver a la Señora. El Podólogo me dejó sencillamente plantado.

El Presidente enmudeció, mientras sus dedos apretaban el auricular como si se tratara del cuello de un enemigo.

El asunto no tardó en desatar una oleada de declaraciones cruzadas.

La cúpula sindical, por medio de Lorenzo Miguel, se apuró en difundir su posición mediante un comunicado ideado casi como un axioma: “No hay peronismo sin Perón y Perón es Isabel”. En las antípodas, el gobernador bonaerense Victorio Calabró, cuyo alineamiento con la Presidente ya era cosa del pasado, apeló a un argumento profético: “Sin un gobierno fuerte no habrá elecciones en 1977”. Y el carismático líder de la Unión Cívica Radical, Ricardo Balbín —que en privado se mostraba partidario de otorgar carácter definitivo al interinato de Luder—, propuso adelantar las elecciones para el año siguiente. En cambio, las Fuerzas Armadas sorprendieron con su neutralidad al expresar que ellas eran “prescindentes en materia política, sin ejercer presiones de ningún tipo”.

Pocos comprendían entonces que se trataba de una estrategia tendiente a ganar tiempo, apostando al desgaste del gobierno.

Y, por cierto, Luder no se encontraba entre ellos.

En medio de tales circunstancias se produjo el ataque en Formosa. Así se completó el cuadro con el cual el Presidente Provisional tendría que lidiar en ese lunes de octubre.

III

Exactamente a las 8.15, Luder descendió del Fairlane negro para entrar a la Casa Rosada por la explanada de la calle Rivadavia. Lo hizo acompañado por un pequeño séquito de guardaespaldas. Estos quedaron en el Salón de los Bustos, mientras él subía hasta el primer piso.

En la antesala de su despacho lo esperaba el ministro Vottero.

Aquel hombre, un ex directivo del Banco de Italia que había incursionado en la función pública durante el primer gobierno peronista, mantenía una estrecha amistad con Robledo, quien había recomendado su nombramiento ministerial. En realidad, el Doctor pretendía en el cargo a un especialista en la materia que, además, tuviera una excelente llegada a la cúpula militar. Pero ante la inexistencia de un candidato con dichas características, terminó orientando su búsqueda hacia alguien que, sencillamente, cumpliera con el segundo requisito. Y Vottero tenía justo ese perfil. En parte, por su vínculo con el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Roberto Eduardo Viola, con quien compartía misas, salidas familiares y algunos negocios.

Esa mañana, Luder advirtió en el semblante del ministro una mezcla de pesadumbre e indignación, motivada, sin duda, por el ataque guerrillero de la víspera. Vottero también mostraba huellas de cansancio, ya que había estado hasta la madrugada con el general Videla en el Edificio Libertador. Ahora, con una dicción monótona, le transmitía al Presidente Provisional la síntesis de aquel encuentro. Y destacó que lo ocurrido en Formosa no había generado —según su parecer— ninguna animosidad por parte de las Fuerzas Armadas hacia el gobierno constitucional, aunque, como es lógico, estas se mostraban sumamente interesadas en adelantar la puesta en marcha del Consejo Nacional de Defensa. Por último, dijo que los comandantes en jefe llegarían a la Casa Rosada en cualquier momento. Y agregó:

—Sería del agrado de ellos mantener una reunión con el gabinete en pleno.

Luder asintió con un leve cabeceo.

En paralelo, los granaderos apostados sobre el portón de la calle Balcarce vieron salir a un hombre rubicundo que lucía anteojos con un grueso marco de carey. Era Vázquez, quien acababa de efectuar una sorpresiva visita al ministro del Interior.

Pocos minutos después, Robledo irrumpió en el despacho presidencial.

—La Señora decidió reasumir el 17 de octubre —dijo, casi a boca de jarro, antes de dejarse caer en un sillón.

El Doctor, simplemente, enarcó las cejas. Vottero, en cambio, maldijo por lo bajo y, luego, sugirió:

—Aún estamos a tiempo de evitarlo.

La respuesta de Luder fue seca y contundente:

—No voy a ser yo el que traicione a la viuda de Perón, porque estas cosas marcan.

Pero, como si de pronto se hubiera arrepentido, aclaró:

—Sólo quise decir que por ahora sería apresurado tomar una decisión al respecto.

Los dos ministros, entonces, se mostraron satisfechos con la ambigüedad del concepto. Y se retiraron.

Eran las 10.15 cuando Luder oficializó en el Salón de los Acuerdos el anuncio transmitido por el médico personal de Isabel. Y lo hizo con una deliberada economía en el lenguaje para después incurrir en un silencio no menos deliberado; pretendía calibrar así la reacción de los presentes.

En torno a una inmensa mesa de estilo victoriano había ocho ministros, cuatro secretarios de Estado, los comandantes de las Fuerzas Armadas y el jefe del Estado Mayor del Ejército. Entre los primeros se

oyó un creciente murmullo, mientras los uniformados asimilaban la noticia con indiferencia.

Lo cierto es que ellos ya estaban al tanto del asunto.

En realidad, se habían enterado con tres días de antelación. Y por boca de Raquel Hartrige de Videla, quien telefoneó a su esposo desde Ascochinga durante la tarde del viernes, cuando Robledo aguardaba infructuosamente a Vázquez en la ciudad de Córdoba. Como si fuera poco, un grupo operativo del Batallón 601 había montado un riguroso seguimiento sobre el ministro y otro sobre el Podólogo; sus líneas telefónicas estaban intervenidas, así como también las del Presidente Provisional, en cuyo despacho, además, fue instalado un juego de micrófonos. Por último, tras su encuentro con Luder, el ministro Vottero —quien en la Casa Rosada se había convertido en una especie de "garganta profunda" al servicio de las Fuerzas Armadas— llamó presurosamente a Viola para anticiparle la novedad.

El Presidente Provisional ahora disimulaba su gran asombro al advertir el desinterés de los jefes militares ante el inminente final de su interinato.

Desde luego, ignoraba el enorme regocijo de estos ante el retorno de la viuda. Ocurre que los comandantes pretendían que Isabel no dejara el sillón de Rivadavia aunque estuviera desangrándose en su peor agonía. En ello había un doble propósito: socavar la paciencia de una sociedad exhausta, casi vencida, que comenzaba a reclamar un orden ciego e inmediato y, por otro lado, mantener la ficción de la imparcialidad castrense ante una crisis institucional sin precedentes. Esto último, claro, a cambio del control total sobre la llamada "lucha antisubversiva".

Ese era el punto central en la agenda de aquella cumbre.

El general Videla, quien permanecía ubicado a la derecha del Presidente Provisional, miró su reloj moviéndose con incomodidad sobre el asiento.

Y el general Viola habló por él:

—El señor comandante tiene que viajar a Formosa y su avión sale en dos horas.

Videla, como disculpándose, acotó:

—Debo dar allí mis condolencias a los familiares de los soldados muertos.

—¡Qué desgracia la de estos muchachos! —se le escuchó decir, meneando suavemente la cabeza, al ministro de Economía, Antonio Cafiero.

Semejante bocadillo fue el disparador para que Vottero, indudablemente sensibilizado, pronunciara una frase que haría historia:

—A los extremistas hay que matarlos y perseguirlos como ratas.

—Mejor sería primero perseguirlos y luego matarlos —corrigió el ministro de Trabajo, Carlos Ruckauf, en tono de broma.

Nadie festejó la humorada; por el contrario, bajo el techo de aquel salón comenzó a flotar un espeso silencio.

Al cabo de unos segundos, Videla consultó nuevamente su reloj, antes de tomar la palabra. Su voz carecía de matices. Pero reemplazaba aquel vacío con ademanes secos y elocuentes.

Primero se refirió a “la vocación democrática de las Fuerzas Armadas”, haciendo hincapié en “su compromiso irrenunciable de garantizar el libre juego de las instituciones”. Luego, se lanzó de lleno al análisis del “flagelo terrorista”, apelando a una metáfora oncológica: “La subversión es un tumor maligno que debe ser extirpado con los métodos e instrumentos que fueran necesarios”.

En la última parte de este concepto, justamente, se encontraba la clave de su intervención, la cual, con la mirada puesta en el jefe de Estado, concluyó con la siguiente frase:

—No existe otra alternativa, señor Presidente, que extender el Operativo Independencia a todo el país.

La mirada de Luder se cruzó con la suya.

El jefe del Ejército se había referido a la represión contra la guerrilla rural del ERP en Tucumán.

Esa campaña tuvo para los militares argentinos el mismo significado que para la Luftwaffe el bombardeo a Guernica: ser una prueba piloto. Por otro lado, era la primera vez desde el 25 de mayo de 1973 —cuando Héctor José Cámpora asumió la presidencia— que las Fuerzas Armadas eran convocadas en un conflicto interno.

El asunto había sido cuidadosamente tejido a fines de 1974 por el propio Videla desde la jefatura del Estado Mayor, contando nada menos que con el apoyo político del senador Luder. Su llave fue el decreto “S” (secreto) 261, firmado el 5 de febrero de 1975 por Isabel y sus ministros, a los efectos de “neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la citada provincia”.

En aquella oportunidad, el uso del verbo “aniquilar” no provocó ninguna disputa semántica entre los funcionarios firmantes. Estos, desde luego, no ignoraban el cariz de las operaciones que desarrollarían allí unos cuatro mil efectivos pertenecientes a la Quinta Brigada de Infantería, al mando del general Acdel Edgardo Vilas. Así fue como el Ejército pasó a detentar el poder absoluto sobre una tercera parte del territorio tucumano. De la noche a la mañana, el Jardín de la República se había convertido en el laboratorio del terrorismo de Estado.

El general Vilas no era lo que se dice un estratega sino un oscuro oficial de Infantería sin otro mérito que el de tener una inquebrantable vinculación con la ultraderecha sindical. Y su plan operativo consistió en aislar al foco insurgente —la Compañía de Monte “Ramón Rosa Jiménez”, integrada por unos noventa combatientes— cortando sus vías de abastecimiento mediante virulentas incursiones sobre sus presuntas bases de apoyo: las localidades asentadas en las cercanías de los campamentos guerrilleros.

En aquella lucha se había privilegiado el rol de la inteligencia militar. En consecuencia, las batallas decisivas se libraban en los interrogatorios a los pobladores y prisioneros del ERP. Fue así, al punto de que Vilas dejaría su huella en la Historia por haber inaugurado los primeros catorce centros clandestinos de detención en Argentina. El más famoso fue la “Escuelita de Famaillá”, un inframundo por el cual pasaron —sólo en los primeros siete meses— unas mil quinientas personas.

De ello, incluso, se jactaría el propio Vilas ante el ministro Vottero, en un viaje relámpago efectuado por este a Tucumán a fines de septiembre.

Al interesarse el funcionario sobre las limitaciones legales del asunto, el militar fue sincero:

—Acá se clasifican a los prisioneros por su peligrosidad; únicamente los más inofensivos son los que le llegan al juez.

El ministro, entonces, dio por saciada su inquietud, y pasó a otro tema.

Es probable que Vottero haya recordado aquella frase durante el cónclave de ese lunes, cuando Videla propuso ampliar el Operativo Independencia a todo el territorio nacional.

La mirada del Presidente Provisional seguía clavada sobre la enjuta figura del jefe del Ejército. Pero los ojos de este ahora apuntaban hacia un punto indefinido del espacio. Y otra vez un murmullo comenzaba a elevarse por encima de los presentes.

En ese instante, Cafiero se permitió una objeción:

—La realidad del país, general, tiene algunas diferencias con respecto a lo que pasa en Tucumán.

Videla lo fulminó con una mirada poco amigable, y dijo:

—Doctor, hay un denominador común: esta es una guerra de inteligencia, con todas las particularidades que ello acarrea.

Aunque no lo haya aclarado debidamente, las “particularidades” aludidas se referían —tal como ya se hacía en el monte tucumano— al uso intensivo de la inteligencia a partir de informaciones arrancadas mediante la tortura. Esa sería, precisamente, la columna vertebral de las operaciones militares. Y para ello era preciso armar un ejército secreto, integrado por oficiales y suboficiales organizados como pequeñas células terroristas, con identidades ocultas, autos no identificables, centros clandestinos de detención y mandos paralelos.

La idea no era suya sino que había sido tomada del modelo aplicado por los paracaidistas franceses en las guerras coloniales de Indochina y Argelia.

Con fervor académico, sus creadores no tardaron en transmitir los trucos de aquella metodología a las fuerzas armadas de algunos países del Tercer Mundo, incluso antes de aleccionar a los oficiales norteamericanos que irían a Vietnam. Así fue como —ya en la segunda mitad de los años cincuenta— sus primeros alumnos fueron precisamente los militares argentinos.

Entre ellos, el general Alcides López Aufranc, quien llegó a encabezar el Estado Mayor del Ejército en el gobierno del general Lanusse. “El Zorro de Magdalena” —como afectuosamente lo llamaban sus camaradas de armas— había sido seleccionado para aprender los secretos de la doctrina francesa en la Escuela de Guerra de París. Y el aspecto más atractivo del curso era un mes de práctica en las escarpadas calles de Argel, donde desaparecieron más de tres mil personas.

Por aquella misma época se instaló en Buenos Aires una misión militar compuesta por instructores del ejército francés, que permanecería en el país hasta entrada la década del 60, y que, hasta el momento de su partida, amaestró a varias promociones de oficiales argentinos en el arte de socavar estructuras revolucionarias a través del tormento y las ejecuciones masivas. Y no sin cuadricular el escenario de las operaciones en zonas, subzonas y áreas de seguridad, tal como lo harían sus discípulos dieciocho años más tarde.

Lo cierto es que tanto Videla como Viola no fueron incluidos en dicho intercambio cultural. Sin embargo, ellos perfeccionarían sus conocimientos en la famosa Escuela de las Américas, el bastión pedagógico para futuros dictadores que el Pentágono había instalado en el Canal de Panamá. Por sus aulas —desde 1960— pasaron otros tres mil seiscientos militares argentinos.

Ahora, en la turbulenta primavera de 1975, ambos generales estaban a punto de llevar a la práctica aquellas enseñanzas.

A la vez, ya paladeaban en secreto su inminente salto hacia la cúspide del poder, al igual que el almirante Emilio Massera. Este era el otro gran protagonista de la conspiración.

Su carácter entrador había fascinado al mismísimo Juan Domingo Perón, quien a fines de 1973 dio el visto bueno para su nombramiento como jefe máximo de la Armada. En ese momento, el marino aún no había cumplido cincuenta años y su designación les costó la cabeza a siete jefes navales de mayor jerarquía, ya que el "Negro" —como lo llamaban sus compañeros de promoción— apenas ostentaba el grado de contraalmirante. Al morir el viejo caudillo, Massera tejió una alianza táctica con López Rega y, tras romper con él, simuló su apoyo incondicional a Isabel. Sostuvo esa fachada sólo unas semanas, hasta que su alineamiento con Videla y Viola comenzó a ser inocultable. Pero mantenía con ellos una vidriosa relación, alimentada por el desprecio y la rivalidad.

Claro que dichas desavenencias no eran dirimidas en público.

Y menos aún durante la reunión de ese lunes en la Casa Rosada, donde el almirante simuló una exagerada consideración hacia los conceptos que iba desgranando el jefe del Ejército. Tal vez en aquel momento pensara que Videla "carecía de talento, carisma y capacidad de liderazgo", tal como él solía asegurarlo entre sus allegados.

De hecho, la imagen ascética y sombría de Videla resultaba inescrutable hasta para sus propios camaradas.

Massera lo seguía observando con mucha deferencia, mientras el general, con el cuello estirado hasta lo imposible, redondeaba sus dichos:

—Los extremistas apuestan a su crecimiento geométrico. Nuestra misión, señor Presidente, es abortar precisamente eso.

Luder parecía impresionado, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos llevaría la pacificación nacional tal como usted la plantea?

En ese instante, el rostro crispado de Videla se disolvió en una inesperada sonrisa, retaceando así la respuesta.

Su silencio enervó la ansiedad de los presentes.

Obraba tal como días antes le había aconsejado el general retirado Hugo Miatello, quien fue jefe de la SIDE durante el gobierno de Lanusse. Se trataba de un brillante oficial de inteligencia, especializado en acciones psicológicas. Su influencia sobre Videla era notable; de hecho, era su único amigo. Y desde ese vínculo, se había convertido en una suerte de arquitecto oficioso del golpe militar.

Ya transcurridos unos segundos, el general se acodó sobre la mesa. Y con la actitud de un médico que recomienda un tratamiento doloroso, dijo:

—Voy a ser franco: hay cuatro opciones. Pero yo me inclinaría por una en particular. Y en un año y medio se acabó el problema.

Y agitó un brazo como para espantar a una mosca imaginaria; entonces, prosiguió:

—Podríamos aplicar un plan de operaciones tipo Honduras o Nicaragua. Pero, claro, estamos hablando de algo que va para largo. No sé hasta qué punto eso nos conviene.

Aludía a una estrategia bélica ideada para sofocar focos revolucionarios de carácter rural en zonas montañosas, con réplicas insurreccionales en las ciudades.

También expuso otras dos alternativas más intensas: el modelo empleado por el general Hugo Banzer en Bolivia y el de Augusto Pinochet en Chile. Aunque, a su gusto, estos tampoco eran muy eficaces.

El primero —ya diezmado el foco guevarista— consistía en la persecución ciega y desordenada de opositores. Y el segundo era un lujo que —según su parecer— ellos no podían darse: consumar operaciones “antisubversivas” que incluían hasta fusilamientos sumarios, amparados por la legitimidad de un estado de guerra regido por códigos militares.

De modo que no dudó en inclinarse por la cuarta opción. Su metodología: atacar masivamente al enemigo en todo terreno y con recursos ilimitados.

Luego, con un aire piadoso, aseguró:

—Sería la variante más funcional. Además, tiene una enorme ventaja: es la más benévola.

—¿En qué sentido? —quiso saber el Presidente.

—Vea, no lo quiero engañar; esto va traer abusos y algún que otro error, usted sabe. Pero, de todos modos, habría un menor costo en vidas humanas que en un conflicto prolongado.

Luder, finalmente, manifestó su aceptación sacudiendo la cara de arriba abajo, en medio de un tenue parpadeo.

Y Videla esbozó otra sonrisa.

Quizás en aquel momento se haya visto a sí mismo en una ya remota mañana de 1973 efectuando su ronda de despedida por el Colegio Militar en su calidad de director; días antes había sido ascendido a general y estaba por asumir la subcomandancia del Primer Cuerpo. En esas circunstancias entró en un aula.

Allí, un instructor dialogaba con cadetes de tercer año sobre el “problema de la subversión”. Y él se interesó por el asunto.

—¿De qué hablaban? —preguntó, como para romper el hielo.

Los alumnos se lo explicaron. Y uno sintetizó la posición del grupo:

—Pensamos que a los extremistas hay que eliminarlos sin miramientos.

El instructor también dijo lo suyo:

—No comparto esa idea, mi general. Habría que instrumentar tribunales militares con capacidad para

dictar la pena de muerte.

Su nombre era Ricardo Brinzoni y por entonces tenía grado de teniente.

Videla lo miró y, simplemente, dijo:

—Yo no estoy en desacuerdo con los cadetes de tercer año.

Y siguió su camino.

Tal vez, al evocar el episodio, el general haya caído en la cuenta de que esos jóvenes ya eran subtenientes. Y que algunos participarían activamente en la represión ilegal.

Serían las 11.30 cuando Luder, luego de cavilar por un momento sobre lo pactado, propuso una especie de cuarto intermedio para darle forma a los decretos correspondientes.

Sin embargo, para su sorpresa, el ministro Vottero le extendió unos folios prolijamente mecanografiados, y dijo:

—Tome, señor Presidente; es un borrador de los decretos.

El asombro se diseminó al resto del Gabinete.

Nadie sabía que la semana anterior —cuando aún no se había producido el ataque al regimiento de Formosa— el ministro de Defensa había visitado el Edificio Libertador en dos ocasiones.

Allí, además de los tres comandantes, estaba el jefe del Estado Mayor del Ejército y el general Carlos Dalla Tea. Estos últimos, junto con Videla, no tardaron en recalcar la necesidad de iniciar un plan represivo cuanto antes.

Dada la inminencia de la incursión montonera, aquel encuentro no pudo ser más oportuno, a lo que se sumaba la presencia del alto oficial amigo de Rodolfo Galimberti. ¿Ambas circunstancias tornan posible la hipótesis de que las Fuerzas Armadas estuvieran al tanto del copamiento?

Todo indica que no, en el sentido literal.

Ya se sabe que la inteligencia del Ejército ignoraba la fecha y el objetivo del ataque, aunque —por el “filtro” José Luis Aspiazú— estuvo al tanto de que había algo muy grande en marcha. En consecuencia, la pregunta seguía siendo: ¿Acaso los militares tenían un interés especial en que ese “algo” se produjera?

Todo indica que sí. Y que el borrador de los decretos haya sido preparado con el propósito de imponer su legalización no bien la guerrilla cometiera un acontecimiento de envergadura.

Eso ocurrió el 5 de octubre; es decir, apenas cuatro días después de que se hablara por primera vez sobre los decretos de aniquilamiento.

En esa oportunidad, el tema derivó en un conflicto lingüístico. Porque el encuentro culminó tras la elaboración de un texto tentativo que no incluía la palabra “aniquilar”. Había prevalecido la postura del brigadier Héctor Fautario, el más moderado de los presentes. No obstante, aquel epílogo no convenció a sus pares, por los que se fijó una segunda reunión en la que nuevamente se discutiría el asunto. Y ahí quedó sellada a fuego esa palabra. Fautario insistió con su postura y propuso un sinónimo menos letal. Pero Videla se opuso con un argumento atendible:

—La palabra “aniquilar” figura en el reglamento del Ejército.

En sus labios, claro, ese verbo no significaba “acabar con la voluntad de combatir del enemigo” sino que aludía, sencillamente, al exterminio.

Desconcertado, Fautario se volteó hacia Massera, y sólo atinó a decir:

—¿Qué va a hacer la Armada al respecto?

El almirante se encogió de hombros, y contestó:

—La Armada, señor brigadier, va a intervenir con tropas de infantería.

Tras lo cual, con tono desafiante, preguntó:

—¿Y la Fuerza Aérea?

La respuesta de Fautario, ya en franca desventaja, fue:

—Nosotros únicamente vamos a colaborar con los medios de transporte y la seguridad en los aeropuertos. Siempre y cuando, claro, el Ejército aporte los fondos. Nada más.

El brigadier acababa de dar un paso al vacío; su permanencia en la cúpula militar tendría a partir de entonces los días contados.

El texto aprobado fue el que Vottero le entregó a Luder.

Ya pasado el mediodía del lunes, ese borrador fue volcado a unas hojas con membrete del Poder Ejecutivo Nacional, antes de ser firmado por cada uno de sus integrantes.

Así nacieron los famosos decretos 2770 y 2771.

El primero dispuso la creación del Consejo de Seguridad Interna, el cual estaría integrado por el Presidente, sus ministros y los comandantes de las Fuerzas Armadas, a los fines de “reestablecer la paz y la tranquilidad del país”.

El segundo delegaba en las Fuerzas Armadas —bajo el comando superior del Presidente y ejercido a través del Consejo Nacional de Defensa— la ejecución de “las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país”.

La letra chica de la flamante disposición a su vez establecía que la Policía Federal, la Prefectura, la Gendarmería, la SIDE, el Servicio Penitenciario y la Secretaría de Prensa y Difusión quedaran “funcionalmente afectados al Consejo de Defensa”. Y en las provincias, sus gobiernos debían proveer “los medios policiales y penitenciarios que les sean requeridos por el citado Consejo”.

De ese modo, toda la estructura represiva del Estado pasaba a manos de la cúpula militar. Y, para colmo, bajo una fina cáscara de legalidad, ya que Isabel —o en su defecto, Luder— debía encabezar el asunto de una manera puramente protocolar.

Aquellas frases escritas a máquina también fueron un tiro de gracia para el orden constitucional, cuyo margen quedó irremediablemente acotado por el filo de las bayonetas.

Durante una interminable media hora, esas dos hojas fueron pasando por las manos de todos los ministros. Y estos iban estampando sus rúbricas con la actitud de quien firma un contrato de locación.

El último en hacerlo fue el ministro de Educación, Pedro Arrighi, ante la atenta mirada del general

Viola.

Al concluir dicho trámite, el almirante Massera se levantó de su asiento para estrechar la mano de Luder.

—Lo felicito, señor Presidente. No tenga ninguna duda de que hemos dado un paso histórico —le dijo, a modo de despedida.

Y se acomodó el capote naval, antes de enfilar hacia la puerta.

Viola se fue tras él.

Fautario se había retirado poco antes.

Y Videla ya se encontraba en camino hacia la base aérea de El Palomar, a bordo de un Falcon verde escoltado por otros cuatro vehículos desde cuyas ventanillas asomaban pistolas y caños de fusil.

Tal vez en su mirada brillara la certeza de que, a partir de ese momento, el poder había pasado sin escalas de la Casa Rosada al Edificio Libertador.

Y según su idea, para siempre.

Unos minutos después, el Presidente Provisional convocó nuevamente en su despacho al ministro Robledo. Y no sólo con el propósito de evaluar con él la coyuntura que se avecinaba.

A pesar de que sus atribuciones habían quedado reducidas a un espacio patéticamente nominal, Luder seguía masticando la posibilidad de revertir el carácter interino de su gestión.

Prueba de ello fue que al día siguiente el Doctor partió con premura hacia Ascochinga, donde —para su propia extrañeza— fue recibido sin ningún inconveniente por Isabel.

Fuentes oficiales dejaron trascender entonces que sólo se trataba de “una visita de cortesía”. En realidad, Luder tenía la intención de sugerirle a la viuda la conveniencia de prolongar su descanso en Córdoba hasta su total recuperación. Todo indica que no llegó a concretar su cometido.

Tras saludarla con un fuerte apretón de manos, le dijo:

—¿Cómo se siente, Señora?

Y ella, simplemente, respondió:

—Siento asco.

CAPÍTULO TRES

EL MINISTERIO DEL MIEDO

El edificio ubicado en Viamonte y Callao no era una joya arquitectónica. Se trataba de una antigua construcción de nueve pisos con un ligero toque neoclásico. Sin embargo, a lo largo del tiempo había mutado hacia un estilo decididamente gótico, tal vez en virtud de la atmósfera ominosa que flotaba a su alrededor. Todas sus ventanas permanecían invariablemente cerradas con postigos metálicos pintados de verde oscuro; de ese mismo color eran las chapas blindadas que tapizaban el frente de la planta baja, al igual que el portón y la garita de la esquina. No había carteles ni placas que indicaran la verdadera naturaleza del lugar. Se sabía que en su sótano, diecinueve años antes, había estado secuestrado el féretro que contenía los restos de Evita. Y se daban por ciertas otras historias no menos truculentas. Era el cuartel general del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE), también conocido como Batallón 601 de Inteligencia.

En la mañana del viernes 17 de octubre de 1975, el canillita del kiosco de enfrente advirtió la llegada de un Falcon gris con ventanillas polarizadas. Y con disimulo, clavó la mirada en ese punto. Un muchacho se le acercó para comprar *El Gráfico*, y él dio el vuelto sin sacar la vista del vehículo; luego vendió un ejemplar de *La Opinión* observando de soslayo cómo uno de sus ocupantes bajaba de la cabina. Este lucía anteojos espejados y de una mano le colgaba un portafolio. Rápidamente se perdió tras el portón del edificio.

Sin despojarse de sus anteojos, a pesar de la tenue luz del recibidor, el recién llegado sólo declamó un apellido y su condición de capitán. Ratificó ambos datos con una credencial. Un guardia comparó la foto con su rostro, antes de efectuar una anotación en el cuaderno de ingresos.

El visitante, entonces, explicó la razón de su presencia:

—Traigo un sobre para el coronel Valín.

—Déjelo acá. Nosotros se lo haremos llegar.

Pero el otro meneó la cabeza.

—De ninguna manera. Vengo de parte del general Videla y tengo órdenes de entregar esto en mano, ¿entiende?

El guardia entendió. Y más aún al advertir en la encomienda un enorme sello en el que, simplemente,

decía: “Estrictamente reservado”.

Pero no llegó a exteriorizar su comprensión al respecto, porque el capitán ya se había largado hacia uno de los ascensores ubicados a la derecha del hall. Conocía el camino.

Quince minutos después, el canillita lo vio salir del edificio para treparse al Falcon, que enfiló raudamente por Callao. Recién entonces bajó los ojos hacia la revista que simulaba leer.

En realidad, él también era un agente de la casa.

En ese mismo momento, el coronel Alberto Alfredo Valín abría el sobre que acababa de recibir. Su contenido le causó un ramalazo de ansiedad.

Era nada menos que una de las veinticuatro copias de la ultrasecreta “Directiva del Comandante General del Ejército N° 404/75”, la cual en la jerga castrense pasaría a la posteridad como “La Peugeot”. Su objetivo era poner en práctica “las acciones previstas por el Consejo de Defensa”, en una clara alusión a los recientes decretos de aniquilamiento firmados por el Presidente Provisional y su gabinete.

El jefe del SIE se entregó con fruición a la lectura de ese puñado de hojas torpemente mecanografiadas quizá por el mismísimo general Videla. Y no tardó en comprender que su buena estrella lo estaba iluminando. A medida que devoraba el texto fue sintiendo un creciente orgullo por haber sido uno de los pocos destinatarios de aquel plan elaborado y distribuido en el mayor de los sigilos. Pero no menor era su satisfacción ante la enorme importancia que el instructivo le otorgaba a las “actividades de inteligencia” en el nuevo esquema represivo.

Según el paper, el Ejército reservaba para sí “la responsabilidad primaria en la lucha contra la subversión”. Y su sistema nervioso sería justamente el Batallón 601, como órgano ejecutivo de la Jefatura II de Inteligencia, que reportaba directamente al Estado Mayor.

La estructura comandada por el coronel Valín tendría bajo su control a otros servicios de espionaje, convirtiéndose así en el receptáculo de todo lo que pasara en el país. Y funcionaría como correa de transmisión entre los grupos de tareas, los centros de tortura y las más altas autoridades militares. El papel rector de esa unidad estaba resumido en sólo siete palabras: “Sin inteligencia no se podrán ejecutar operaciones”.

El coronel subrayó la frase con un resaltador amarillo, antes de pasar al siguiente párrafo.

Allí se especificaban los plazos del exterminio; el cronograma producido en el Edificio Libertador había fijado una meta de apenas doce meses para concretar “la pulverización del accionar subversivo” y otros tantos para “aniquilar los elementos residuales”. Pero subordinaba semejante propósito al estricto cumplimiento de una premisa: “No se debe actuar por reacción sino asumir la iniciativa de la acción”.

En este punto, el coronel apeló nuevamente al resaltador.

Y luego se topó con un asterisco que lo condujo hacia el “Anexo Uno”, subtitulado: “Situación del Enemigo”.

Su contenido no tenía desperdicios; allí se exponía con minuciosidad una visión ciertamente alarmada

sobre la Guerra Fría, en la que la URSS, junto con la República Popular China y la Cuarta Internacional, conspiraba para imponer el siguiente plan: "Apropiarse de la población mundial a través del control de su psiquis". Y con una estrategia perturbadora: "Conquistar Asia y después África, para así acceder al Atlántico y hacer imposible la defensa de Europa y América Latina. Ante esta situación —siempre según la letra de la Directiva 404/75—, Estados Unidos caería ante la sola amenaza nuclear".

En tal puja psíquico-política, el rol de Argentina era crucial. Al punto de que dicha hipótesis de conflicto fue clasificada en aquellos folios con la sigla "GSM (Guerra Subversiva Marxista)". Y según datos del Ejército, su aplicación se encontraba "cuantitativa y cualitativamente en manos de las organizaciones ERP y Montoneros". Pero aquel liderazgo, más allá de lo militar, se extendía a través de "estructuras reivindicativas encubiertas" y otras "de tipo político-legal", lo que significaba un amplio arco de partidos, agrupaciones y sindicatos vinculados entre sí por los hilos invisibles de la "subversión". Hacia todos sus miembros y simpatizantes también apuntaba la orden de combate.

Tras guardar el documento en una carpeta de cartulina, el coronel dibujó en la carátula unas letras con caligrafía casi infantil. Acompañaba la acción asomando la lengua por un extremo de la boca. Después retrocedió para apreciar la inscripción; en ella se leía: "Prioridad Alfa".

Así era él; se tomaba a pecho hasta los más mínimos detalles.

Fue precisamente ese temperamento puntilloso lo que hizo de Valín una figura clave del espionaje castrense. Y eso a pesar de haber iniciado su carrera como oficial de Artillería.

Lo cierto es que en enero de 1973 accedió a la jefatura de la Escuela de Inteligencia del Ejército y en octubre del año siguiente fue puesto al frente del Batallón 601. Su proeza consistió en haber sobrevivido a dos cambios de cúpula —la de los generales Leandro Anaya y Alberto Numa Laplane— sin sufrir un solo rasguño. Ahora todo parecía indicar que contaba con el beneplácito del general Videla. Al menos, la Directiva 404/75 daba cuenta de ello.

Aquel viernes permaneció hasta después del mediodía en su escritorio, meditando sobre cómo poner en práctica tales instrucciones. Luego alargó un brazo hacia el teléfono para discar un número interno; entonces, oyó la voz del coronel José Osvaldo Riveiro, a quien sus pares llamaban "Balita". Era el subjefe del SIE.

Y la llamada lo había tomado por sorpresa. Por unos segundos se quedó con el auricular pegado al oído. Finalmente, dijo:

—De acuerdo, jefe; voy para allá.

Pronunció esas palabras mirando con resignación el vaso de whisky que se acababa de servir.

El hombre sentado frente a él se encogió de hombros.

Este solía presentarse como gerente de un banco chileno. En realidad, era el encargado de la estación local de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), la temida policía secreta de Augusto Pinochet. Y se hacía llamar Luis Alamparte. Su verdadero nombre: Enrique Arancibia Clavel.

Balita lo había conocido en septiembre de 1974, cuando el otro preparaba en Buenos Aires el atentado

que le costó la vida al matrimonio formado por el general chileno Carlos Prats y Sofía Curthbert. En tal oportunidad, el SIE brindó apoyo logístico a los colegas trasandinos.

De hecho, Riveiro era el responsable de las relaciones internacionales del Batallón 601. Cinco semanas antes viajó con Arancibia Clavel a Santiago de Chile como invitado a una reunión preliminar del Plan Cóndor. La idea era coordinar operaciones conjuntas entre los militares del Cono Sur contra guerrilleros, activistas y simples opositores.

En tales menesteres estaban ambos hombres esa mañana.

La DINA había detectado en Buenos Aires la presencia de Jean Claudet Fernández, un cuadro del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) de Chile que había llegado clandestinamente desde Francia, su actual país de residencia.

—Está alojado en un departamento de Barrio Norte —dijo Arancibia.

Apoyaba sus palabras en un parte de inteligencia que extendió hacia su interlocutor. Balita mostró sorpresa, pero sus ojos delataban que algo sabía del asunto.

El agente de la DINA quería secuestrarlo de inmediato.

El militar argentino, en cambio, se mostraba partidario de no interrumpir el seguimiento para así identificar a sus posibles contactos.

Pero el otro insistía. Su voz irritaba al coronel aún más que sus modales afeminados. Fue entonces cuando Balita se sirvió aquel whisky.

Y también, cuando atendió la llamada de Valín.

—Voy para allá ahora mismo —repitió con tono enérgico, en parte para dar por terminado aquel encuentro.

Y liquidó el whisky de un trago.

La emboscada contra el militante del MIR fue finalmente fijada para la semana entrante.

Segundos después, Riveiro se encaminó hacia al despacho del jefe.

Valín, a modo de bienvenida, sólo señaló una silla. Y siguió jugueteando con el seguro de la pistola cromada que sostenía entre los dedos; era una Pietro Beretta con cachas de nogal. Luego estiró el brazo, como apuntando hacia un enemigo invisible, y dijo:

—Pensar que con esta le vacié un cargador a Santucho. Pero de apurado nomás no le pude pegar ni un solo tiro.

No era la primera vez que Balita escuchaba esa anécdota; además sabía que la misma escena jamás había ocurrido. Sin embargo, fingió asombro.

Pero también aprovechó la ocasión para mencionar el asunto referido al guerrillero chileno.

Valín estuvo de acuerdo con tenerlo en observación durante unos días. Y luego, abordó el gran tema con tono marcial:

—A partir de este momento nos consideramos en operaciones.

Remató la frase palmeando el documento enviado por Videla. El asombro de Balita ahora era genuino.

Entonces Valín se abocó a la ampliación de ese anuncio. Pero sin mostrar el texto en el que basaba sus dichos. Sólo repetía de memoria alguna de las frases que había subrayado para después añadir sus ideas al respecto. Balita también fue aportando lo suyo.

Pero algo los distrajo.

Desde la calle comenzó a filtrarse un griterío mezclado con redoblantes y bombos. Era una tumultuosa columna de la Juventud Sindical Peronista —el grupo de choque de las 62 Organizaciones—, encabezada por su líder, Julio Yessi. Los manifestantes iban hacia la Plaza de Mayo para celebrar el Día de la Lealtad y en apoyo a la viuda de Perón, quien acababa de reasumir la presidencia. Y lo hacían vociferando con entusiasmo un estribillo: "¡Si la tocan a Isabel, habrá guerra sin cuartel!".

Lo cierto es que esa guerra estaba a punto de estallar.

II

A esa misma hora, el elegante Hotel Casino Carrasco, situado a dieciséis kilómetros de la ciudad de Montevideo, parecía una fortaleza militar; en sus alrededores había un dispositivo que incluía carros de asalto, tanques y tropas armadas con fusiles automáticos. Ningún civil podía acercarse. Y en ello había una razón de peso: allí se desarrollaba la XI Conferencia de los Ejércitos Americanos, cuyo tema central era precisamente la lucha contra la "infiltración marxista en la región".

Los representantes de unos diecisiete ejércitos reunidos en un salón del segundo piso estallaron en una sonora ovación cuando el general uruguayo Luis Queirolo, quien oficiaba como secretario del encuentro, cedió la palabra al delegado argentino, el general Jorge Rafael Videla.

Este abrió su ponencia con una frase filosa y elocuente:

—Si es preciso, en Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país.

Aquel hombre sabía de lo que hablaba.

Por ese entonces, en el más absoluto de los secretos, había comenzado a sesionar el llamado Equipo Compatibilizador Interfuerzas (ECI). Se trataba de una suerte de estado mayor clandestino, cuya función consistía en trazar las coordenadas de la represión ilegal y a la vez lubricar los engranajes del aparato golpista.

Sus integrantes solían reunirse diariamente en un sector restringido del Edificio Libertad, sede de la jefatura de la Armada. En nombre del Ejército asistían tres altos oficiales de su Secretaría General: los coroneles Miguel Mallea Gil, Antonio Llamas y José Raúl Ortiz. El brigadier Basilio Lami Dozo encabezaba la delegación de la Fuerza Aérea. Y los marinos estaban representados por el contraalmirante Luis Alberto Mendía.

Este último era el jefe de Operaciones de la Armada y —con el almirante Emilio Eduardo Massera— preparaba un documento que sería bautizado con un nombre críptico: Placintara (Plan de Capacidades

para el Marco Interno de la Armada de la República Argentina). Se trataba de la versión naval de “La Peugeot” y establecía el modo en que los hombres de mar se sumarían a la “lucha antisubversiva”.

No dejaban ningún detalle librado al azar.

En aquellos días, fue visible un intenso tránsito de camiones cargados con materiales de construcción en el predio que la Armada ocupaba sobre la Avenida del Libertador al 8000. Bajo la atenta supervisión de algunos oficiales convertidos en improvisados arquitectos, cuadrillas de conscriptos efectuaban las refacciones necesarias para convertir a la ESMA en el mayor campo de concentración del país.

De igual modo, en todas las guarniciones militares, sus destacamentos de inteligencia fueron reformados para alojar a miles de prisioneros políticos.

No menos prolija fue la selección del personal.

Por esa época ya se había puesto en marcha la formación de los planteles que oficiarían como brazo ejecutor del futuro Estado terrorista. Y para ello, los uniformados se inspiraron en la estructura celular de las organizaciones guerrilleras. Semejante estilo de trabajo no encontraría resistencia entre la oficialidad joven.

Al respecto, en los pasillos del Colegio Militar todavía se hablaba de un episodio ocurrido en el ya remoto invierno de 1961.

Su protagonista fue un oficial instructor de apenas veintiocho años.

Este debía comandar un ejercicio bélico en el cual se simularía un ataque frontal contra un objetivo enemigo. Pero no acató la consigna. En cambio, dispuso que los cadetes actuaran sin uniforme ni insignias, para así encubrir su condición militar. El propósito era entrenarlos en la captura de una presa ciertamente más peligrosa y escurridiza que un simple soldado de línea. En resumen, ese hombre educaba a sus discípulos en el riesgoso arte de atrapar guerrilleros. Aunque por su propia iniciativa.

Ello, desde luego, provocó el enojo del oficial superior que estaba a cargo del Cuerpo de Cadetes, quien no vaciló en interpelar al joven instructor con una pregunta obvia:

—¿Qué dice el plan?

—Ataque frontal en un ambiente convencional, mi teniente coronel.

—¿Y por qué no lo está haciendo?

—Vea, mi teniente coronel, lo que se viene es la guerra revolucionaria.

Al pronunciar esas palabras, el rostro del capitán Mohamed Alí Seineldín se mantuvo imperturbable.

Y el teniente coronel Videla se retiró sin atinar respuesta alguna.

Quizás, ahora, mientras regresaba de Montevideo a bordo de un pequeño avión militar, su mente haya evocado aquella vieja historia.

Tal vez lo hiciera escrutando el horizonte marrón del Río de la Plata, en cuyas aguas poco después comenzarían a ser arrojadas sus víctimas.

Posiblemente también pensara que la profundidad de su lecho estaba a la altura del escalofriante secreto que debía guardar.

Porque ya por entonces el Comandante en Jefe sabía que la estrategia de su cruzada consistía simplemente en desatar una cacería contra la sociedad civil, dado que —según su lógica— en ella estaba depositada “la fortaleza de la subversión marxista”. En otras palabras: su retaguardia.

Acerca de este asunto había departido hasta el cansancio con su maestro y único amigo, el general retirado Hugo Miatello, quien solía decir:

—En esta guerra no hay un frente palpable.

Y luego, invariablemente, agregaba:

—Acá el enemigo está por todos lados.

El tipo era un erudito de la guerra de Indochina. Y se había fascinado con la fabulosa organización del Viet Minh, el ejército de liberación dirigido por Ho Chi Minh. Tanto es así que se puso a estudiar su lógica operativa con el *Libro Rojo* de Mao. Y veía algunas coincidencias entre la situación política del sudeste asiático —apenas a cinco meses de la derrota norteamericana en manos del Viet Cong— y la que imperaba por esos días en la Argentina.

En sus tertulias con Videla, el general retirado no dejaba de repetir que el primer paso de la lucha contrainsurgente consistía en articular el despliegue de un ejército invisible que implementara operaciones clandestinas, para así aislar a las fuerzas revolucionarias de la población. Siempre hacía hincapié en que las acciones represivas —a imagen y semejanza de las tácticas usadas por la guerrilla— debían cifrarse en el factor sorpresa. Ello hasta suponía la conveniencia de que el personal afectado a los grupos de tareas renunciara a su estampa marcial para reemplazarla por el aspecto común de cualquier civil y, en especial, el de sus enemigos; o, al menos, el que los uniformados imaginaban que estos lucían: pelo largo y barba, cierto desaliño en el vestir y, eventualmente, un Parissienes entre los labios. Asimismo, Miatello insistía con que la asimilación de los hábitos y costumbres de la guerrilla urbana no debía soslayar un detalle crucial: la actitud compartimentada entre todos los efectivos una misma unidad.

Eso sería cumplido al pie de la letra.

El Comandante en Jefe, junto a su Estado Mayor, dispuso expresamente que cada grupo de tareas se dividiría en tres áreas: Inteligencia, Logística y Operaciones. Y estas no tendrían ninguna relación entre sí; sus integrantes no conocerían la identidad de sus colegas ni compartirían con ellos espacio físico alguno. No obstante, estarían operativamente vinculadas mediante la subordinación común a un oficial superior, quien a su vez tendría una línea directa de mando con su respectivo comandante en jefe.

El Batallón 601 no sería una excepción.

III

Los coroneles Valín y Riveiro trabajaron en el tema hasta muy entrada la noche de ese viernes. Y continuaron afinando el organigrama operativo de dicha dependencia todo el fin de semana. Recién en la tarde del lunes 20 de octubre se sintieron en condiciones de exhibir sus frutos a la superioridad. Y se

presentaron inmediatamente en el Edificio Libertador.

El coronel Carlos Alberto Martínez no tardó en recibirlos.

Sobre este hombre morocho y extremadamente enjuto existía un halo de misterio. En el ámbito castrense se lo conocía como “Pelusa”, por la hirsuta vellosidad que tapizaba su nuca. Ese detalle le confería un aire primitivo, al igual que sus modales rústicos y el destello inexpresivo de sus ojos. Pero entre sus camaradas era reconocido por su refinada astucia. De hecho, no sólo se trataba de uno de los constructores del plan golpista sino que tenía en sus manos la tarea de reorganizar el aparato represivo del Ejército.

Su llegada al Estado Mayor no fue menos sorprendente.

Unas semanas antes había sido puesto al frente de la estratégica Jefatura II de Inteligencia, tras haberse desempeñado como su segundo jefe durante la gestión de Alberto Numa Laplane.

No era un secreto la estrecha relación que lo unía a este. Ni tampoco su amistad con el coronel Vicente Damasco, quien había encabezado en forma sucesiva la Secretaría General de la Presidencia y el Ministerio del Interior del actual gobierno, hasta caer en desgracia debido a las presiones ejercidas justamente por los generales Videla y Viola.

Sólo por esas afinidades, la carrera de Martínez corrió el riesgo de tener un final abrupto. Y él fue consciente de ello. Sin embargo, por algún extraño resorte del azar, la nueva cúpula decidió preservarlo.

Tal vez en esa decisión haya primado el hecho de haber sido uno de los mejores alumnos de la Escuela de las Américas, sin soslayar su paso como delegado ante la Junta Interamericana de Defensa —el organismo encargado de fijar las estrategias anticomunistas en la región—, donde cultivó buenos contactos con militares norteamericanos y de otros países.

Lo cierto es que de la noche a la mañana se vio convertido en uno de los alfiles del general Videla, quien instauró con él un ritual que mantendría por mucho tiempo: la revisión diaria de partes de inteligencia que Martínez traía cada mañana.

Ahora Pelusa leía en silencio el borrador entregado por los jefes del SIE, mientras ellos permanecían junto a su escritorio intentando descifrar por anticipado la aceptación o el rechazo de este. En realidad, aquellas hojas únicamente contenían un listado del personal operativo y un esquema de las patotas que dependerían del Batallón 601. Al cabo de unos minutos, Martínez hizo con el informe un bollito y lo arrojó al cesto.

Recién entonces alzó los ojos hacia sus visitantes, y preguntó:

—¿Alguno de ustedes sufrió de tenia?

Ambos coroneles enarcaron las cejas.

Martínez, forzando un tono pedagógico, prosiguió:

—La tenia es una lombriz que puede crecer sin límite. Puede llegar a tener miles de segmentos. Y uno puede eliminarlos a todos. Pero mientras quede la cabeza, se reproduce inmediatamente.

Ambos coroneles comenzaron a entender el sentido de esa metáfora.

Martínez la redondeó:

—La subversión, señores, es como la tenia. Si no destruimos su cabeza, tendremos siempre que comenzar de nuevo.

Ambos coroneles, entonces, asintieron al unísono.

Y Pelusa sonrió satisfecho.

En resumidas cuentas, el titular de la Jefatura II acababa de exponer su más preciado anhelo: atrapar a los jefes de Montoneros y del ERP.

Estaba decidido a cumplir con eso sin escatimar métodos ni recursos. Se trataba, precisamente, del "objetivo de máxima" que le había encomendado Videla. En caso de lograrlo, él sabía que su poder sería ilimitado.

Y los jefes del Batallón 601 acababan de comprender que su suerte estaba irremediablemente atada a la providencia de aquel hombre.

En ese clima entre grave e íntimo, Martínez se permitió una confidencia, no sin antes exigir la máxima reserva por parte de sus interlocutores.

Ellos, aguijoneados por la curiosidad, juraron ser una tumba.

Eso bastó para que Pelusa revelara la existencia de un equipo operativo que —en el mayor de los secretos y a espaldas de los otros comandantes— ya se encontraba trabajando con exclusividad en una misión crucial: capturar vivo o muerto al líder del ERP, Mario Roberto Santucho.

Según su explicación, tamaño trofeo consolidaría de modo incontrastable el liderazgo del Ejército en el seno de las Fuerzas Armadas.

Finalmente, agregó:

—Puse al mando de esto a uno de mis mejores hombres.

Y extendió una carpeta.

Era el legajo del hombre en cuestión. En la primera hoja estaba su foto.

El jefe del SIE no tardó en reconocer en ese rostro ligeramente perruno al individuo de anteojos espejados que unos días antes le había entregado en mano la Directiva 404/75. Se trataba del capitán Juan Carlos Leonetti.

Martínez, entonces, anunció:

—Desde ahora, el capitán trabajará con ustedes en forma conjunta.

Sin chistar, los coroneles volvieron a asentir.

A continuación, Pelusa despejó con un brazo la superficie del escritorio para convertirlo en una improvisada mesa de arena. Entonces, utilizando un pisapapeles y algunos sellos, reprodujo la estructura operativa que había ideado junto con el general Roberto Viola.

De ese modo comunicó que la "lucha antisubversiva" tendría un sistema piramidal. Y graficó sus palabras colocando esos sellos entre los catetos de un triángulo imaginario. Luego, dijo:

—En la base estarán concentrados los grupos de tareas pertenecientes a los destacamentos de

inteligencia de cada comando.

Se refería, claro, al vasto tejido territorial formado por los cinco cuerpos del Ejército, con sus respectivas zonas, subzonas y áreas. Y puntualizó que todas estas unidades clandestinas de combate gozarían de autonomía para efectuar secuestros, interrogatorios y ejecuciones. Pero los resultados obtenidos en esas tres fases debían ser inmediatamente elevados al Batallón 601, el cual tendrá a su cargo la dirección táctica y estratégica de la "guerra sucia". Al respecto, señaló que por sus entrañas también correrían todas las informaciones reunidas por los servicios de la Fuerza Aérea y la Armada, como paso previo de su envío a los comandantes en jefe.

A esa altura de su exposición, Martínez golpeó el pisapapeles contra el vértice de la pirámide. Y se oyó un ruido seco.

Así saltó hacia otro capítulo de su extenso monólogo.

Entonces recordó que el esquema de la guerrilla también era piramidal. Y que la contrainsurgencia consistía en reconstruir las zonas invisibles de dicha estructura, para así poder aniquilarla. Y se permitió un ejemplo:

—Se puede empezar, simplemente, por el perejil que pega afiches…

Tas encender un cigarrillo, completó:

—Con el perejil en nuestras manos, hay que seguir las ramificaciones.

En resumidas cuentas, su plan estratégico se basaba en quebrar el secreto que justificaba la naturaleza celular de las organizaciones armadas. Y partía de la siguiente premisa: cada militante sólo está en contacto con otros tres o cuatro; entre ellos, su responsable. Por lo tanto, la misión de las patotas era localizar a los componentes de ese tejido y así ascender hacia su jefatura.

Martínez golpeó otra vez el pisapapeles contra el escritorio, y dijo:

—La clave de esto es la información. Y su método, el interrogatorio.

Por último, con un dejo de orgullo, confió a sus dos subordinados que el enlace entre el aparato represivo propiamente dicho y la cúpula militar sería justamente él. En un sentido inverso, las órdenes y directivas impartidas por los jefes máximos de las Fuerzas Armadas también tendrían que pasar primero por su persona y, luego, por el SIE, antes de llegar a su destinatario final.

De hecho, el coronel Martínez —ya a punto de ascender a general— había tomado a su cargo la coordinación de la llamada Comunidad Informativa, integrada también por sus pares de las otras fuerzas: el capitán de navío Lorenzo de Montmollin y el brigadier Francisco Salinas. De ese ámbito participaban además los jefes de Inteligencia de cada cuerpo del Ejército, el director de la Escuela de Inteligencia y el secretario de la SIDE. Todos ellos —al igual que los jefes del Batallón 601— respondían directamente a sus órdenes.

Al concluir el cónclave, Pelusa acompañó a los coroneles hasta la puerta. Al despedirlos, su cara adquirió un rictus solemne y preocupado.

Y pronunció las siguientes palabras:

—Que Dios nos ilumine.

IV

Valín y Riveiro regresaron al edificio de la calle Viamonte con un aspecto exultante. No era para menos: en la cadena de mandos de aquella cruzada, ellos se habían convertido en el tercer eslabón.

Para festejarlo, Balita acudió nuevamente al whisky.

Valín, en cambio, trabajó en soledad hasta la madrugada.

El plan estratégico del Estado Mayor exigía la puesta a punto del Batallón 601; había que aceitar cada una de sus piezas de acuerdo a las necesidades del flamante escenario represivo.

A tal efecto, durante la mañana del martes, el jefe del SIE convocó a sus más estrechos colaboradores en un salón del sexto piso.

Minutos después, Valín salió del ascensor para sumergirse en un pasillo tan laberíntico como mal iluminado, cuyo único vestigio de vida era una solitaria cartelera con fichas y fotografías de prontuario. También había dos hileras de oficinas estancas por cuyas paredes no se filtraba ruido alguno.

Allí funcionaba la Central de Reunión.

Esa unidad era nada menos que el corazón del Batallón 601. Había sido creada en 1970, a meses del Cordobazo y en coincidencia con la aparición de las primeras organizaciones armadas. Desde entonces jamás dejó de operar. En la actualidad, circulaba hacia sus aurículas un flujo incesante de informes, datos y delaciones. Sus agentes eran nada menos que la elite de la inteligencia militar.

Y, ahora, sus cabecillas departían con Valín.

Entre ellos había dos tenientes coroneles —Jorge Suárez Nelson y Mario Gómez Arenas— y un individuo cincuentón al que sus camaradas llamaban “Hornos”. Se trataba del mayor retirado Santiago Manuel Hoya.

Su trayectoria ya por entonces resultaba picante. Participaba en acciones represivas desde los tiempos de Onganía. Y también había sido el principal enlace entre el Ejército y la Triple A.

Ahora, en la mañana de ese martes, observaba con atención al jefe.

Valín sorprendió a los presentes con una pregunta:

—¿Alguno de ustedes sufrió de tenia?

Todos enarcaron las cejas.

Entonces, tras un estudiado silencio, el jefe del SIE repitió con idénticas palabras la metáfora parasitológica escuchada el día anterior en boca de Pelusa. Al finalizar, sonrió satisfecho.

En esa ocasión, el coronel anunció la inminente puesta en funcionamiento de cinco grupos de tareas en jurisdicción de la llamada Zona Uno, la cual abarcaba casi toda la provincia de Buenos Aires y La Pampa. La primera de esas unidades clandestinas dependería justamente de la Central de Reunión, siendo afectada a la lucha contra el ERP, pero además actuaría sobre ciertos objetivos montoneros.

Valín hizo una pausa para medir el entusiasmo del auditorio.

Luego carraspeó, antes de asegurar que el personal a su mando tendría recursos ilimitados e independencia operativa. Eso significaba que ninguno de los presentes daría cuenta de sus acciones a otra autoridad que no fuera la jefatura del Batallón 601.

Todos se mostraron sumamente satisfechos.

Y Valín, tras estrechar la mano a cada uno, se retiró del lugar con el gesto adusto de quien acaba de sellar un pacto secreto.

Mientras tanto, otras prioridades represivas eran tratadas en un pequeño cubículo a metros de allí.

—Hace tres días que el tipo no asoma la nariz. No tuvo visitas y tampoco usó el teléfono.

La frase había sido dicha con cierta desilusión por el hombre que estaba detrás de un escritorio atiborrado de papeles.

—Es evidente que algo está esperando —razonó su interlocutor.

No era otro que Riveiro.

Y se refería a la enigmática presencia en Argentina del militante del MIR chileno, Jean Claudet Fernández.

Setenta y dos horas antes, un grupo del Batallón 601 se hizo cargo de su seguimiento, relevando así al equipo de la DINA que lo había detectado en un departamento de Barrio Norte. Ese breve lapso bastó para establecer un sólido cerco en torno a esa vivienda, situada en el cuarto piso de un edificio de la calle Montevideo, a pocos metros de la Avenida Santa Fe. El contrato de locación estaba a nombre de una mujer llamada Alicia Carbonell, quien mantenía una relación sentimental con el hombre del MIR.

Este ahora se hallaba debidamente “ovejeado”. Ello quería decir que sus perseguidores ya habían explorado las vías de aproximación hacia él. Y, además, creían estar al tanto de sus hábitos, entre los cuales se destacaba su aparente obsesión por permanecer enclaustrado en dicho domicilio.

Las “penetraciones técnicas” del caso fueron realizadas por agentes que simularon ser empleados de Gas del Estado. El teléfono estaba intervenido y también se instalaron micrófonos en los pasillos y en el ascensor. Ambos dispositivos eran controlados desde una camioneta estacionada sobre la avenida. Asimismo, había otro vehículo listo para ir tras cualquier persona que tomara contacto con Claudet.

Pero eso aún no había sucedido.

Y tal circunstancia impacientaba a quienes lo tenían en la mira.

—Algo está esperando —repitió Balita, esta vez con los dientes apretados.

El coronel estaba convencido de que, tarde o temprano, su presa se relacionaría con algún dirigente del ERP. Al fin y al cabo, esa organización estaba vinculada estratégicamente al MIR a través de la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), una alianza entre las guerrillas de Argentina, Chile, Bolivia y Uruguay.

El coronel también era consciente de que los agentes de la DINA —sus socios en el asunto— tenían más apuro que él en interrogarlo. Ellos suponían que Claudet podría conducirlos hacia Edgardo Enríquez,

uno de los jefes máximos del MIR, quien estaba refugiado en algún lugar de Argentina.

Balita, sin embargo, decidió redoblar su apuesta. Y lo expresó así:

—Vamos a darle a nuestro pajarito unos días más de vuelo.

Y tras una breve pausa, agregó:

—Aunque la marica se ponga a chillar.

Se refería, obviamente, a Enrique Arancibia Clavel.

El hombre sentado detrás del escritorio no evitó una risita maliciosa.

Ese signo de distensión le dio pie a Balita para empinarse un generoso trago de whisky del pico de su petaca personal. Luego se aflojó el nudo de la corbata y comenzó a reflexionar en voz alta sobre las novedades surgidas en los últimos días.

Su monólogo abarcó comentarios acerca de la Directiva 404/75 y detalles del encuentro celebrado con el coronel Martínez.

En ese punto, empinó otro trago. Y ello agravó su locuacidad.

Fue así como quebró el pacto de silencio que acordara con el titular de la Jefatura II, al revelar la existencia del grupo secreto del capitán Leonetti.

El hombre del escritorio se sorprendió al oír tal apellido. Y dijo:

—Ese muchacho es un protegido del Comandante en Jefe.

Esta vez fue Balita el asombrado, y quiso saber más.

El otro, entonces, pasó a explicar que ambos compartían el mismo origen geográfico: la ciudad bonaerense de Mercedes, donde el padre de Videla había sido jefe del Regimiento 6 de Infantería. Y el progenitor del capitán, uno de sus oficiales. Las dos familias eran vecinas, frecuentaban el mismo círculo social y los domingos coincidían en las misas de la basílica Nuestra Señora de las Mercedes. El futuro dictador incluso solía sentar al joven oficial sobre su falda, cuando este, claro, era sólo un niño. Y ahora, después de casi seis lustros, Videla había colocado a Leonetti bajo su ala.

El hombre concluyó su exposición con una velada advertencia:

—El Comandante en Jefe tiene muchas expectativas puestas en él.

Riveiro asimiló la frase con preocupación. Temía que la familiaridad de Leonetti con el jefe del Ejército enturbiara en el ámbito del Batallón 601 el sagrado sentido de la cadena de mandos. Pero no dijo nada. El tipo que estaba con él, tampoco.

Este era un agente histórico de la casa. Había ingresado al SIE en 1970 y con el tiempo se transformó en un avezado cuadro de la inteligencia militar. Ahora era el jefe de la llamada División de Situación General. Y su trabajo apuntaba hacia diferentes direcciones. Una era el ERP.

Nadie en el Batallón 601 sabía tanto sobre esa organización como él.

Balita comprendió de golpe que eso podría ser una ventaja en caso de que la llegada de Leonetti derivase en una intromisión.

Pero tampoco dijo nada al respecto.

Tal vez el otro haya adivinado el sentido de sus cavilaciones. Al menos, su mirada sugería eso. Aquel hombre desconcertaba al coronel.

A pesar de ser un militar de carrera, su porte no era demasiado marcial; tenía el cabello levemente rizado, hombros caídos y edad incierta. Parecía un empleado municipal. Los colegas le decían el “Viejo”. Y él se obstinaba en utilizar otras identidades de fantasía: “Fernando Estevarena”, “Doctor Peña” o, simplemente, “Peirano”.

En realidad, se trataba del mayor Carlos Antonio Españadero. Y sus pares lo consideraban un verdadero burócrata del espionaje.

Su especialidad era el análisis y la valoración de informaciones que —en la etapa previa a las desapariciones masivas— se basaban por lo general en denuncias, infidencias o simples presunciones. Esa tarea le había permitido armar un valioso archivo con fichas sobre cientos de personas sospechadas de llevar a cabo “actividades subversivas”. Muchas de ellas no tardaron en ser secuestradas y conducidas a las catacumbas del Ejército.

Paralelamente, el mayor cultivaba otra de sus habilidades: el doblaje y la penetración del enemigo.

Tanto es así que desde mediados de 1974 estaba al frente de una pequeña pero auspiciosa red de agentes que él mismo había elegido y entrenado con el propósito de infiltrar a las principales organizaciones revolucionarias.

Sus primeros logros al respecto ya estaban a la vista. El más resonante de ellos había sucedido apenas cinco semanas antes.

CAPÍTULO CUATRO

NOTICIA DE UN SECUESTRO

Para el mayor Carlos Españadero, el 12 de septiembre de 1975 comenzó exactamente a las 4.45 de la mañana, cuando los timbrazos de su *beeper* se le colaron en el sueño. El militar, aún adormilado, oprimió el activador. Y el aparato acribilló por segunda vez el silencio de la madrugada propalando una voz que sólo dijo: “Abonado 086, concurra a la casa de su madre”. En el hermético lenguaje de su oficio, ello significaba que debía presentarse de inmediato en el edificio de la calle Viamonte. Sus párpados se abrieron de golpe.

El vehículo del hombre que también se hacía llamar Peirano demoró unos veinte minutos en atravesar a toda velocidad la distancia entre su domicilio de Avellaneda y la sede del Batallón 601.

Por el horario, aquel lugar parecía desierto. Y la luz del recibidor era más débil que nunca. Tanto es así que tuvo dificultades para enfocar los ojos sobre el guardia que le franqueó la entrada. Aquel tipo le hizo saber que los altos mandos de la casa lo estaban esperando. Españadero enfiló con apuro hacia un ascensor situado a la derecha del hall.

En el sexto piso reinaba un clima expectante.

Para su sorpresa, entre los presentes había un general canoso y corpulento a quien no demoró en identificar. Era el segundo jefe del Estado Mayor. Su nombre: Leopoldo Fortunato Galtieri. A simple vista, no tenía el aspecto de quien había pasado una buena noche; aun así, lucía enfervorizado.

El coronel Alfredo Valín lo trataba con deferencia.

El coronel José Osvaldo Riveiro se apresuró a arrimarle su encendedor cuando puso un cigarrillo entre los labios.

Otros oficiales permanecían en un segundo plano.

Y Españadero se sumó a ellos.

Recién entonces, supo el motivo de la convocatoria.

En resumidas cuentas, horas antes se había producido un enfrentamiento armado con una célula guerrillera, la cual había sido sitiada por fuerzas policiales en una casa de Florencio Varela. Estas, al no poder doblegar la resistencia de los irregulares, resolvieron solicitar refuerzos al Ejército. Así fue como acudió allí un grupo de combate del Regimiento 7 de Infantería, con asiento en La Plata.

El teniente coronel Jorge Suárez Nelson —quien por entonces encabezaba la Central de Reunión— fue el encargado de informar la novedad.

Y esa novedad contenía un detalle para tomar en cuenta: sin considerar el Operativo Independencia ni los actos de guerra sucedidos en instalaciones militares durante ataques guerrilleros, era la primera desde el retorno de la democracia que tropas del Ejército participaban de una acción militar de carácter interno.

Eso desató entre la concurrencia un murmullo triunfalista.

Hasta que la voz aguardentosa de Galtieri se impuso en el espacio para reclamar precisiones.

Suárez Nelson, entonces, aclaró:

—Esta operación, mi general, fue consecuencia de un minucioso trabajo de inteligencia efectuado por personal a mi mando.

Lo cierto es que los agentes del SIE —veinticuatro días antes de firmarse los decretos de aniquilamiento— ya mantenían un inflexible dispositivo de vigilancia sobre una variada gama de organizaciones políticas, estudiantiles y sindicales. Sin embargo, al tener aún vedada su participación en acciones represivas de carácter urbano, sólo se limitaban a proporcionar datos de inteligencia a los grupos policiales y parapoliciales abocados a la "lucha antisubversiva". Y delegaban en ellos las operaciones propiamente dichas.

Pero en esta oportunidad, el extraordinario poder de fuego exhibido por los insurgentes tornó imperiosa la intervención militar.

Suárez Nelson, al respecto, dijo:

—Era una célula del ERP.

Y con un dejo de suficiencia, agregó:

—Todos sus integrantes fueron abatidos.

Alguien entonces quiso saber a cuántos integrantes se refería.

—Estamos hablando de tres extremistas —fue su respuesta.

Al pronunciar esas palabras, la suficiencia se le disipó.

Pero aun así tuvo aliento para admitir la existencia de un cuarto cadáver entre los escombros de la vivienda.

—¿Y ese quién carajo era? —preguntó el hombre del Estado Mayor.

La respuesta esta vez corrió por cuenta del coronel Valín:

—Era un empresario secuestrado.

En ese instante, el mayor Españadero quedó perplejo.

II

La primicia del episodio fue irradiada al filo del amanecer por el *Rotativo del Aire* de Radio

Rivadavia. Rápidamente, otras emisoras se hicieron eco del asunto, aunque sin aportar mayores detalles. Al parecer, se basaban en un escueto comunicado distribuido por la jefatura de la Policía Bonaerense. Sin embargo, el hecho prometía monopolizar la agenda periodística de ese viernes. A tal efecto, una verdadera horda de cronistas y reporteros gráficos fue confluyendo con el correr de las horas hacia la casa de Florencio Varela en donde habían transcurrido los acontecimientos. Su estructura exhibía las marcas de la refriega. Por la tarde, el vespertino *Última Hora* —que suplía al clausurado diario *Crónica* — ilustró su tapa con un primerísimo plano de esa fachada y un título elocuente: “Destruyen a cañonazos reducto guerrillero”.

La noticia impresionó de manera muy especial a uno de sus lectores.

En parte, porque sólo le bastó un golpe de ojo para reconocer en aquella fotografía un sitio que le era irremediablemente conocido.

Pero su asombro fue mayor al toparse con el siguiente dato: “Entre los muertos estaba el ejecutivo de la firma Isaura, Luis León Domenech, quien fuera secuestrado el 12 de agosto pasado”.

El hombre que leía el diario no había calculado un epílogo semejante. Y tal imprevisión le produjo un ramalazo de incertidumbre. Quizás entonces haya recordado el inicio de aquella historia.

Hacía exactamente un mes, tres automóviles atravesaron sigilosamente la zona residencial de Banfield, hasta llegar a la esquina de Hipólito Irigoyen y Vieytes. El Peugeot 504 blanco que encabezaba la fila estacionó a media cuadra del único chalet que había en la manzana; otro vehículo del mismo modelo, pero color turquesa, lo hizo unos cincuenta metros más adelante. Y el tercero —una Ford Falcon Rural con cúpula metálica— siguió su marcha y recién se detuvo en un callejón cortado por las vías del ferrocarril, a casi un kilómetro de allí. Eran las 8 de la mañana.

Veinte minutos después, alguien abrió el portón de la propiedad. Y del frondoso jardín emergió un Chevrolet 400. A la distancia fue visible que su único ocupante lucía una calva tipo Yul Brynner y enormes anteojos con marco de carey. Se trataba de Domenech.

Este contador público de setenta y dos años no imaginaba que durante los últimos días su rutina había sido minuciosamente estudiada a través de un eficaz sistema de guardias y seguimientos.

Así fue como los encargados de esa tarea pudieron saber que, de lunes a viernes, tras desayunar con su familia —compuesta por su esposa, una hija recientemente separada y dos pequeños nietos—, Domenech solía abandonar su domicilio entre las 8.15 y las 8.30 siempre a bordo del mismo vehículo. Y lo hacía sin custodia ni chofer. Por lo general, demoraba unos treinta y cinco minutos en llegar a un edificio situado en la calle Suipacha 268, del microcentro porteño. En el quinto piso estaban las oficinas de la petrolera Isaura. Y él era nada menos que su gerente general.

Esa mañana, el Chevrolet enfiló con cierto apuro por Hipólito Irigoyen.

A partir de entonces, todo fue vertiginoso.

Súbitamente, el Peugeot turquesa se interpuso en su camino. Al hacerlo, sus neumáticos chirriaron. Domenech, preso de la desesperación, sólo atinó a poner el cambio en reversa. Pero el Peugeot blanco ya

lo había encerrado por atrás. En ese instante se vio rodeado por tres hombres que empuñaban armas cortas. Y en menos de tres segundos fue subido al vehículo turquesa. Sus anteojos quedaron aplastados sobre el asfalto.

El Peugeot tardó unos minutos en llegar al callejón donde se encontraba la camioneta ya con el motor en marcha. Un integrante del grupo comando se acomodó junto al chofer, mientras el resto ascendía a la caja. Domenech terminó sentado sobre la rueda de auxilio.

Durante la travesía, nadie pronunció palabra alguna.

Para evitar avenidas con tránsito, pinzas policiales y otras sorpresas, la camioneta dejó atrás la zona de Banfield utilizando caminos alternativos. Luego, bordeando el extremo norte de Almirante Brown, llegó a Florencio Varela. Su recorrido continuó por la Ruta 2. Y tras cruzar la estación de Bosques, giró en dirección a un viejo puente de hierro para internarse en un camino angosto que apuntaba al oeste. De esa manera ingresó a un humilde barrio llamado El Rocío, cuyas calles, pese a su desolación, tenían nombres de flores. La camioneta frenó en la esquina de Los Alelíes y Las Orquídeas.

Allí sólo había una antigua casa en medio de un descampado.

Y de la nada aparecieron dos muchachos.

En un abrir y cerrar de ojos, Domenech pasó a sus manos.

Otra silueta —acaso de mujer— permanecía agazapada en la terraza.

La camioneta recién volvió a arrancar cuando el anciano y sus flamantes anfitriones se perdieron tras la puerta. El chofer —un militante afectado a la estructura logística del ERP— soltó entonces un suspiro de alivio.

Era el mismo hombre que cuatro semanas después descubriría en la tapa de un diario el sangriento final del asunto.

Ya se sabe que ello desató su nerviosismo. Y su única reacción fue correr hacia un teléfono público.

Mientras esperaba ser atendido, es probable que su mente haya regresado otra vez a las circunstancias de ese ya remoto martes 12 de agosto.

A media mañana, tras abandonar la camioneta en una esquina de Bernal, subió a un tren que lo condujo hacia la estación de Villa Dominico. Desde ese lugar caminó unos cien metros, hasta llegar a una modesta casa ubicada en la calle Salvador Soreda al 4900. Era su domicilio. Lo compartía con su mujer y los dos hijos que esta había tenido en un matrimonio anterior. Pero ninguno de ellos estaba allí. En cambio, advirtió otra presencia. La de un individuo de mediana edad, vestido con una gastada camisa de trabajo. Y tomaba mate en la cocina con la mayor naturalidad del mundo.

El dueño de casa solía presentarlo en el vecindario como su tío.

En esa ocasión, le dispensó un efusivo saludo. Y dijo:

—Todo salió a pedir de boca.

Pero el otro quiso saber más.

Su interlocutor entonces efectuó un minucioso resumen de lo acontecido, incluyendo la dirección en la

que Domenech permanecía confinado y un perfil de sus depositarios. Por último, escupió la cifra que el ERP exigiría por él: seis millones de dólares.

En ese instante, al presunto tío le brillaron los ojos.

No era otro que el mayor Españadero.

Y ahora, en el atardecer del 12 de septiembre, luego de varios intentos telefónicos fallidos, su voz afloró desde el otro lado de la línea para serenar al hombre que se había infiltrado en el ERP.

Aquella noche, Rafael de Jesús Ranier —cuyo apodo era el "Oso"— pudo dormir en paz.

III

Tras la emboscada a Domenech en la esquina de Irigoyen y Vieytes, el diario *La Unión*, de Lomas de Zamora, publicó unas líneas al respecto. La única repercusión fue una visita efectuada por un comisario de la Brigada de Banfield a su editor para anticiparle los problemas que sufriría en caso de insistir con el tema. Desde entonces, ese secuestro se mantuvo en el más riguroso de los secretos.

Y en ello también tuvo que ver otra circunstancia: el ERP no difundió el hecho, dado que —en este caso— su móvil era sólo económico; por entonces, las finanzas de la organización no atravesaban por un buen momento.

La noticia había llegado a las oficinas de Isaura por vía telefónica. Fue la propia hija del damnificado quien transmitió lo ocurrido al presidente de la firma, José María Elicabe. Este no tardó en convocar una urgente reunión de directorio para elegir a los encargados de negociar el rescate. Allí estuvo el gerente de comercialización, Antonio Armaño.

Se trataba de un hombre de cuarenta años. Había ingresado a la empresa como empleado raso. En la actualidad, era la mano derecha de Domenech.

Armaño jamás pensó que el veterano ejecutivo podría ser víctima de un hecho de esa naturaleza. Aunque este, unos días antes, le había manifestado su temor ante un posible secuestro. Para colmo, dicho presentimiento tenía un valor agregado: debido a los problemas financieros que vivía la industria petrolera tras la nacionalización de las bocas de expendio, Isaura no estaba en condiciones de afrontar una contingencia semejante. Para reforzar tal concepto, Domenech recurrió a un ejemplo irrebatible: los doce millones de dólares pagados a cambio de Víctor Samuelsson, un ejecutivo de la Esso raptado en 1974 por el ERP.

En aquella conversación, Armaño intentó tranquilizar a su jefe apelando a su sentido del humor, y dijo:

—Don Luis, vaya siempre con un balance de Isaura en el bolsillo.

Ahora se arrepentía de aquellas palabras.

En la noche de ese mismo martes, tras aguardar vanamente el llamado de los secuestradores, se decidió hacer la denuncia policial. Con ese propósito, Armaño y Elicabe partieron hacia Lomas de Zamora. Media hora después ingresarían a un sombrío edificio ubicado en la calle Vernet al 1200. Allí

funcionaba la Brigada de Investigaciones de Banfield. En el patio lindante a la oficina de guardia había un vehículo estacionado; era nada menos que el Chevrolet de Domenech. A los recién llegados les costó sobreponerse a la impresión. Luego fueron recibidos por un hombre alto y esmirriado que se manejaba con una helada cortesía. Era el comisario Alberto Rousse.

El encuentro fue breve, pero plagado de tensión.

Los denunciantes aún no se habían acomodado en sus asientos cuando el uniformado les soltó la siguiente inquietud:

—¿Esta persona tenía deudas de juego?

La respuesta, desde luego, fue negativa.

—¿Y líos de polleras?

La respuesta esta vez quedó inconclusa debido a la sorpresiva irrupción de un individuo que escrutó con ojos desorbitados a los presentes. Era el comisario Miguel Etchecolatz.

Y obviando toda forma de saludo, se apresuró en aclarar:

—Todavía no sabemos si los secuestradores son delincuentes comunes o subversivos.

Rousse aprobó la frase con un leve cabeceo, a sabiendas de que el otro no decía la verdad.

Horas antes, ambos habían estado con un emisario del Batallón 601. Este los puso al tanto de la información proporcionada por el Oso Ranier. Pero omitiendo deliberadamente la posible cifra del rescate. Y se retiró luego de impartir una orden: no actuar por el momento.

Armiño y Elicabe, con la perplejidad intacta, regresaron sobre el filo de la medianoche al edificio de la calle Suipacha. Entonces supieron que aún no se había producido el contacto con los secuestradores.

El coronel Valín y los suyos ya estaban enterados de esa circunstancia.

En el transcurso de la tarde, todos los teléfonos de la empresa habían sido intervenidos. Igual suerte corrieron las líneas particulares de sus directivos. En paralelo, un grupo de agentes controlaba la sede de Isaura desde la calle. Y otro ya exploraba el terreno para establecer una discreta vigilancia sobre la casa en la que Domenech permanecía cautivo.

Suárez Nelson estaba a cargo de las operaciones.

IV

Con el correr de los días, la ausencia de comunicación entre el ERP y los allegados a Domenech comenzó a irritar a los jefes del Batallón 601.

En el barrio El Rocío tampoco fue visible ningún movimiento revelador.

La vivienda sobre la cual los espías apuntaban los ojos estaba rodeada por una arboleda que favorecía la privacidad de sus ocupantes, al igual que de noche la falta de alumbrado público. Y su distancia con respecto a las casas más próximas ponía fácilmente en evidencia a los intrusos.

A los hombres del SIE no les quedó más remedio que instalar su puesto de observación en un taller

abandonado que estaba entre la Ruta 2 y la calle Chascomús, a unos doscientos metros del búnker insurgente. En ocasiones, solía dejarse ver un falso botellero con el pelo cortado a la americana y un bulto en el sobaco. También había vendedores ambulantes y barrenderos no menos ilusorios. Tenían la misión de estudiar las posibles vías de asalto. Pero sus presencias se fueron tornando aún más sospechosas que las de los propios guerrilleros.

Estos, paradójicamente, no suponían estar bajo la mira del Batallón 601.

El refugio estaba al mando de una mujer. Era la que se vio en la terraza cuando Domenech fue llevado allí. El Oso no demoró en reconocerla. Se trataba de una militante de la Zona Sur apodada “Popi”. Su nombre real era María Cristina Asconape, tenía veintiséis años y había recalado en el Gran Buenos Aires tras la detención de su pareja, ocurrida en octubre de 1974.

Hasta entonces, su vida había tenido visos de normalidad. María Cristina era instrumentista en el Hospital Ramos Mejía, trabajadora voluntaria de la Casa Cuna y también desplegaba un intenso activismo en el Sindicato de Trabajadores Municipales. Ingresó al ERP a fines de 1971. Y dio ese paso junto a Carlos Martínez, con quien se había casado poco antes. Ambos residían en un pequeño departamento ubicado en la calle Viamonte al 2700, a pocas cuadras de la Plaza Miserere.

Aquella rutina se quebró definitivamente un martes por la noche, cuando María Cristina recibió la visita de un compañero de militancia que traía una mala noticia: Carlos había sido baleado en el barrio de Palermo al resistirse a un control policial. Y estuvo tirado sobre un charco de sangre hasta que llegó una ambulancia. Ella dedujo que su esposo podría estar en el Hospital Fernández. Hacia allí partió.

En la entrada había patrulleros y otros vehículos no identificables. En los pasillos pululaban individuos sin aspecto de médicos o pacientes. Lo cierto es que ninguno reparó en aquella mujer menuda que intentaba disimular sus nervios mientras pedía un turno en la guardia. Al rato fue atendida por una médica que no tuvo una reacción adversa al enterarse del verdadero motivo de su presencia. Y reveló que Carlos estaba en cirugía. Ambas quedaron en volver a verse en una confitería de la Avenida Las Heras.

Un sexto sentido hizo que María Cristina no desconfiara de su flamante aliada. Esta acudió a la cita con una novedad: Carlos había sobrevivido al quirófano y ya se encontraba en terapia intensiva, aunque con pronóstico reservado. También informó que su convalecencia transcurría en medio de un fuerte dispositivo policial. Por último, extrajo de su cartera un preciado objeto: el DNI del hombre acribillado. Un enfermero lo había hallado entre sus ropas. En consecuencia, los uniformados aún ignoraban su nombre y domicilio. Ello le concedía a María Cristina unas horas de ventaja.

En esa misma madrugada, Popi se lanzó hacia los escarpados caminos de la clandestinidad.

A partir de entonces se movió con una identidad ficticia entre Quilmes y Berazategui, ya asimilada a la estructura logística del ERP. En ese ámbito tuvo a su cargo la preparación de un equipo de sanidad. También participó en algunas acciones armadas. Y pergeñaba un plan de fuga para Carlos, que seguía en el Fernández bajo una estricta vigilancia.

Sin embargo, el asunto sufrió una inexplicable filtración y el prisionero fue rápidamente llevado al penal de Villa Devoto. Corría febrero de 1975.

Días antes, Popi había efectuado un traslado de armas con un compañero cuya corpulencia se apretujaba ante el volante de un Renault 12. El tipo era muy extrovertido y no paraba de hablar. A la mujer le llamó la atención su actitud temeraria; se movía como si nada pudiese doblegarlo.

Popi no lo volvió a ver hasta la mañana del 12 de agosto, cuando desde la terraza reconoció su peculiar silueta apretujada esta vez ante el volante de la Falcon Rural que trajo a Domenech.

Las dos semanas posteriores transcurrieron sin ninguna variación.

La inexistencia de tratativas entre el ERP y los gerentes de Isaura seguía irritando a los jefes del Batallón 601. Y en el refugio de la calle Los Alelíes no flotaba más que la monotonía.

Los espías atrincherados en el viejo taller de la Ruta 2 hasta se habituaron a ver al cautivo cuando cada día era sacado al jardín para estirar las piernas. En tales ocasiones, lo escoltaba un muchacho de porte robusto.

El Oso lo había identificado como el “Negro Ramón”. Su nombre real era Julio Tristán Montoto y tenía veintidós años. Meses antes había combatido en Tucumán, al igual que el tercer habitante de la casa.

A este —según los dichos del infiltrado— le decían el “Gringo”; se llamaba Hugo Morgensen y acababa de cumplir los veintitrés.

Alguna vez había cursado Derecho en la Universidad de La Plata. Luego ingresó en el ERP. Y no demoró en convertirse en un cuadro militar. Tenía dos pequeños hijos y una ex mujer que no comulgaba con su militancia. Su padre tampoco. En realidad, Gustavo Morgensen —un empleado jerárquico del Plaza Hotel con ideas afines al peronismo ortodoxo— temía por la vida de Hugo: incluso, en una oportunidad, pensó en recurrir al consejo de un comisario amigo, convencido de que sería una solución adecuada. Pero, a último momento, desistió.

El Gringo, tras su regreso de Tucumán, solía pernoctar en la casa paterna, situada en la zona residencial de Berazategui. Conservó ese hábito estando ya abocado a la custodia de Domenech. Y se trasladaba de un lugar a otro en el Rastrojero gris de don Gustavo.

Los hombres del SIE, a través de un prolijo seguimiento, tomaron nota de ello. Pero seguían sin detectar una posible negociación por el rescate.

Suárez Nelson comenzó a sospechar que las partes interesadas podrían haber articulado una vía de diálogo a espaldas de los controles dispuestos por él. Esa impresión se vio robustecida por dos hechos: en la mañana del jueves 11 de septiembre sus agentes constataron que Domenech no había sido llevado a su paseo matinal y, al mediodía, el Gringo partió a bordo del Rastrojero para luego regresar manejando un Rambler Classic. El vehículo quedó estacionado junto al portón de la casa, como para que sus ocupantes pudiesen abordarlo con rapidez y sin exponerse a la vista de terceros.

Todo parecía indicar un inminente desenlace.

Al menos, el jefe de la Central de Reunión —que aún soñaba con el dinero del rescate— no dudó de

ello.

Y sin perder un instante, se comunicó con el comisario Etchecolatz.

V

Los primeros acordes del operativo policial resultaron imperceptibles.

Pasadas las 19.30, unos siete móviles sin identificación se internaron en las calles del barrio. Y lo hicieron en el mayor de los sigilos. Transportaban a treinta efectivos de la Brigada de Banfield, encabezados por el comisario Rousse y el propio Etchecolatz.

Poco después entraron en escena otros cien policías de varias comisarías del sur bonaerense. Algunos cortaron la Ruta 2, desviando el tránsito hacia el Camino General Belgrano. También fueron clausuradas todas las arterias vecinales, mientras el resto formaba un vasto cordón de seguridad en torno al refugio guerrillero. Recién entonces, los hombres de la Brigada tomaron ubicación detrás de los árboles.

Únicamente faltaba la orden para entrar en acción.

Pero los jefes policiales pretendían que la oscuridad fuese total.

Así pasó una tensa media hora, en la que sólo fue audible el canto de los grillos. Etchecolatz aprovechó ese lapso para supervisar la posición de su tropa con el fervor de un mariscal. Sin duda, confiaba en el factor sorpresa.

Pero su plan se derrumbó al ver el horizonte fracturado por una ráfaga de fuego que partía desde la terraza. Ello provocó el desbande de sus hombres.

Por unos segundos el silencio fue absoluto. Luego se escucharon algunos gemidos de dolor mezclados con voces de mando.

—¡Un médico, carajo, un médico! —gritaba un sargento, mientras sostenía a otro suboficial con un balazo en la nalga.

No lejos de allí, Rousse dirigía una mirada incómoda hacia un oficial que se debatía entre la vida y la muerte con buena parte de su masa encefálica esparcida por el pasto.

Mientras tanto, Etchecolatz bramaba órdenes que nadie parecía escuchar.

Y otra ráfaga partió desde la terraza. Esta vez, las balas inutilizaron un Torino de la Brigada.

Pese a los bramidos del comisario, sus hombres volvieron a retroceder.

Por unos minutos, los policías no atinaron a moverse de sus improvisados parapetos. Después, lograron reagruparse.

En ese momento algunos uniformados abandonaron el cordón perimetral para unirse a ellos. Y todos dispararon al unísono.

Pero la réplica de los insurgentes no tardó en hacerse oír.

Etchecolatz, en medio del fuego cruzado, se tiró boca abajo. Permaneció así durante la siguiente hora. Finalmente pudo reptar hasta la retaguardia. Sus ojos lucían más desorbitados que nunca.

Ante el cariz de los hechos, el Ejército decidió tomar cartas en el asunto, luego de que la policía provincial cursara un desesperado pedido de auxilio al Estado Mayor.

Al rato llegó al teatro de operaciones una columna de camionetas verdes. De su interior saltaron unos cincuenta efectivos armados hasta los dientes. Era un pelotón del Regimiento 7 de Infantería, con asiento en La Plata. Lo encabezaba el mismísimo jefe de la unidad, coronel Roque Carlos Presti. Y no necesitó más que un golpe de ojo para evaluar la situación.

Los destellos del fuego enemigo le permitieron entrever las formas de la pequeña fortaleza guerrillera. Pese a la lluvia de proyectiles desatada sobre su estructura, esta seguía intacta. Las balas que rebotaban sobre la puerta de hierro forjado sólo lograban emitir un tintineo perturbador. Y la terraza era una trinchera inexpugnable. Desde allí volaban granadas de guerra, ráfagas de ametralladora y disparos efectuados con un FAP.

El coronel recién apartó la vista al sentir un ardor en las retinas: el viento devolvía los gases lacrimógenos.

Al regresar sobre sus pasos advirtió la presencia de dos civiles.

Uno de ellos era el juez de turno. A viva voz había intentado mediar en el conflicto. Pero los tiros lo obligaron a refugiarse detrás de un árbol. Ahora departía amigablemente con los comisarios.

El otro estaba rodeado por un grupo de policías; era nada menos que don Gustavo. El comisario Rousse lo había hecho traer para presionar a su hijo. Pero el intento no prosperó.

A pesar de su estruendoso devenir, el combate se había estancado en una suerte de empate técnico. Sin dejar de accionar sus armas, ambos bandos se mantenían mutuamente a raya. No obstante, a los uniformados les resultaba imposible aproximarse hacia la casa. Y a sus ocupantes, iniciar la retirada.

A medianoche, la intensidad del tiroteo decreció. Ahora los del ERP únicamente disparaban ráfagas a modo de advertencia. Ello significaba que habían empezado a economizar las municiones.

Luego, los tiros cesaron.

Pero la calma no fue duradera; sólo bastó el leve sonido de unas pisadas para desatar nuevamente el infierno.

En ese instante, el coronel echó un vistazo a su reloj. El recrudecimiento de las hostilidades había despertado su impaciencia. Y valiéndose de señas, impartió una orden a un grupo de conscriptos. Ellos tardaron un minuto en montar una pieza de artillería en el descampado. Era un mortero de noventa milímetros.

La primera descarga produjo un fogonazo en la boca del caño; después iluminó el cielo al estrellarse sobre la casa. El impacto pulverizó parte del muro y el portón.

La respuesta fue una barrida de fusil, seguido por un tiro de pistola que sonó en el interior de la vivienda. Ese estampido fue diferente de todos los demás.

El segundo cañonazo hizo blanco entre el techo y la ventana.

Y el tercero arrasó con la terraza.

El silencio fue, entonces, definitivo.

Al rato, soldados y policías corrieron a campo traviesa. Y el asalto final resultó un juego de niños.

Don Gustavo fue obligado a reconocer *in situ* el cadáver de su hijo.

El Gringo yacía en la terraza, con los brazos abiertos en cruz y la mirada inmóvil. El Negro Ramón agonizaba junto al tanque de agua, con una mano estirada hacia un FAL caído a centímetros de su alcance.

Un tipo de civil se aproximó y, sin mover el brazo que llevaba pegado al cuerpo, le disparó tres veces sobre la cabeza.

De la mujer, en cambio, no había rastros. Eso sobresaltó a los presentes. Su cuerpo fue luego hallado entre los escombros.

Unas horas después, cuatro presos políticos alojados en Devoto oían en su celda el programa *Leyendo las Noticias*, conducido por Julio Lagos. Este arrancó la emisión con una crónica algo lavada de lo sucedido en Florencio Varela. Después, siempre con su dicción afable, dio a conocer el nombre de los muertos.

Uno de los presos palideció. Y tras un instante que fue eterno, dijo:

—Acaba de caer mi compañera.

Recién entonces, a Carlos Martínez se le humedeció la mirada.

Dicen que esa mañana, unos cuarenta presos —del ERP y Montoneros, en su mayoría— homenajearon a los tres abatidos con una formación militar efectuada en el pasillo del pabellón.

A esa misma hora, un llamado telefónico arrancó de la cama al ejecutivo Antonio Armaño. Del otro lado de la línea estaba la inconfundible voz del comisario Etchecolatz. Y sin rodeos, anunció:

—Vea, tenemos a su hombre.

Armaño quiso interesarse por su estado. Pero no pudo hacerlo; el otro se le adelantó con una indicación:

—Vaya lo más rápido que pueda a la morgue de La Plata.

Al rato, pudo reencontrarse finalmente con el ejecutivo secuestrado.

Luis León Domenech vestía la misma ropa con la que había salido de su casa. Y parecía dormido. Pero tenía un disparo en la nuca.

La versión policial atribuyó su muerte a una bala de pistola gatillada por los guerrilleros.

Por su parte, los hombres del SIE se mostraron convencidos de que hubo negociaciones secretas entre la empresa petrolera y el ERP, las cuales —sin que ellos pudiesen entrometerse— habrían concluido con el pago del rescate.

Los insurgentes en ningún momento se pronunciaron al respecto. Aunque un rumor generado en el seno de la organización señalaba la existencia de intensas tratativas, que —por imperio de los hechos— quedaron truncas.

Para sumar al desconcierto general, Armaño aseguró a través del tiempo que jamás existió contacto alguno con los secuestradores.

VI

Lo sucedido en el barrio El Rocío conmovió a la opinión pública por su virulencia. Al flamante presidente interino Ítalo Luder, el incidente le sirvió para poner en relieve la peligrosidad de las “bandas subversivas”. Pero el Ejército —a pesar de su sorpresivo protagonismo en el episodio— se mantuvo en silencio, sobreactuando así su presunta subordinación al poder civil.

Para la organización comandada por Mario Roberto Santucho, la batalla de Florencio Varela tuvo un efecto ambivalente. Sus medios de difusión no escatimaron elogios para describir la excelencia operativa y el heroísmo de los combatientes caídos. Sin embargo, en las hendijas de aquella historia se proyectaba un enigma: el modo en que las fuerzas policiales localizaron el búnker guerrillero.

En la tarde del 15 de septiembre, un hombre cruzaba presurosamente la Avenida General Paz al volante de una vieja Estanciera.

No se trataba de alguien que pasara inadvertido: pesaba unos ciento vente kilos, su abdomen era tan llamativo como la hernia que le abultaba el bajo vientre y el cabello peinado a la gomina le otorgaba un aire levemente tanguero. Se llamaba Juan Mangini y sus compañeros le decían “Pepe”. Era nada menos que el jefe de Inteligencia del ERP.

Y en esa ocasión su rostro lucía contrariado. Lo cierto es que se acababa de topar con un dato inquietante: la Regional Capital estaría infiltrada por un espía del Batallón 601.

Al menos así lo aseguró un sargento del SIE captado por los Montoneros. Ellos no tardaron en elaborar un informe al respecto, antes de establecer un encuentro con él para entregarle una copia.

Pepe ahora se dirigía hacia una quinta ubicada en el sur bonaerense para tratar el asunto con el propio Santucho.

Y su preocupación iba en aumento.

En el *paper* no había mayores precisiones sobre la identidad del agente enemigo. Con la excepción de un apodo: el Oso.

CAPÍTULO CINCO

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO

—¡La puta que lo parió! —fue la exclamación proferida por el coronel José Osvaldo Riveiro, al descargar un puñetazo sobre el escritorio.

El mayor Carlos Españadero asimiló esas palabras sin pestañear.

Y el mayor retirado Santiago Manuel Hoya sólo atinó a mirar el techo con sus anteojos espejados, de los cuales no se despojaba ni para ir al cine.

Ambos habían sido convocados al despacho del subjefe del Batallón 601 para evaluar las novedades concernientes al seguimiento efectuado sobre el activista chileno Jean Claudet Fernández.

Aquellas novedades no eran precisamente satisfactorias.

En resumidas cuentas, tras siete días de minuciosa vigilancia, los agentes del SIE no lograron detectar ningún movimiento significativo en torno al departamento ubicado en Montevideo y Santa Fe. Al respecto, los partes de inteligencia elaborados cada doce horas coincidían en un punto: el militante del MIR no había recibido visitas, su teléfono estaba sin uso y tampoco se lo vio salir del edificio.

Hoya, quien estaba a cargo del operativo, arriesgó una hipótesis:

—El tipo debe estar acovachado con la mina esa.

Se refería a Alicia Carbonell, la amante porteña de Claudet.

Fue notable ver cómo la sola mención de esa mujer enardeció aún más al coronel, quien apeló nuevamente a las malas palabras.

Ahora estaban destinadas a los dos subordinados. Y las subrayó arrojando una hoja hacia ellos.

Se trataba de un oficio librado por la Dirección Nacional de Migraciones con una lista de las personas que salieron del país el 19 de octubre de 1975. Entre las mismas se encontraba el titular de un pasaporte francés que había abordado un vuelo de Lufthansa hacia París. No era otro que Claudet. Y ya habían transcurrido cinco días desde entonces.

Un verdadero papelón: los espías del SIE habían creído tener bajo la lupa a alguien que ni siquiera estaba en el territorio nacional.

Tal vez en esas circunstancias Balita haya tenido en cuenta el apuro del agente de la DINA, Enrique Arancibia Clavel, por capturar al hombre que terminó por esfumarse ante su propia nariz. También daba

por descontado que eso —en el marco del Plan Cóndor— causaría una situación embarazosa con sus camaradas trasandinos. De modo que resolvió mantener ese traspié en el más estricto secreto. Al menos, por unos días.

En ese lapso dispuso no levantar la vigilancia sobre el edificio de la calle Montevideo.

Hoya acató la orden, sin comprender el sentido de esta.

Españadero, en cambio, intuía que Riveiro —posiblemente a través de una fuente a la cual ellos no tenían acceso— manejaba una información que le permitiría revertir el asunto. Y no estaba equivocado.

II

Claudet ahora se encontraba en Sarcelles, una pequeña ciudad situada al norte de París. Era su lugar de residencia desde fines de 1974. Pero esta vez su presencia allí sería fugaz.

Aquel hombre era un correo del MIR. Y ya ultimaba los preparativos de su regreso a Buenos Aires.

A tal efecto, en la noche del 24 de octubre se reunió con su responsable político. Este lucía preocupado, y no tardó en explicar el motivo:

—Parece que al “Trosko” se lo llevaron a Santiago.

Se refería al sociólogo chileno Jorge Fuentes Alarcón, un personaje clave en la estructura partidaria, ya que era el enlace entre su secretario general, Edgardo Enríquez, y la Junta Coordinadora Revolucionaria, integrada por las guerrillas de Argentina, Chile, Bolivia y Uruguay.

El Trosko había caído en manos de la policía paraguaya el 16 de mayo de 1975, luego de cruzar la frontera guaraní con un pasaporte costarricense no demasiado verosímil. Idéntica suerte corrió su acompañante: el abogado argentino Amílcar Santucho, hermano del fundador del ERP.

Ambos fueron inmediatamente trasladados a Asunción.

A partir de entonces, nada se supo de ellos.

Por eso mismo, Claudet enarcó las cejas cuando su interlocutor mencionó el traslado de Fuentes Alarcón a la capital chilena.

La versión era de un agente de la DINA que colaboraba con el MIR.

Este también reveló que el Trosko, durante su permanencia en Asunción, fue interrogado por un militar argentino que se hacía llamar “Rawson”.

Dicha circunstancia inquietaba al hombre reunido con Claudet.

En ello había dos razones: no sólo era el primer indicio palpable sobre la cooperación represiva entre los ejércitos del Cono Sur sino que, en aquella ocasión, parecía apuntar hacia un blanco concreto. Y dijo:

—El “Pollo” no sabe nada de esto. Tú tienes que avisarle.

Hablaba de Enríquez, quien estaba refugiado en algún lugar de Argentina.

Finalmente, agregó:

—Sería harto importante saber quién es ese tal Rawson.

Por toda respuesta, Claudet asintió con un leve cabeceo.

Antes de concluir el encuentro, el otro extendió hacia él un pequeño rollo escondido en una carcasa de plástico; se trataba del material microfilmado —documentos políticos, informes e instrucciones— que debía entregar a sus contactos en Buenos Aires.

El resto de la velada tuvo un neto corte familiar.

Arhel, la mujer con la que contrajo matrimonio en 1962, había preparado una exquisita cazuela de mariscos. Y él descorchó una botella de Casillero del Diablo, su vino predilecto. Los hijos de la pareja —de trece y diez años— ya estaban dormidos.

Recién despertaron al amanecer, para despedirse del padre.

Arhel, apoyada sobre el marco de la puerta, observó como este cruzaba el Boulevard Montaigne para abordar un taxi que lo conduciría al aeropuerto de Roissy. Claudet había prometido regresar en tres semanas.

Horas más tarde, mientras el avión sobrevolaba el Atlántico en dirección a la Ciudad de México —la primera escala de su intrincado periplo hacia Buenos Aires—, en Santiago de Chile, a unas pocas cuadras de la Alameda, un hombre ascendía las escalinatas de un antiguo edificio ubicado sobre la calle Belgrado. Se trataba del Cuartel General de la DINA. En el sector más inaccesible se hallaban las oficinas del Departamento Exterior, atendidas por su propio jefe: el mayor Raúl Iturriaga Neumann.

Hasta allí se dirigió el recién llegado.

Traía desde Buenos Aires una misiva suscripta por Arancibia Clavel.

Y su lectura provocó en el militar un ramalazo de estupor.

En ella, textualmente, decía:

“El MIR en París sabe sobre el traslado del Trosko. Verificar quién tenía acceso al operativo. Alguien de la agencia sería el informante.”

Visiblemente ofuscado, Iturriaga pasó al siguiente párrafo. Para su alivio, sólo hacía alusión a un asunto mundano:

“Sería muy conveniente para seguir contando con la amistad de Rawson que se le envíe un obsequio típicamente nuestro. Sugiero una bayoneta en miniatura con el escudo de la agencia.”

El coronel José Osvaldo Riveiro no tardó en recibir su regalo.

III

En la mañana del miércoles 29 de octubre, Claudet efectuó dos llamadas de larga distancia desde un teléfono público del Distrito Federal.

La primera fue a su control de seguridad en París.

La segunda, a un número de Buenos Aires. Y con un anhelo estrictamente personal:

—Avísale a Alicia que llego el viernes —dijo, casi gritando.

Alicia, desde luego, era la Carbonell.

Y quien estaba en el otro lado de la línea también se llamaba Alicia. Pero su apellido era Choren. Se trataba de una vieja amiga de Claudet.

Asimismo, era hija del prestigioso doctor en química Eduardo Choren.

Este había sido una víctima de la Noche de los Bastones Largos —la brutal intervención universitaria efectuada en 1966 por el régimen de Onganía— y se vio forzado a abandonar con su familia el país, al igual que muchos otros académicos y científicos. En su caso, fue convocado por la Universidad de Chile como investigador del Departamento de Ingeniería Química.

El destino hizo que allí se cruzara con Claudet, quien acababa de obtener su título en esa carrera y ahora era docente auxiliar de una cátedra.

Alicia tenía por entonces quince años.

Claudet, que ya había cumplido veintisiete, se topó por primera vez con ella durante una cena en la casa de su padre. Pero en esa ocasión no reparó demasiado en su presencia.

Sus caminos se volverían a entrelazar cuatro años después.

Corrían en Chile los agitados primeros meses de 1970.

El joven ingeniero ahora ejercía su profesión en la planta fabril de Indus Lever, una multinacional dedicada a los artículos de limpieza. Alternaba tal actividad con su militancia en el MIR.

Por aquellos días, la organización había suspendido sus acciones armadas para no enturbiar la campaña electoral de la Unidad Popular, una alianza de izquierda encabezada por el socialista Salvador Allende. Aunque el MIR no era parte de la coalición, apoyaba incondicionalmente su candidatura. Y sus jefes mantenían un fluido diálogo con el propio Allende. Tanto es así que la relación derivó en un sorprendente logro institucional: los mejores cuadros del MIR formaron el GAP (Grupo de Amigos Personales), que tuvo a su cargo la custodia del hombre que se proponía transitar "la vía pacífica al socialismo".

El 4 de septiembre de ese año, Allende fue elegido Presidente de Chile.

A partir de esa etapa, el MIR inició un meticuloso trabajo de inteligencia para detectar posibles planes sediciosos de la derecha y —por medio de una red de informantes— también pudo ejercer una eficiente vigilancia sobre las Fuerzas Armadas. Dicho sea de paso, tales tareas contribuyeron a abortar conspiraciones golpistas en octubre de 1970, septiembre de 1971 y marzo de 1972. En paralelo, el MIR —que conservaba parte de su estructura en la clandestinidad— fortaleció sus unidades operativas, orientando su estrategia hacia la creación de milicias abocadas a la defensa del gobierno popular. Y sin descuidar su trabajo político en el frente de masas.

Claudet, acaso por su jerarquía profesional en una empresa de capitales ingleses, había sido asimilado al aparato de inteligencia del MIR.

Alicia Choren, por su parte, era una simpatizante de la organización. Y el reencuentro entre ambos se produjo en una reunión partidaria. Tal circunstancia dio pie a un vínculo que perduraría a lo largo del

tiempo.

Ahora, desde ese teléfono público del Distrito Federal, el correo del MIR apelaba a la discreción de su amiga:

—Nadie más debe saber sobre mi llegada —dijo, otra vez casi gritando.

La comunicación se cortó antes de que ella atinara una respuesta.

Al atardecer, Claudet partió hacia la Ciudad de Panamá.

Allí se alojó en una habitación del Hotel Centroamericano, situado sobre la Avenida Ecuador, justo frente al edificio del Tribunal Electoral.

Al día siguiente hizo otra llamada a su control en París, la última antes de pisar el territorio argentino.

Luego guardó el material microfilmado en un bolsillo secreto de su saco.

Pasadas las 22.30 —hora local— se embarcó en el vuelo 515 de Panam con destino a Buenos Aires.

En ese mismo instante clareaba en París.

Y en un pequeño departamento del Barrio Latino —donde funcionaba una base logística del MIR—, tres hombres debatían una cuestión tan imprevista como urgente.

Uno de ellos era el que diariamente monitoreaba por vía telefónica la gira de Claudet. También estaba su responsable político. Y el otro pertenecía al aparato de inteligencia partidario.

Fue este el que comunicó la novedad: el domicilio que Claudet solía usar en Buenos Aires estaba rigurosamente vigilado por un grupo de tareas del Ejército Argentino.

La versión provenía del agente de la DINA captado por el MIR.

Uno de los presentes consultó su reloj y luego levantó la vista, meneando lentamente la cabeza. Nadie pronunció palabra alguna.

El cuadro de situación era estremecedor: Claudet ahora estaba volando hacia la boca del lobo. Y no había modo alguno de advertirle, a menos que él mismo llamara a París antes de ir al edificio de la calle Montevideo. Pero también era posible que sus perseguidores hubieran obtenido el horario de su arribo y lo estuvieran esperando en el aeropuerto.

En medio de tales especulaciones, el hombre que oficiaba de control se apostó frente al teléfono, iniciando así una espera que se tornaría dramática con el correr de las horas.

Mientras tanto, en Buenos Aires flotaba una espesa madrugada.

Durante los primeros minutos de ese viernes, los agentes del Batallón 601 reforzaron el asedio sobre la vivienda alquilada por Alicia Carbonell. La orden al respecto había sido impartida por el mismísimo coronel Riveiro. Y con una buena razón: la mujer acababa de instalarse nuevamente en dicho domicilio, tras casi doce días de ausencia.

En ese lapso permaneció en el departamento de sus padres, ubicado sobre la Avenida Coronel Díaz.

Hasta allí acudió Alicia Choren en la tarde del jueves, con el propósito de transmitir el mensaje de Claudet.

Sin perder un solo instante, la otra Alicia embaló algunas pertenencias en un bolso, antes de partir

hacia el departamento de la calle Montevideo.

Al despedirse, su amiga percibió en ella una mueca de tensión.

Pero no le dio importancia a ese detalle.

IV

El vínculo que las unía había nacido durante el ya lejano otoño de 1964 en el Liceo de Señoritas José Figueroa Alcorta. Al poco tiempo, la hija del científico y su tocaya se hicieron inseparables.

Ambas eran algo así como opuestas complementarias: la Choren era alta, espigada y aún conservaba cierto aire infantil; la Carbonell era más bien menuda y ya por entonces lucía un porte pulposo.

Esta última pertenecía a una típica familia de clase media. Su padre tenía una mueblería. Y un hermano militar: el capitán Jorge Alberto Carbonell.

Alicia Choren no tardaría en conocerlo.

Aquel hombre la sorprendió por su jovialidad. Jamás vestía uniforme y le gustaba enfrascarse en discusiones políticas. Sus visitas al departamento de la Avenida Coronel Díaz eran más que frecuentes. Allí todos lo llamaban "Tío Jorge".

Dos años después, la familia Carbonell se sintió ciertamente apenada ante el forzado viaje a Chile de Alicia Choren.

Esa partida, desde luego, interrumpió la amistad entre las dos chicas. Y así transcurrieron siete largos años.

Pero el 11 de septiembre de 1973, la cruenta caída del gobierno socialista de Salvador Allende tornó insostenible el ciclo trasandino de los Choren.

Ellos recién pudieron abandonar el territorio chileno diez días después, al reanudarse los vuelos comerciales entre Santiago y el resto del mundo.

Don Eduardo —ya divorciado de su esposa— viajó a Venezuela, contratado esta vez por la Universidad de Zulia.

El resto de la familia regresó a Buenos Aires.

Alicia, entonces, no tardó en encontrarse con su vieja amiga.

El contraste entre ambas seguía siendo notable: la Choren, aunque ya más rellenita, conservaba su estampa adolescente, que acentuaba su estilo *hippie* en el vestir; la Carbonell, en cambio, más inclinada hacia los escotes y las minifaldas, lucía un aspecto obstinado por resultar despampanante.

Ella acababa de recibirse de arquitecta.

Y el Tío Jorge ahora era coronel.

La situación de Claudet, en cambio, era más compleja.

El golpe de Estado lo había sorprendido en su lugar de trabajo. Y recibió por parte del MIR la orden de quedarse allí, mezclado entre los directivos y empleados jerárquicos de la empresa. Ellos ni siquiera

sospechaban que él era un cuadro de esa organización.

Algunos de los presentes aplaudieron el vertiginoso paso de unos aviones Hawker Hunter que volaban hacia el centro de Santiago para bombardear el Palacio de La Moneda.

Por esas horas trascendió que la residencia presidencial de la calle Tomás Moro había sido atacada con fuego aéreo y proyectiles de cañón.

Ello provocó otro aplauso.

Sin embargo, los ejecutivos de la jabonera no ocultaron su preocupación al tomar conocimiento de los combates que se libraban entre improvisadas milicias populares y fuerzas golpistas en barrios y fábricas de la zona sur.

La planta de Indus Lever no quedaba lejos de allí.

Lo cierto es que tales focos de resistencia fueron rápidamente aplastados.

A media mañana, Radio Magallanes —la única emisora oficialista que aún no había sido silenciada— propaló las últimas palabras de Salvador Allende, antes de descerrajarse un tiro en la boca.

La noticia de su muerte recién fue difundida a la tarde.

Ya regía el estado de sitio y la ley marcial.

Claudet, en tanto, hacía lo imposible por parecer imperturbable. Y mantuvo esa actitud en los días posteriores.

La singularidad del ámbito en el que desarrollaba su militancia determinó que él no pasara a la clandestinidad. Y eso de modo alguno fue arbitrario.

El bajo nivel de exposición que había mantenido hasta entonces favoreció que, por el momento, no fuese un blanco selectivo del nuevo régimen. Y dicha circunstancia —en el contexto de la diezmada estructura partidaria— lo convirtió en una pieza logística de suma utilidad.

Claudet, a bordo de su propio Fiat 124, recorría diariamente las calles de Santiago, para así reestablecer contactos y celebrar fugaces reuniones en el interior del vehículo. En las mismas recibía documentos y comunicaciones provenientes de todos los niveles de la organización. Y luego hacía llegar esos papeles a sus respectivos destinatarios.

No menos valiosa era su condición de ingeniero en una multinacional, ya que en los despachos de sus gerentes solía circular abundante información política de carácter reservado.

En esas condiciones, las primeras semanas de la dictadura transcurrieron para Claudet sin mayores sobresaltos. Incluso llegaría a convencerse de que —al menos, en su caso— no existía mejor escondite que la vida cotidiana.

Seguramente su percepción al respecto varió el 2 de octubre.

Aquel martes, al concluir la jornada laboral, salió de la fábrica manejando su automóvil. Caía ya el atardecer, y las calles de la comuna Quinta Normal mostraban una abigarrada circulación de peatones y vehículos. Faltaba sólo media hora para el toque de queda. Y él enfiló hacia la Avenida Carrascal para así llegar rápidamente a su casa. Pero a unas cinco cuadras había un puesto de control. Y un sargento le

indicó con su fusil que frenara. Claudet pensó que se trataba de una cuestión de rutina y con forzada amabilidad le extendió su identificación al uniformado. Por respuesta, recibió un culatazo en el medio del rostro.

Claudet recuperaría el conocimiento en el piso de una camioneta militar.

Estaba maniatado por la espalda, tenía los ojos vendados y le dolía todo el cuerpo, como si hubiera recibido una lluvia de golpes.

Minutos después, la camioneta se detuvo antes de ingresar a una cochera. Sus captores lo sujetaron de los brazos para incorporarlo. En ese instante se le corrió la venda y, por una milésima de segundo, pudo observar el paisaje desierto de la Alameda. Entonces supo que lo habían llevado al Ministerio de Defensa.

En los albores de la dictadura, los sótanos de ese enorme edificio fueron utilizados como sitio de alojamiento para prisioneros en tránsito.

Esa misma noche, Arhel —la esposa de Claudet— se sintió alarmada por su ausencia, al igual que sus compañeros. Recién al día siguiente se enteraron de que había sido capturado al salir de su trabajo.

La mujer no tardó en acudir al Ministerio de Defensa.

Allí se toparía con una inmensa fila de personas que también procuraban saber sobre la suerte de otros detenidos.

Tras una larga espera, Arhel fue atendida por un oficial de Carabineros.

—A su esposo no lo tenemos aquí —fueron sus únicas palabras.

Pero, sorprendentemente, le restituyó el Fiat 124 de su marido.

En el sentido literal, el policía había dicho la verdad: Claudet acababa de ser trasladado al Estadio Nacional.

Ese lugar era ahora el centro de detención más grande de Santiago.

Y ya había allí unos siete mil prisioneros.

Estos, cuando no eran sometidos a torturas, pasaban el día apiñados en las tribunas. A ese paisaje se sumaba una presencia escalofriante.

En las graderías —y siempre escoltado por dos militares— solía pasearse un individuo enmascarado como un luchador de catch. Era un ex militante del Partido Socialista. Y tenía la misión de señalar a sus antiguos compañeros, quienes eran inmediatamente separados del resto.

Por su parte, los interrogadores de Claudet estaban perfectamente al tanto de su pertenencia al MIR y con métodos brutales ejercieron sobre él todo tipo de presiones para que les revelara los lugares en donde la organización escondía armamento.

Lo cierto es que él no estaba al tanto de ese asunto. Y también ignoraba quién lo había delatado.

Pero, para su asombro, fue puesto en libertad una semana después.

Claudet llegó a su casa con cuatro costillas rotas, quemaduras por el paso de electricidad en los genitales y una neumonía aguda.

Aun así, no dejaba de sentirse un hombre afortunado; todo parecía indicar que su temporada en el infierno había concluido.

Sin embargo, la paz para él no fue duradera.

Durante la madrugada del 14 de octubre, mientras Claudet se reestablecía de sus lesiones, el silencio de pronto cedió bajo una aterradora sinfonía de sirenas, voces de mando y pasos de borceguíes. Tras derribar la puerta, los uniformados lo levantaron en vilo del lecho.

En el alba de ese mismo domingo llegó nuevamente al Estadio Nacional.

Un simple golpe de ojo le bastó para advertir que la población del lugar había sido engrosada con otros dos mil prisioneros.

Y entre ellos seguía paseándose el hombre de la máscara fantasmagórica.

Esta vez Claudet permaneció allí durante casi un mes. Luego fue llevado a la Penitenciería de Santiago.

V

Mientras tanto, Alicia Choren se iba aclimatando a su nueva realidad. En contraposición al Chile militarizado, la capital argentina era para ella como una bocanada de aire fresco.

Los días posteriores a su regreso estuvieron signados por un aquelarre callejero que osciló entre innumerables actos de campaña, los festejos por la victoria de Perón en los comicios del 23 de septiembre y las tumultuosas marchas en repudio al golpe contra Allende. Estas incluso se extendieron al ámbito futbolístico, cuando el plantel del club Huracán celebró la obtención del campeonato Metropolitano de ese año dando la vuelta olímpica con una enorme bandera chilena.

Alicia no daba crédito a sus ojos.

La otra Alicia, que jamás militó, compartía el entusiasmo de su amiga. Esta entonces le confió su afinidad con el MIR.

La flamante arquitecta se fue politizando a pasos agigantados. Y lo comentó en familia.

Ello, al parecer, provocó cierta preocupación entre sus padres, quienes no dudaron en recurrir a los consejos del Tío Jorge.

En aquel momento el militar le restó importancia al asunto.

—Pavadas propias de la juventud —fueron sus palabras.

Pero no tardó en reconsiderar eso durante el 25 de septiembre, tras recibir la llamada de un camarada de armas con una noticia inquietante:

—Prendé la radio. Lo mataron a Rucci.

En efecto, el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, acababa de morir acribillado por veintitrés balazos disparados desde varios ángulos, al abandonar en el barrio de Flores uno de sus tantos domicilios rotativos. El desafortunado gremialista era un emblema de la burocracia sindical y los

Montoneros se la tenían jurada. Pero la organización optó por no atribuirse oficialmente el atentado.

Horas después, una patota vinculada al ministro de Bienestar Social, José López Rega, asesinó en una calle de Belgrano al militante de la JP, Enrique Grinberg.

Esas fueron las primeras gotas de lo que en breve se convertiría en un río de sangre. Por lo pronto, el Consejo Superior Justicialista —que oficiaba de órgano máximo del peronismo— anticipó su virulento duelo con la izquierda partidaria a través de un comunicado en el cual se declaraba “en estado de guerra contra los infiltrados marxistas del Movimiento”. A continuación, el presidente interino Raúl Lastiri suscribió el decreto que ilegalizaba al ERP. Como respuesta, las FAR y Montoneros decidieron fusionarse.

Así transcurrió el inicio de aquella primavera.

Durante el soleado mediodía del viernes 12 de octubre, los Carbonell en pleno almorzaban en una cantina italiana ubicada en la esquina de Córdoba y Anchorena. Por la calle pasaban grupos con banderas y camionetas con bombos: iban hacia la Plaza de Mayo a escuchar a Perón. Dos horas antes, el General había jurado su tercera presidencia ante la Asamblea Legislativa y en un rato —después de dieciocho años— volvería a hablar desde el famoso balcón de la Casa Rosada.

En ese instante, llegó Alicia Choren para ir allí con su amiga.

Y el Tío Jorge, tan afecto a las discusiones de sobremesa, empezó a sentir una profunda exasperación ante el discurso foquista de la recién llegada; su sobrina también aportaba opiniones irritantes.

En realidad, a las dos les divertía sacar al coronel de sus casillas. Y eso se transformó en un deporte que ellas practicaban cada tanto.

Recién en los primeros días de 1974, Alicia Choren se enteró —por boca de un exiliado chileno— de que Claudet estaba preso en Santiago.

Su tristeza, entonces, fue inocultable.

Y por primera vez le habló de él a la otra Alicia.

El tiempo fue pasando sin que hubiera más noticias sobre el prisionero.

Exactamente al año, la situación política había dado un giro tan ominoso como previsible: Perón ya estaba muerto y López Rega tenía en sus manos la suma del poder. El Ejército comenzaba su ensayo contrainsurgente en el monte tucumano y —desde julio de 1974— la violenta ofensiva desatada por la Triple A había cosechado unas cuatrocientas víctimas entre militantes de izquierda y del peronismo revolucionario.

En aquella época —y por motivos que se desconocen— la arquitecta y su antigua compañera de colegio ya no se veían con asiduidad.

En febrero de 1975 —sin previo aviso—, Claudet llegó a Buenos Aires.

Venía de París y estaba increíblemente intacto.

A Alicia Choren le costó sobreponerse de la sorpresa.

Entonces supo que el cautiverio de su amigo había durado hasta el 14 de noviembre de 1974. Y que su

excarcelación fue fruto de los buenos oficios llevados a cabo por la Embajada de Francia en Santiago, dado que por vía paterna él poseía la nacionalidad de ese país. Desde entonces residía con su familia en Sarcelles.

Claudet también le dijo que su presencia en Argentina tenía que ver con el MIR. Pero no aportó más detalles.

Alicia, sin embargo, se sintió muy entusiasmada con el asunto y comenzó a efectuar modestos recados para la resistencia chilena.

Así fue como se lanzó a la búsqueda de un departamento amoblado desde donde Claudet pudiese centralizar sus tareas políticas. A tal efecto, recurrió a Alicia Carbonell.

Ella —como ya se sabe— alquiló a su nombre la vivienda de Montevideo y Santa Fe. En tales circunstancias, finalmente, conoció al hombre sobre el cual su amiga tanto le había hablado.

Y eso derivó en una relación sentimental.

A partir de entonces, los viajes de Claudet desde París a Buenos Aires se tornaron frecuentes. Al igual que sus encuentros con Alicia Carbonell.

El romance no tardó en llegar a los oídos del Tío Jorge.

Este ahora reportaba inorgánicamente al Batallón 601.

Y su contacto directo no era otro que Balita.

VI

Durante el mediodía parisino del 31 de octubre de 1975, la campanilla del teléfono sonó en el pequeño departamento del Barrio Latino utilizado como base logística del MIR. Y su único ocupante se abalanzó sobre el auricular con el fervor de un arquero. Pero el autor de la llamada no era precisamente Claudet, sino su responsable político. Quería saber si había alguna novedad acerca de este. La respuesta, desde luego, fue negativa. Y ello agravó aún más la tensión reinante. Se suponía que a esa hora el viajero ya debía haber llegado a Buenos Aires.

Así transcurrieron otros treinta y cinco minutos. Hasta que el teléfono volvió a sonar.

Y nuevamente el hombre se abalanzó sobre el aparato.

Pero esta vez la voz que se filtraba desde el otro lado de la línea fue como música para sus oídos: Claudet aún estaba sano y salvo.

Su avión había aterrizado a las 7.05 —hora local— y ahora llamaba a París desde un teléfono público del aeropuerto de Ezeiza.

Y sin rodeos, fue puesto al tanto de su delicada situación.

Tal vez ello hizo que palideciera.

Lo cierto es que en esas circunstancias recibió tres indicaciones precisas: no acercarse al domicilio vigilado, cancelar todos los contactos previstos y volver a Francia lo antes posible. Luego se cortó la

comunicación.

Quizás entonces Claudet haya considerado la opción de tomar el próximo vuelo hacia París. Este recién salía a las 19.30. Pero, hasta dentro de un par de horas, resultaba imposible hacer allí la reserva correspondiente.

Es probable que también advirtiera que la Policía Aeronáutica patrullaba con disimulo el hall de la terminal. Y que sus ojos repararan en la presencia de algunos sujetos de aspecto inquietante. De modo que con suma rapidez habría descartado la idea de quedarse en el aeropuerto hasta el atardecer.

Todo indica que Claudet evaluó esta cuestión sin alejarse del teléfono.

Seguramente entonces pensó en Alicia Carbonell.

Y no dudó en discar el número telefónico de la mujer que lo aguardaba en el departamento de la calle Montevideo.

Dicha comunicación fue realizada a las 7.45 de ese viernes.

En la misma, Claudet reveló el peligro que acechaba sobre ese domicilio y también insinuó —con una clave que sólo ella entendía— el sitio alternativo en donde se iría a alojar. También propuso que se reencontraran allí.

Luego tomó un taxi que lo condujo hacia el microcentro porteño.

Esa misma mañana se registró en el Hotel Liberty, ubicado en la Avenida Corrientes 628. Lo hizo con su verdadera identidad.

Su apariencia desgarbada y nerviosa llamó la atención de otro pasajero: el sacerdote francés André Jeriey. Ambos subieron juntos en el ascensor hasta el primer piso. Allí Claudet se perdió tras la puerta de la habitación número doce. Y el cura se introdujo en la suya.

VII

Alicia Carbonell, extrañamente, seguía en la vivienda vigilada por el SIE.

La presencia de sus agentes no era imperceptible, dado que pululaban de manera ostentosa en los alrededores del edificio.

Habían llegado la noche anterior a bordo de tres Falcon y un Peugeot 504 sin identificación. Ahora permanecían estacionados en las esquinas.

En la Avenida Santa Fe resaltaba —desde mediados del mes— la furgoneta con el dispositivo para controlar las comunicaciones telefónicas.

Desde allí había sido grabada la única llamada local hecha por Claudet.

En consecuencia, sus perseguidores estaban al tanto de su llegada al país. Y también sabían que el

chileno no acudiría al lugar de la emboscada. Pero aún no habían podido descifrar la clave de su paradero. Lo cierto es que esa suma de situaciones les abría otro interrogante: la vía por la cual el hombre del MIR supo que ese domicilio estaba “envenenado”.

A media mañana, finalmente, la mujer salió del edificio.

Lucía una expresión reconcentrada y caminó hacia la avenida mirando de reojo las siluetas agazapadas que a su vez la observaban a ella.

El hecho de que llevara su bolso hizo pensar que no regresaría allí.

Dos tipos la siguieron con la esperanza de que se encontrara con Claudet. Pero ella en realidad fue al departamento de sus padres.

Por alguna razón, Riveiro había impartido la orden de no tocarle un pelo.

Y el mayor retirado Santiago Hoya, que supervisaba la operación desde la cabina del Peugeot, seguía sin comprender cabalmente su estrategia.

Tal incógnita se veía sacudida por otra circunstancia: su personalidad no había sido educada para las esperas prolongadas.

Ya por entonces, aquel hombre exhibía un intenso pasado.

El 27 de mayo de 1969 comandó la represión a una marcha estudiantil en la ciudad cordobesa de Cruz del Eje. En aquella oportunidad fue acusado de torturar con sus propias manos a los detenidos. Al año siguiente ingresó como agente civil al SIE. También perteneció a la Triple A. Y fue parte del *putch* policial que a comienzos de 1974 derrocó en Córdoba al gobernador peronista Ricardo Obregón Cano. Luego fue designado subjefe de la policía provincial, secundando a otro alto dignatario de la Triple A: el comisario retirado Héctor García Rey. La gestión fue inaugurada con el secuestro del ex vicegobernador Atilio López y del ex ministro Juan José Varas. Sus cuerpos fueron encontrados en la localidad de Capilla del Señor con más de cincuenta balazos cada uno. Hoya se mantuvo en el cargo hasta septiembre. Después volvió a incorporarse al Batallón 601.

Y ahora, durante el mediodía de ese viernes, Hoya se encontraba sumido en un irremediable desconcierto: no entendía cómo su presa pudo detectar la celada tendida en su camino ni la indiferencia de Alicia Carbonell ante el operativo desplegado en torno a ella.

Lo cierto es que Claudet se le había escurrido entre los dedos. Y la mujer —su pieza clave para atrapar a este— acababa de ausentarse de la escena, sin que él pudiera someterla a uno de sus eficaces interrogatorios. Por lo tanto, la cacería se hallaba atascada en un inesperado punto muerto.

Y las últimas directivas recibidas desde la jefatura del SIE lo obligaban a mantener la vigilancia sobre aquella vivienda ahora vacía. Tampoco, claro, le encontraba sentido a eso.

Así fueron pasando las horas.

Hasta que ya entrada la tarde irrumpió un Torino azul, escoltado por otro vehículo. Sus puertas se abrieron al unísono, escupiendo de la cabina a tres ocupantes; el cuarto, un sujeto petiso y retacón, descendió de un modo más esforzado. Era Balita en persona.

Su repentina aparición sacudió la modorra de los espías fondeados allí.

Ellos no tardaron en percibir que el coronel estaba contrariado.

Hoya, siempre con sus anteojos espejados, fue resueltamente a su encuentro.

Sabía que aquel hombre tenía un interés especial en el asunto.

Pero este no pronunció palabra alguna.

Ambos se encaminaron hacia la furgoneta, ingresando a la misma por una puerta corrediza. Y Hoya le indicó al operador que les pusiera la grabación telefónica. Al oírla, una mueca transfiguró el rostro de Balita.

Por alguna razón, la figura de Claudet le provocaba una animosidad que excedía la esfera estrictamente profesional. Riveiro parecía actuar como si en esta trama hubiese un gran secreto que sólo él conocía. Y que no estaba dispuesto a revelar.

De hecho, el subjefe del Batallón 601 supo sobre la existencia de Claudet por sus propias fuentes y con anterioridad a que el agente chileno Enrique Arancibia Clavel le entregara el *paper* de la DINA que lo mencionaba.

Pero al principio pensó que era un exiliado más.

Tardaría un tiempo en descubrir que Claudet era en realidad un frecuente portador de datos sensibles y contactos no menos valiosos. Desde entonces, se obsesionó en rastrear sus posibles enlaces con algunos jefes del MIR que —cobijados por el ERP— circulaban en Argentina. Y pensaba que las huellas de ese hombre lo guiarían hacia el mismísimo Mario Roberto Santucho.

En ese aspecto, no obtuvo mayores resultados.

Aunque la investigación en sí tuvo para él derivaciones insospechadas. Las mismas incluso alterarían su dicha familiar.

Su señora, María Purcaro de Riveiro, lo notaba cada vez más huraño.

Doña María, desde luego, no imaginaba que algunas semanas después el coronel abandonaría —y con carácter definitivo— el domicilio conyugal de la calle Teodoro García 2375.

Pero por ahora su marido estaba enfrascado en otras preocupaciones.

Acababa de oír la cinta de la llamada realizada desde Ezeiza por Claudet.

Y no dijo nada al respecto.

Pero quizás entonces haya recordado una confidencia que recientemente le hiciera Arancibia Clavel: desde la DINA, alguien filtraba datos al MIR.

El agente chileno deslizó que el autor de la maniobra podría hasta ser un oficial de rango. Y que la cuestión preocupaba de sobremanera a su jefe, el mayor Raúl Iturriaga Neumann.

Balita ahora comprendía que la filtración también lo salpicaba a él. Pero tampoco dijo nada al respecto.

Recién abrió la boca al descender de la furgoneta; entonces, soltó:

—El pajarito ya está en su nuevo nido.

Casi una licencia poética para anunciar que conocía el sitio preciso donde Claudet estaba en ese momento.

Hoya, gratamente sorprendido, se interesó por el origen del dato.

La respuesta del coronel fue una enigmática sonrisa.

VIII

Durante el alba del 1 de noviembre, el cura francés André Jeriey despertó en su habitación del Hotel Liberty sacudido por un creciente alboroto. Los ruidos provenían del primer piso.

Su impresión inicial fue que se trataba de una riña entre varias personas. Pero descartó tal hipótesis al entornar la puerta. Entonces vio una cantidad imprecisa de sujetos armados hasta los dientes.

Proferían alaridos incomprensibles y pateaban una puerta situada al fondo del pasillo. La faena era comandada por un tipo de mediana edad y anteojos espejados. Un certero culatazo hizo que la cerradura cediera.

En ese instante, uno de los intrusos advirtió la presencia del sacerdote. Y blandiendo su ametralladora, le sugirió que se esfumara de la escena.

El alboroto en el pasillo persistía.

Luego comenzó a menguar, como si sus hacedores se alejaran.

Al final se impuso un denso silencio.

El padre André apagó el velador. Y la habitación quedó a oscuras.

O casi: por las hendijas de la persiana se colaban fragmentos de una luz giratoria. La misma era proyectada por la baliza de un vehículo azul.

El cura, ahora asomado a la ventana, pudo ver en su interior la silueta de su único ocupante: un individuo petiso y retacón.

También había otros siete automóviles.

Y sobre la vereda, algunos individuos armados.

Uno de ellos lucía un chaleco de cazador. Parecía impaciente.

El alboroto volvió a hacerse oír. Pero esta vez ya desde la calle.

Entonces desfiló ante sus ojos el paso de la horda saliendo del hotel.

El de los anteojos espejados impartía órdenes agitando una pistola. Y el de chaleco se le unió. Ahora parecía exultante.

Otros dos arrastraban a una persona esposada por la espalda; su andar era dificultoso y un trapo le cubría la visión.

El religioso no tardó en reconocerlo: era el mismo hombre que ayer había compartido con él un viaje en el ascensor.

Los vehículos partieron a toda velocidad.

Y en la calle sólo quedó el eco de un sombrío coro de chirridos.

Tras sobreponerse de la impresión, el padre André fue hacia el vestíbulo del hotel. Allí pidió el libro de pasajeros, argumentando un posible error en su propio registro. De ese modo obtuvo el nombre y la dirección en Francia del hombre secuestrado. Tenía en mente enviar una carta a sus familiares.

Durante ese mismo sábado, Alicia Choren comenzó a preocuparse: nadie respondía sus llamadas al domicilio de la calle Montevideo. Insistió durante la mañana siguiente, aunque con idéntico resultado.

Entonces decidió ir hacia el departamento de la Avenida Coronel Díaz.

Doña Encarnación —la madre de su amiga— ni siquiera le abrió la puerta; sólo informó por el portero eléctrico que la otra Alicia se había ausentado. Y que ignoraba cuándo iría a regresar. Su voz no era la de siempre.

Ya habían transcurrido unas treinta horas desde el operativo.

En ese instante ingresaron al Liberty dos tipos de porte perturbador. Ellos cruzaron la conserjería exhibiendo fugazmente una credencial. Y sin más se encaminaron hacia la habitación número doce. Después se retiraron con el equipaje de Claudet, no sin antes apropiarse del libro de pasajeros.

Mientras tanto, en la base parisina del MIR, al haberse interrumpido todo contacto con Claudet, sus compañeros comenzaron a masticar la peor de las presunciones. Y esta sería confirmada en horas de la noche a través de un informe elaborado por el misterioso agente de la DINA que colaboraba con el MIR. El *paper* detallaba puntillosamente lo ocurrido en el Liberty. Lo atribuía a un operativo conjunto del SIE y la DINA. Y también nombraba a sus principales bastoneros: el oficial argentino que se hacía llamar Rawson y el agente chileno Enrique Arancibia Clavel.

Este era nada menos que el hombre del chaleco. El propio Balita lo había convocado con urgencia poco antes del secuestro. Y él acudió a la esquina de Corrientes y Maipú acompañado por cuatro de sus hombres.

Fue el bautismo de fuego del Plan Cóndor en Argentina.

Lo cierto es que jamás trascendió el sitio al cual Claudet fue conducido.

En cambio se sabe que sus captores lo interrogaron durante días enteros y sin escatimar recursos. En tales sesiones —según una fuente militar— habrían participado Riveiro, Hoya y Arancibia, entre otros. Y con tres prioridades a desentrañar: la identidad del hombre de la DINA que reportaba al MIR, los enlaces de esa organización con el ERP y el paradero de Edgardo Enríquez.

Entre los inquisidores —siempre según esa misma fuente— estaba el mayor Carlos Españadero. Este solía ufanarse de no ser un torturador. Y fiel a sus principios, permanecía allí sin intervenir directamente en los tormentos.

No por eso su presencia resultaba menos siniestra: en realidad, él era allí una especie de secretario de actas.

Y como tal, volcaba prolijamente sobre una hoja todo lo que se decía en medio de aquellas aterradoras circunstancias. Alternaba dicha tarea con el análisis y la valoración de los documentos políticos

requisados. Y en base a sus conclusiones, sugería nuevas preguntas destinadas al cautivo.

Sin embargo, todo indica que Claudet persistió en su silencio.

De hecho, durante esos días no se ordenaron nuevos operativos sobre blancos del MIR. Ni fue desenmascarado el agente chileno que colaboraba con la organización. En resumidas cuentas, los interrogadores de Claudet no habrían obtenido absolutamente nada de su boca.

Dicen que tamaño fracaso terminó por encolerizar a Balita.

Quizá su rostro desencajado fue lo último que vio Claudet, antes de dejar de ser un fantasma itinerante para convertirse en un fantasma eterno.

Tal desenlace habría ocurrido en la segunda semana de su secuestro.

Ello se desprende de un télex recibido el 17 de noviembre en el despacho del mayor Iturriaga Neumann. Había sido enviado desde Buenos Aires por Arancibia Clavel para hacerle saber que a Claudet le requisaron "noventa y siete microfilms con instrucciones de París". También informó que "tras ser interrogado, se pudo determinar que él sólo era un correo del MIR".

El mensaje concluía con las siguientes palabras:

"Claudet ahora ya no existe."

IX

La carta del sacerdote André Jeriey no tardó en llegar a Sarcelles.

Su descripción sobre lo ocurrido coincidía con el informe de inteligencia recibido en París por el MIR tras la desaparición de Claudet.

Pero eso no lo sabía el hombre que ahora escrutaba atentamente aquellas cuartillas redactadas con una nerviosa caligrafía.

Al final, levantó la vista. Su gesto era entre comprensivo y circunspecto.

La escena transcurría en una pequeño despacho del Quai d'Orsay, que es como los franceses llaman a su Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Y él, en realidad, sólo era un funcionario de segunda línea.

Desde el otro lado de su escritorio, Arhel lo miraba con ojos expectantes.

Fue entonces cuando el hombre dijo:

—Esto es muy delicado.

Y tras un breve silencio, agregó:

—Mi recomendación es no hacer olas. Sería peligroso para su marido.

Tales palabras fueron para Arhel como un baldazo de agua fría.

El funcionario la despidió prometiendo ocuparse del asunto.

Pero un sexto sentido hizo que la mujer dudara de su palabra.

Su siguiente paso fue llamar a la Embajada de Francia en Buenos Aires.

Allí la respuesta no fue más alentadora: una voz impersonal simplemente le indicó que debía plantear el tema por escrito

Ella entonces le envió una carta al embajador Jean Claude Winkler.

La misma fue fechada el 18 de noviembre y consignaba todos los datos del caso que ya obraban en su poder, destacando la presunción de que en el secuestro de su esposo hayan participado agentes de la DINA y del SIE.

La respuesta llegó dos semanas después. Y su contenido desconcertaba.

En resumidas cuentas, el representante diplomático enumeró las gestiones efectuadas ante el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, aclarando que estas —para ganar tiempo— habían tenido un "carácter extraoficial". Sin embargo, reconoció que sus esfuerzos resultaron infructuosos, dado que los funcionarios del Palacio San Martín —después de consultar al Ministerio del Interior y al Estado Mayor del Ejército— afirmaron no tener registro alguno del "paradero o la detención del ciudadano francés mencionado". También aseguró que personal de la Embajada hizo sus propias averiguaciones en el Hotel Liberty, pero con resultados negativos: el gerente del establecimiento habría manifestado —siempre según la versión de Winkler— que el pasajero "se retiró de allí por su propia voluntad, luego de cancelar su cuenta". Por último, ya con un tono menos protocolar, el embajador desalentó la idea de que esa desaparición haya sido fruto de un acto violento, insinuando otras conjeturas que hasta incluían un posible "lío de polleras".

Aquella misiva fue para Arhel como otro baldazo de agua fría.

Y para René Valenzuela, una inequívoca señal de alarma.

Este integraba la Comisión Política del MIR y era el jefe de la estructura parisina de la Junta Coordinadora Revolucionaria.

Ahora tenía ante sus ojos la carta del embajador Winkler.

Y en sus oídos, el relato de Arhel sobre su visita al Quai d'Orsay.

La morosidad diplomática exhibida en ambos casos parecía responder a una política de Estado. Y su mente no pudo evitar una hipótesis por demás preocupante: la posible complicidad de la DST —el servicio de inteligencia más importante de Francia— con los represores sudamericanos. Por lo tanto, no descartaba que alguno de sus agentes hubiera filtrado el momento en que Claudet emprendía desde París su largo viaje hacia Buenos Aires.

De comprobarse tal sospecha, la misma sólo sería un pequeño eslabón en la cadena de eventos que culminó con la captura del hombre del MIR.

Y esa parte de la historia, claro, aún era un enigma.

X

Mientras tanto, la noticia sobre la desaparición de Claudet corrió entre los exiliados chilenos en

Buenos Aires como un reguero de pólvora. Y en las filas locales del MIR generó una verdadera conmoción.

Para Edgardo Enríquez —sin duda el hombre más buscado por el régimen de Pinochet— lo sucedido era una muestra palmaria de la presencia estable de la DINA en el territorio argentino. Y también tuvo la intuición de que un cerco invisible comenzaba a estrecharse en torno a su persona.

Tal vez entonces haya recordado la muerte de su hermano Miguel, el jefe histórico del MIR, ocurrida el 5 de octubre de 1974, tras resistir a tiros la sorpresiva llegada de un grupo de la DINA que lo había localizado en una vivienda de la zona sur de Santiago.

El Pollo ahora presentía para él un epílogo semejante.

Desde hacía unos meses vivía en la casa de Luis Mattini, quien integraba la cúpula del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el brazo político del ERP. Aquel inmueble quedaba sobre la calle Ucrania, a sólo cinco cuadras de la estación Villa Adelina. Pese a su profusa actividad política —que incluía contactos regulares con los máximos jefes del ERP—, sus movimientos en el barrio resultaban rutinarios y discretos. Casi siempre vestía traje y solía llevar un elegante maletín de ejecutivo. Saludaba a sus vecinos con afabilidad, sin que ellos imaginaran que ese hombre lideraba una de las organizaciones revolucionarias más importantes del continente. Es posible que hasta a los propios agentes de la DINA les hubiera costado reconocerlo: el Pollo ya no lucía su característico bigote, se había rizado el cabello y acostumbraba a usar unos anteojos con cristales de aumento, de las cuales sólo se despojaba en ese domicilio. Allí, el jefe del MIR compartía un dormitorio con los hijos de su anfitrión. Y se habituó a trabajar hasta la madrugada en un rincón del comedor que había sido acondicionado como estudio. A veces, recibía la visita del sociólogo Patricio Biedma, el segundo en la escala jerárquica del MIR.

Por su boca, justamente, el Pollo supo sobre el secuestro de Claudet.

La noticia le llegó durante la mañana del 3 de noviembre.

Ese mismo lunes, Enríquez abandonó la casa de la calle Ucrania. A partir de entonces, sólo habitaría domicilios rotativos.

Lo cierto es que el operativo realizado en el Hotel Liberty puso en jaque a todo el aparato partidario. Y el Pollo en persona se abocó a reestructurar su dinámica, extremando al máximo las medidas de seguridad. Pero esa tarea fue como jugar una partida de ajedrez a ciegas: si bien todo parecía indicar que Claudet había mantenido su silencio, los documentos que traía de París ahora estaban en manos de sus captores. El jefe del MIR sabía que en ellos no figuraban nombres reales, direcciones ni teléfonos, pero sí apodos, citas e instrucciones tácticas. En otras palabras, elementos esenciales como para iniciar una maniobra de pinzas sobre cualquier flanco de la organización. Y con el agravante de que tal amenaza también se extendía sobre el corazón mismo de la Junta Coordinadora Revolucionaria.

Tal tema no tardó en ser tratado con el ERP en el marco de esa alianza.

Durante la mañana del 9 de noviembre, Biedma y otro integrante de la Comisión Política del MIR, tras

esperar unos pocos minutos en una calle de Palermo, se zambulleron en la cabina de un Peugeot 504 que había frenado junto a ellos para luego girar hacia el Bajo.

La maniobra no llamó la atención de los peatones.

El chofer miraba con insistencia por el espejo retrovisor para cerciorarse de que nadie los seguía. Y enfiló por la Avenida Costanera.

Los dos chilenos permanecían en silencio.

Biedma, con los ojos cerrados, simulaba dormitar. Y el otro tenía la vista clavada sobre el piso del vehículo. Se habían "tabicado", desde luego, para así evitar el reconocimiento del trayecto y la ubicación del sitio al cual eran llevados. La travesía concluyó en algún lugar del Gran Buenos Aires.

Y siempre sin mirar, Biedma y su compañero fueron guiados al interior de una vivienda. Recién entonces abrieron los párpados.

En ese instante vislumbraron una silueta que, desde el otro extremo de un pasillo, se aproximaba resueltamente hacia ellos.

Biedma no tardó en reconocerlo. Se trataba de Juan Eliseo Ledesma. Su nombre de guerra era "Pedro".

A pesar de su juventud —tenía apenas veintitrés años— ya era una suerte de leyenda viviente: el 18 de febrero de 1973 había comandado el copamiento del Batallón 141 de Comunicaciones, ubicado en las afueras de Córdoba, y el 10 de agosto del año siguiente repitió la hazaña en la Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos, emplazada en la localidad cordobesa de Villa María.

Ambos operativos fueron exitosos. En el primer caso, apenas sonaron tres disparos, no hubo bajas de ningún tipo y los guerrilleros se alzaron con un valioso arsenal. En la otra incursión, la cosecha de armas no fue menos cuantiosa, pero con el saldo de un militar y tres atacantes muertos. Además, fue capturado el mayor Julio del Valle Larrabure, quien —según la versión guerrillera— se habría suicidado en cautiverio, convirtiéndose así en una especie de santidad antisubversiva.

Ledesma —al igual que Santucho— tenía grado de comandante. Como tal, encabezaba nada menos que el Estado Mayor del ERP.

Por aquellos días ya planificaba el golpe guerrillero más ambicioso de la historia argentina: el ataque al Batallón de Arsenales "Coronel Domingo Viejobueno", en la localidad bonaerense de Monte Chingolo.

Ahora saludaba con un abrazo al segundo jefe del MIR.

Y tras estrechar la mano a su acompañante, los condujo a una pequeña habitación con una mesa y un puñado de sillas.

Al principio sólo cruzaron trivialidades.

Minutos después llegó el cuarto participante del cónclave.

Su figura descomunal se dejó caer sobre un asiento. Y fue presentado, simplemente, como Pepe.

Era Juan Mangini, el jefe de inteligencia del ERP.

Una preocupación le ensombrecía el rostro. Pero no dijo nada al respecto; en aquel momento, sólo se

disponía a escuchar.

Biedma entonces inició una minuciosa descripción de lo acontecido con Claudet desde el momento que dejó París, especificando el propósito de su viaje y las personas con las cuales debía contactarse. También detalló las llamadas hechas desde México y Panamá, justo antes de saberse en Francia que su domicilio porteño estaba bajo vigilancia.

Era un enigma —reconoció Biedma— cómo el SIE había localizado aquella vivienda. Pero aclaró que dicha circunstancia le fue comunicada al viajero no bien se produjo su arribo a Buenos Aires. Y dijo que resultaba no menos inexplicable la velocidad de los militares en ubicar a Claudet en el hotel Liberty, cuando la determinación de alojarse allí la tomó sobre la marcha y sin que sus propios compañeros lo supieran.

En este punto, Biedma hizo una pausa.

Pepe carraspeó, antes de insinuar la probabilidad de que esa información haya sido filtrada por alguien desde el seno mismo del MIR.

El otro chileno dijo que sólo tres integrantes de la organización estaban al tanto del viaje de Claudet, además de la esposa.

El cálculo no incluía a Alicia Choren ni la llamada que ella recibió desde el Distrito Federal durante la mañana del 29 de octubre.

Por unos segundos, el silencio flotó entre los presentes.

Hasta que Biedma retomó la palabra. Y para referirse al hombre que se hacía llamar Rawson.

Ya se sabe que el MIR en París lo había identificado como el responsable del secuestro de Claudet. Y su apodo coincidía con el del militar argentino que cinco meses antes interrogó en Paraguay a Jorge Fuentes Alarcón. Eso lo convertía en un peligroso alfil negro que avanzaba sin prisa y siempre en diagonal hacia los casilleros de la Junta Coordinadora Revolucionaria.

En este punto, Pepe carraspeó nuevamente. Y sorprendió a todos con una conjetura: Rawson sería nada menos que el coronel José Osvaldo Riveiro. Y lo dijo así como al pasar.

Tenía ante sus ojos una copia de la carta escrita por el cura André Jeriey que poco antes le había proporcionado Biedma. En ella había una detallada descripción física del misterioso militar.

Sin embargo, tal victoria deductiva no mejoró su humor.

Sabía que para torear las futuras arremetidas de los represores resultaba imprescindible identificar la fuente que los había llevado hasta Claudet.

Y en esa carrera contra el tiempo su bando no llevaba la delantera.

Las semanas posteriores transcurrieron sin ninguna novedad.

Recién a fines de noviembre un hilo de la trama comenzaría a correrse.

XI

El azar hizo que aquella escena arrancara en un vagón del subterráneo.

Alicia Choren reconoció de inmediato al hombre que acababa de sentarse frente a ella. Y no dudó en abordarlo.

El propio Claudet se lo había presentado hacía tres años en Santiago.

Era un antiguo militante del MIR que ahora vivía en Buenos Aires.

Ese encuentro fortuito prosiguió en una confitería de la Avenida Callao. Y con tema excluyente: la desaparición del amigo en común.

El chileno resumió en unas frases todo lo que se sabía sobre el operativo militar en el Hotel Liberty. Alicia lo escuchaba en silencio.

La mujer era consciente de que dicha conversación no alteraría el carácter irremediable de lo ocurrido, pero pensaba que al menos así podría conjurar su incertidumbre. Y también una culpa: haber silenciado hasta entonces su papel de mensajera entre la otra Alicia y Claudet, función que ejerció hasta horas antes del secuestro.

Así fue como empezó a explayarse al respecto. Al principio, con timidez; luego, sus palabras adquirieron el voltaje de un verdadero desahogo.

Recién entonces, al avanzar en la reconstrucción de los hechos, reparó en ciertos detalles que oportunamente había pasado por alto: la tensa mueca de su amiga al partir hacia el departamento de la calle Montevideo y la actitud evasiva que ella exhibió tras la captura de Claudet. Desde ese instante, por cierto, dejó de atender llamadas telefónicas, se hizo negar en su domicilio familiar y, por alguna razón, actuaba como si se la hubiera tragado la tierra.

Alicia Choren enumeró tales circunstancias una y otra vez.

El hombre no tardó en comprender que en ese relato había un corte de los hechos que nadie imaginaba.

Su siguiente paso fue mandar un detallado informe a la cúpula del MIR. Eso motivó otra reunión de alto nivel con el ERP.

A partir de entonces, el nombre de Alicia Carbonell quedó instalado en el centro de las sospechas. Y resultaba imperioso localizarla.

De modo que se resolvió establecer un discreto dispositivo de vigilancia sobre el edificio de la Avenida Coronel Díaz y también en los alrededores de la mueblería paterna, ubicada en la calle Paraguay 1588.

En ambos sitios flotaba un aire enrarecido.

El departamento en cuestión no parecía estar ocupado por sus moradores. De hecho, nadie ingresaba o salía del mismo. Las persianas estaban bajas. Y el portero se mostraba reticente a dar información.

El negocio, a su vez, estaba “cerrado por balance”, según una cartulina pegada en la vidriera.

Alicia Carbonell seguía sin dar señales de vida. Y eso no hizo más que agravar los recelos hacia ella. Pero con una duda: ¿su papel de entregadora fue fruto de presiones o, lisa y llanamente, operaba para el Batallón 601?

Tal incógnita hizo que se mantuviera la vigilia sobre su hogar.

En la tarde del 25 de noviembre, los encargados de esa tarea detectaron la llegada de un tipo de mediana edad vestido con un blazer, quien ingresó al edificio en forma apresurada.

El tipo salió unos minutos después con un bolso deportivo.

Los observadores no relacionaron su presencia con la supuesta delatora. Ignoraban que ese hombre era, justamente, el Tío Jorge. Y que su próxima escala sería la sede castrense de la calle Viamonte.

Aquel mismo martes trascendió un rumor inquietante: la arquitecta habría sido secuestrada en plena vía pública por un grupo de civiles armados. La versión provenía de una llamada anónima recibida por Alicia Choren.

Era una voz femenina, cruzada por un titubeo. Dijo ser testigo del hecho. Lo situó en la esquina de Charcas y Bulnes durante la noche anterior. Pero sin aclarar cómo obtuvo su número telefónico.

Al cortarse la comunicación, Alicia quedó sumida en el pánico.

La noticia no demoró en llegar al MIR. Y lógicamente propició una nueva lectura de la situación.

Lo ocurrido, claro, tendía a disipar la idea de que la joven secuestrada fuera una agente de inteligencia. Y por el contrario, sugería la posibilidad de que sus captores hayan especulado con que ella pudiese tener algún dato importante que en su momento le confiara Claudet.

O tal vez todo era una cortina de humo para encubrir su complicidad en la captura del militante del MIR.

En ambos casos se adivinaba el largo brazo de Riveiro.

XII

Por aquellas horas, el coronel libraba varias batallas a la vez. Y el mayor Españadero no evitó oír la más estentórea de estas.

Los gritos de Riveiro traspasaban los muros de su despacho. Frente a él, enmudecido, se encontraba Arancibia Clavel.

El agente chileno había ido a verlo sin otra intención que entregarle una copia de las valoraciones efectuadas por los analistas de la DINA sobre los documentos requisados a Claudet. La carpeta también contenía un caluroso saludo suscripto por el mayor Iturriaga Neumann.

Pero, para su estupor, Balita redujo esa hoja a papel picado. Y comenzó a proferir alaridos incomprensibles.

La rabieta, por cierto, tuvo su asidero de razón.

Aquel día se inauguraba en la Academia de Guerra del Ejército de Chile una reunión con los máximos

jefes de inteligencia del Cono Sur. La agenda incluía cinco jornadas de intercambio y acuerdos en un ambiente de franca camaradería, con todos los gastos pagos por el gobierno anfitrión. Abriría las sesiones el mismísimo general Pinochet. Su propósito era oficializar las operaciones del Plan Cóndor, que —como se sabe— ya se ejecutaban de un modo informal.

Y Balita no estaba entre los invitados. Eso le causó un gran disgusto.

Porque fue él, precisamente, el iniciador de la cooperación represiva con los militares de Chile y Paraguay, bregando tenazmente por incorporar en esa alianza a los uniformados de Bolivia, Brasil y Uruguay. Pero su ímpetu internacionalista, al parecer, no mereció el debido reconocimiento por parte de sus colegas trasandinos, quienes optaron por convocar al flamante jefe de la SIDE, general Otto Paladino, su más encarnizado rival en la llamada “comunidad informativa”.

Arancibia, con timidez, ensayó una explicación al respecto.

Eso enfureció aún más al coronel, quien ahora acompañaba sus gritos con puñetazos sobre el escritorio.

El chileno optó entonces por retirarse con premura. Y al cruzarse con Españadero, simplemente se encogió de hombros.

Al rato, fue Riveiro quien salió de allí. Sin saludar a nadie, se metió en el ascensor. Llevaba una valija con efectos personales; entre estos, su pijama.

Todos en el SIE sabían que Balita acababa de separarse de la esposa. Y no precisamente en los mejores términos.

En un télex fechado el 26 de noviembre, Arancibia informaba al jefe del Departamento Exterior de la DINA su entredicho con Riveiro:

“Rawson planteó su malestar por no haber sido consultada su asistencia a la reunión de Santiago, quejándose asimismo por la invitación cursada a un elemento de la SIDE.”

Pero nada dijo sobre el presunto secuestro de Alicia Carbonell.

De eso se desprende que quizá no estuviera enterado del asunto. Un dato no menor, dada la obsesión de la DINA por atrapar a Edgardo Enríquez y a otros dirigentes del MIR.

En tanto, temerosa de ser la próxima víctima de esta trama, Alicia Choren buscó refugio en la casa de unos parientes lejanos.

Los días pasaron sin que hubiera novedades de su amiga.

Todo hacía suponer que ella seguía en manos de sus captores. O que ya la habían eliminado.

En las semanas posteriores tampoco hubo sorpresas: si bien la represión en todo el país crecía geométricamente, no se registraron nuevas acciones clandestinas del Batallón 601 ni de la DINA sobre objetivos del MIR.

A fines de diciembre, Alicia regresó a su propio domicilio.

Días después, atendió el teléfono. Y casi tuvo un infarto al reconocer esa voz. Era Alicia Carbonell.

Según sus palabras, acababa de ser liberada. Su tono sonaba apagado y quebradizo.

La otra Alicia le propuso que se vieran de inmediato. Pero la arquitecta se negó. Sólo dijo que se encontraba bien. Y que, por ahora, evitara buscarla. Luego, cortó la comunicación.

Fue la última vez que las dos amigas se hablaron.

XIII

Alicia Carbonell nunca regresó al domicilio familiar, renunció al trabajo y dejó de frecuentar a sus amistades. Meses después —a raíz del fallecimiento de su padre— fue vendido el piso de la Avenida Coronel Díaz y la mueblería de la calle Paraguay. Así, su rastro se fue extraviando cada vez más, hasta disolverse del todo.

Pasarían doce largos años para que ese espectro volviera a corporizarse. Aunque de un modo fugaz.

Fue el 6 de abril de 1987, al no poder eludir su presentación como testigo en el Juzgado de Instrucción N° 22 —a cargo del magistrado Emilio García Méndez—, donde se tramitaba la causa seguida por la “privación ilegal de la libertad” de Jean Claudet Fernández.

Al abogado Horacio Méndez Carreras, quien estaba allí en representación de Arhel Danus de Claudet, le costó asociar a esa mujer menuda, levemente ajada y teñida de rubio con la misteriosa muchacha que en la primavera de 1975 habría propiciado la captura de su amante.

El juez, sin apartar los ojos del expediente, le indicó una silla.

Alicia Carbonell tomó asiento y recitó sus datos personales: treinta y siete años de edad, soltera y domiciliada en la calle Güemes 920, de Acassuso.

Luego aseguró que “no le comprendían las generales de la ley”. Y pidió un vaso de agua. Lucía nerviosa.

Era la época de Raúl Alfonsín.

Dieciséis meses antes había concluido el histórico Juicio a las Juntas con penas ejemplares para los comandantes que gobernaron entre 1976 y 1983.

Pero la presión militar logró que el Poder Ejecutivo torciera su política de derechos humanos, impulsando la Ley de Punto Final, aprobada por ambas cámaras del Congreso el 23 de diciembre de 1986.

La misma imponía un plazo de sesenta días para el procesamiento de los involucrados en crímenes de la dictadura. Eso vencía en marzo de 1987. Y según su letra, quienes no fueran denunciados hasta entonces quedarían definitivamente impunes.

Sin embargo, Riveiro y otros oficiales superiores no estaban incluidos en semejante beneficio, puesto que tenían sus causas ya iniciadas. Ahora se esperaba que desfilaran ante la justicia como línea ejecutora del terrorismo de Estado.

El 15 de abril debía prestar su declaración indagatoria el mayor Ernesto Barreiro, un jerarca del campo de concentración La Perla, de Córdoba.

Ello derivó en el levantamiento carapintada de Semana Santa. Y también, en la recordada frase de Alfonsín: “La casa está en orden”.

Fue la semilla de la Ley de Obediencia Debida —tratada días después en el Congreso—, que terminó por desprocesar a más de mil represores.

Pero justo ahora —en el intersticio de aquellas tormentosas circunstancias y a sólo nueve días de que el teniente coronel Aldo Rico desatara su famosa rebelión—, ella, Alicia Carbonell, estaba ahí, sentada ante un juez decidido a escarbar su pasado, y con la certeza de que la más mínima contradicción o, simplemente, un vocablo en falso, podría convertirla en partícipe necesaria de un delito de lesa humanidad.

Quizás entonces haya sentido el impulso de vomitar esa vieja historia que la había marcado para siempre. Y que aún —sin que nadie imaginara hasta qué punto— seguía revoloteando sobre su presente.

Pero se contuvo. Y sólo atinó a pedir permiso para encender un cigarrillo.

El juez, sin rodeos, disparó:

—¿Qué tipo de vínculo la unía al señor Jean Claudet Fernández?

—Ninguno. Lo he visto una sola vez en mi vida.

Y tras un suspiro, agregó:

—Ni siquiera me acuerdo de su cara.

En ese instante, se cruzaron los ojos de todos los presentes.

La siguiente pregunta estuvo referida al papel desempeñado por ella en el alquiler del departamento de la calle Montevideo.

Siempre con un rictus tirante, la arquitecta se explayó detalladamente al respecto. Dijo haberse prestado a tal operación inmobiliaria por pedido de su amiga Alicia Choren, dado que esta, tal vez por algún motivo de índole político, prefería no figurar en al contrato, además de no tener la garantía correspondiente. Señaló que fue en dicha situación cuando vio por única vez a “ese señor” —así se refirió a Claudet—, ignorando si la vivienda fue alquilada para él o para su amiga, a la cual no volvió a ver.

Luego negó tener un tío militar y dijo que ella nunca había sido detenida o secuestrada. Así concluyó su versión de los hechos.

Y ya con más aplomo, firmó las dos fojas que contenían el registro de sus frases. El doctor Méndez Carreras la observaba.

Su próximo paso —pensó— sería denunciarla por falso testimonio.

Aunque para eso era necesaria la declaración de Alicia Choren, quien por esa época residía en Europa.

La mente del abogado pergeñaba a toda velocidad las estrategias posibles para que su comparecencia se efectuara sin mayores demoras.

No suponía que, en apenas unos días, las “Leyes del Perdón” reducirían ese expediente a la nada.

Alicia Carbonell salió presurosamente del despacho. Y al igual que en 1975, su rastro se evaneció. Pero no para siempre.

XIV

La antigua amante de Claudet demoró esta vez más de tres lustros en volver a colocarse bajo el foco de esta historia. Y en eso no fue ajena la tenacidad del doctor Horacio Méndez Carreras.

A los sesenta y cinco años, aquel hombre alto, desgarbado y aún atlético solía cometer algunas extravagancias; entre ellas, armar pequeñas maquetas de grandes batallas. Despuntaba dicho *hobby* en una espaciosa habitación de su estudio, ubicado sobre la Avenida Roque Sáenz Peña, a pocos metros del Obelisco. A eso se dedicaba el último viernes de 2002.

Valiéndose de una pinza para depilar, fue desplegando diminutos cañones sobre una elevación que reproducía la colina de Mont Saint-Just, situada al norte de la localidad belga de Waterloo, en donde unos no menos diminutos soldados británicos al mando del duque de Wellington resistían con éxito el virulento ataque de las tropas napoleónicas.

El abogado luego encoló las patas de un caballo encabritado, cuyo jinete, imitando la pose de cierto cuadro de Gericault, dirigía su mirada hacia el mismísimo Napoleón. Este, con su capote gris y un catalejo incrustado bajo una ceja, observaba a un fusilero enemigo a punto de ensartar su bayoneta sobre un oficial del Tercer Escuadrón de Húsares.

Méndez Carreras retrocedió unos pasos para apreciar la obra. Hubo en su ceño, entonces, un dejo de insatisfacción.

El diorama copiaba con exactitud la geografía del lugar. Y las posturas de los soldados lograban irradiar una clara ilusión de movimiento. Pero faltaba algo para que la escena fuese totalmente perfecta; quizás el relampagueo de las explosiones, los incendios que azotaban el valle y las humaredas.

Méndez Carreras evaluó tales carencias con resignación. Y tras cubrir la maqueta con una lona, caminó hacia el despacho.

Tenía en mente ordenar los papeles amontonados encima del escritorio. La inminencia de la feria judicial tornaba imperiosa esa tarea. Y él se dedicó a la misma con desgano.

Pero, de pronto, bajo una montaña de carpetas, se topó con un expediente metido en una cartulina desteñida por el paso del tiempo. Era una copia de la causa del secuestro de Jean Claudet Fernández. Y él quedó inmóvil, con los ojos clavados en el documento.

Entonces, cayó en la cuenta de que unas horas antes había desayunado justo frente al Hotel Liberty, situado apenas a cuatro cuadras de su estudio. Y sintió un escalofrío: el secuestro del militante chileno sólo fue el eslabón inicial de una serie de acciones represivas que convirtieron a ese edificio en un lugar maldito.

Meses después de tal episodio —el 18 de mayo de 1976—, una patota de militares uruguayos y

agentes de la SIDE capturó allí al ex senador oriental Zelmar Michelini, en el marco de otro zarpazo del Plan Cóndor. Su cuerpo fue encontrado más tarde en un arrabal del Gran Buenos Aires, junto a los cadáveres de tres compatriotas: el ex diputado por el Frente Amplio, Héctor Gutiérrez Ruiz, y los militantes del MLN-Tupamaros, William Whitelaw y Rosario Barredo. Todos presentaban impactos de variado calibre.

El siguiente suceso con eje en el Hotel Liberty ocurrió en septiembre de 1977, al ser secuestrado su propio dueño, Benjamín Taub, junto a su esposa y un hijo, Guillermo. También se llevaron algunos empleados; entre estos, la gobernanta y el portero. Los captores eran de la Policía Bonaerense.

Al empresario se lo acusaba de administrar las finanzas del ERP. Y —con sus compañeros de infortunio— fue sometido a un Consejo de Guerra antes de ser legalizado. Todos permanecieron en prisión hasta la primavera de 1983. En aquel momento, el Liberty ya estaba a nombre de una sociedad encabezada por el ex jefe de la policía de Mendoza, brigadier Julio César Santuccione.

Los ojos de Méndez Carreras seguían fijos en el expediente. Luego tomó asiento para hurgar sus fojas.

Lo cierto es que ese hallazgo reactivó en él la persistencia de una tragedia inconclusa. Porque su intervención en el asunto se remontaba al verano de 1984, cuando el gobierno francés de François Mitterrand le otorgó un poder para representarlo como abogado ante los tribunales argentinos, en relación con los quince ciudadanos de esa nacionalidad desaparecidos entre los meses previos al golpe de Estado y el ocaso de la dictadura. En la lista figuraban las religiosas Léonie Duquet y Alice Domon, al igual que la modelo Marie Anne Erize. Y desde luego, Claudet, sobre cuya desgracia aún sobrevolaba un enigma que Méndez Carreras seguía empecinado en hurgar.

Ahora, entre los folios que tenía ante sí resaltaba el testimonio realizado por Alicia Carbonell en la ya lejana mañana del 6 de abril de 1987.

El abogado conservaba una vaga imagen de esa mujer. Era más nítido, en cambio, el recuerdo del carácter mendaz de su declaración. Aun así, él se entregó nuevamente a su lectura.

Y lo hizo con cierta indiferencia. Hasta que un detalle concitó su interés: la dirección —Güemes 920, de Acassuso— en la cual ella fijaba domicilio. Méndez Carreras acababa de percatarse que su propia casa no estaba lejos de ahí.

De modo que en la mañana del sábado se encaminó hacia ese sitio. Y con aspecto deportivo: en bicicleta y vestido con un *jogging*.

Durante el trayecto, su cerebro se convirtió en una máquina retrospectiva que se detuvo en el 23 de diciembre de 1975. Fue cuando la arquitecta, tras ser liberada de su presunto cautiverio, se despidió por teléfono de su amiga Alicia Choren.

Ese mismo día, Arancibia Clavel envió a sus jefes en Santiago un breve mensaje cablegráfico con la siguiente noticia: “El Pollo ha sido ubicado en Buenos Aires”.

Mientras pedaleaba, Méndez Carreras supuso que el cerco tendido sobre Edgardo Enríquez debió tropezar con algún percance, ya que su secuestro recién sucedió el 9 de abril de 1976, cuando el jefe del

MIR fue emboscado al salir de una reunión de la Junta Coordinadora Revolucionaria por fuerzas conjuntas de la Policía Federal y la DINA. En esa oportunidad, también fue capturada la ciudadana brasileña Regina Marcondes.

Se sabe ahora que Enríquez pasó por los centros clandestinos El Olimpo, Campo de Mayo y la ESMA. Sobre su destino final, una versión señala que habría sido asesinado en este último inframundo, como respuesta al rapto por parte del ERP de un oficial de la Armada; otra versión, sin embargo, sostiene su traslado a Villa Grimaldi, el más importante centro de detención regenteado por la DINA en Santiago.

La suerte corrida por Patricio Biedma no fue menos dramática.

El último líder de la guerrilla chilena fue capturado a comienzos de julio, al no poder eludir un sorpresivo rastrillaje callejero efectuado en las afueras de Buenos Aires por fuerzas militares. Después fue visto por otras víctimas de la represión en los sótanos de Automotores Orletti, el centro clandestino administrado por la SIDE que completaba el tablero local del Plan Cóndor. Allí fue interrogado por un jerarca de la DINA, el capitán Miguel Krassnoff, quien a tal efecto había venido especialmente desde Santiago. De acuerdo al testimonio de algunos sobrevivientes, Biedma solía expresar su temor de ser trasladado a la capital chilena. Nunca se supo si eso realmente ocurrió. Pero, desde entonces, sus huellas se perdieron para siempre.

Si la captura de Enríquez provocó una herida de muerte en la estructura del MIR, el secuestro de Biedma fue su tiro de gracia. Y, por añadidura, el de la Junta Coordinadora Revolucionaria. Pero la magnitud de tal derrota no alcanzó para que los militares trasandinos saldaran una deuda: jamás fue identificado el misterioso agente de la DINA que filtraba información hacia el MIR.

En eso pensaba Méndez Carreras cuando la marcha de un tren lo arrancó de sus cavilaciones. Él había frenado su bicicleta en un paso a nivel situado sobre el extremo sur de la estación Acassuso. Al alzarse la barrera, acudió a su mente otro protagonista de esta historia: Enrique Arancibia Clavel.

El individuo que también se hacía llamar Luis Felipe Alamparte continuó oficiando como enlace entre la DINA y los servicios argentinos. Ello, claro, lo había convertido en una pieza clave del Plan Cóndor. Sus propios jefes lo consideraban un embajador en la sombra, mientras que para los caciques de la inteligencia local, aquel joven de veintiocho años era nada menos que el “espía oficial” de Chile en Buenos Aires. Y se sentía todopoderoso en dicho papel, sin sospechar que precisamente eso —debido a una azarosa encrucijada de la geopolítica— sería su pasaporte a la desgracia.

El 24 de noviembre de 1978, mientras Chile y Argentina estaban a punto de entrar en guerra por un litigio sobre el control de tres islotes ubicados en el canal de Beagle, Arancibia Clavel fue detenido por una obviedad: ser un espía chileno.

Méndez Carreras no evitó una sonrisa al imaginar su desconcierto.

El agente de la DINA fue literalmente secuestrado en su propio domicilio por efectivos de la SIDE. Y junto con él cayó un valioso archivo escondido en el doble fondo de un placard. Se trataba de carpetas agrupadas en forma correlativa, con detalles de las tareas hechas por la inteligencia pinochetista en

territorio argentino. También había una copia completa de sus informes enviados a Santiago. Y cada una de las respuestas e instrucciones suscriptas por el mayor Raúl Iturriaga Neumann con los nombres falsos de “Santiago Copihue”, “Luis Gutiérrez” o, simplemente, “Don Elías”.

Uno de aquellos *papers* hizo que una patota del GT 3.3.2, de la Armada, tomara intervención en el asunto. Era un informe que revelaba un romance del almirante Emilio Massera con la vedette Graciela Alfano. Y describía con minuciosidad los regalos que el jefe naval le dispensaba: pieles, joyas y un departamento. Esa infidencia provocó que los marinos se ensañaran con Arancibia Clavel, al punto de fracturarle los dedos a martillazos.

Semanas después, el gobierno —por razones propagandísticas— blanqueó su arresto. Y el caso, al igual que las carpetas confiscadas, quedó en manos de un juzgado federal.

A fines de 1981, en virtud de un indulto presidencial otorgado por pedido de la Santa Sede, el espía recuperó la libertad. Pero no sus papeles.

El archivo fue encontrado cinco años más tarde por la periodista chilena Mónica González en un oscuro sótano del Palacio de Tribunales, durante su exhaustiva investigación sobre los asesinatos del general Carlos Prats y su esposa, Sofía Cuthbert. Un hecho, por cierto, emblemático.

En la medianoche del 29 de septiembre de 1974, una explosión sacudió la calle Malabia, a metros de la Avenida del Libertador. La onda expansiva hizo añicos todos los vidrios de la cuadra. Y la lluvia de cristales causó un sombrío tintineo. Luego, los vecinos se agolparon en las esquinas. Y vieron los restos de un Fiat 125 cruzado casi de culata en la vereda. Del motor aún salía una lengua de fuego que iluminaba un cuerpo desmembrado; el otro, ya sin brazos ni cabeza, ardía en la cabina.

Prats pagó así su osadía de haber sido comandante en jefe del Ejército de Chile y ministro del Interior durante el gobierno de Salvador Allende.

Por su rol en la planificación del hecho, Arancibia Clavel cayó otra vez tras las rejas en 1996. Y su archivo fue nuevamente una prueba abrumadora en su contra. A fines de 2000, se le dictó una condena a perpetuidad.

Desde su bicicleta, Méndez Carreras lo recordó en una foto periodística al ser retirado de la sala de audiencias: rostro de nutria, muñecas esposadas y un chaleco de cazador, idéntico al que lucía —según la descripción del cura francés, André Jeriey— en el secuestro de Claudet. Era la última imagen que el abogado tenía de él.

Ahora, en ese sábado de 2002, Arancibia Clavel cumplía su reclusión en un cuartel porteño de la Gendarmería. Y Méndez Carreras ni por las tapas imaginaba que su destino de penado pudiese revertirse alguna vez.

Sin embargo, el 13 de agosto de 2007 —por una caprichosa aplicación del “dos por uno”— le fue otorgado el beneficio de la libertad condicional.

Semanas después, hubo un encuentro con él para esta crónica, en el bar de una galería sobre la Avenida Corrientes. Entonces, dijo:

—Mi vinculación con lo de Prats fue una patraña de Menem. ¿Sabe por qué? Sólo para anunciar el arresto de un peligroso terrorista internacional.

El ex presidente —según Arancibia Clavel— habría montado tal ardid para aliviar la presión que sufría por el atentado a la AMIA.

En este punto, la pregunta fue:

—¿Qué hacía usted en Buenos Aires desde 1974?

—Pues, trabajaba en la sucursal porteña del Banco del Estado de Chile.

—¿Cuál era su nexo con la DINA?

—¡Nunca fui agente! A mí se me relaciona con la DINA por los informes que enviaba desde Buenos Aires.

—¿En calidad de qué los enviaba?

—De informante. En ese tiempo, todo chileno que trabajara en el exterior debía informar cosas al gobierno. Como funcionario del banco, yo tenía ese deber. ¿Entiende?

Sobre el caso Claudet, simplemente, musitó:

—Le juro que no me acuerdo.

Al concluir la entrevista exigió pagar la cuenta del bar. Luego, su silueta se perdió entre la gente. A partir de ese momento, poco se supo de él.

Hasta el 28 de abril de 2011. En el alba de ese jueves, Enrique Arancibia Clavel fue despanzurrado a puñaladas en su alcoba por un *taxi boy*.

Sin embargo su archivo, a modo de legado, lo sobrevivió.

Ya en 1986, Méndez Carreras había accedido a una copia de aquellas mil seiscientas hojas tamaño oficio mecanografiadas a un solo espacio.

Grande fue su asombro al comprobar que la documentación desentrañaba las tareas locales de la DINA y reconstruía, como en una bitácora, la trama oculta del Plan Cóndor en Argentina, además de enumerar nombres y datos personales de sus bastoneros. Entre ellos, el coronel José Osvaldo Riveiro.

Así supo que Balita había sido el propulsor —y uno de los más eficientes ejecutores— de la cooperación represiva entre los ejércitos del Cono Sur. Y también —siempre según el texto—, otro actor clave del caso Claudet. Desde entonces, se interesó por él.

Y ahora, al girar por la calle Güemes —ya a sólo unas cuadras del final de aquella travesía—, Méndez Carrera repasó los hitos de su trayectoria.

A fines de 1976, Balita pasó a comandar el Destacamento de Inteligencia 144 de Mendoza y, en 1979, ocupó idénticas funciones en el Destacamento 181 de la ciudad de Bahía Blanca.

Al año siguiente fue enviado a Honduras —junto a otros cuarenta oficiales argentinos— para adiestrar, con el apoyo de la CIA, a contras nicaragüenses y escuadrones de la muerte de Honduras, Guatemala y El Salvador.

Riveiro permaneció en América Central hasta enero de 1984, cuando fue repatriado por el flamante

gobierno de Raúl Alfonsín. Dos años después, al salir sus antecedentes a la luz, no causó beneplácito que ese hombre fuera justo entonces el subjefe de Inteligencia del Ejército. En 1987 pasó a retiro sin llegar a ser juzgado por sus crímenes.

En los años siguientes mantuvo un módico perfil. Hasta el otoño de 1999, al ser rescatado del ostracismo por el ministro de Defensa menemista, Jorge Domínguez, quien lo nombró jefe de Asuntos Institucionales de la oficina encargada de las pensiones castrenses.

Pero su paso por la función pública se vio repentinamente malogrado por un artículo de *Página/12* que refrescaba su currículum. Esa circunstancia, por cierto, no entorpeció su acceso a las altas esferas del poder: en marzo de 2000, su presencia resaltaba en un ágape ofrecido en honor al director saliente de la SIDE, Hugo Anzorreguy.

Recién al año se le complicaron las cosas.

El 19 de agosto de 2001, el juez federal Sergio Torres ordenó su arresto, a raíz de un pedido de extradición oportunamente cursado por el juez francés Roger Le Loire, quien instruía en París la causa por el secuestro de Claudet.

El militar permaneció detenido durante apenas un mes. Su excarcelación se debió a un hecho previsible: el gobierno de Fernando de la Rúa había rechazado aquel requerimiento en nombre del principio de territorialidad.

Riveiro fue notificado en el sexto piso de los tribunales de Retiro. Y salió de allí sonriendo de oreja a oreja.

Es posible que entonces no haya advertido la presencia de un sujeto alto y desgarbado que lo observaba desde un rincón del pasillo.

Era la primera vez que Méndez Carreras tenía ante los ojos al hombre que venía investigando desde la mitad de los ochenta. Su porte bajo y rollizo coincidía con la imagen que se había forjado de él. Al igual que el destello perturbador de su mirada y la petulancia que destilaba al caminar.

El viejo coronel se metió en un ascensor. A partir de entonces su paradero fue un misterio.

XV

Ahora, encorvado en su bicicleta, Méndez Carreras disolvía el recuerdo de Balita para evocar el semblante nervioso de Alicia Carbonell durante esa ya lejana mañana de 1987, cuando él la vio por única vez.

Y volvió a cavilar sobre la cadena de eventos que ligaban a esa mujer con el secuestro de quién había sido su amante.

Pero, de pronto, se preguntó si ella seguía viviendo en la misma dirección que figuraba en el expediente. Por respuesta, hubo una oleada de ansiedad.

Esa sensación se agravó al llegar a la esquina de Güemes y Lavalle.

Méndez Carreras se detuvo junto al alambrado de un club de tenis. Y con cierto disimulo, miró la casa que buscaba. Era una vistosa construcción de una planta, con techos a dos aguas, rodeada por un exuberante jardín.

El abogado también notó que todos los postigos estaban cerrados, como si nadie la habitara. Aun así, fue hacia el portón.

En ese instante, oyó una voz a sus espaldas:

—¿A quién busca, señor?

Recién entonces reparó en el guardia privado que estaba en una caseta semioculta por un árbol. Su contestación fue:

—Vengo a ver a una señora que es arquitecta.

—Ah, la señora Alicia… —comenzó a decir el tipo, al salir de su pequeño refugio con expresión desconfiada.

Y semblanteó a su interlocutor, antes de agregar:

—Mire, la señora ahora vive a treinta metros de acá.

Remató la frase con un brazo extendido hacia esa dirección.

Allí —en el número 934 de dicha cuadra— había una vivienda cercada con chapas verdes y rejas. Sobre el portón, una cámara de seguridad apuntaba hacia el portero eléctrico. Al oprimir su única tecla, el abogado escuchó un lejano chirrido. Después volvió a reinar el silencio. Hasta que, de manera súbita, el aparato propaló una voz de mujer.

Méndez Carreras, entonces, dijo:

—Quisiera hablar con la señora Alicia Carbonell.

Luego dio su nombre y, sin rodeos, explicó la razón de su visita. Pero eso desató una hecatombe en el interior de la vivienda.

Y se oyó gritar a la mujer:

—¡Yo no tengo nada que decirle!

También se escucharon los alaridos de un hombre.

Al apagarse el portero eléctrico, aquellas voces siguieron resonando, pero con un volumen más remoto.

Méndez Carreras volvió a tocar el botón del aparato.

Entonces vio que la mujer salía de la casa para ir resueltamente hacia el portón. Quien parecía su marido corrió tras ella y la atajó por la cintura. En ese instante, empezaron a discutir a viva voz.

Méndez Carreras no se perdía ningún detalle de la escena.

Y le causó gracia ver cómo la ya madura arquitecta daba leves brincos en medio del jardín, mientras agitaba furiosamente los brazos.

El supuesto esposo —un individuo bastante mayor que ella— intentaba sin éxito calmarla. Tras darse por vencido, le gritó al intruso:

—¡Mándese a mudar, carajo!

Y forzó una postura pendenciera.

De golpe, Méndez Carreras reconoció esa mirada. Y quedó atónito.

Segundos después, la figura retacona del coronel José Osvaldo Riveiro se perdió tras la puerta de su hogar.

XVI

El gran secreto acababa de quebrarse. Aunque no del todo.

Porque si bien la clave más oculta del secuestro de Claudet ahora parecía depositada en el origen de esa increíble relación, sobre su naturaleza sólo había datos fragmentarios e imprecisos.

Ya se sabe que en los primeros meses de 1975 los viajes del chileno a Buenos Aires se hicieron frecuentes, al igual que sus encuentros con Alicia Carbonell. Y que el vínculo sentimental entre ellos no demoró en llegar a los oídos del Tío Jorge, quien colaboraba con el Batallón 601.

Lo cierto es que desde aquellos días el coronel Riveiro estuvo al tanto de la existencia de Claudet. Y que luego —en octubre—, al disponer sobre él un riguroso seguimiento, los encargados de la tarea desconocían sus fuentes. Tampoco entendían su estrategia. Ni su orden de no tocarle un pelo a esa mujer. Ni sus estallidos de ira cada vez que alguien la nombraba. Y menos aún, la animosidad casi irracional hacia su futura víctima. En suma, fuertes indicios de que entre Alicia y él ya había un sentimiento arrebatador. Y con la valiosa bendición —según se presume— del Tío Jorge.

Quizá por tal motivo, el coronel Carbonell acudió el 25 de noviembre al departamento de la Avenida Coronel Díaz para retirar un bolso con efectos personales de la sobrina.

Quizá por aquel mismo motivo, alguien —en paralelo— echaba a rodar la versión de su secuestro, mientras que en el edificio de la SIE todos sabían que Balita acababa de abandonar el nido conyugal.

En aquellas horas, al parecer, el romance entre la arquitecta y el militar se consolidaba.

En un diálogo telefónico para esta crónica, la ex esposa de Balita, doña María Purcaro, aportó lo suyo. Y su arranque fue:

—Vea, hace muchísimos años que no sé nada de ese señor.

Su voz sonaba quejumbrosa, como salida del túnel de los tiempos.

Sobre el fracaso de su matrimonio, esgrimió:

—Mi esposo era muy chinchudo. Se ofuscaba por cualquier pavada.

Sin embargo, al oír el nombre de su reemplazante, sencillamente, dijo:

—¡Ah, esa!

Y tras una pausa, añadió:

—Él decía que se la pasaba trabajando. Y había noches en que ni siquiera se dignaba a dormir en casa. Andaba con esa mujer.

Hubo otro silencio, antes de que rematara:

—Él se casó con ella cuando a nosotros nos salió el divorcio vincular.

—¿Pero fue Alicia Carbonell el motivo de la separación?

—¡Por supuesto!

Y precisó que eso había ocurrido a fines de 1975.

La comunicación, entonces, se cortó.

Las fechas encajaban, pero sin aclarar una duda: ¿el subjefe del SIE habrá tropezado con el amor una vez iniciadas las tareas de inteligencia sobre el militante del MIR?

Claro que en esta cuestión subyacen otros interrogantes: ¿Balita se habría enamorado de Alicia cuando ella le hablaba de Claudet, o fue a la inversa? ¿El aleteo inicial de la seducción entre ellos habría estado acompañado por una razonable dosis de desconfianza mutua o, desde el primer momento, la intimidad que supieron construir fue capaz de conjurar las dudas? ¿Y los celos? Hay motivos para conjeturar que esto último desvelaba al coronel. En cambio, no hay nada que eche luz sobre los motivos personales y las condiciones anímicas de la joven durante aquellos acontecimientos.

Por lo pronto, es difícil establecer si —antes o inmediatamente después de la captura— ella fue consciente de haber trazado para Claudet el camino de su desaparición definitiva.

De no ser así, ¿por qué se prestó a ese juego?

Y de ser así, ¿qué encono la habría lanzado a un crimen semejante?

Mientras tanto, Balita sobrellevaba sus propios dilemas con pragmatismo: lejos de liquidar a Claudet al convertirse en su rival amoroso, se empeñó en no interrumpir su seguimiento, aun a riesgo de malquistarse con los colegas de la DINA. Pretendía así llegar a sus contactos, entre quienes —soñaba él— podría estar el mismísimo Santucho. Y después, en el momento adecuado, no se privó del gatillo.

Sobre ese acto edificó su vínculo con la arquitecta. Pero, ¿a qué precio?

La vida entre ellos debió ser notable. ¿Acaso Alicia, quizás en alguna riña doméstica, le reprochaba el asesinato de Claudet?

En tamaños enigmas reposaba la dinámica de esa pareja.

Por demás, ahora se conoce que a fines de 1975 la arquitecta y el coronel iniciaron una convivencia casi furtiva que, con el paso del tiempo —y luego de contraer enlace en la década siguiente—, sólo se atrevieron a oficializar entre sus amistades más cercanas.

Ante el resto del mundo mantuvieron la mayor de las reservas.

Hasta el último sábado de 2002.

Aquel día, la sorpresiva visita del abogado Horacio Méndez Carreras los alteró de sobremanera.

De modo que durante la mañana siguiente partieron con premura hacia Oriente, una localidad del extremo sur de la provincia de Buenos Aires, en donde Riveiro poseía una propiedad rural.

El matrimonio recién regresó a Acassuso en los primeros días de otoño, tras cerciorarse que el abogado no había repetido su incursión.

Pero para ellos la paz no fue duradera, ya que al poco tiempo recibieron otra visita inquietante: la de Marie-Monique Robin, una periodista francesa que investigaba el lazo secreto entre los militares de su país y las dictaduras del Cono Sur.

El propio Balita atendió el portero eléctrico.

Y la mujer, simplemente, dijo:

—Estoy haciendo un estudio sobre la historia de la guerra antisubversiva desde Indochina hasta nuestros días…

El militar la cortó en seco:

—Para mí es un tema del pasado que sólo me trajo problemas. No sirve para nada hablar de esto. Más vale mirar hacia el futuro.

Como música de fondo, se oían los gritos de Alicia Carbonell.

Lo ocurrido hizo que esos dos seres se sintieran nuevamente jaqueados. Y eso precipitó una decisión: la mujer acudió a una inmobiliaria de San Isidro y la residencia de la calle Güemes quedó en venta.

Fue Alicia Carbonell la encargada de mostrar la propiedad a los posibles compradores. Ellos desfilaron ahí por meses, sin sospechar la calaña de su dueño. Pero la suma exigida —medio millón de dólares— resultó un gran impedimento. En consecuencia, el precio del inmueble —a nombre de una empresa *off shore* con sede en Uruguay— fue rebajado en un veinticinco por ciento. En eso incidió el apuro de la pareja por mudarse. Y la transacción recién se hizo a mediados de 2004.

Durante ese lapso, Balita no asomó la nariz.

Alicia solía justificar su ausencia diciendo que él estaba “muy enfermo”.

Al final se fueron del barrio sin dejar una nueva dirección.

Y tampoco ningún rastro.

El fantasma de Claudet los seguía aguijoneando.

En diciembre de 2010, José Osvaldo Riveiro fue condenado *in absentia* por el Tribunal en lo Criminal de París a veinticinco años de prisión.

Allí se juzgó, precisamente, el secuestro del militante del MIR y también los asesinatos de otros tres ciudadanos franceses —por parte del régimen de Pinochet— en territorio chileno.

En esa oportunidad, diez jerarcas de la DINA obtuvieron penas no menos severas; entre ellos, su jefe máximo, Manuel Contreras, su segundo, Pedro Espinoza Bravo, los altos oficiales del organismo, Raúl Iturriaga Neumann y Miguel Krassnoff, además del civil Enrique Arancibia Clavel.

Ninguno se encontraba en Francia al momento del proceso.

Tal vez la noticia del fallo parisino lo haya sorprendido a Balita en algún lugar del sur de Chile, donde —según se dice— conservaba buenos amigos.

Y también, que, en Argentina, el Ministerio de Justicia le pusiera precio a su cabeza: cien mil pesos por datos de su paradero a pedido de un juzgado federal de Mendoza; el motivo: cuarenta y tres homicidios ordenados por él desde el Destacamento 144 de Inteligencia.

Balita en algo tuvo razón: el pasado no le trajo más que problemas.

CAPÍTULO SEIS

TIERRA DE OSOS

Durante la mañana del 9 de noviembre de 1975, al concluir la reunión de la Junta Coordinadora Revolucionaria en la que se habló sobre el secuestro de Jean Claudet Fernández y sus posibles consecuencias para el futuro de esa alianza, el segundo jefe de la Comisión Política del MIR, Patricio Biedma, y su acompañante, otro alto dirigente de aquella organización, abandonaron el sitio del encuentro, una vivienda ubicada en algún lugar del Gran Buenos Aires, rigurosamente "tabicados" en un Peugeot 504 que los llevaría hasta una esquina de Palermo. Entre ellos flotaba el silencio.

Mientras tanto, Juan Eliseo Ledesma, quien por entonces encabezaba el Estado Mayor del ERP, y Juan Mangini, el jefe de la inteligencia partidaria, seguían sentados ante la mesa. Entre ellos también flotaba el silencio.

Hasta que, sólo para quebrarlo, Ledesma pronunció una frase de ocasión. Pero sin obtener respuesta.

Mangini —que en el ERP tenía grado de capitán— movió nerviosamente su pesado cuerpo sobre la silla. Y su estructura crujió.

El contraste entre aquellos dos hombres no podía ser mayor.

El muchacho cuyo nombre de guerra era Pedro lucía un físico atlético y sus ojos negros irradiaban serenidad aun en los momentos más dramáticos, al igual que su hablar pausado y convincente. Mangini, en cambio, con sus casi dos metros de estatura y una masa corpórea algo excedida de peso, era célebre por sus escasas dotes diplomáticas. El tipo carecía del más mínimo sentido del humor, solía explotar con suma facilidad y poseía una precaria amplitud para considerar opiniones distintas de la suya.

Ahora una sombra le cruzaba el rostro. Pedro no tardó en notarla.

Lo cierto es que Mangini estaba absorto en un interrogante: la fuente que habría llevado a los represores hacia el desafortunado militante chileno. Al respecto, intuía que esa información bien pudo haber sido brindada desde el seno mismo del MIR. Claro que sus especulaciones no incluían la figura de Alicia Carbonell. En consecuencia, su hipótesis más firme giraba en torno a la inexorable presencia de un "filtro".

Los agentes encubiertos eran una verdadera obsesión para el hombre que se hacía llamar Pepe. Y, desde luego, motivos no le faltaban.

En los últimos meses, una verdadera seguidilla de adversidades azotaba a casi todos los frentes del ERP. La misma comprendía un elevado número de militantes capturados o abatidos, citas envenenadas, emboscadas de todo tipo y un sinfín de allanamientos a bases operativas, depósitos e imprentas.

Lo llamativo era que muchos de esos episodios no fueron precedidos por detenciones que propiciaran datos arrancados bajo la presión de la tortura. Y eso sólo podía significar que dichas informaciones habían sido obtenidas por otra vía. Una que sin duda actuaba desde algún sitio de la organización.

Pepe volvió a moverse sobre la silla. Y su estructura nuevamente crujió.

Tal vez entonces su mente haya evocado aquel sangriento ataque a la casa operativa en donde una célula del ERP mantenía secuestrado al empresario Luis León Domenech. Y, por cierto, aún seguía siendo un enigma cómo las fuerzas policiales habían logrado localizarla.

Seguramente aquel recuerdo lo haya llevado a otro: el informe montonero que advertía sobre una posible infiltración efectuada por el Batallón 601 en la Regional Capital del ERP. El dato provenía de un suboficial del Ejército captado por la guerrilla peronista. Pero no aportaba mayores detalles acerca de la identidad del agente enemigo, con la excepción de un apodo: el Oso.

Eso había ocurrido hacía casi dos meses.

Y motivó una urgente reunión entre Mangini y Mario Roberto Santucho.

Por entonces, el jefe del ERP —el hombre más buscado de la Argentina— había regresado del monte tucumano para establecer su cuartel general en una quinta situada en la localidad bonaerense de San Martín.

Durante el caluroso atardecer del 15 de septiembre, Pepe se dirigió allí al volante de una vieja Estanciera.

La quinta en cuestión, a los efectos de la vida clandestina, no podía estar mejor ubicada: la circulación de vehículos en los alrededores era escasa; las viviendas más próximas —por lo general sólo habitadas durante los fines de semana— se encontraban a una distancia prudencial y una frondosa arboleda favorecía la privacidad del refugio insurgente, cuya custodia estaba a cargo de una discreta guardia integrada por militantes de máxima confianza.

Dos de ellos no tardaron en reconocer a Pepe no bien la camioneta frenó ante una tranquera. Y sin mayores preámbulos, lo guiaron hacia Santucho.

Parecía irreal que en medio de ese paisaje hubiera alguien tan activo.

El “Roby” —como todos lo llamaban— pasaba gran parte del día en un quincho adaptado como lugar de trabajo. Y con una estética decididamente bélica: unas lonetas laterales de color verde oliva lo protegían de la lluvia o del sol; sobre ellas colgaban planos y mapas. También había un sofisticado equipo de comunicaciones, algunas armas —entre ellas, la legendaria pistola obsequiada por Salvador Allende— y una pequeña biblioteca llena de libros y carpetas. El mobiliario se completaba con una mesa rectangular en la que el líder guerrillero solía reunirse con sus colaboradores. Pero durante aquel atardecer, él estaba solo, sentado ante una Olivetti portátil, de cuyo carro se asomaba una hoja con un

texto a medio escribir.

Al reparar en la llegada de Pepe se incorporó de un salto para recibirlo con los brazos abiertos. Su entusiasmo era genuino: el visitante gozaba de toda su estima, y hasta le causaba gracia su temperamento cascarrabias.

El otro, a su vez, sentía por Santucho algo parecido a la admiración. Eso, tratándose del capitán Pepe, no era poco.

En parte, porque no tenía ninguna duda de que el Roby jamás impartiría una orden que él mismo no pudiese realizar.

También le atraía su mirada casi siempre penetrante, pero, por momentos, huidiza. Como si la naturaleza blindada de sus creencias siempre entrara en combate con su irremediable timidez.

Pero sobre todo valoraba su capacidad de persuasión. Y cuando la ejercía, Santucho se mostraba muy cálido.

En tales ocasiones no escatimaba tiempo para desarrollar sus argumentos. Lo hacía con un despacioso tono norteño, arrastrando alguna “erre”. Y daba énfasis a sus dichos con la palma de la mano hacia arriba, uniendo el pulgar con el resto de los dedos. Incluso no le molestaba ser interrumpido. Y hasta forzaba a sus interlocutores a que expusieran sus discrepancias mediante dudas simuladas o, simplemente, pedía una opinión, para así volver otra vez a la carga con su demoledora elocuencia.

En ese aspecto, a Pepe le fascinaba verlo en acción.

Ahora, en cambio, lo notaba preocupado. Pero no dijo nada al respecto.

Así fue como los dos hombres quedaron por un instante en silencio.

Hasta que una mujer joven les acercó un termo para tomar mate. Ambos aguardaron a que ella se retirara.

Recién entonces Santucho comenzó a trazar un inquietante análisis sobre la coyuntura. Y al hacerlo, despejó de un manotazo el mechón rebelde que siempre le caía sobre la frente.

En resumidas cuentas, dijo que las masivas manifestaciones ocurridas dos meses antes en Córdoba y Buenos Aires —las que en su momento lo habían impresionado lo suficiente como para asegurar que la ola revolucionaria no se detendría— ahora sólo eran un bullicioso recuerdo, dado que ese nivel de movilización se había ido apagando de manera paulatina; las huelgas en todo el país comenzaron a declinar a principios de septiembre, al igual que las movilizaciones contrarias al gobierno de Isabel, mientras los principales dirigentes obreros eran encarcelados.

A esa altura del monólogo, Santucho volvió a despejar su mechón. Pepe lo miraba sin abrir la boca.

Entonces, el jefe del ERP lanzó una frase, por demás, ilustrativa:

—Si no reaccionamos a tiempo, podemos quedar pedaleando en el aire.

Luego amplió esa idea, sosteniendo que la progresiva desmovilización de la clase obrera podría dejar a la guerrilla girando en el vacío. Dicho de otro modo: sin un crecimiento geométrico de la lucha de clases, la imagen de un enfrentamiento puro entre dos aparatos militares terminaría por teñir de una

manera negativa la visión pública del asunto. Y con el agravante de que los últimos cambios en el gobierno y el irresistible ascenso de Videla a la cima del Ejército indicaban que el golpe militar era cuestión de meses.

Pepe lo seguía mirando, pero ahora con un dejo de impaciencia.

En ese instante, el Roby abordó la situación del foco guerrillero instalado en Tucumán. Y su lectura al respecto tampoco derrochaba optimismo.

La cuestión —según sus propias palabras— era que la Compañía de Monte del ERP se hallaba empantanada, sin que se cumpliera la predicción de que los campesinos de la zona terminarían sumándose a la lucha armada. En las ciudades tucumanas el panorama no resultaba más alentador: la estructura del PRT era sistemáticamente dañada por la inteligencia militar. Ello, claro, contribuía al aislamiento del foco rural, ya que las emboscadas del Ejército eran cada vez más precisas y frecuentes; es decir, exactamente al revés de lo que señalaban los manuales sobre la guerra de guerrillas.

Santucho sabía de lo que hablaba.

Apenas unos días antes, él mismo se había visto obligado a abandonar su comandancia, situada a sólo treinta kilómetros de la capital provincial, ante la inminencia de un ataque enemigo. Tanto es así que el Ejército tomó por asalto esa posición a horas de que él la evacuara junto a los integrantes de su Estado Mayor, encabezados por Ledesma.

Y no tardó en trascender que ese lugar había sido delatado por un agente del SIE que actuaba como “filtro” en la Compañía de Monte.

El tipo hasta se ocupaba de cargar la mochila de Santucho. Y hacía más de tres meses había tenido un valeroso desempeño en la llamada batalla de Manchalá, una de las escaramuzas iniciales entre las tropas del Ejército y la guerrilla. Quizás aquel episodio haya cimentado la confianza que el Roby sentía por él, así como también su buena predisposición para efectuar todo tipo de tareas. Aunque, por cierto, no era un sujeto muy locuaz. De carácter algo reconcentrado, casi taciturno, solía leer en sus horas de descanso una vieja edición de *El Estado y la revolución*, escrito por Lenin, de cuyos conceptos luego se valía durante las extenuantes discusiones políticas que tenían lugar a diario. Su nombre de guerra era “Tomás”, aunque todos lo llamaban el “Negro”. Jamás se llegó a conocer su verdadera identidad. Los sucesos ulteriores demostraron que él no fue un traidor en el sentido literal; de hecho, no se trataba de un militante arrepentido ni tampoco el producto de un “doblaje”. Por el contrario —y justamente en eso radicaba la gravedad del asunto—, el Negro Tomás era nada menos que un teniente del Ejército cuidadosamente entrenado para infiltrarse en las entrañas de la Compañía de Monte. Cuando fue descubierto, reconoció sin dilaciones su pertenencia al Destacamento de Inteligencia 142 de Tucumán. Pero, amparándose en las leyes de la guerra, no aportó otro dato que su grado militar. Al final, un “tribunal revolucionario” lo condenó a muerte. Sin embargo, la sentencia aún no se había cumplido.

Esa demora tuvo por objeto una especulación: concederle tiempo al espía para que recapacite sobre la conveniencia de negociar su vida a cambio de información. Sus captores estaban interesados en saber si

el Negro contaba con un agente de enlace para transmitir datos al enemigo. Dicha posibilidad implicaba la presencia de otro hombre del Ejército en la Compañía de Monte. También resultaba imperioso obtener de su boca la lista de blancos guerrilleros oportunamente delatados por él. Pero el prisionero se mantenía firme en su mutismo. En tanto, para mitigar las horas muertas del encierro, había sustituido los textos de Lenin por la lectura de una edición en rústica del *Nuevo Testamento*, que a su pedido le consiguió uno de los milicianos encargados de custodiarlo. El lugar en el cual permanecía alojado era un secreto guardado bajo siete llaves, debido al riesgo de que el general Vilas quisiera rescatarlo. Pero ello no ocurrió.

El Roby, para la sorpresa del capitán Pepe, únicamente tocó el tema con una frase tangencial, antes de sumirse en un prolongado silencio.

Mangini, claro, estaba al tanto de la historia.

También sabía que esa historia perturbaba de sobremanera a Santucho, ya que él jamás había imaginado algo así.

Y esa negación hasta tenía un sustento teórico que el jefe guerrillero solía resumir con las siguientes palabras: “Un espía puede enquistarse en una célula, pero su comportamiento tendrá actitudes propias de una ideología distinta. Así llamará la atención. Y su accionar será evidente”.

De modo que el Roby estaba convencido de que el ERP no era infiltrable. Pero el caso Tomás derrumbó de un plumazo esa certeza.

Santucho no ocultaba su aflicción ante semejante fracaso conceptual. Y eso hasta se le notaba en el semblante.

Mangini ahora lo observaba por el rabillo del ojo.

El Roby tenía los suyos clavados en un punto indefinido. Y persistía en su silencio.

Seguramente se preguntaba si la presencia del “filtro” en la Compañía de Monte había sido un hecho aislado o si, por el contrario, sólo era la primera evidencia de un plan sistemático del enemigo para socavar desde adentro la estructura del ERP. Es de suponer que su razonamiento se inclinara hacia la segunda opción. Pero con un interrogante crucial: ¿cuántos otros “filtros” del Ejército había en la organización y en qué ámbitos operaban?

Mangini no demoró en adivinar el cariz de sus cavilaciones.

Y antes de que el otro dijera algo al respecto, extendió una hoja hacia él.

Era el *paper* elaborado por la inteligencia montonera sobre el supuesto agente enemigo enquistado en la Regional Capital del ERP.

Santucho no mostró asombro ni desazón; sólo mantuvo esa cuartilla entre los dedos, escrutando su contenido una y otra vez. Su actitud exhibía cierta terquedad: como si tratara de digerir el golpe recibido calculando al mismo tiempo sus próximos pasos.

En ese instante, se desató una lluvia torrencial.

Siete semanas después, en aquella casa del Gran Buenos Aires usada para la reunión de la Junta Coordinadora Revolucionaria, Mangini recordó la expresión reconcentrada del Roby. Luego, repasó

mentalmente las urgentes medidas adoptadas por el líder del ERP con el objeto de conjurar semejante amenaza. Por último, sus pensamientos se cruzaron con la vibrante cadena de circunstancias ocurridas desde entonces en los niveles más herméticos del aparato partidario.

Y su silla volvió a crujir.

II

Pepe sabía que el eslabón inicial de tal secuencia sucedió tras finalizar su visita a la quinta de San Martín, cuando, bajo la tormenta, Santucho fue con premura hacia una casa ubicada en las afueras de La Plata.

También imaginó el susto de Benito Urteaga, miembro del Buró Político del PRT y pieza clave de su brazo militar, al percibir desde su dormitorio el sonido de un motor que se imponía sobre el repiqueteo de la lluvia.

“Mariano” —su nombre de guerra— vivía allí con su pareja, “Pola”, el bebé de ambos, bautizado José, y dos compañeros, quienes habían alquilado la vivienda. Estos últimos aún no habían regresado de una reunión. Y eso lo preocupó.

Súbitamente, el motor había dejado de sonar. Y él, ya preso del peor de los augurios, se atrincheró con su pistola junto a la ventana.

El inconfundible chasquido de la recamara alertó a la mujer. Y sin perder un solo instante, refugió al niño en un rincón del baño, para así sumarse a la posible refriega.

Mariano la observaba de soslayo. Luego, se concentró en la inminencia del ataque enemigo.

Enorme fue su asombro al descubrir que el ruido que había activado su percepción del peligro provenía de un Citroën que parecía naufragar bajo la lluvia. Y se potenció al ver bajar de la cabina nada menos que a Santucho.

Mariano lo recibió con un brazo pegado al cuerpo y la pistola en la mano. Le costaba sobreponerse del sobresalto.

Quizás el visitante haya reparado en eso, pero no lo comentó; en cambio, preguntó por Pola, quien justo salía del baño con el bebé. Recién entonces abordó el asunto que lo había llevado ahí: la presunta existencia de un espía en la estructura capitalina del ERP.

Después se refirió al otro “filtro”, el de Tucumán.

El Roby exhalaba una agitación poco usual en él. Y mirando fijamente a la mujer, anunció:

—Se va a formar una unidad de contrainteligencia. Y necesitamos gente de máxima confianza.

Así fue como Pola quedó a cargo de dicha iniciativa.

Afuera de la casa seguía diluviando.

Al día siguiente, Santucho informó a Mangini acerca de esa designación. Pero él no la asimiló con júbilo.

Al fin y al cabo, Pola había sido una de sus más estrechas colaboradoras y su traslado haría necesaria la reorganización del ámbito que él conducía.

Pola en realidad se llamaba Nélida Augier.

Había nacido en la ciudad de Tucumán hacía veinticinco años. En 1968, siendo estudiante de Derecho, se sumó al PRT. Al año, fue delegada por su provincia en el V Congreso partidario. A partir de entonces supo participar en algunas acciones armadas. En 1972 empezó su relación sentimental con Urteaga, ya considerado el segundo del partido. Pero su elevada jerarquía no eclipsó la militancia de Pola, quien al poco tiempo alcanzó el grado de teniente. Finalmente, fue convocada por Pepe para integrar la estratégica jefatura de Inteligencia. Corrían los primeros meses de 1974.

Esa estructura —junto con Logística, Personal y Operaciones— era una de las patas del Estado Mayor del ERP y, como tal, reportaba directamente a Santucho. Mangini la había edificado con un meticuloso criterio de calidad: la menor cantidad de agentes ubicados en los mejores lugares posibles. Esa fue la clave de su eficacia. Y el trabajo de campo propiamente dicho —que incluía infiltraciones en el bando enemigo, contactos con fuentes castrenses y proselitismo entre soldados— estaba en manos de un complejo sistema de redes que confluía hacia uno de sus responsables: el capitán "Alejandro", más conocido como el "Cuervo". Su nombre real era Carlos Emilio All. Un hombre célebre por su estricta observancia de las leyes del silencio.

En una oportunidad, al toparse con un piquete policial mientras circulaba junto a otro militante en un Fiat 600, exclamó:

—Si nos hacen señas tenemos que disparar. No sé de quién es este coche.

—¡Cómo que no sabés! ¿Es afanado?

—No. Es de un compañero. Pero me pidió que no me fijara en el nombre que figura en los papeles.

Lo cierto es que el Cuervo manejaba un pequeño ejército compuesto por unos cincuenta agentes e informantes. Entre ellos había policías y militares, funcionarios, operadores políticos oficialistas, integrantes del *establishment* y hasta el dueño de un influyente matutino. Algunos incluso tenían acceso a personajes como el almirante Massera, el general Ramón Díaz Bessone y el futuro ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz. Cabe destacar que en su afán por anudar relaciones encubiertas y obtener datos sensibles, la inteligencia del ERP —por iniciativa del Cuervo— puso en marcha a fines de 1974 una imaginativa maniobra: el lanzamiento de la revista *Discusión*, un quincenario de centroderecha con un discurso condescendiente hacia las Fuerzas Armadas. El director era Guillermo Olivera, un veterano periodista vinculado al desarrollismo. Y entre sus columnistas habituales se destacaba la diputada conservadora María Cristina Guzmán y el sindicalista ortodoxo Rogelio Papagno. Desde luego, tanto estos como el resto de los miembros del *staff* ignoraban que en realidad el ERP estaba detrás del asunto. Y dicho secreto ni siquiera exceptuaba a los redactores y empleados que pertenecían a la organización. Ese fue uno de los innumerables recursos ideados por el capitán Alejandro en su búsqueda de informaciones reservadas. Otras redes —también bajo su mando— tenían la misión de reunir datos sobre

los planes estratégicos de las Fuerzas Armadas, además de anticipar con puntualidad la realización de operaciones represivas sobre blancos guerrilleros.

En esa estructura, Pola era la responsable de la Sección de Análisis.

Su ingreso al área ocurrió a los cuatro meses de dar a luz al hijo que tuvo con Mariano. Ella se entregó a la militancia sin separarse del bebé. Tanto es así que solía cubrir citas, recoger informes y supervisar la clasificación de los mismos debidamente provista de mamaderas y pañales. Claro que no era fácil advertir a simple vista que esa joven madre con porte tipo *flower power* era en realidad un pilar del aparato de inteligencia del ERP. Y que tenía bajo su mando a veinticinco personas agrupadas en equipos; cada uno abocado exclusivamente a un asunto específico: Fuerzas Armadas, policía, partidos políticos y gobierno. A su vez, otro equipo se ocupaba de analizar todo lo publicado en diarios y revistas. En caso de que los datos obtenidos fuesen operativos, se los derivaba al frente militar. El resto iba a un archivo para, llegado el caso, ser cotejado con informaciones futuras. Aquel soporte documental estaba escondido en un sofisticado depósito dotado de aire acondicionado y otras comodidades, bajo una choza de chapas en una villa del oeste bonaerense. Ya se sabe que Pola se mantuvo a la cabeza de esa sección hasta la noche del 15 de septiembre.

Desde entonces comenzó a organizar la unidad de contrainteligencia.

En paralelo, otros acontecimientos empezaban a desencadenarse.

Durante la mañana de ese mismo lunes, un hombre llegó en el mayor de los sigilos a una vivienda ubicada en la zona sur del Gran Buenos Aires. Su morador lo había estado esperando con ansiedad. Tras un rápido saludo, lo condujo hacia una habitación. Allí se arrodilló ante un pequeño ropero para desmontar la tapa de un doble fondo. Y, con movimientos muy cuidadosos, extrajo del escondrijo su obra maestra: una maqueta increíblemente exacta del Batallón de Arsenales 601 “Coronel Domingo Viejobueno”.

Al visitante se le iluminaron los ojos. Era nada menos que Ledesma.

El otro, sin disimular su orgullo, no dejaba de sonreír.

Se trataba del arquitecto santafecino Roberto Bernardo Stegmayer. Su nombre de guerra: “Federico”; tenía grado de sargento y por entonces encabezaba una escuadra de combate. Poco antes, el propio Roby le había encomendado aquella réplica a escala. Y él cumplió con creces.

A los efectos del relevo topográfico, simuló pasear con su hija de apenas cuatro años por las calles de Monte Chingolo. Una Kodak Fiesta le colgaba sobre el pecho. En ciertos tramos del Camino General Belgrano, frente a la unidad militar, hacía posar a la niña para retratarla, pero girando el objetivo de la cámara con el propósito de obtener fotografías del Batallón. Y repitió aquel procedimiento en todas las arterias laterales. Mientras que los detalles de las construcciones interiores se los había proporcionado un conscripto que militaba en el ERP.

Así Federico pudo construir en tiempo récord su cuartel en miniatura.

Ahora el comandante Pedro lo estudiaba con detenimiento.

Al fin y al cabo, él era el responsable de organizar lo que sin duda sería la operación más ambiciosa de la guerrilla urbana en Argentina.

También estaría al mando de su ejecución, fijada para fines de diciembre.

El asunto había sido ideado por Santucho y tenía dos objetivos: capturar armamentos para fortalecer la Compañía de Monte y a la vez desplegar una formidable demostración de fuerza, tomando por algunas horas el control militar de una extensa zona próxima a la Capital Federal —el sur del partido de Lanús—, habitada por casi cuatrocientas mil personas. También se pensaba que esa acción podría retardar el proyecto golpista de las Fuerzas Armadas.

Asimismo sería el bautismo de fuego del flamante Batallón Urbano "José de San Martín". Dicha unidad estaba integrada por tres compañías: "Héroes de Trelew", de la Capital Federal, "Juan de Olivera", de la Regional Sur, y "José Castrogiovanni", que solía actuar en el norte bonaerense. En suma, se trataba de una fuerza formada por ciento cincuenta combatientes, mientras otro centenar estaba destinado a tareas de apoyo, logística y servicios.

Pedro confiaba plenamente en el éxito del ataque.

No imaginaba, desde luego, que la sospecha sobre una posible infiltración en la Regional Capital lo obligaría a modificar sus planes.

El tema, por cierto, seguía desvelando a la cúpula del ERP.

El siguiente eslabón de esa cadena de situaciones transcurrió días después en una casa operativa próxima a la Avenida General Paz. La misma solía ser usada para acuartelar militantes antes o después de alguna acción y también como depósito de armamentos y propaganda. Su responsable era una mujer a la que sus compañeros llamaban "Érica". Y en la ocasión, ella vigilaba la calle desde una ventana con una granada en la mano. Hasta allí se filtraban voces desde el comedor.

Una de ellas sobresalía por su tono grave:

—Esto explica un alto porcentaje de nuestras caídas.

La frase había sido pronunciada por un hombre de cara angulosa y bigote tupido, sentado en un extremo de la mesa. Entre sus manos tenía una copia del informe montonero.

Luego insistió sobre la ineludible necesidad de mantener la cuestión bajo la más absoluta reserva. Y por dos motivos: no provocar el pánico entre la militancia ni alertar al "filtro". Al final, añadió:

—Es una orden del Roby.

Aquel hombre estaba allí en su representación.

Era un integrante del Buró Político. Y sobre su figura brillaba un aura de leyenda por haber protagonizado aquella famosa fuga del penal de Rawson. Se hacía llamar "Nicolás", pero le decían el "Gringo". Su nombre real era Domingo Menna.

El capitán Pepe lo observaba.

Y Pola desvió los ojos hacia "Laura", la responsable de Personal de la Compañía "Héroes de Trelew".

Junto a ella estaba otro cuadro de esa unidad; su apodo era el "Hippie". Ambos habían sido sumados al flamante aparato de Contrainteligencia.

Ya se sabe que dicho servicio —cuyo propósito era detectar enemigos en el seno del PRT-ERP— fue concebido por iniciativa del propio Santucho. Y su estructura, sin intermediarios de ningún tipo, reportaba solamente a él como una autoinfiltración del partido sobre sí mismo. De hecho, bajo un estricto secreto, sus redes fueron internamente distribuidas mediante el simple recurso del reclutamiento, con el propósito de que —en paralelo— sus integrantes continuaran cumpliendo otras tareas. La búsqueda del espía en la Regional Capital fue su acto de iniciación.

Pero los datos que en ese momento se tenían sobre su persona —apenas un mote y una vaga referencia geográfica— no eran muy auspiciosos. Y con lo de Monte Chingolo en marcha, nada podía ser menos oportuno.

Todos los presentes en esa reunión, ya sea por sus funciones o jerarquías, estaban al tanto de la planificación del ataque al Batallón de Arsenales. Por lo que también entendían que la posible presencia de un "filtro" significaba un gravísimo escollo. Eso generó una encendida discusión.

En resumidas cuentas, fueron contempladas dos opciones: postergar todo hasta nuevo aviso o, directamente, suspender el operativo.

Pepe se inclinaba hacia esto último.

Pola y Laura se mostraban indecisas.

El Gringo, a su vez, sostuvo que era prematuro adoptar cualquier decisión al respecto. Y más aún, sin estar presentes Santucho ni Ledesma.

—Ellos tienen la última palabra —aseguró.

Luego, posando la mirada sobre Pola, manifestó su confianza en que el agente enemigo sería rápidamente neutralizado.

Fue cuando el Hippie, quien hasta entonces había permanecido callado, propuso aislar la Compañía "Héroes de Trelew". En otras palabras, que no participara como tal en la batalla de Monte Chingolo.

Horas después, esa moción fue aceptada por Santucho. Y Ledesma, sin ocultar su contrariedad, lo hizo a regañadientes.

Pero al menos logró que la unidad en cuarentena aportara su logística y que un selecto grupo de sus combatientes se sumara a la acción. El Hippie estaba entre ellos.

En tanto, se implementaron severas medidas de seguridad en la estructura partidaria de la Capital, las cuales incluían una exhaustiva pesquisa interna. De eso se encargó Laura.

Pero sus conclusiones iniciales llevaron al asunto hacia un lugar incierto.

—En toda la Regional no hay nadie llamado el Oso —le hizo saber a Pola, quien supervisaba personalmente la investigación.

—¿Estás segura? —le preguntó ella, antes de reproducir textualmente esas diez palabras en un informe que envió a Santucho.

Y él no tardó en revelar su contenido ante algunos integrantes del Estado Mayor citados en la quinta de San Martín.

Su mirada tenía ahora un aire socarrón. Y la clavó sobre Mangini.

Era su modo de poner en tela de juicio la infalibilidad del dato cedido por la guerrilla peronista.

Pepe entonces meneó la cabeza con fastidio, antes de soltar:

—Estamos en problemas.

En este punto, le devolvió la mirada al Roby. Y siguió hablando:

—Quizá los montos la hayan pifiado con el apodo del tipo. Pero eso no quiere decir que la Regional esté limpia.

Dicho esto, desvió su mirada hacia los demás. Y remató:

—Simplemente, significa que ni siquiera sabemos el apodo del “filtro”.

En síntesis, Mangini dio por sentada su existencia.

Pero, como en el juego de la oca, la investigación debía retroceder hasta el primer casillero.

Laura siguió dedicada a esa búsqueda.

El método utilizado —según lo dispuesto por el Hippie, su responsable en el área de Contrainteligencia— fue poner bajo la lupa a todos los militantes de la unidad de combate a la que ambos pertenecían. A tal efecto, se usaron unas fichas individuales sobre ellos que la propia Laura venía actualizando para la Jefatura de Personal. Ese procedimiento también se extendió a otros ámbitos de la Regional presuntamente infiltrada, junto con un puntilloso análisis de los reveses —caídas y allanamientos— ocurridos en el transcurso de los últimos tiempos. La cuestión era trazar un denominador común entre la citada nómina de militantes y la suma de objetivos guerrilleros afectados por el enemigo. Se pensaba que así resaltaría la identidad del espía.

Sin embargo, ese colosal cruce de personas y circunstancias no arrojó un resultado concluyente. Aunque sí algunas presunciones.

Tal fue la conclusión de Laura. Tras revisarla atentamente, se la confió al Hippie. Este la aprobó. Y elaboraron un detallado informe al respecto.

Una mujer había colaborado con ellos en la exploración de los datos. Sus compañeros la llamaban la “Piojo”. Se trataba de otra integrante del equipo de Contrainteligencia de la Compañía “Héroes de Trelew”. Su nombre real: Ana María Lezcano. Y en esa ocasión, también ofició como enlace entre la célula y Pola.

La cita entre ellas había sido fijada para la tarde siguiente en lo de Érica.

Pola llegó con el bebé a cuestas. Y la anfitriona no ocultó su asombro al comprobar su parecido físico con Mariano. Después se quedó jugando con él en la cocina. Hasta que el pequeño José rompió en llanto.

Eso detuvo la reunión entre Pola y la Piojo. Al rato, prosiguió, ya con el niño prendido al pecho de su madre.

Había que ver cómo tal circunstancia no afectaba la concentración con la que ella leía el informe. La

Piojo, mientras tanto, cebaba mate en silencio. Así permanecieron durante unos minutos. En ese lapso, el niño se durmió.

Pola seguía enfrascada en el documento; recién al concluir, levantó los ojos hacia la otra mujer. Y con cejas muy enarcadas.

Al regresar a su casa encontró a Mariano con Santucho, quien, a modo de saludo, inquirió:

—¿Qué se sabe del “filtro”?

La respuesta fue:

—Hay sospechas sobre dos compañeros.

III

El tipo estaba en la esquina de Cabildo y Lacroze. Tenía treinta años y un porte que no pasaba inadvertido: estatura alta, delgadez extrema y pelo muy rubio; se parecía a “Finito” Herman, un basquetbolista de la época. En realidad, era un cuadro del ERP; pertenecía al frente militar de la Regional Capital con el grado de teniente. Su nombre de guerra era “Fito”.

En aquel instante, con una impaciencia apenas perceptible, observaba de reojo el tránsito que venía desde Plaza Italia. Le habían dicho que pasaría por él un Fiat 128 blanco. Para su desconcierto, se le arrimó un Peugeot 404 de idéntico color.

El conductor lo saludó con un cabeceo; a su lado iba un muchacho al que apenas pudo ver antes de “tabicarse”. El día anterior había sido convocado a una acción armada. Ahora lo llevaban hacia una casa operativa a los fines del acuartelamiento previo. En la cabina, la atmósfera resultaba inquietante. Razones no faltaban.

Era la mañana del 7 de octubre. Y ya se sabe que veinticuatro horas antes, a raíz del ataque montonero al Regimiento 29 de Infantería de Formosa, el Poder Ejecutivo había firmado los decretos que delegaban en las Fuerzas Armadas la conducción absoluta de la llamada “lucha antisubversiva”. Eso agravaba las duras condiciones represivas vividas hasta entonces. Entre los militantes no se hablaba de otra cosa.

Ya al final del recorrido, Fito deslizó un comentario al respecto. Pero sin obtener respuesta.

En parte, porque el vehículo había frenado, para después maniobrar en reversa su ingreso a la cochera de un pequeño chalé.

Allí escuchó otras voces. Y, siempre “tabicado”, se dejó guiar al interior de la vivienda. Recién entonces, abrió los ojos.

Frente a él había un hombre bajo y corpulento. Era el Hippie. Con una mano se alisaba el bigote; de la otra le colgaba una pistola Browning.

Fito pensó que le comunicaría el objetivo de la operación y las tareas que tendría a su cargo. Sin embargo, sus palabras fueron:

—A partir de este momento, compañero, usted queda a disposición de la justicia revolucionaria.

Por la tarde, el Hippie le dispensó esa misma frase a otra persona.

El tipo tenía veintiséis años y una estampa poco llamativa: estatura baja, cabello cortado a la americana y vestimenta que delataba su pertenencia a la clase media. Era otro teniente de la Compañía “Héroes de Trelew”. Su apodo oficial era el “Griego”, pero todos le decían “Panchito”. Y al igual que Fito, había sido convocado a un operativo ficticio.

El Hippie escrutaba su reacción, mientras volvía a alisarse con una mano el bigote; de la otra le colgaba la Browning.

Entonces aseguró tener instrucciones precisas para matarlo ante cualquier tentativa de resistirse.

Por toda respuesta, Panchito extendió las muñecas para que le colocaran unas esposas.

La seguridad de la casa se encontraba a cargo de la Escuadra Especial del Buró Político, compuesta por cinco militantes.

Uno de ellos condujo a Panchito a una habitación únicamente amueblada con un catre de campaña. Tras requisarle el reloj, engrilló su mano derecha a un gancho clavado en la pared. Y sin decir nada, se retiró.

Así transcurrieron algunas horas.

Eso era un truco para exacerbar los nervios del prisionero. Y, de hecho, Panchito no tardó en perder la noción del tiempo.

En ese lapso, fue espiado a través de una mirilla. Y resultaba evidente la tensión que lo envolvía.

Panchito había despertado sospechas en el propio Roby cuando, durante un plenario, hizo con suma insistencia varias preguntas sobre la actividad de la Compañía de Monte.

Recién al anochecer se resolvió iniciar su interrogatorio. Poco después, la puerta del improvisado calabozo se abrió de golpe.

Las preguntas estuvieron a cargo del Hippie y de otros dos integrantes de Contrainteligencia.

Sobre Panchito se ejercieron todo tipo de presiones psicológicas, aunque no se le tocó un pelo. Eso respondía a una expresa directiva impartida por el Buró Político. Y señalaba que “un revolucionario no podía, bajo ninguna circunstancia, utilizar los métodos aplicados por el enemigo”.

Sin embargo, en su indagatoria no surgió nada que a él lo incriminase. De modo que recuperó rápidamente la libertad.

Luego fue enviado a Córdoba para realizar trabajo de masas.

Las dudas sobre Fito, en cambio, eran más concretas.

Hacía apenas unos meses, con la excusa de comprar cigarrillos, abandonó su puesto de guardia en un depósito de propaganda pocos minutos antes de que irrumpiera allí la policía. Y, recientemente, habría salvado su pellejo al llegar a una cita justo cuando el compañero que lo esperaba era secuestrado por una patota de la Superintendencia de Seguridad Federal.

Tales eran las sospechas que pesaban sobre él.

Sus primeras horas de encierro también transcurrieron en la más absoluta soledad, mientras era espiado por una mirilla.

Pero, curiosamente, aquel hombre no manifestó signos de tensión; por el contrario, parecía alguien que esperaba turno en el consultorio del dentista.

Luego, atribuyó las presunciones en su contra a la simple casualidad. El Hippie y sus colaboradores insistieron en probar lo contrario. Perseveraron en el intento durante dos extenuantes jornadas.

Incluso, ya al límite de la exasperación, el Hippie llegó a ponerle el caño de la Browning en la sien, y dijo:

—¡Entregaste a un compañero, hijo de puta! Te voy a volar la cabeza.

Fito ni siquiera pestañeó. La impavidez que exhibía era notable. Y siguió sosteniendo su versión hasta agotar a sus interrogadores.

En consecuencia, esa fase de la pesquisa culminó en una suerte de empate técnico. Eso, claro, no suponía la inocencia del acusado, pero tampoco su culpabilidad. De modo que Fito continuó preventivamente arrestado.

En tanto, Pola le enviaba a Santucho un informe al respecto, junto con la transcripción del interrogatorio.

El líder del ERP no demoró en reunirse con ella para analizar la cuestión. Mangini también se hizo presente en compañía del Cuervo. Y la discusión fue encarnizada.

Pepe estaba convencido de que Fito era un agente enemigo.

Pola coincidía con él.

El Cuervo, en cambio, planteó sus discrepancias.

Y recordó que la caída del depósito partidario —uno de los hechos que se le imputaban a Fito— se debió a la denuncia de un vecino que habría notado allí movimientos sospechosos.

—Y Fito justo tuvo ganas de fumar —fue la ácida refutación de Pepe.

El Cuervo, con una sonrisa, le contestó:

—Lo del vecino fue la lectura que en ese momento vos mismo hiciste.

Pepe contraatacó con una referencia sobre el militante capturado mientras esperaba precisamente a Fito. La respuesta del Cuervo fue:

—Él no era el único de su célula que estaba al tanto de esa cita.

Y agregó que otro militante de ese ámbito había sido detenido poco antes, sugiriendo que este pudo haber sido el delator.

—Eso no despeja las dudas sobre Fito —fue el comentario de Pola.

—Pero tampoco las confirma —fue la réplica del Cuervo.

Recién entonces, Santucho intervino en la disputa.

—Estamos empantanados en un punto muerto —sentenció, sin apartar los ojos del informe de Contrainteligencia. Luego alzó la vista, y dijo: —Sólo hay un modo de resolver esto.

Y expuso la estrategia a seguir. Su plan sorprendió a los presentes. Pero fue aceptado por unanimidad. Ese mismo día se puso en práctica.

El primer paso fue hacerle saber a Fito que su arresto había cesado. Y el segundo, ordenar su inmediato traslado a Tucumán.

Allí —según le informaron— lo aguardaba una importante misión, de cuyos detalles se enteraría oportunamente.

Fito asimiló ambas novedades sin exteriorizar sus emociones. Y, con una pasmosa naturalidad, se abocó a los preparativos del viaje.

IV

La Compañía de Monte atravesaba en Tucumán su peor crisis, en medio de una andanada de graves impactos en su línea de flotación.

Cuatro días antes, tres pelotones del ERP se habían atrincherado a la vera de la ruta 307, entre las localidades de Acheral y Tafí del Valle. La idea era emboscar a un camión militar que pasaba diariamente por allí. No obstante, la espera fue inútil y al atardecer se decidió levantar la acción. En el ínterin, la presencia guerrillera fue detectada por el Ejército.

El choque se produjo en las inmediaciones del río Los Sosa, a sólo cinco kilómetros del ingenio Santa Lucía, y duró hasta ya entrada la noche. Las bajas: tres efectivos regulares y un miliciano del ERP.

Horas después, la columna guerrillera fue nuevamente sorprendida por el Ejército en una quebrada no lejana al sitio del combate anterior. Esta vez, el saldo fue de una baja por bando. Pero el insurgente caído era nada menos que el jefe de Operaciones de la Compañía de Monte, Juan Carlos Molina. Su muerte fue el eslabón inicial de una vertiginosa cadena de calamidades rayanas al derrumbe.

El siguiente revés ocurrió en la madrugada del jueves 9 de octubre en las afueras del poblado Santa Elena, al morir otro importante cuadro del ERP: Oscar Asdrúbal Santucho. El hermano del Roby tenía a su cargo la logística de las fuerzas irregulares.

Paralelamente, durante un enfrentamiento librado en el cercano paraje de El Quincho, cayó Manuel Negrín. Era el subjefe del foco guerrillero.

Aquella escalada de fracasos se completó el mediodía del viernes en los cañaverales que rodean al arroyo San Gabriel, a tres kilómetros de Acheral.

Un campesino que oficiaba de informante del Ejército había advertido el desplazamiento de un pelotón de trece combatientes que avanzaba hacia la ruta 38. El grupo fue cercado por cien efectivos armados hasta los dientes, y con apoyo de tres helicópteros. Así se iniciaron las hostilidades.

Uno de los aparatos, gravemente averiado por la metralla revolucionaria, efectuó un dificultoso aterrizaje a cien metros del cañaveral; el piloto y otro tripulante habían muerto; un tercero quedó herido.

Aquel tropiezo fue lentamente revertido por las tropas del general Acdel Vilas. La batalla se prolongó durante ocho horas. Y no hubo sobrevivientes entre los guerrilleros.

El foco insurgente quedó parcialmente extinguido. Había caído casi todo el Estado Mayor del ERP

rural. Sólo se salvó el capitán “Raúl”. Su nombre real: Lionel Mac Donald. Desde entonces, junto con el obrero tucumano Julio Ricardo Abad —“Armando”, para sus compañeros— intentó reagrupar a la diezmada Compañía de Monte.

En esas circunstancias, Fito llegó al Jardín de la República.

La capital tucumana, por cierto, se asemejaba a la ciudad de Argel bajo la ocupación de los paracaidistas franceses: camiones del Ejército repletos de soldados recorrían incesantemente las calles; en las esquinas se efectuaban controles sorpresivos y, en pleno día, patotas de civiles armados allanaban viviendas para arrear a sus moradores hacia alguno de los catorce centros clandestinos que ya funcionaban en la provincia.

Fito ignoraba quién era su contacto. Sus instrucciones sólo se limitaban a permanecer sentado en un banco de la Plaza Independencia, justo frente a la Catedral. Y él cumplió, fingiendo leer un ejemplar de *La Gaceta*.

Minutos después, un hombre le hizo señas desde el volante de un taxi. El trayecto duró pocos kilómetros. Y concluyó en una vieja casona de estilo colonial situada al pie del cerro San Javier.

Se trataba de una base operativa. Solía ser usada como lugar de tránsito para los combatientes que se dirigían al monte. Pero ahora también era el sitio propiciador para un tránsito de otro signo.

Fito lo comprendió al enterarse de que allí, precisamente, estaba alojado el Negro Tomás, aquel “filtro” del Ejército que había delatado la ubicación de la Comandancia.

Eso le fue informado a su llegada por uno de sus anfitriones, un hombre con marcado acento salteño. También le refrescó que el prisionero estaba condenado a muerte. Y como al pasar, dijo:

—Vos sos el elegido para cumplir la sentencia.

Dicho esto, semblanteó su reacción, ya que la misma —a los fines del plan de contrainteligencia— tenía una importancia crucial.

La respuesta de Fito fue el silencio, lo cual bien podía interpretarse como una fría aceptación de la orden recibida. O todo lo contrario.

Lo cierto es que aún hoy resulta difícil imaginar los pensamientos que en ese instante atravesaron su cerebro.

Aunque seguramente no habrá tardado en apreciar la lógica del asunto. Se trataba de una verdadera prueba de fuego en la que Fito —siempre que las sospechas sobre su persona fuesen infundadas— demostraría su inocencia a través de ese acto extremo. Porque era inconcebible que un espía enemigo ejecutara sin más a otro espía de su propio bando.

Fito seguía en su silencio. Y sin chistar, tomó la pistola que le entregaron. Luego, escoltado por dos hombres armados que no le sacaban los ojos de encima, fue conducido al subsuelo de la propiedad.

Tras un instante, se escuchó el inconfundible estampido de un disparo.

Fito emergió del sótano con el gesto de quien acaba de hacer un trámite administrativo.

Al día siguiente, el cuerpo del Negro Tomás fue descubierto al costado de la ruta que une a la capital

provincial con la localidad de Yerba Buena.

Sobre su pecho había una cartulina con la siguiente inscripción: “Soy un agente del ejército opresor ejecutado por la justicia revolucionaria”.

La noticia llegó con rapidez al búnker de Santucho en Moreno.

Fito permaneció en Tucumán. Y fue asignado a una unidad de logística. Al tiempo, de manera imprevista, su rastro se extravió para siempre.

Por entonces, tal ausencia fue atribuida a un posible secuestro. Aunque nunca se pudieron precisar sus circunstancias.

Pola alguna vez supo que eso no fue así.

Años más tarde, ya exiliada en Nicaragua, Hugo Irurzún —el legendario capitán “Santiago” de la Compañía de Monte— le develó el gran arcano de esta historia:

—Fito era en realidad un oficial del Batallón 601.

IV

De modo muy tardío, Pola finalmente comprendió que, en su momento, la intuición del capitán Pepe había dado en el clavo. Pero casi en soledad.

Lo cierto es que al cumplirse un mes de la muerte del Negro Tomás, su ejecutor aún circulaba por Tucumán y, desde luego, la cúpula del ERP daba por hecho que las sospechas sobre él habían sido debidamente aclaradas.

Mangini, en cambio, no estaba tan seguro. Aunque tampoco podía probar lo contrario. El asunto no dejaba de darle vueltas por la cabeza.

Frente a él, Ledesma fumaba sin hablar.

Era la mañana del 9 de noviembre de 1975, y ellos aún permanecían en la casa usada para la reunión con los del MIR.

Ahora, en medio del silencio, Pedro consultaba con insistencia su reloj. Y Pepe seguía enfrascado en sus cavilaciones.

En resumen, la advertencia expresada en el informe montonero acerca de una posible infiltración en la Regional Capital del ERP había provocado en los niveles más elevados de su estructura un vidrioso estado de alerta y una serie de medidas urgentes, que su vez derivaron en una dramática cadena de circunstancias.

Sin embargo —a diferencia de lo señalado en aquel *paper*—, no se detectó allí a nadie apodado el Oso. Y ya descartados los casos de Panchito y Fito, no hubo otras presencias que proyectaran la sombra de una traición.

Tales fueron las conclusiones que el área de Contrainteligencia presentó a Santucho por escrito. Y él las tomó por ciertas. De manera que la alarma se había disipado. Y la dinámica capitalina del ERP

retornó a la más absoluta normalidad. Aunque con una excepción: la Compañía “Héroes de Trelew” quedó definitivamente apartada del ataque de Monte Chingolo.

Eso sólo se debía a que —en medio de aquella crisis— Pedro dispuso con rapidez el reemplazo de sus combatientes por cuadros militares traídos de otras regionales, incluso desde Tucumán. Y ya era demasiado tarde para revertir el nuevo organigrama.

Pedro había vuelto a confiar en la operación. Y su entusiasmo hasta se le traslucía en la mirada.

Pero ahora se advertía en él un ramalazo de ansiedad, mientras esperaba a otro integrante del Estado Mayor, con quien tenía una cita vinculada con la planificación del copamiento.

Pepe, en tanto, se movía nerviosamente sobre la silla.

Repasaba mentalmente la oleada de adversidades que azotaba a todos los frentes del ERP. Y seguía convencido de la existencia de un “filtro”.

Aunque —en vista de la batalla interna que acababa de perder— no hizo ninguna mención al respecto.

Simplemente se puso de pie. Y su silla crujió.

Minutos después, mientras partía a bordo de su vieja Estanciera, observó por el espejo retrovisor el arribo de una camioneta para fletes.

De la cabina vio bajar el hombre al que Pedro aguardaba; se trataba del responsable nacional de Logística. Su nombre de guerra era “Martín”, pero todos le decían el “Turco”.

Cuando se perdió tras el portón, la camioneta siguió su marcha.

Entre el volante y el respaldo se apretujaba la gruesa anatomía de un tipo mal entrazado. El capitán Pepe no lo conocía.

En consecuencia, tampoco sabía que se llamaba Rafael de Jesús Ranier.

Y que su apodo era, precisamente, el Oso.

CAPÍTULO SIETE

CABEZA DE TURCO

Todo indica que Rafael de Jesús Ranier no llegó a reparar en la desvencijada Estanciera que partía justo cuando él detuvo su Rastrojero azul frente a la casa en donde el Turco Martín tenía su cita.

De modo que tampoco sospechó que ese vehículo era conducido nada menos que por el jefe de Inteligencia del ERP. Asimismo, ignoraba la identidad del hombre que se vería con su pasajero.

Por lo tanto, luego de que este ingresara a dicho domicilio, únicamente atinó a memorizar la dirección: Casacuberta 6141, de la localidad de Wilde.

Recién entonces cayó en la cuenta de que ese sitio —ubicado a una cuadra de la Avenida Cadorna y a ocho del Camino General Belgrano— no quedaba lejos de su propia vivienda. Y, satisfecho por el hallazgo del nido guerrillero, enfiló hacia allí.

Minutos más tarde, en el modesto hogar la calle Salvador Soreda al 4900, de Villa Dominico, la atmósfera se podía cortar con un cuchillo.

Una mujer cuarentona y entrada en kilos cebaba mate en silencio. Parecía muy incómoda. Era Eva López, la concubina del Oso.

Él también permanecía en silencio. Y se lo notaba turbado.

En cambio, el mayor Carlos Españadero bramaba:

—¡Cómo carajo te olvidaste de la dirección!

Por toda respuesta, el dueño de casa meneó la cabeza, y no sin cierto pudor: una inesperada laguna mental le impedía ahora recordar el nombre de la calle que oportunamente había memorizado.

Quizá por eso, sus ojos lucían más bizcos que nunca.

El militar, ya fuera de sí, profería epítetos subidos de tono. Y luego, con una modulación más persuasiva, inquirió:

—¿Al menos, sabés cómo llegar ahí?

El Oso ensayó un tímido corcoveo. Fue su modo de asentir.

Y fueron hacia ese sitio a bordo del Chevrolet 400 del militar.

El tipo que también solía hacerse llamar “Peirano” tenía puesta una gastada camisa de trabajo. Y el “filtro”, con el propósito de pasar desapercibido, lucía gorrita con visera, anteojos oscuros y ocultaba

parte de la cara con la solapa de un saco demasiado grueso para la época del año.

Entre ellos se había disipado de tensión.

El Oso, quien en el ERP cumplía tareas como chofer del aparato logístico de la Regional Sur, no suponía hasta qué punto su pellejo había estado en riesgo; como se dijo, el *paper* montonero que reveló su apodo situaba su accionar en el ámbito capitalino, y no en la zona donde él solía moverse.

Españadero tampoco estaba al tanto de aquella circunstancia.

Durante el comienzo de la travesía, ambos se mantuvieron callados. Después intercambiaron algunas trivialidades.

Hasta que el vehículo frenó ante un paso a nivel situado en el extremo sur de la estación Wilde. Fue cuando Españadero, rascándose el mentón, dijo:

—Tu amigo es una pieza de caza mayor.

Se refería al Turco Martín.

A raíz de las informaciones brindados por el Oso, el oficial del Batallón 601 sabía que el militante en cuestión formaba parte del Estado Mayor del ERP. Y que era el responsable máximo de su aparato logístico. También sabía que el Buró Político del PRT lo puso al mando de esa estructura en octubre de 1974, tras el secuestro de su antecesor, Antonio Munárriz. Su identidad tampoco era un misterio: el nombre del Turco Martín era Elías Abdón. Y el milagro de que siguiera circulando libremente respondía a una fina estrategia que Españadero no estaba dispuesto a desaprovechar.

Al levantarse la barrera, el Chevrolet giró por la Avenida Cadorna. Y el Oso le indicó al militar que siguiera derecho hasta nuevo aviso.

Con la palma de la mano secaba el sudor que le corría por la frente. Estaba nervioso; temía ser reconocido en caso de que el Turco se cruzara con ellos.

Por su parte, Españadero no disimulaba su impaciencia por localizar la casa. Y además, descubrir con quién se reunía el guerrillero.

Sobre esto último, reflexionó en voz alta:

—Seguro que es otro pez gordo.

Su acompañante, pasando por alto el comentario, sólo le dijo que doblara en la siguiente esquina. Y vio a la distancia la casa que buscaban.

El vehículo, aminorando la velocidad, pasó por su frente, pero sin detenerse. Y repitió la maniobra, al cabo de una vuelta a la manzana.

El propósito era ver si en los alrededores había alguna presencia sospechosa. Pero durante esa mañana todo el barrio estaba sumergido en una calma chicha.

Tanto es así que el Chevrolet finalmente frenó a metros de la casa.

Había transcurrido apenas media hora desde que el Turco llegó allí.

Ahora, los postigos de las ventanas estaban cerrados y detrás de las hendijas no se advertía luz. Todo conducía a creer que, en ese ínterin, el responsable de la logística guerrillera y su compañero se habían

retirado.

Tal vez entonces, el Oso haya exhalado una bocanada de alivio. Españadero, por su lado, calculaba sus próximos pasos. Y se apresuraría en darlos.

Ya al día siguiente, un equipo del Batallón 601 montó un estricto dispositivo de vigilancia sobre el domicilio de la calle Casacuberta. Los espías transitaban por los alrededores amparados en sus clásicas coberturas: técnicos de servicios públicos, vendedores ambulantes y hasta cirujas. A ello se le agregó la discreta presencia de vehículos con patentes apócrifas que permanecían estacionados en algunas esquinas del barrio. Era lo que en la críptica jerga de la inteligencia militar se conocía como un "cerrojo de controles". Y contemplaba escuchas telefónicas, fotografías de los visitantes, fotocopias del correo recibido por los moradores y hasta chismes susurrados por vecinos locuaces.

Españadero recibía un informe diario al respecto.

Y no tardó en saber que el inmueble había sido alquilado a fines de 1974 por un matrimonio joven. Ambos eran muy amables, pero reservados. Nadie en el barrio sabía sus nombres ni a qué se dedicaban. En mayo del año siguiente se les sumó otra pareja con un bebé. El nuevo inquilino, un tipo de estatura baja y apariencia de obrero, solía desplazarse en una motocicleta Zanella 175. Su mujer trabajaba como asistente de un odontólogo en La Plata. Tales fueron los primeros datos reunidos por los fisgones del Batallón 601.

En el informe correspondiente al 10 de noviembre —a sólo horas de haberse iniciado el monitoreo—, los agentes consignaron que el sujeto de la moto había partido al despuntar el alba para recién volver ya entrada la noche.

Los días siguientes repitió esa rutina, mientras su mujer, siempre con el bebé a cuestas, se ausentaba durante las tardes. La otra pareja tenía horarios más erráticos. Todos fueron retratados con teleobjetivos.

De ese modo, el Oso pudo identificar a estos últimos: se trataba de "Matías" y la "Chingo", dos militantes de la Regional Sur del PRT. Sobre los otros no pudo aportar datos.

Los días fueron pasando sin que hubiera allí ninguna otra reunión partidaria. Y eso generó en Españadero cierta sensación de zozobra.

Hasta el jueves 20, cuando el motociclista alteró sus hábitos al aparecer en la casa al filo de la tarde con otro individuo.

Se trataba de un hombre atlético, de cabello trigueño y mirada penetrante. Desde luego, no dejó de ser fotografiado.

Aquella misma noche, sentado en un banco de la estación Villa Dominico, el mayor del Ejército extendió hacia el Oso una copia de esa placa.

Sus ojos bizcos apenas la escrutaron. Y sin dudar, exclamó:

—¡Es Mariano!

El otro sabía que ese era el nombre de guerra de Benito Urteaga, nada menos que el segundo jefe en la escala jerárquica del PRT.

Y se maldijo por no haber impartido la orden de seguirlo, ya que sus pasos lo hubieran guiado sin escalas hacia la mismísima cúpula.

A partir de entonces, redobló la vigilancia sobre la casa. Pero sin imaginar el clima vidrioso que se respiraba entre sus paredes.

Matías y la Chingo hacían lo imposible por fingir una no muy convincente indiferencia ante la discusión que envolvía a sus compañeros de techo.

La madre del bebé —cuyo nombre era Silvia— estaba fuera de sí, y caminaba de un extremo al otro del comedor repitiendo la misma frase:

—La casa está cantada. Y vamos a caer todos como ratas.

Poco antes había notado sombras extrañas en los alrededores.

No así quienes vivían con ella. Aunque plantearon la cuestión al responsable de la célula. Y él las elevó a las más altas esferas del PRT.

Eso, justamente, había motivado la súbita visita de Urteaga, quien no dudó en desestimar el problema, esgrimiendo la hipótesis de un "ataque de pánico" por parte de la mujer.

Pero el asunto no quedó zanjado ahí, puesto que la explicación ensayada por Mariano fue insuficiente como para apaciguar a Silvia.

Ahora su marido la oía declamar aquella frase una y otra vez. Y lo hacía con un dejo de resignación, mientras luchaba por adormecer en sus brazos al bebé, quien a su vez no paraba de llorar.

El tipo hizo un esfuerzo sobrehumano por conservar la calma.

Si bien consideraba infundado el miedo de Silvia, comprendía su tensión. Ya que, entre el embarazo y el nacimiento del hijo, bruscas razones de seguridad los habían forzado tres veces a cambiar precipitadamente de hogar.

Él sabía que la clandestinidad era un juego peligroso. Y que, al menos en su caso, no corrían los beneficios del anonimato.

Porque en ciertos círculos del sindicalismo su rostro no era desconocido. De hecho, él había sido dirigente del sector combativo de Propulsora Siderúrgica y de la Coordinadora de Gremios en Lucha. Además, fue el responsable del frente sindical de la Regional Sur del PRT. Y desde agosto era miembro del Comité Central. Se llamaba Daniel De Santis. Y le decían el "Tano".

—Vamos a caer todos como ratas —insistía la mujer.

El bebé ya se había dormido.

Y la discusión entre la pareja se prolongó hasta la madrugada. En esa puja, al final prevaleció la posición de Silvia: el niño y ella abandonaron la casa ese mismo fin de semana. Daniel, días después, pero a regañadientes. Los tres se establecieron en un lugar que los espías no pudieron precisar.

En cambio, Matías y la Chingo continuaron residiendo allí. Y se mantuvo la vigilancia sobre la vivienda.

Mientras tanto, otro equipo del Batallón 601 andaba tras los pasos del Turco Martín. En dicha tarea, el

Oso tenía un papel preponderante.

Su método fue pegarse a él como un chicle en la suela de un zapato. Aquella táctica ya le había dado buenos resultados en otras ocasiones.

Sin embargo, quizás aún pesara en su conciencia un episodio reciente que, a todas luces, lo había puesto a prueba.

II

Todo comenzó unos meses atrás, cuando el Buró Político del PRT dispuso la incorporación selectiva de cuadros obreros en puestos claves del frente militar, a pesar de que ellos no tuvieran mucha experiencia al respecto.

Ese fue el caso de Ceferino Fernández, un activista sindical que aterrizó en la Regional Sur como responsable del aparato logístico de la Compañía “Juan de Olivera”. El “Gallego” —como se le decía— había desarrollado un fructífero trabajo político en una metalúrgica del oeste bonaerense. Pero su cintura de agitador poco tenía que ver con la aptitud requerida por sus nuevas funciones.

El Oso no tardó en percatarse de eso. Y se lo dijo a Españadero.

Él se mostró vivamente interesado en el asunto, y le ordenó al “filtro” que hiciera una “maniobra de aproximación” sobre el recién llegado.

La misma se inició días después. Y de un modo casi azaroso.

El Gallego, junto con otros dos militantes, tuvo que realizar con urgencia un traslado de armas a un depósito de Sarandí en el Rastrojero del Oso.

Y él, pese a su mala traza, supo impresionarlos de entrada por sus reflejos al volante. Era como un piloto de carreras, sólo que su destreza no consistía en llegar primero sino en saber huir. La camioneta pasaba a centímetros de los autos que iba dejando atrás, sin que el Gallego saliera de su asombro.

De pronto, sobre la Avenida Mitre, se toparon con un embotellamiento; a cien metros había una pinza del Ejército.

Los tres pasajeros palidecieron. No así el Oso.

El Gallego únicamente atinó a decir:

—¿Qué hacemos? ¿Empezar a los tiros o rajamos?

—No. Vamos a quedarnos todos piolas para tratar de pasar —fue la respuesta del Oso.

Y a la altura del retén, chapeó una credencial. Un sargento lo miró de reojo, antes de cuadrarse.

—Pase, señor —fueron sus exactas palabras.

En ese instante, el motor del Rastrojero arrancó con un rugido, mientras el Oso le dedicaba una pícara sonrisa a los presentes.

El Gallego tardó en sobreponerse. Luego, preguntó:

—¿Cómo hiciste, loco?

—Como en Logística consigo documentos a través de unos compañeros, me hice una credencial de milico —dijo el “filtro”, forzando un tono natural.

A partir de ese día, el Gallego y el Oso se hicieron inseparables.

El primero de ellos —debido a su desconocimiento del lugar al que había sido destinado y también por su insuficiente práctica en el manejo de una estructura clandestina— seguramente creyó que el otro le venía como anillo al dedo. Y de a poco, lo fue convirtiendo en chofer, ladero y guía personal. El Oso empezó a ser para él un diligente ángel de la guarda.

El “filtro” interpretaba con soltura ese rol, pese a ciertas actitudes suyas que en otras circunstancias hubiesen sido llamativas. Pero no en aquel momento. Porque la prisa que imponía la agenda revolucionaria tornaba prioritario su presunto ingenio para solucionar problemas.

Y los resolvía con creces. Era bueno para arreglar armas, poseía contactos para comprarlas “por izquierda”, dominaba hasta los rincones más recónditos de su territorio, poseía un vehículo apto para el traslado de materiales y —como ya se vio— se trataba de un verdadero as del volante. Con semejantes méritos, su labor sobre el hombre del ERP fue progresando a pasos agigantados. Y en eso también incidió la gran confianza que el Gallego sentía hacia él.

Pero esa confianza le hizo descuidar elementales medidas de seguridad. Así puso al descubierto casas operativas, domicilios de militantes y hasta detalles reservados del área a su cargo.

El Oso lo acompañaba a sol y sombra en su diario trajín. Luego solían estirar el tiempo con largas sobremesas, en las cuales se hablaba de todo.

Tal dinámica, claro, era provechosa a los efectos del acopio de información, pero trajo aparejado un hecho no previsto: la amistad que se fue estableciendo entre ellos. En lo que concierne al “filtro”, todo indica que ese sentimiento fue genuino. Sin embargo, ello no obstaculizó su misión.

Españadero, quien seguía recibiendo con puntualidad los datos obtenidos por el Oso, descubrió de a poco —y no sin estupor— su debilidad afectiva por el sujeto vigilado. Entonces, obró en consecuencia.

El primer paso consistió en visitar sorpresivamente al espía en su hogar para comunicarle que había llegado la hora de capturar al Gallego.

Lo dijo así como al pasar, sin mayores explicaciones. Los ojos del Oso se tornaron aún más bizcos.

La concubina observaba todo desde la cocina con cierta conmiseración.

El desconcierto del Oso era notable. Hasta tartamudeaba. Incluso, intentó algún pretexto operativo para prolongar el seguimiento de la futura víctima, aplazando así su infortunio.

Fue en vano: por toda respuesta, el militar expuso su cólera con un estallido de insultos destinado a poner en duda la virilidad del Oso.

En ese preciso instante, a Eva López se le resbaló de las manos un plato que secaba, y al caer al piso se hizo trizas.

Españadero seguía fustigando al delator con todo tipo de sospechas sobre su relación con el guerrillero. Y el Oso le juraba que sólo eran amigos.

Era la confesión que su interlocutor tanto buscaba.

Ya desenmascarado, el "filtro" rompió en llanto, e imploró clemencia para el Gallego. Lo hacía con las manos en posición de rezo.

Eso también fue en vano: Españadero siguió vomitando injurias y amenazas. Su artillería verbal recién cesó tras derramar el Oso la última lágrima. Al final, se sonó la nariz con un repasador. Fue su modo de capitular.

Españadero, ya comprensivo, le palmeó un hombro, y dijo:

—Vos sabés muy bien lo que tenés que hacer.

Rafael de Jesús Ranier asintió con mansedumbre.

Ceferino Fernández fue secuestrado el 2 de noviembre de 1975.

Enseguida, el "filtro" se concentró en la figura del Turco Martín.

Ambos se vieron por primera vez durante una reunión partidaria celebrada a fines de 1974 en una casa de Ezpeleta. Pero en esa ocasión, el Oso sólo cruzó un tibio saludo con él. Recién al marcharse supo por boca de un militante que ese hombre era el nuevo jefe a nivel nacional del aparato logístico del ERP.

Y no tardó en informárselo a Españadero. Pero este tenía por entonces otras prioridades en carpeta.

El segundo encuentro entre ellos sucedió al llegar el Oso con su camioneta a un depósito en Berazategui. Del vehículo fue bajado un pesado mimeógrafo por tres militantes que ya se encontraban ahí.

Otro, un tipo de bigote tupido, supervisaba la maniobra desde un rincón. Era el Turco Martín. Luego —para la algarabía del Oso— le pidió que lo acercara a la estación de Bernal. Eso ocurrió durante la tarde del 5 de noviembre, apenas a setenta y dos horas de la captura del Gallego.

En el trayecto, comentaron el asunto. El Oso, con una sincera pesadumbre. El Turco, entonces —y pese a no parecer muy comunicativo—, intentó mitigar su alicaído ánimo con unas palabras de consuelo.

Esa actitud allan om snl elm lm ia fi d cia "d al n bantoas os —

Españadero fue específico:

—Será después de que nos dejes el paquete armado, y antes de que nosotros entremos en acción.

Finalmente, agregó:

—No sólo será un premio para vos sino nuestra manera de preservarte.

Y el Oso asintió satisfecho.

Al otro día, el Turco y él se vieron nuevamente.

III

En rigor, el Oso fue con el jefe logístico del ERP fiel a su patrón de conducta. Y el Turco Martín —al igual que el Gallego— no evitó caer ante su obsequiosa predisposición. De modo que enseguida lo adoptó como asistente en sus tareas cotidianas y, en apenas unos días, el vínculo entre ellos adquirió una increíble solidez.

Españadero recibía los informes diarios del soplón con el anhelo de quien sigue un folletín. Así trazó un perfil del individuo en la mira.

El Turco —según su evaluación— tenía fama de experimentado cuadro militar y se movía en los suburbios bonaerenses como pez en el agua. Pero, al mismo tiempo, solía ufanarse con insistencia de su férreo control sobre el área que le habían confiado. Y hacía gala de una audacia innecesaria, cuya manifestación más visible fue su absoluto desapego hacia las normas de seguridad.

De esa forma "destabicó" la casa de la calle Casacuberta. Y también otros inmuebles del ERP, incluido su propio domicilio, en la Avenida Palacios 3323, de Morón.

Allí también vivía su hijo, de "edad preescolar" —según un escrito elevado por Españadero a sus superiores—, y una mujer —"no identificada"— con cuatro hijas de entre diez y quince años.

Un equipo del SIE lo seguía al Turco de manera permanente. Una vez fue visto con el Oso en un camión de gran porte que se detuvo sobre la ruta 202, a metros de la Avenida Panamericana.

Al rato, apareció un Fiat 125. De la cabina salió un tipo rubio y corpulento. El Oso, a su vez, saltó del camión para cederle su sitio. Y se puso al volante del Fiat, antes de arrancar raudamente hacia la zona sur.

El camión, ahora manejado por el rubio, partió en dirección a San Fernando, con el Turco en el asiento derecho.

El viaje concluyó a diez cuadras, en un taller mecánico emplazado detrás de la estación Bancalari, del Ferrocarril Mitre. El camión fue metido ahí.

Los del Batallón 601 observaban atentamente la escena.

Esa noche, Españadero recibió un detallado informe al respecto. El *paper*, elaborado por el grupo de seguimiento, incluía una secuencia fotográfica del rodado, sus ocupantes y el taller mecánico.

A la mañana siguiente acudió con las imágenes a la casa del Oso, quien, aún adormilado, las fue

contemplando en silencio.

De pronto, soltó una risita al verse retratado en algunas tomas. Eso terminó por enervar al militar. Y casi gritando, inquirió:

—¿Quién es este tipo?

Se refería al rubio del Fiat 125.

—Le dicen “Esteban” —contestó él, sin un asomo de duda.

Españadero quiso saber más.

El Oso ignoraba su verdadera identidad. Pero sí estaba al tanto de que era el responsable de la Sección Automotores del ERP. Y comentó:

—Es un capo haciendo “berretines”.

Aludía al ingenioso arte de camuflar vehículos con escondrijos aptos para el traslado de pertrechos bélicos, materiales de propaganda, combatientes y hasta prisioneros.

Según el Oso, la estructura que Esteban dirigía estaba totalmente abocada a tales menesteres. Y aquel galpón era su cuartel general.

Españadero, en silencio, tomaba nota.

El Oso seguía mirando las fotos. Una mostraba a un hombre esmirriado en la entrada del local. Y lo identificó como “Walter”, de la Sección Armamentos.

En otra, se advertía la llegada de un Peugeot 504. Su único ocupante era un muchacho de contextura atlética, tez blanca y cabello renegrido.

La siguiente lo captó al ingresar al taller. Y en la última —obtenida ya al filo de la noche— se lo veía salir con el Turco.

—¿Y este quién carajo es? —preguntó Españadero.

—No tengo la menor idea —fue la respuesta del Oso.

Españadero clavó los ojos en la foto para memorizar su fisonomía, antes de partir con inusitado apuro hacia la sede del Batallón 601.

Allí se reunió con jerarcas de la casa. Entre ellos, el teniente coronel Jorge Suárez Nelson y su camarada de promoción, Mario Gómez Arena. Luego se sumó el jefe de la SIE, Alberto Valín. Por último, se hizo presente el capitán Juan Carlos Leonetti, ya de lleno en su misión secreta de cazar vivo o muerto a Santucho.

Españadero se colocó en el centro de la escena. Y comenzó a desgranar las novedades con la soltura de un conferencista.

El selecto auditorio escuchaba con sumo interés su ponencia, que incluía un encendido elogio hacia la figura del Oso y un auspicioso balance de su propio desempeño: quince “subversivos de nivel” bajo la lupa y varias bases del ERP —entre estas, el taller de la Sección Automotores— vigiladas a toda hora.

Su público se mostró gratamente sorprendido.

Leonetti, en tanto, escrutaba las fotos. Y depositó su atención en una: la que exhibía al hombre del

Peugeot. Recién entonces, abrió la boca:

—¿Sabemos la identidad de este tipo?

La respuesta fue negativa.

Por un instante, Leonetti quedó como atrapado en sus cavilaciones. Después, le pasó las fotos a Gómez Arena. Y él, a Suárez Nelson. A su turno, Valín las apreció de reojo, mientras un conscripto le servía té.

—Vamos por buen camino —fue el remate de Españadero.

—Siempre y cuando podamos llegar hasta el hueso —fue la réplica de Valín.

Y, mirándolo fijo, agregó:

—No olvide que por ahora hay que actuar con guantes de seda.

Así dio por concluido el encuentro.

Españadero había comprendido sus palabras.

Los protocolos eran precisos y debían cumplirse a rajatabla. Corría la etapa inmediatamente previa a los secuestros masivos, y los estrategas de la llamada lucha antisubversiva se concentraban en la acumulación de pequeñas piezas informativas —aparentemente, no vinculadas entre sí—, que se descifraban con esmero. A tal fin, los husmeadores del Batallón 601 se valían de infidencias, denuncias anónimas y delaciones de toda laya. En ese marco, el Oso tuvo una importancia crucial.

Su labor funcionaba bajo el siguiente mecanismo: si —por caso— él ponía en conocimiento de Españadero una cita callejera entre militantes del ERP, cuyas identidades aún no obraban en poder de los represores, ellos —con sólo saber su pertenecía política— instalaban un dispositivo de vigilancia en el punto del encuentro.

Si la reunión era en un bar, se distribuían agentes en mesas aledañas y otro equipo quedaba en los alrededores. Si era en una casa, se aplicaba un esquema exterior idéntico. El propósito era iniciar el seguimiento individual de aquellas personas con por lo menos tres vehículos intercomunicados. Dicha fase de la pesquisa consistía en establecer sus domicilios.

Y la siguiente, en la elaboración de un estudio ambiental sobre cada uno de esos sitios por espías con indumentaria de alguna compañía de servicios. El propósito: determinar el verdadero nombre de los moradores o, por lo menos, el que figuraba en los documentos falsos. Entonces, se pedían sus legajos en la Sección de Antecedentes del SIE, sin desatender el seguimiento.

La idea siempre era llegar a otros militantes. Y repetir con ellos ese mismo protocolo, para así ir completando el organigrama del ERP.

Claro que la operatoria no era infalible.

Y si alguien se daba cuenta de que era seguido, había estrictas instrucciones de suspender inmediatamente el procedimiento.

Eso —al parecer— había sucedido con el Turco Martín.

Sus pasos continuaban bajo la atenta mirada de los agentes del Batallón 601. Ellos hacían constantes relevos para no ser detectados, movilizándose en todo tipo de vehículos: autos, camionetas y hasta

triciclos de reparto. Así lograron detectar otras casas visitadas por él. Y compañeros con los cuales se reunía en lugares públicos.

De todos se tomaban fotografías. En una aparecía nuevamente el hombre de cabello renegrido que había interesado tanto al capitán Leonetti.

El Oso seguía sin saber quién diablos era. Y su ignorancia al respecto generó en Espańadero cierto nerviosismo.

Pero mucho mayor fue su disgusto cuando los encargados de seguir al Turco lo perdieron de vista. Fue a fines de noviembre. Y la mala nueva le llegó por boca del jefe de ese grupo, un sargento apodado "Cacho". Su nombre: Alfredo Omar Feito. Y con rostro desencajado, esgrimió:

—El tipo se dio cuenta y nos quiso hacer una cama.

Tal estimación, en cierto modo, no dejaba de ser razonable.

El episodio sucedió en la localidad de Claypole. El guerrillero había bajado de un colectivo y comenzó a caminar por la Avenida Monteverde, en dirección al Cotolengo Don Orione. Pero, de pronto, apuró su andar y, de tanto en tanto, volteaba la cabeza hacia atrás. Luego, directamente, se hizo humo.

Cacho suponía que el Turco advirtió la maniobra desplegada en torno a él, antes de doblar con premura hacia una estrecha calle de tierra llena de charcos y piedras, en la que era imposible el tránsito de vehículos. Y el seguimiento fue levantado.

—El tipo nos quiso hacer una cama —repitió, con cejas enarcadas.

Espańadero no ocultaba su ofuscación.

El Oso luego le reveló la verdadera clave del asunto: el Turco había pactado una cita con otro militante en una esquina situada a unos doscientos metros de la Avenida Monteverde. Y, lejos de reparar en sus perseguidores, simplemente cruzó por ese andurrial para reducir el camino.

Espańadero sancionó a Cacho con una semana de arresto.

Poco después atendió en su casa una llamada telefónica realizada por el jefe del grupo que vigilaba el taller de la Sección Automotores del ERP.

Atragantándose con las palabras, le comunicó que sus ocupantes, en forma abrupta, habían abandonado el local.

Espańadero enmudeció.

Eso obligó a su interlocutor a repetir la noticia, sólo que esta vez añadió un detalle aún más sorprendente: los guerrilleros evacuaron el taller en medio de un inexplicable zafarrancho de combate, que incluyó la rotura intencional de las persianas y el derrame de varios tachos de pintura sobre la vereda y la ruta, como si hubieran querido dejar una señal. O un mensaje.

Espańadero seguía mudo.

—No hay posibilidades de que hayan advertido nuestra presencia —se atajó la voz en el teléfono, antes de colgar.

La perplejidad de Espańadero ahora era absoluta.

Al instante, un llamado suyo arrancó a Suárez Nelson de su siesta. Esa tarde —la del último domingo de noviembre—, ambos se reunieron en el edificio de la calle Viamonte.

El teniente coronel no le encontraba lógica al asunto.

El mayor, en cambio, aventuró la hipótesis de una posible interna entre dos fracciones del ERP.

—En tal caso —pensó en voz alta—, el otro grupo no tardará en tomar posesión del lugar.

El argumento convenció a Suárez Nelson. Españadero, entonces, tuvo una ocurrencia: montar allí una ratonera.

Aquella misma noche, una unidad de combate se instaló con poca discreción en el taller. Hasta algunos vecinos advirtieron la maniobra. Así comenzó una larga vigilia.

El Oso, mientras tanto, había logrado restablecer contacto con el Turco. Y el encuentro entre ellos fue el 2 de diciembre en una esquina de Quilmes.

El guerrillero se veía muy tenso. En parte, por el súbito desmantelamiento y repliegue del taller de Automotores. Y, de mala gana, dijo:

—Fue cosa de Esteban. Creyó ver botones en los alrededores.

También admitió, con tono confesional, que él era partidario de retomar el taller por las armas, pero que Esteban no lo apoyaba en esa iniciativa. Y que, incluso, ya había logrado influir en tal sentido a la cúpula del ERP.

Seguidamente, reveló otra calamidad: el Ejército acababa de “reventar” una casa en la localidad de Martínez, usada por el Estado Mayor insurgente para sus reuniones.

Pero aquellos no eran los únicos motivos de su nerviosismo. Al respecto, le confió al “filtro” que el aparato a su cargo estaba por efectuar en la zona sur un traslado de armas en gran escala hacia diversas casas operativas.

—Son para una acción importante —agregó, con expresión enigmática.

El Oso no hizo ninguna pregunta.

El dato le llegó esa noche a Españadero. Y, casi por reflejo, se preguntó si el ERP no estaría planificando una serie de atentados simultáneos para apoyar un ataque en algún cuartel.

Sin perder un segundo, comunicó la conjetura a sus jefes. Ellos se mostraron preocupados. Y se tomó la decisión de precipitar los acontecimientos. En otras palabras, el Turco comenzó a tener sus horas contadas.

Tanto es así que el Oso, en su siguiente cita con él, deslizó:

—En unos días voy a tener que ir a Ituzaingó para ver a mi compadre.

Se refería, en realidad, a las vacaciones que Españadero le había prometido.

El Turco no puso ninguna objeción. Ignoraba que en ese anuncio subyacía nada menos que su propia captura.

El Oso lo observaba de soslayo. Y para cambiar de tema, pronunció alguna frase de ocasión. Después, se sumió en el silencio.

Ambos estaban en el Rastrojero del Oso. Esa tarde habían cumplido diversas tareas; entre otras, una cita con un tal “Víctor” —quien reportaba a la Sección Armamentos— en la casa de la calle Casacuberta.

Y dada la proximidad con su domicilio, el Oso invitó al Turco a comerse un asado allí. Este no pudo resistirse a tan amistosa propuesta.

Al llegar a la humilde vivienda de Villa Dominico, un supuesto pariente del anfitrión ya preparaba el fuego.

El Oso hizo las presentaciones pertinentes.

En ese instante, derrochando simpatía, el mayor Carlos Antonio Españadero extendió hacia el Turco Martín una copa de vino.

CAPÍTULO OCHO

SONATA ORIENTAL

Entre la penumbra, una silueta femenina se contorneaba solitariamente sobre una tarima al compás del tema *Tiburón a la vista*, el *hit* de Los Wawancó.

La pista de baile estaba vacía. En la barra, tres hombres bebían en silencio.

Al concluir la canción, la mujer bajó del pedestal para caminar con desgano hacia uno de ellos. Luego se instalaron en una mesita del fondo. Finalmente, fueron a un gabinete privado.

Los otros dos, con expresión de picardía, comentaron algo, antes de largar una sonora carcajada.

Las chicas de la casa les lanzaban miradas sugestivas.

Ellos eran los únicos clientes que había en el Pussycat, un cabaret de mala muerte al costado de una ruta, a casi siete kilómetros de la ciudad uruguaya de Carmelo.

El trío había llegado a esa pequeña urbe durante la tarde del 6 de diciembre, tras zarpar del embarcadero de Tigre en una lancha colectiva.

En el puerto fueron recibidos por un hombre rubio que vestía de civil; era un agente del Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas (OCOA), un servicio de inteligencia local que mantenía relaciones fraternas con el SIE.

El tipo puso un Simca 1000 a disposición de los viajeros; además les reservó habitaciones en el Astor, un hotel de dos estrellas emplazado sobre la céntrica Avenida Zorrilla de San Martín.

El Oso se registró con su verdadera identidad. No así sus colegas de travesía, quienes utilizaron sus nombres de cobertura: “Roberto Argüelles” y “Rodolfo Oscar Benítez”. El primero era en realidad el cabo Ricardo Aquino, también conocido como “Laucha”; el otro, Rubén Osvaldo Bufano, un agente civil. Y tenían la misión de escoltar al “filtro” en su merecido descanso.

Ahora, en aquella madrugada, el Oso lo pasaba a lo grande. Aunque con las limitaciones que le imponía su oficio.

Porque ese viaje —cuyo propósito era alejarlo de donde el Ejército actuaría sobre los blancos que él había señalado— debía transcurrir en el más absoluto de los secretos y en un lugar nada cosmopolita, para así evitar la posibilidad de ser visto por alguien del ERP. A tal fin, Carmelo era ideal.

Con apenas quince mil habitantes y situada a ciento ochenta kilómetros de Montevideo, aquel enclave

portugués del siglo XVII no era precisamente un paraíso turístico. Pero tenía dos atractivos útiles para mitigar la tensión que le significaba al Oso su labor desde las líneas enemigas: el ya nombrado cabaret y un modesto casino.

En ambos, el soplón dilapidaba billetes a manos llenas. Y eso hasta tenía una motivación psicológica.

El SIE le pagaba un sueldo de —aproximadamente— mil quinientos dólares y premios especiales por cada guerrillero delatado. Un excelente ingreso. Pero él estaba sometido a un estricto régimen de ahorro forzoso. Porque su impostura de militante revolucionario le impedía incurrir en actos de ostentación. En ese contexto, sus escapadas a Carmelo —siete, desde que fue conchabado por los militares— le brindaban la oportunidad de saciar su sed de consumo, aunque sólo en juergas.

Y la de aquel domingo ya a punto de clarear discurría sin sobresaltos.

Tras emerger del gabinete privado, el Oso regresó al salón para instalarse en la barra con una botella de whisky, cuyo contenido ahora retrocedía sin cesar. A cierta distancia, sus colegas conversaban con dos mujeres.

Ellos —tal como días después le fue informado a Españadero— no tardaron en advertir la expresión cada vez más taciturna del “filtro”.

Tal vez en ese momento repasara la cadena de circunstancias que lo llevaron a ser un verdadero profesional de la traición.

De ser así, es posible que su memoria haya hecho una escala en el ya remoto atardecer del 12 de julio de 1974.

II

La escena transcurría en el patio de una casona perteneciente a una sociedad de fomento del Bajo Flores.

Un hombre desgarbado, cuyos ojos brillaban tras unos lentes de aumento, había tomado la palabra ante un puñado de siluetas sentadas en círculo. Y con voz pausada, dijo:

—Esto no puede seguir así. Estamos dispersos, agotados; nos hemos quedado sin espacio político.

Y apoyó tal concepto en un extenso análisis de la coyuntura.

Ese hombre no era otro que Envar El Kadri, el legendario jefe de la fracción “17 de Octubre” de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP-17).

En 1968 había encabezado en la localidad tucumana de Taco Ralo uno de los primeros focos guerrilleros de la historia argentina. Fue la presentación en sociedad de las FAP a secas.

Lo cierto es que esa experiencia sólo tuvo un valor simbólico, dado que fue neutralizada por una patrulla policial antes de su bautismo de fuego. Pero supo consolidar el prestigio de El Kadri entre los que luego abrazaron el recurso de la lucha armada, mientras él y sus trece compañeros permanecían en la cárcel. Recién fueron liberados por la amnistía del 25 de mayo de 1973.

Para entonces, las FAP y su brazo político, el Peronismo de Base (PB), ya poseían una prometedora vida propia, la cual no sólo se veía reflejada en sus modestas pero ruidosas acciones militares sino también por el trabajo político en fábricas y barrios obreros.

Pero una discusión interna mantenida después de la victoria justicialista en las elecciones de aquel año propició su fragmentación. Así surgieron las FAP Comando Nacional —con una postura muy crítica hacia el flamante gobierno y decidida a continuar sus acciones militares— y las FAP-17, que apoyaban con reparos a las nuevas autoridades. El Kadri quedó al frente de estas últimas.

Ahora, durante aquel atardecer de 1974, su visión era más que pesimista. Y él hasta lucía encorvado, como vencido. Pero su tono hacía lo imposible para no transmitir ese ánimo.

—Todo indica, compañeros, que este no es el tiempo nuestro —sostuvo, antes de tragar un sorbo de agua.

Luego, limpiándose los lentes, prosiguió con sus reflexiones.

En resumidas cuentas, la muerte de Perón los había dejado empantanados en el complejo laberinto de la historia. Las FAP-17 no consideraban la opción del militarismo ni pretendían por ahora enfrentarse al gobierno de Isabel. Pero tampoco encontraban sitio en el Movimiento y sobre sus militantes se extendía la amenaza de la Triple A. No había muchas opciones y el desgaste interno era irremediable. Prueba de ello es que, en ese momento, la organización exhibía un inventario desolador: apenas cien militantes, algunas armas y media docena de casas operativas.

El Kadri expuso ese balance con la crudeza de un informe forense. Después, comenzó a leer un documento que tenía entre las manos. Lo había redactado él para plantear la disolución de la pequeña milicia.

El texto fue finalmente discutido y aprobado. Era el fin de una época.

En ese patio ahora flotaba un silencio triste. Nadie sabía que decir. Algunos ni siquiera atinaban a moverse.

Entre ellos, estaba Rafael de Jesús Ranier.

Al Oso se lo notaba genuinamente afectado: por sus mejillas corría un río de lágrimas. Después salió de la casona para perderse lentamente por la Avenida San Pedrito.

El ocaso definitivo de las FAP-17 arrojó a su exigua tropa hacia diferentes direcciones. La mayoría decidió incorporarse a Montoneros. Otros se ubicaron en la JP Lealtad, una fracción disidente de la original que se resistía a romper con la viuda de Perón. Y un tercer sector no demoró en establecer una cita con un emisario del ERP para sumarse a su estructura.

El Oso formaba parte de ese grupo. Y ni siquiera imaginaba hasta qué punto semejante salto político torcería su destino personal.

Ya habían transcurrido casi diecisiete meses desde entonces.

Y ahora, mientras bebía solitariamente en aquel tugurio de Carmelo, quizá sus recuerdos apuntaran hacia la figura de “Hugo”. Así se hacía llamar el cuadro del ERP que patrocinó su ingreso a dicha

organización.

La primera cita con él había sido pactada en un bar situado sobre la Avenida Pavón, cerca de la estación Lanús. Era la mañana del 25 de julio de 1974.

Los ex militantes de las FAP-17 llegaron con un leve retraso. Pero allí sólo había algunos ancianos jugando al truco, dos mecánicos y un muchacho con apariencia de universitario, enfrascado en un libro. Todo hizo suponer que el hombre del ERP estaba demorado. Y ellos decidieron esperar en la calle.

El presunto estudiante los observaba con azoro.

Desde su mesa controlaba visualmente la esquina. Sobre las piernas tenía un ejemplar doblado del diario *La Opinión* que ocultaba una pistola. Y dudó unos segundos en anunciar su presencia. Al final, hizo una seña apenas perceptible.

Por respuesta, los otros entraron al bar en tropel, sin disimular su entusiasmo por el encuentro. Pero no fueron retribuidos con la cordialidad imaginada.

El del ERP había pasado del desconcierto a la furia, En realidad, creyó que esa reunión sería con una sola persona, un delegado del grupo. Y no con sus dieciséis integrantes.

Ellos empezaron a arrimar mesas y sillas para acomodarse. Pero el otro, con un gesto seco, abortó la iniciativa.

Había olfateado el peligro en la mirada esquiva de los parroquianos. Vio que el mozo, casi en cámara lenta, levantaba el auricular del teléfono. Y se acordó que la comisaría 2da de Lanús quedaba a tres cuadras.

Entonces, sin dar explicaciones, indicó una pronta retirada. Todos acataron la directiva. El Oso fue el primero en evacuar el lugar.

Uno de sus compañeros, el “Negrito Santiago”, ofreció realizar la reunión en su casa. La propuesta fue aceptada a regañadientes por Hugo.

Y divididos en cuatro grupos, se dirigieron hacia ese domicilio, situado en la cercana localidad de Valentín Alsina. El Oso llevó a Hugo y al Negrito en su Rastrojero.

A poco de partir, se oyó un coro de sirenas. Su estridencia fue en aumento; hasta que, súbitamente, cesó.

Hugo, entonces, dedicó a sus acompañantes una mirada cargada de reproche. No le hizo falta aclarar que ese sonido provenía de los patrulleros convocados por el mozo.

La camioneta ya estaba a una distancia prudencial.

Sin embargo, sus ocupantes ignoraban la suerte corrida por el resto. Debido a eso, el resto del trayecto transcurrió en medio de un tenso silencio.

Ellos fueron los primeros en arribar a la casa en cuestión. Luego, de manera escalonada, llegaron los demás. Todos estaban a salvo. Hasta se permitieron unas bromas al respecto. Hugo no las festejó.

En cambio, resumió sin rodeos la línea del ERP y también su propio papel como futuro responsable del grupo. Sus integrantes lo oían en silencio.

El contraste entre ellos no podía ser mayor.

Si bien los ex militantes de las FAP-17 tenían cierta aptitud en el manejo de las armas, su concepción de la lucha armada colisionaba con los altibajos de su nivel ideológico. Aquellas características habían confluido en una práctica política signada por la improvisación, a lo que se sumaba una actitud informal en materia de seguridad interna.

Hugo representaba exactamente lo contrario.

Con apenas veintidós años, aquel tipo de ojos claros, lampiño, y con cabello rubio muy corto, irradiaba un aire de "hombre nuevo" en el sentido guevarista de la palabra. Era un cuadro revolucionario y un combatiente de fuste, que ya había puesto a prueba su valor en varias acciones guerrilleras. Su misión como responsable del grupo que venía de las FAP-17 fue la primera tarea política de importancia que le encomendó el ERP.

Y en esa casa, mientras el Oso cebaba un mate que iba pasando de mano en mano, Hugo hizo un detallado análisis de la etapa que se abría a partir de la muerte de Perón.

Según sus dichos, el PRT consideraba que ya estaban dadas las condiciones objetivas para desarrollar la estrategia del "poder dual". En buen romance, eso significaba establecer zonas liberadas bajo control de una fuerza insurgente, con una dinámica política, jurídica y económica paralela a la oficial.

Tal perspectiva entusiasmó a la concurrencia. El Oso, por su parte, seguía cebando mate sin abrir la boca.

Hugo luego trazó los términos en los que el grupo se integraría al ERP.

—El ingreso no va ser automático ni inmediato —aclaró, antes de ensayar una pausa para así medir la reacción de los presentes.

Ellos estaban como hipnotizados por sus palabras.

Hugo luego puntualizó que, en primer lugar, el grupo tendrá que someterse a un estricto entrenamiento militar, además de discutir a fondo la línea política de la organización, como paso previo a su encuadramiento definitivo; también dijo que él estaría a cargo de ambas cuestiones.

Por último, aseguró que, para el ERP, la llegada de militantes provenientes de un sector combativo del peronismo no sólo era un gran aporte cuantitativo a sus filas sino que, además, suponía, un enorme avance en la construcción de un ejército popular.

Esa definición entusiasmó aún más a los presentes. Pero la mirada del Oso lucía incierta, y no sólo por su estrabismo.

Quizás en algún rincón de su mente ya vislumbrara su próximo paso. Y sin perder el tiempo, lo dio en la mañana siguiente.

Ahora, bajo la tenue iluminación del Pussycat, otro trago de whisky le trajo a la memoria los detalles de aquella ocasión.

III

Era el único departamento del sexto piso de un edificio ubicado en la esquina de Laprida y Santa Fe.

Su propietario, un anciano que vestía bata de seda, había volcado en un filtro tres cucharadas de café. Y esperando a que el agua hirviera, le dedicó al visitante una melancólica sonrisa.

—Tengo los huesos húmedos —dijo, así como al pasar.

—Debe ser el invierno —replicó el Oso.

Tras servir dos tazas, el anciano dio cuerda a un reloj de péndulo montado en un marco de madera labrada. La sala de estar era amplia y confortable; poseía tres sillones de cuerina, una mesita ratona y, en la pared opuesta a la del reloj, un inmenso óleo del general Perón en uniforme de gala.

—¿Qué lo trae por acá, Rafael? —preguntó al fin el anciano.

Al Oso le costó dar con las palabras adecuadas; finalmente, balbuceó una frase poco clara, con la mirada fija en el retrato del líder fallecido.

El otro, quien ya estaba al tanto de la disolución de las FAP-17, se despachó con un concepto esperable:

—Ahora el Movimiento debe estar más unido que nunca.

Por toda respuesta, el Oso le soltó:

—Mire, don Miguel, con unos compañeros nos estamos por pasar al ERP.

El general Miguel Ángel Iñíguez quedó petrificado.

Aquel hombre poseía una historia ambigua y compleja.

Si bien en 1951 secundó al general Eduardo Lonardi en la primera conjura contra el gobierno peronista, cuatro años después, durante el golpe del 16 de septiembre, fue uno de los pocos oficiales superiores que mantuvo su lealtad al orden constitucional.

Y al frente de una división compuesta por efectivos de dos regimientos, con asiento en Santa Fe, se desplazó hacia la capital cordobesa —el epicentro del complot— para enfrentar a las tropas insurrectas encabezadas justamente por Lonardi. Pero —sin que el combate le fuera adverso— se rindió, mientras una junta de generales pactaba el alejamiento de Perón.

A los pocos meses, luego de ser esta vez derrocado Lonardi por el general Pedro Eugenio Aramburu, él se unió al sector nacionalista que supo impulsar el golpe de 1955. Sus integrantes —ya sustituidos por uniformados liberales en la conducción del país— pretendían recuperar el espacio perdido.

Y en vísperas de las elecciones de 1958, Iñíguez cambió otra vez de bando, al involucrarse con sectores que ansiaban aprovechar el voto peronista, aunque soslayando el liderazgo de Perón.

Por último, tras reconsiderar ese desliz, comenzó su epopeya por el regreso del caudillo desde una organización clandestina fundada por él: la Central de Operaciones de la Resistencia (COR).

A partir de entonces, aquel individuo de porte retacón y modales cuarteleros empezó a tejer un

ambicioso plan insurreccional que —según su creencia— lo catapultaría a las ligas mayores de la historia.

En realidad, el arte de conspirar se había convertido en la razón de su vida. Y las acciones psicológicas eran su especialidad. Al respecto, hay un episodio que lo pinta por entero.

En algún momento del segundo semestre de 1960, envió a su secretario —un tal "Bigotito" Vanzini— a un local en donde solían reunirse unos muchachos casi adolescentes que habían empezado a frecuentar los herméticos círculos de la resistencia peronista. Iñíguez les tenía reservada una delicada misión: poner un artefacto explosivo de baja intensidad en una iglesia de Barracas.

—Es para una maniobra de inteligencia —dijo Bigotito, con aire misterioso.

Los muchachos no entendían el asunto.

—La cosa es simple. Los curas se van a cagar encima, creyendo que se viene el comunismo. Y van a pensar que la única manera de pararlo es que vuelva el General —explicó Bigotito, ahora con un aire perspicaz.

La imaginativa ecuación parecía cerrar. Y los muchachos se mostraron muy orgullosos por la tarea asignada.

Años después, algunos fueron cuadros de las FAP. Uno de ellos —a quien sus amigos llamaban "Cacho"— era precisamente Envar El Kadri.

En esa oportunidad, el propio Bigotito aportó el "caño". Y fue debidamente colocado. Al final, no explotó.

Ese grupo juvenil —sin tener un vínculo orgánico con la COR, y que además intentaba forjar su propia identidad política relacionándose con otras líneas del peronismo— fue convocado en nuevas oportunidades por la gente de Iñíguez para tirar panfletos o hacer modestos sabotajes por cuenta de la causa. En ese entonces, sus integrantes sentían respeto por el veterano militar. Y sabían —por boca de Bigotito— que preparaba "algo grande".

En la noche del 29 de noviembre de aquel año, Cacho y los suyos por fin se enteraron de lo que se trataba: Iñíguez estaba a sólo unas horas de concretar la insurrección que con tanto empeño había planificado.

Él, en persona, comandaría el alzamiento con un operativo en algún lugar de la provincia de Santa Fe, cuyos detalles aún eran secretos. En paralelo, grupos civiles de Buenos Aires y Mendoza tendrían a su cargo la ocupación de sitios estratégicos y el bloqueo de las comunicaciones del gobierno de Frondizi. El general creía que esa suma de hechos desataría una sublevación popular.

Un tipo de la COR les reveló el plan a los muchachos en una confitería de la Avenida Callao. Después impartió la directiva de concentrarse en la sede del Sindicato de Aceiteros.

Entre los presentes —además de El Kadri— estaba Gustavo Rearte, Jorge Rulli y Tito Bevilacqua, quienes tras ubicar rápidamente a otros compañeros, fueron al edificio gremial. Cargaban un bolso con armas de bajo calibre y "caños" de fabricación casera. Allí imperaba un clima expectante.

Ya había un equipo sanitario integrado por dos médicos, una farmacéutica y algunas enfermeras. Ellas acomodaban el instrumental y las camillas para los posibles heridos. También se hicieron presentes ciertos gremialistas de tercera línea, ex funcionarios peronistas de bajo rango y militantes rasos del partido proscripto. Ninguno prestó atención a la llegada de los muchachos.

Ellos tenían instrucciones precisas: una vez ya desencadenada la sublevación, debían aislar la zona de las embajadas para así obstruir la fuga de los jerarcas oficialistas. Pero aún faltaban largas horas para eso.

En tanto, todos iban de un lado a otro, mantenían pequeños conciliábulos, supervisaban los preparativos, tomaban mate en silencio y manipulaban el dial de una radio Metrotone a válvulas, que emitía tangos y noticias generales.

Con el correr de la noche, ese viejo aparato fue monopolizando la atención de los conjurados. Sin embargo, ya en el comienzo de la madrugada, la radio seguía con los tangos y las noticias generales.

Uno de los sindicalistas insistía:

—Paciencia, compañeros. En cualquier momento la cosa explota.

Pero la radio no decía ni una sola palabra sobre el alzamiento.

Y a las seis de la mañana, cuando ya parecía evidente que la rebelión había fallado, la concurrencia empezó a desconcentrarse casi a hurtadillas. Lo cierto es que la acción del Iñíguez tomó estado público unas horas después.

Exactamente durante los primeros minutos de aquel miércoles, el general inició un ataque contra el predio del Regimiento 11 de Infantería, con asiento en Rosario. Lo secundaban treinta hombres, civiles en su mayoría. La guardia cayó de inmediato. No así el casino de oficiales, defendido por una docena de militares que —por la avanzada hora— combatían en calzoncillos.

En aquella fase de la refriega, fue mortalmente herido el segundo de Iñíguez, coronel Juan Barredo. El casino, al final, fue dominado por los rebeldes. Pero, paralelamente, el regimiento había sido rodeado por dos mil gendarmes. Y los atacantes se rindieron. Algunos huían por los fondos con un preciado botín: varios fusiles y una ametralladora Madsen modelo 1926.

El general Iñíguez se replegó del teatro de operaciones de una manera poco castrense: escondido en la caja de un camión de verduras.

Luego se supo que estaba refugiado en la capital paraguaya. Pero no tardó en regresar a Buenos Aires para seguir conspirando.

En tanto, El Kadri y sus amigos —decididamente influenciados por la figura de John William Cooke— comenzaron a transitar su propio camino, que no era precisamente el de la COR.

Sin embargo, en octubre de 1968, cuando la policía tucumana allanó la base de las FAP en Taco Ralo, descubrió nada menos que los fusiles robados en Rosario ocho años antes. El modo en que ese arsenal les llegó continúa siendo un misterio.

Al comenzar la década de los setenta —mientras los integrantes de aquel foco guerrillero aún

permanecían tras las rejas—, la gente de la COR solía mantener contactos informales con algunos militantes del Peronismo de Base.

En esa época, por cierto, nació el vínculo entre Iñíguez y Rafael de Jesús Ranier, quien poco antes se había incorporado al PB.

Ya concluida la dictadura de Lanusse, cuando esa organización debatía su postura ante el nuevo gobierno, Ranier se plegó a la fracción “17 de Octubre”.

Por esos mismos días, la COR pasó a ser el COR: Comando de Orientación Revolucionaria. Iñíguez siguió a su cabeza.

El 18 de junio de 1973, el militar citó con carácter de urgencia a Ranier en la confitería El Olmo, situada en la esquina de Pueyrredón y Santa Fe.

Ya por entonces todos le decían el Oso. Había nacido en Tucumán durante el otoño de 1946. Y llegó a Buenos Aires veinte años después con la idea de encontrar mejores horizontes como obrero industrial. Pero, lejos de concretar esa meta, se vio obligado a sobrevivir con changas de todo tipo.

Así conoció a Eva López. Ella, una mujer robusta y no muy agraciada, era mayor que él. Antes había estado casada con un hombre de apellido Kunis; de tal unión nacieron dos hijos: Eduardo y Ángel, que ya eran casi adultos.

El Oso se mudó con ellos a la casa de la calle Salvador Soreda. Su flamante concubina trabajaba en una panadería del barrio. Y con su sueldo lo ayudó a comprar el Rastrojero para que se ganara la vida con los fletes. Fue en aquella época cuando se volcó a la militancia.

Durante la tarde de ese 18 de junio, su encuentro con Iñíguez fue breve y de pocas palabras. Luego, salió de la confitería con cara preocupada.

Dos días después, argumentando una súbita indisposición, no fue parte de la columna del PB-17 que marchó a Ezeiza para recibir a Perón.

Iñíguez —junto con Jorge Osinde, Norma Kennedy y otros— formaba parte de la Comisión Organizadora de la multitudinaria manifestación efectuada en esa oportunidad.

Los hombres del COR, a bordo de vehículos del Automóvil Club Argentino dotados con modernos equipos de comunicaciones, tenían una misión: detectar a los grupos de la Tendencia Revolucionaria que avanzaban hacia el acto para ser ametrallados desde el palco oficial.

El rol de Iñíguez en la masacre de Ezeiza no tardó en trascender a la esfera pública, y arruinó para siempre los esporádicos contactos entre sus partidarios y los militantes de las FAP-17.

Sólo el Oso siguió frecuentando al militar retirado. Y a escondidas.

El 24 de septiembre de ese año —al día siguiente de triunfar en las elecciones la fórmula Perón-Perón y horas antes de ser asesinado José Ignacio Rucci—, el general Iñíguez fue designado jefe de la Policía Federal.

Rafael de Jesús Ranier visitaba con frecuencia su despacho.

En esas ocasiones, sin dejar su nombre en el libro de registros, era ingresado allí a través de una

puerta lateral por el secretario de Iñíguez. Este —aún en el ámbito policial— no era otro que Bigotito Vanzini.

Durante la tarde del 12 de febrero de 1974, su silueta enjuta apareció en los noticieros apostada con firmeza detrás de su mandante, en el transcurso de una conferencia de prensa emitida en vivo desde el Departamento Central.

Iñíguez, con gesto adusto, anunciaba el arresto de un "peligroso terrorista".

—En su domicilio fue hallada una gran cantidad de explosivos —aseguró.

Y con un rictus aún más grave, dijo que con ese material se pensaba atentar contra Perón y el presidente uruguayo José María Bordaberry, cuando ambos pasaran en una caravana de autos oficiales por la Avenida del Libertador.

El jefe policial estaba acompañado por sus dos más estrechos colaboradores: los comisarios Alberto Villar y Luis Margaride. El primero aportó un detalle:

—El sujeto se resistió al arresto, gritando desesperadamente que se lo quería secuestrar. Nosotros los conocemos muy bien: siempre dicen así.

El segundo, redondeó:

—Ahora va a estar un largo tiempo secuestrado.

En un ángulo de la pantalla, Bigotito asentía con un leve parpadeo. En parte, porque estaba al tanto de la trama secreta de ese procedimiento.

Por la mañana, el Oso había estado en el despacho de Iñíguez. Al retirarse, el general marcó con apuro en el teléfono un número interno, y dijo:

—Ya tenemos la dirección de Cacho.

Se refería a Envar El Kadri.

En el otro lado de la línea estaba el comisario Villar.

Exactamente al mediodía, tres vehículos sin identificación se constituyeron en las inmediaciones de Cuba y Republiquetas, del barrio de Belgrano.

El departamento de El Kadri estaba a mitad de cuadra.

La espera de los policías se prolongó por casi cuarenta minutos. Hasta que vieron salir del edificio a un hombre que se dirigía hacia el mercadito de la esquina. Luego volvió con una bolsa repleta de frutas y verduras.

En ese instante, la patota entró en acción. Sin embargo, no se puede decir que el asunto haya salido a pedir de boca.

En su origen, la operación fue concebida en el marco de la incipiente guerra entre la Tendencia Revolucionaria y los sectores ortodoxos del Movimiento. Y este hecho en particular tenía el objetivo de producir la desaparición definitiva de la víctima, sin que nadie se adjudicara su secuestro. Era nada menos que un ensayo de lo que sería la Triple A.

Pero los alaridos de la presa y la presencia de muchos vecinos hicieron que, sobre la marcha, el

ataque se transformara en una detención legal. Por lo tanto —también sobre la marcha—, fue necesario plantar algunos panes de trotyl y urdir la historia del complot contra los dos mandatarios rioplatenses.

Aún hoy es un enigma el encono que Iñíguez sentía hacia El Kadri. Pero no menor fue su sorpresa al descubrir que el detenido no era precisamente él sino Carlos Caride, otro cuadro histórico de las FAP.

El dato del Oso fue veraz: el departamento en cuestión pertenecía en efecto a El Kadri, pero por esos días allí vivía Caride, junto con su mujer embarazada.

En la noche de ese mismo martes, Bigotito le pasó a su jefe una llamada. Y ya con el auricular pegado a la oreja, este reconoció la voz. Y dijo:

—Cacho, la cosa no es como parece. Yo te puedo explicar…

Por toda réplica, El Kadri, simplemente, soltó:

—General, váyase a la puta que lo parió.

Carlos Caride fue liberado unas semanas después.

El 7 de abril, el general Iñíguez —al parecer por diferencias que mantenía con López Rega— fue reemplazado en la Policía Federal por Villar. Desde aquel momento, vivía sumido en el ostracismo.

Ahora, durante la mañana del 26 de julio, en ese living de la calle Laprida, el anciano no daba crédito a los dichos del hombre que lo visitaba.

—¿Cómo que se están por pasar al ERP? —preguntó, finalmente.

El Oso fue explícito. Y contó las tratativas con esa organización, sin obviar detalle alguno. El rostro de Iñíguez seguía irradiando perplejidad.

Luego recobró la compostura, mientras un brillo astuto empezaba a iluminar sus ojillos pardos. Entonces, impostando un tono paternal, torció el tema hacia el costado político:

—Los del ERP plantean la guerra revolucionaria.

El Oso lo escuchaba en silencio. Iñíguez prosiguió:

—Por lo tanto, quieren a toda costa tumbar al gobierno peronista.

Y ya con un dejo de ira, concluyó su razonamiento con la siguiente frase:

—En realidad, Rafael, son una manga de gorilas, ¿entiende?

El Oso, con un tímido corcoveo, le concedió la razón, antes de decir:

—Es cierto, don Miguel. Como peronistas deberíamos combatir al ERP.

Y bajó la cabeza, como avergonzado por el salto político a punto de dar.

Iñíguez se alisaba el bigote. Y dejó correr unos segundos. Al final, con una voz muy suave, le lanzó:

—Quizá no sea un error que usted ingrese en el ERP.

Y, midiendo el desconcierto del Oso, remató la idea:

—No sin antes conocer a alguien que yo le voy a presentar.

Dos días después, Bigotito telefoneó al Oso para convocarlo al departamento de la calle Laprida. El soplón llegó con puntualidad.

En tal ocasión, además del dueño de casa y el secretario, había un sujeto de cabello rizado y edad

incierta que, con una sonrisa afable, extendió una mano hacia el recién llegado.

No era otro que el mayor Carlos Antonio Españadero.

IV

Durante aquella madrugada en el cabaret de Colonia, al evocar el instante en que conoció al hombre del Batallón 601, quizá su memoria haya caído en otra remembranza: su debut como espía del Ejército.

De hecho, el primer aporte del Oso en la materia fue una lista completa de los ex militantes de las FAP-17 que tramitaban el ingreso al ERP. Y la volcó en una hoja prolijamente mecanografiada.

Eso derivó en el reproche inicial de su carrera.

—Nunca traigas nada por escrito, querido. ¿O querés terminar fusilado? —fue lo que Españadero le dijo.

A partir de ese momento, los informes fueron orales. Y se focalizaban en las actividades del grupo en cuestión.

A tal fin, el mayor y su flamante "filtro" empezaron a reunirse varias veces por semana, con resultados sumamente provechosos.

Así fue como el SIE supo en tiempo real la rutina que llevaba adelante Hugo con su camada de aspirantes.

En esa etapa, ellos fueron divididos en tres pelotones. Cada uno, de manera independiente, mantenía citas diarias con el responsable. Estas, en principio, se limitaban a la lectura de los editoriales y algunos artículos de *Estrella Roja* y *El Combatiente* —los órganos del ERP y el PRT—, además de abordar ciertos tópicos de la teoría marxista, sin omitir los análisis de coyuntura.

El siguiente paso consistió en alternar esos cónclaves con trabajos de base en el circuito industrial de la zona sur, que incluía las plantas de Alpargatas, Peugeot, la papelera Zucamor y los laboratorios químicos Lederle-Abbott.

En paralelo, el grupo recibía instrucción militar los fines de semana en una quinta de Ezpeleta. Tal actividad también estaba a cargo de Hugo.

Esa fue la información que durante dos meses el Oso le fue transmitiendo al mayor Españadero. Y él, a los jefes del Batallón 601. Pero si bien estos veían con beneplácito el trabajo del espía, a la vez no dejaban de sentir una creciente ansiedad por la lentitud con la que se desarrollaba la incorporación de los ex militantes peronistas al ERP.

Porque ellos, a pesar de que ya hacían modestas tareas para la organización —como conseguir nuevos contactos y participar en acciones de propaganda—, aún no pertenecían formalmente a sus filas. Y eso los obligaba a actuar por fuera de su estructura. De modo que la brecha abierta por el "filtro" todavía se encontraba impedida de avanzar hacia los pliegues del ERP. A no ser que su labor comenzara a centrarse sobre la figura de Hugo.

Españadero le impartió instrucciones en tal sentido.

El Oso acató la orden, aunque no sin expresar su animosidad hacia el joven guerrillero.

—Ese pendejo se cree Lenin —le dijo al militar.

La causa de su inquina era el extremo rigor que Hugo le imponía al grupo.

Lo cierto es que eso puso en evidencia algunas limitaciones personales del Oso, ya que él no sólo asimilaba con dificultad el corpus doctrinario que daba sentido a la práctica política del ERP sino que, además, no tenía las aptitudes físicas necesarias como para sobrellevar el entrenamiento militar. En ambas actividades, el Oso solía ser la nota discordante. Sin embargo, supo encubrir tales inconvenientes con una actitud obsequiosa y siempre bien dispuesta. Así también logró disimular el fastidio que le causaba su responsable.

Ahora, su objetivo era forjar una relación de amistad con él.

Para eso, debía hallar un espacio propicio que no contara con la presencia de otros militantes. Una meta difícil, ya que su trato con Hugo parecía condenado a transcurrir en situaciones grupales. Dicha circunstancia le obligó a poner en marcha un plan al respecto. Y sin perder el tiempo.

Fue a principios de octubre, al concluir una reunión en una casa de Quilmes —ubicada sobre la calle Sáenz Peña— cuando, así como al pasar, le preguntó a Hugo hacia dónde se dirigía.

Este lo fulminó con la mirada. Por el carácter clandestino del encuentro, la curiosidad del “filtro” generó su irritación.

El Oso, sin embargo, insistió:

—Voy a Villa Dominico. Te puedo acercar con la camioneta.

La negativa de Hugo fue cortante. Y sin despedirse, se perdió tras la puerta.

Al rato, ya en el Rastrojero, el Oso avanzó por la calle Olivieri para cruzar la Avenida Vicente López con estudiada lentitud.

A unos metros, divisó la silueta de Hugo en la parada del colectivo 98. Era lo que necesitaba saber.

Al día siguiente hubo otra reunión en esa misma casa. El Oso llegó tarde. Y atribuyó la demora a un desperfecto mecánico que lo había obligado a dejar su vehículo en un taller. En esa oportunidad, él se fue antes que Hugo.

Y caminó con apuro hacia la avenida; más precisamente, hasta la parada del 98, pero no la de la calle Olivieri sino la que estaba tres cuadras antes,

Hugo subió al colectivo en el mismo sitio que el día anterior. Para su sorpresa, el Oso estaba en el segundo asiento. Y no le quedó más remedio que sentarse junto a él.

Al la noche, el Oso resumió el encuentro con sólo cuatro palabras:

—Me cagó a pedos.

Españadero lo escrutaba en silencio. Estaban en la casa del espía.

En resumidas cuentas, su intento de aproximación había fracasado, dado que —según el Oso— Hugo no ofreció resquicio alguno para establecer un vínculo personal con él.

Sólo fingió un cálido saludo, como si se hubiera cruzado por casualidad con alguien que hacía tiempo no veía. El Oso, para seguir su juego, pronunció una frase trivial, sin que ello disipara la contrariedad de Hugo. Este se apresuró en acordar el clásico “minuto”, una coartada entre militantes en caso de toparse con la policía. Y el “filtro” ideó el suyo con rapidez, pero en voz alta. Eso le valió un codazo.

Seguidamente, el muchacho del ERP aprovechó la travesía para volcar sobre él, con tono muy bajo y casi sin mover los labios, algunas recriminaciones: su informalidad con los horarios —el Oso era impuntual—, su modo de vestir —el Oso era desaliñado— y su forma de expresarse —el Oso era un bocón—. Luego, pasó a refrescarle ciertas reglas callejeras de seguridad que —según su parecer— el espía no tomaba en serio.

Dicho esto, Hugo saltó de su asiento para bajar del colectivo en una esquina de Sarandí.

—¿En qué esquina? —quiso saber Españadero.

—No me acuerdo —fue la respuesta del Oso.

El militar, entonces, meneó la cabeza con resignación.

A la mañana siguiente, dio cuenta de las novedades en el despacho principal del edificio de la calle Viamonte.

Y no sin pesar se refirió a las enormes dificultades del espía en establecer una relación de confianza con el guerrillero.

Su relato —al igual que el del Oso— concluyó con la imagen de Hugo al saltar del colectivo para esfumarse en una esquina de Sarandí.

—¿En qué esquina? —quiso saber el coronel Carlos Alberto Martínez, quien por esa época estaba aún al frente del Batallón 601.

—La verdad, no lo sabemos —contestó Españadero.

El coronel, algo desconcertado, enmudeció por un instante. Luego ordenó que una patota se hiciera cargo del seguimiento en cuestión. Su rostro ahora traslucía impaciencia.

Españadero asintió, antes de retirarse.

La siguiente reunión del grupo había sido fijada —según el Oso— para el 7 de octubre en la casa de la calle Sáenz Peña.

El Negrito Santiago y otro compañero fueron las primeros en llegar.

Y por cierto, no les llamó la atención la presencia de un verdulero que había instalado su carro de ventas en la esquina con Olivieri. Tampoco repararon en el Renault R4 de la compañía Segba con tres falsos operarios, estacionado en la otra esquina. Y menos aún sabían que en la Avenida Vicente López, a media cuadra de la parada del 98, acechaba un Chevrolet 400 con otros tres agentes del Batallón 601.

Pero —por una inexplicable omisión del Oso— ellos a su vez ignoraban que en aquella oportunidad Hugo estaría ausente con aviso: una tarea imprevista lo requería en la cercana localidad de Banfield.

En ese mismo instante, él se encontraba con un compañero en una camioneta Ford F100 de color rojo, frenada sobre la Avenida Hipólito Yrigoyen, casi en la esquina con Aráoz.

A media cuadra, sobre la mano opuesta, permanecía otra *pick up* del mismo modelo, pero gris. En su cabina estaban el “Indio” y “Aníbal” —sus nombres reales: Arístides Benjamín Suárez y Jacinto Alonso Saborido—; ambos tenían los ojos fijos en el edificio situado al 6972 de aquella avenida.

Allí, en un departamento del primer piso con balcón a la calle, vivía junto a su familia el mayor farmacéutico del Ejército, Jaime Gimeno.

Pocas semanas antes, en represalia por los fusilamientos sumarios de catorce guerrilleros tras rendirse en un combate librado en la localidad catamarqueña de Capilla del Rosario, el ERP había lanzado una campaña de ajusticiamientos a oficiales de aquella fuerza. Gimeno era uno de los elegidos.

A las 7.40, el tipo emergió por el portón del edificio; era alto, morocho y de bigote tupido. Aníbal y el Indio lo observaban con atención.

Con tranco presuroso, se metió en el garaje lindero y, al minuto, salió de allí al volante de un Ford Falcon celeste.

Enseguida, fue cruzado por la camioneta gris. Sus ocupantes saltaron de la cabina con ametralladoras Halcón. Y se desató un festival de pólvora.

El tableteo de los plomos hizo que el militar pisara el acelerador, mientras desenfundaba su Ballester Molina, cuyo caño escupió un fogonazo.

El vehículo zigzagueó en medio de un chirrido sobrecogedor y, de pronto, se detuvo. Gimeno ya estaba muerto.

Aníbal quedó tirado junto al cordón de la vereda; del tórax le brotaba un río de sangre. El Indio fue en su auxilio.

En ese instante, sonó un disparo desde un flanco impensado. El Indio apenas pudo a lanzar una granada hacia el Falcon —que en realidad destrozó algunas baldosas—, antes de desplomarse sin vida sobre el pavimento.

Los disparos continuaban sonando. Provenían de aquel balcón del primer piso. El tirador gatillaba una carabina calibre veintidós. Era el hijo del militar.

También se oyó una lejana sinfonía de sirenas; la policía ya se aproximaba.

Hugo corrió hacia Aníbal, quien se retorcía sobre un charco de sangre. Pero un filoso golpe en un muslo le hizo caer. Ese balazo lo inmovilizó; aun así, intentaba incorporarse.

La camioneta roja, cuando ya se divisaba el arribo de los patrulleros desde el horizonte de la avenida, arrancó con brusquedad.

Algunos vecinos asomaron la nariz. Y vieron cómo aquel vehículo se perdía definitivamente de la escena.

Aníbal ya había exhalado su último suspiro. Hugo, mirando con serenidad a los presentes, llegó a gritar su nombre legal, mientras la policía se lo llevaba.

Desde entonces, Eduardo Ernihold está desaparecido.

A primera hora de la mañana siguiente, el Oso vio interrumpido su desayuno por la intempestiva

llegada de Españadero a su hogar. Sin saludar, el visitante arrojó hacia él un ejemplar del diario *Clarín*: Su título de tapa: “Asesinan en Banfield a un mayor de Sanidad”.

El “filtro” se puso a leer la noticia con una mezcla de asombro y pavor.

Su cobertura ofrecía una detallada crónica de lo ocurrido, pero con una leve alteración: atribuía a Gimeno la totalidad de los tiros contra sus agresores, sin mencionar la intervención del hijo. Tampoco consignaba la identidad de los guerrilleros.

El Oso concluyó la lectura sin comprender su relación con el asunto. Y con la mirada, buscó la respuesta en Españadero. Este, sin rodeos, dijo:

—Fue tu amigo, Hugo. Y vos te comiste el amague.

Por toda reacción, el Oso quedó sin habla.

En términos contables, la cruzada vengativa del ERP cosechó diez militares ajusticiados entre mediados de septiembre y el 2 de diciembre. Aquel día, el injustificable asesinato de una niña en Tucumán mientras le disparaban a su padre, el capitán Humberto Viola, hizo que Santucho, azorado, furioso y casi abatido, ordenara el inmediato cese de las represalias.

Mientras tanto, la irremediable ausencia de Hugo precipitó la incorporación de los ex militantes de las FAP-17 a esa organización. Y fueron distribuidos en diversos frentes de la zona sur. Algunos integraron una unidad de combate bautizada con el nombre del guerrillero caído. El Oso, por su parte, fue a parar a la sección local de Logística.

Tal vez esa haya sido la última evocación del Oso, antes de quedar con la cabeza tumbada sobre la barra del Pussycat. Su botella de whisky ahora estaba vacía.

El martes a la mañana —tras otras dos noches etílicas—, el soplón permanecía inmóvil en la cama del hotel, con una compresa de hielo en la frente. Pero se sacudió al abrirse de golpe la puerta. Y alguien dijo:

—Acabo de hablar con Peirano…

Se refería a Españadero.

El Oso, con dificultad, torció la mirada hacia el sitio de donde provenía la voz. Entonces, su colega de viaje, el agente civil Bufano, prosiguió:

—El paquete está en casa, y vino con una sorpresa.

Lo primero, aludía a que el Turco Martín —y tal vez, los participantes de una reunión que el Oso oportunamente delató— ya habrían caído en manos del SIE.

Lo segundo, era para él incomprensible. Y, restregándose los ojos, balbuceó:

—¿De qué me estás hablando?

Bufano se mostró sincero:

—Ni idea. Peirano sólo me pidió que te diga eso.

Y ya con otro tono, ordenó:

—Vestite y armá el bolso. Hay que volver enseguida a Buenos Aires.

CAPÍTULO NUEVE

DICIEMBRE NEGRO

Un Fiat 1600 pasó a buscarlo en una esquina de la estación de Wilde. Al subir, relojeó ambos lados de la calle. Después se calzó unos anteojos espejados y fingió leer un diario para así “tabicarse”.

Se trataba de un hombre de mediana estatura, un poco panzón y con cabello ondulado. Tenía treinta y dos años, era psicólogo y había formado parte de la primera camada de militantes del PRT-ERP. Le decían “Petete”. Su nombre real: Ángel Salomón Gertel.

Hijo de un matrimonio judío-polaco que logró escapar de la invasión nazi y hermano de otro cuadro de la organización, Petete había estado preso durante la dictadura de Lanusse y, luego de la amnistía camporista, cayó otra vez tras las rejas en el otoño de 1974. Hasta ser expatriado a Perú con la denominada “opción”. De allí, había regresado clandestinamente al país hacía apenas una semana.

Y justo ese domingo ocurrió el reencuentro con su familia en una casa de La Paternal. Se festejaba el cumpleaños de su cuñada Diana, también del PRT.

Ella lo notó preocupado. Y le preguntó el motivo. La respuesta fue:

—El Roby me encomendó una tarea, y no sé si estoy preparado.

Dicho esto, abrazó a todos. Y partió hacia la cita.

Por cierto, la tarea en cuestión era asumir la jefatura nacional de Logística.

La temeraria idea del Turco Martín de reconquistar por las armas el taller de la Sección Automotores no fue tomada a bien por los otros cuatro integrantes del Estado Mayor del ERP. Hubo, incluso, un fuerte intercambio de opiniones entre el comandante Pedro y él; luego, se decidió —por unanimidad— su relevo. Así fue como apareció Petete en esta trama.

Ahora iba a la reunión en la que se haría cargo de aquella estructura. Corría la tarde del 7 de diciembre.

A las 17.30, el Fiat 1600 se detuvo en la calle Casacuberta, a diez metros de la vivienda que el SIE empezó a monitorear a principios de noviembre.

Desde una vieja Volkswagen Combi que parecía abandonada en el cruce con la calle San Carlos, tres agentes escrutaban la escena con binoculares.

Ellos poseían fotos de quienes visitaron la casa en las últimas semanas. Pero ninguna encajaba con los

recién llegados, quienes —uno “tabicado” y el otro oficiándole de lazarillo— se perdieron tras la puerta.

Hasta el momento, los espías habían presenciado la llegada —tras varias citas previas en los alrededores— de diez personas.

Minutos más tarde, advirtieron otra más: la de un muchacho de contextura atlética, tez blanca y cabello renegrido.

De él sí había fotos: era el mismo sujeto retratado profusamente en el taller de Automotores, que tanto había interesado al capitán Leonetti.

Los de la furgoneta informaron la novedad por Motorola a los ocupantes de un Falcon estacionado en la Avenida Cadorna. Allí se encontraba el teniente coronel Jorge Suárez Nelson al mando del operativo.

En las inmediaciones había otros ocho vehículos con treinta militares.

Y un triciclo de reparto pedaleado por el sargento Alfredo Feito seguía a dos hombres que caminaban por la calle Pampa en dirección al sitio del cónclave. Uno era el Turco.

La comunicación desde la Combi hizo que Suárez Nelson diera la orden de entrar en acción con dos golpes simultáneos.

Por un lado, emergió un Chevrolet 400 desde un callejón y, muy despacio, se puso a la altura del triciclo de Feito; recién entonces, aceleró. Ya casi en la esquina el conductor clavó los frenos. Y las puertas se abrieron al unísono.

El Turco llegó a llevarse una mano a la cintura. Sin embargo, antes de tocar su Browning, un culatazo le abrió un surco de sangre en el cuero cabelludo.

Su acompañante fue desplomado a golpes y patadas.

En paralelo, un disparo en la cerradura y la suela de un borceguí derribaban aparatosamente la puerta de la casa.

En medio de gritos, insultos y órdenes, la irrupción de la patota sorprendió a los presentes. Y no tuvieron tiempo de resistir.

—¡Identifíquese! ¡Identifíquese! —exigía vanamente el guerrillero de cabello renegrido al tipo que forcejeaba con él.

Ya reducido en el suelo, Suárez Nelson se le acercó; luego, lo tomó del pelo para alzarle la cara, y la comparó con las fotos.

No imaginaba que tenía ante sus ojos al comandante Pedro, nada menos que el segundo jefe en la escala jerárquica del ERP.

Al caer el sol, los vecinos vieron por los visillos el arreo de Juan Ledesma, Gertel y los otros nueve militantes hacia los autos sin patente que cercaban la casa. Al minuto, se esfumaron. Nadie ese día tomó mate en la vereda.

Por una inexplicable falencia en las citas de control, la organización recién tomó conocimiento de lo sucedido durante la tarde siguiente.

Ese lunes, ya refugiado en un departamento del norte bonaerense, Santucho miraba el Río de la Plata

desde un ventanal, inmerso en sus reflexiones. Era de noche y llovía.

En un rincón, Benito Urteaga permanecía en silencio.

Esperaban a Juan Mangini. El jefe de la inteligencia insurgente había ido al encuentro de un militante del área que tenía un contacto con llegada a círculos castrenses. La idea era obtener detalles del operativo. Y medir la posibilidad de negociar con los militares la liberación del grupo.

El Roby seguía ante el ventanal, obsesionado por descubrir un denominador común en los golpes recibidos recientemente.

Y recordó el del 2 de diciembre: la caída de la casa operativa en la localidad de Martínez, usada por el Estado Mayor para sus reuniones.

En ese lugar, a fines de octubre, Pedro había explicado a sus integrantes el plan de ataque al Batallón de Monte Chingolo.

Y apenas seis días atrás, la patota se llevó de allí importantes documentos; entre estos, una lista de las unidades de combate asignadas a la operación y los apodos de sus responsables.

Ahora era el propio Pedro quien estaba en manos del SIE, junto con el jefe saliente de Logística, su reemplazante y otros miembros del área que también conocían el asunto.

A semejante seguidilla se le sumaba un episodio de último momento: tras la redada de la calle Casacuberta, fue "reventado" un departamento en la esquina porteña de Callao y Santa Fe. Los intrusos arrancaron de allí a una pareja de militantes —Sebastián Llorenz y Diana Triay—, relacionada con el Turco.

Lo cierto es que los efectos del operativo de Wilde empezaban a extenderse como una mancha venenosa. ¿El Roby habrá evaluado entonces la suspensión del copamiento?

De pronto, un timbrazo lo arrancó de sus cavilaciones. Y Urteaga, arma en mano, abrió la puerta.

Era Mangini. Estaba muy agitado, casi sin aire. Y a boca de jarro, soltó:

—Fueron a la casa de Ofelia. Y se llevaron a todos.

El Roby palideció; esa frase había caído sobre su mente con el mismo peso que una roca gigantesca en el océano.

Era comprensible: en este caso, la palabra "todos" incluía a sus cuatro hijos. La mayor tenía catorce años y el más chico, apenas diez meses.

II

Faltaban minutos para las 17 de ese lunes cuando Ofelia Ruiz de Santucho repartía porciones de torta, mientras un tropel infantil galopaba por el patio. El pequeño Esteban cumplía cuatro años.

Era el niño de "edad preescolar" que Españadero —en su informe elevado en noviembre a la jefatura del SIE— sindicaba como hijo del Turco Martín.

Y ella era la mujer "no identificada" que compartía con él la vivienda, junto a sus cuatro hijas; a saber:

María Ofelia —de quince años—, María Susana —de catorce—, María Silvia —de doce— y María Emilia —de diez.

Ni las delaciones del Oso, y menos aún el dispositivo de vigilancia montado en torno a la casa de la calle Palacios 3323, en Morón, pudieron establecer que aquella era la familia de Oscar Asdrúbal Santucho, el hermano del Roby caído el 9 de octubre en el monte tucumano.

Ellas vivían allí desde 1974; primero, con Oscar, antes de que él se integrara al foco rural del ERP. En aquel mismo patio, los Santucho en pleno estuvieron reunidos por última vez, y fue para festejar —el 16 de abril de 1975— los quince de María Ofelia. Además, ya con el Turco de inquilino, entre sus paredes hubo cónclaves de primer nivel y se planificaron acciones de suma importancia. De hecho —en los meses previos al monitoreo del Batallón 601—, el máximo líder del PRT supo acudir al lugar en por lo menos siete oportunidades. Y en otras tantas, el comandante Pedro.

Pero sus moradores no llamaban la atención entre los vecinos. En el barrio, ellos eran, simplemente, los “Gómez”.

A tal fin, Ofelia aparentaba ser la esposa de un marino mercante embarcado —Oscar— y el Turco hacía de pariente viudo que cargaba con su hijito.

Todos en el hogar alimentaban aquella impostura con un riguroso protocolo: las dos niñas más chicas salían en las mañanas con delantal como para ir a la escuela. Y las mayores, con libros y carpetas de secundario. Pero —dado que durante ese año la situación política les impedía cursar estudios regulares—, en realidad enfilaban hacia la casa de sus abuelos —y padres del Roby—, Francisco Rosario y Manuela del Carmen, también afincados clandestinamente en dicha localidad. Después de unas horas, volvían a su domicilio.

Aquella rutina —que incluía clases particulares impartidas por doña Manuela, quien había sido maestra rural— se prolongó hasta concluir el ciclo lectivo. Eso había ocurrido hacía una semana.

Y fue la ocasión propicia para que los hijos del Roby pasaran unos días con sus primas.

De modo que Ana Cristina —la más grande—, Marcela Eva —de trece años—, Gabriela Inés —de doce— y Mario Antonio —el bebé— llegaron el viernes 5 de diciembre a la casa de los “Gómez” con Liliana Delfino, la segunda mujer de Santucho, apiñados en un Peugeot 404.

El conductor —un integrante de Logística— la esperó con el motor encendido mientras ella dejaba allí a los chicos.

Al retomar la marcha, no advirtieron nada extraño en los alrededores.

Tampoco el Turco, quien pernoctó allí las dos noches siguientes.

El domingo, a punto de acudir a la reunión de la calle Casacuberta, abrazó a Esteban y prometió estar el lunes en su fiesta de cumpleaños.

Ahora, tras esfumarse la última porción de torta, Ofelia llevó la bandeja a la cocina. Los chicos —entre ellos, algunos vecinitos de la cuadra— reanudaban las correrías por el patio. Y ella, preocupada por la tardanza del Turco, miró otra vez su reloj. Eran las 17.05.

En aquel preciso instante estalló una tormenta de ruidos atronadores.

Desde la puerta y las ventanas brotaron ocho siluetas vestidas de civil y con ferretería de variado tipo.

Esa fue la imagen que Ofelia llegó a ver, antes de que una mano en la nuca la tumbara al suelo.

Los intrusos pretendían encontrar un tesoro de armas, documentos y dinero. Revolvían todo. Y preguntaban a los gritos por el "embute", tal como en la jerga se le decía a los escondites caseros.

Uno de ellos, para dar énfasis a esa búsqueda, agarró al bebé y le apuntó la pistola en la sien. Mario Antonio rompió en llanto. Y el sujeto, con desagrado, se lo pasó a su hermana, Ana Cristina.

Otro reparó en ella. Y se acercó para mirarla mejor. Entonces, dijo:

—¡Paren de buscar! Estos son los hijos de Santucho.

Ofelia y los nueve chicos —los suyos, los del Roby y el del Turco—, fueron llevados al área militar de Campo de Mayo, en donde ya funcionaba un centro clandestino de detención del Ejército.

Todos ingresaron allí con las manos atadas, excepto el bebé. Y Ofelia fue separada del resto.

Siempre encapuchada, quedó sola en un rincón impreciso a merced de la melodía del lugar: gritos de dolor, ladridos lejanos y autos que llegaban o se iban en medio de la noche.

En algún momento, detectó la presencia de Diana Triay. Su voz sonaba muy resquebrajada por la tortura. Pero pudo cruzar con ella unas frases.

Así supo que su pareja, Sebastián, también estaba en aquel sitio, al igual que los otros trece capturados, entre quienes resaltaban Petete, el Turco y Pedro.

Luego —por diálogos filtrados a través de la pared—, percibió la euforia de los represores por la captura del jefe militar del ERP.

Diana ya no estaba con ella. Un guardia la había retirado.

En algún otro momento —Ofelia ya había perdido la noción del tiempo—, oyó unos pasos que se aproximaban. El sonido cesó a centímetros de ella.

Ese silencio fue sobrecogedor. Y se quebró con las siguientes palabras:

—Así que sos vos la cuñada del hijo de puta.

Quien las haya pronunciado no aguardó la respuesta. Sus pasos comenzaron a alejarse.

Hasta entonces a Ofelia no le habían tocado un solo pelo. Y pensó que —en la fase inicial del cautiverio— aquello quizás era fruto de una táctica para minar su psicología. Aun así, fue consciente de que el trato hacia ella era distinto al de otros prisioneros. Distinto, pero no mejor: en medio de esa tétrica quietud, su angustia por la vida de los chicos era como morir lentamente.

Mientras tanto, a metros de allí, un guardia guiaba a su primogénita —quien tenía los ojos vendados— por un pasillo. Luego, crujió una puerta al abrirse. Y alguien dijo:

—Mirá, piba, te vamos a sacar la venda.

Para el guardia, aquella frase fue una orden.

La luz solar que se colaba por la ventana encegueció a María Ofelia. Y tras parpadear, se vio en una oficina con paneles de madera y alfombra roja.

Desde un escritorio, le sonreía un tipo con cabello rizado, hombros caídos y edad incierta. Sin disipar la sonrisa, se puso de pie y desató sus manos; recién entonces, dijo:

—Soy el mayor Peirano.

Españadero chorreaba calidez. Y, así como al pasar, preguntó por su tío.

Ella negó todo contacto con el Roby. Su tono era verosímil.

Pero él, con una resignación casi paternal, bajo la voz para murmurar:

—Yo sé, querida, que me estás mintiendo.

Y le indicó al guardia que se la llevara.

Luego, en una maratónica sesión, repitió ese brevísimo interrogatorio con las otras sobrinas e hijas de Santucho. Y obtuvo idénticos resultados.

Ya de noche, los nueve chicos —sin Ofelia— fueron subidos a un camión del Ejército, que partió, con un jeep artillado y tres Falcon por escolta, hacia el sur del Gran Buenos Aires. La travesía fue matizada por el ulular de las sirenas.

Una hora después, la caravana cruzo la estación de Quilmes y se detuvo en la esquina de Allison Bell y Garibaldi, ante un fantasmagórico palacete con techo a dos aguas. Era la delegación local de la Brigada de Investigaciones de la Bonaerense.

En el edificio aledaño —un no menos ominoso cubo gris de cuatro pisos—, el sector de los calabozos había sido acondicionado como centro clandestino de detención. Ya le decían el “Pozo de Quilmes”.

Allí fueron alojados los chicos.

Es posible que ellos tuvieran la impresión de que pasó una eternidad desde el operativo de la calle Palacios. Lo cierto es que apenas había transcurrido un día. Corrían los últimos minutos del 9 de diciembre.

A primera hora del miércoles Españadero fue convocado con urgencia en la oficina del coronel Alberto Valín.

—Estamos en un lío —fue su frase de bienvenida.

Y extendió una hoja hacia él.

Españadero la examinó sin disimular su estupor: era la fotocopia de un cable de la agencia española EFE, distribuido horas antes.

Su encabezamiento: “Nueve niños detenidos en Argentina durante acciones ‘antisubversivas’ de las fuerzas de seguridad”.

Valín escrutaba al mayor con cara de pocos amigos.

Y este, sabedor de su cuota de responsabilidad en el asunto, incurrió al vuelo en una sobreactuación:

—Le solicito, mi coronel, que me autorice a tomar contacto, sin armas, con Santucho para devolver a los chicos y decirle: “Esto lo hago en nombre de la hija del capitán Viola, muerta por ustedes”.

La cara de Valín se tiñó de impaciencia, al contestar:

—Haga, no sé… lo que se le antoje. Pero solucióneme esto ya.

Esa noche, en Campo de Mayo, Españadero hizo traer a Ofelia al despacho de la alfombra roja. Ordenó que le sacaran la capucha. Y con su mejor sonrisa, le sopló al oído:

—Vea, mañana sin falta la mando a buscar para llevarla con los chicos. Ellos están en una comisaría de Quilmes.

Después, agregó:

—Quédese tranquila. Yo los voy a sacar de ahí.

También prometió la restitución de todos los objetos rapiñados por la patota durante el allanamiento en su domicilio.

A las 9 del jueves, el militar llegó con Ofelia en una camioneta Chevrolet C10 con doble cabina a la esquina de Allison Bell y Garibaldi.

El lugar estaba vallado con chapones azules y había una guardia integrada por uniformados y tipos de civil. Ofelia sintió un escalofrío.

A él sólo le bastó con mostrar la credencial para que, en el edificio anexo, se abriera un enorme portón metálico que corría sobre un riel. La camioneta se metió en el garaje.

Y salió veinte minutos después. Ofelia ahora acunaba a Mario Antonio entre los brazos. Esteban permanecía junto a ellos. Y las siete chicas estaban atrás. Parecía una familia numerosa en un día de paseo.

El vehículo enfiló hacia la Capital. En el trayecto, Españadero inquirió sobre el paradero de Santucho. Ofelia y las chicas insistían con su desconocimiento al respecto. Entonces, frenó la camioneta, y dijo:

—Mire, señora, bájese si quiere con sus hijas. Pero a los otros pibes los tengo que entregar a sus padres.

Ofelia se abrazó al bebé, y contestó:

—Usted me chantajea. Ya le dije que no tengo noticias de mi cuñado. Así que mis sobrinos se quedan conmigo.

Por toda respuesta, Españadero retomó la marcha.

¿Habría soñado de verdad con acceder al jefe del ERP para así consumar la *mise en scène* de la devolución y, eventualmente, tenderle una trampa?

En tal caso, acababa de comprender que eso le sería imposible. Y, por cierto, carecía de un plan alternativo.

De modo que se vio obligado a dar vueltas por toda la ciudad sin ton ni son, en compañía de las hijas y las sobrinas del hombre más buscado en el país, además de su cuñada y el niño de un guerrillero secuestrado. Aquella travesía circular se prolongó hasta lo indecible.

Al filo de las 16, mientras la camioneta iba por la calle Ramón L. Falcón, en el barrio de Flores, Españadero, de pronto, pisó el freno casi en la esquina con la Avenida Lafuente. Entonces, ya de mala gana, ordenó:

—¡Bájense todos! Se van a quedar ahí.

Y señaló un edificio. Se trataba de hotel Real Splendid, un establecimiento para pasajeros sin pretensiones lujosas.

El recepcionista alzó la vista hacia los recién llegados. El aspecto desaliñado de la mujer y los niños hizo que frunciera la nariz.

—Esta familia se va a alojar acá —fueron las palabras de Españadero.

El recepcionista le dedicó una mirada de soslayo. Y, al abrir el cuaderno de registros, preguntó cómo se llamaban.

Españadero se lo dijo, nombre por nombre y siempre el mismo apellido, salvo el de Esteban.

Al recepcionista se le cayó el bolígrafo; estaba petrificado.

Y Españadero le soltó de corrido:

—Sí, señor; son hijos del terrorista. Yo soy el mayor Peirano y los traje acá por orden del Ejército. Se le va pagar la cuenta. No se preocupe.

El recepcionista tragó saliva. Y los flamantes huéspedes se encaminaron hacia el ascensor.

Españadero le dio a Ofelia unos pesos y, por toda despedida, anunció que al día siguiente iría con ella a su casa para inventariar las cosas que faltaban.

Ya al retirarse, de golpe se detuvo. Y fulminó con la mirada a Ana Cristina; entonces, apretando los dientes, dijo:

—Aún está por verse quién ganará esta guerra. Pero no te pongas nerviosa; este es un problema entre tu papá y nosotros.

Finalmente, se perdió por la puerta vidriada del hall.

En la noche de aquel jueves, luego de tres días de ayuno, Ofelia y los niños se dieron un banquete en un bodegón de la otra cuadra.

Y a punto de entrar al hotel, fueron sorprendidos por la repentina aparición de dos patrulleros. Sus tripulantes bajaron con armas en las manos. Uno gritó:

—¡Documentos!

Ellos, claro, no los tenían. Y fueron trasladados a la comisaría 38va.

Allí, tras reconocer de inmediato su parentesco con el Roby —y el de Esteban con el Turco—, las detenidas aseguraron estar en el Real Splendid por cuenta del Ejército. El azoro de los policías fue notable.

Una tensa llamada telefónica al “mayor Peirano” bastó para corroborar esa versión y, a la vez, establecer el origen de la redada callejera: el recepcionista los había denunciado. Ahora el comisario se deshacía en disculpas.

A la media hora, Españadero fue a retirarlos.

Y ya en el hotel, se abalanzó al cuello del recepcionista con un bramido:

—¡Te voy a hacer mierda, imbécil, por obstruir una operación militar!

Luego, aún furioso, se retiró.

En la mañana del viernes, un hombre de impecable saco sport y maletín de cuero se alojó con una falsa identidad en el Real Splendid.

Mientras una empleada fichaba sus datos, no le hizo falta más que un vistazo en la lista de registros para saber cuáles eran las tres habitaciones ocupadas por los Santucho.

Minutos después, sus nudillos golpearon la puerta de la primera.

Al abrir, María Ofelia no dio crédito a sus ojos. Y abrazó al recién llegado. Pero este, sin rodeos, dijo:

—No hay tiempo. Tenemos que irnos ya. ¿Dónde está tu mamá?

La respuesta fue:

—No está. La vino a buscar muy temprano el milico que nos vigila. Fueron a nuestra casa. Y Emilia —se refería a la hermana menor— está con ellos.

Para él, eso fue como un baldazo de agua fría. Y maldijo para sus adentros.

Se trataba de “Alberto”. Su nombre legal era Eduardo Merbilhaá, y formaba parte del Buró Político del PRT.

La noche anterior, sus otros cuatro integrantes —Benito Urteaga, Domingo Menna, Juan Manuel Carrizo y Luis Mattini— estuvieron con Santucho en su refugio de la zona norte. Y por un tema excluyente: el secuestro de los chicos.

El Roby presidía el debate desde la cabecera de la mesa. Su mirada era dura, insondable y sin el brillo de siempre. Parecía abatido.

Los otros notaron eso. Y se expresaban con palabras medidas, tal vez para no incurrir en alguna trivialidad.

Ellos sólo poseían piezas fragmentarias de lo ocurrido en la calle Palacios. Y las repasaban una y otra vez, como si en ese ejercicio pudiera surgir su clave.

Ya de madrugada, llegó Alberto con una noticia increíble: Ofelia y los niños estaban en un hotel de Flores. El dato se había filtrado desde la comisaría 38$^{va.}$

—¡Es una trampa! —exclamó Urteaga.

—Sería una maniobra muy pueril —opinó Mattini.

Las posibilidades barajadas por la cúpula guerrillera también contemplaban el chantaje, una negociación y hasta temor a represalias.

Más allá de las especulaciones, sólo había unas horas para entrar en acción. ¿Pero cómo? Y sobre todo, ¿a dónde ir con los chicos?

Claro que lo más práctico era una operación militar para sacarlos del hotel, aunque sería difícil —y peligroso para los niños— quebrar el seguimiento hasta una casa clandestina. La alternativa fue descartada.

Finalmente, se optó por rescatarlos con suma discreción y a todo riesgo, para luego forzar su ingreso a la Embajada de Cuba.

Alberto se ofreció de voluntario. Y Santucho se mostró de acuerdo.

Según su óptica, ese hombre —que pertenecía a una familia de terratenientes bonaerenses y había estudiado Derecho en la Universidad de La Plata, hasta sumarse en 1970 al PRT— era ideal para un asunto de tal delicadeza: conocía el terreno y sabía cómo actuar en situaciones con cambios bruscos e inesperados.

El salvataje de Ofelia y los niños fue ideado como una acción solitaria, y su ejecutor únicamente tendría el apoyo —a distancia— de un pequeño grupo de combate y cuatro vehículos para transportar a todos hacia la sede diplomática.

Santucho intervino activamente en la elaboración del plan. Por primera vez en cuatro días, una pizca de esperanza iluminaba su rostro.

Amanecía cuando Alberto se puso de pie.

El Roby también se incorporó. Y Alberto le palmeó el hombro antes de abrir la puerta. Entonces, dijo en voz muy baja:

—Prepará unas cartitas para las pibas, que después se las hacemos llegar a la Embajada.

Y la puerta se cerró tras él.

Ahora, en el Real Splendid, maldecía para sus adentros, cuidándose en no exteriorizar su contrariedad por la ausencia de la cuñada del Roby.

María Ofelia lo miraba sin abrir la boca. Y Alberto, con tono sereno, dijo:

—Si no nos vamos ya, se cae el operativo.

—Está bien, vayan. Pero yo voy a esperar a mamá y a mi hermana.

Alberto, tras meditar un segundo, aceptó. Aunque a su manera.

Ofelia y Emilia regresaron con Españadero al mediodía. Este las acompañó a la habitación. Allí, ella fingía leer una revista.

—¿Los otros dónde están? —quiso saber el represor.

—Están jugando en la plaza —contestó María Ofelia, con naturalidad.

Españadero le creyó.

En el mismo instante, la custodia caribeña de la Embajada de Cuba —situada en el barrio de Belgrano— asistía con asombro a la súbita irrupción de aquellos siete niños. Y los vehículos del ERP se alejaron rápidamente del lugar.

Mientras tanto, en el hotel, el hombre del SIE se mostraba de buen talante y con planes para el futuro inmediato.

Al respecto, sentado en el borde de una cama, explicó:

—Mañana les tramito pasaportes para viajar a los Estados Unidos. Ahí van a vivir tranquilos con otras identidades.

Ofelia y su hija mayor cruzaron sus miradas.

Y tal vez Alberto haya sonreído al oír esas palabras desde el baño. Su figura emergió de allí no bien el

militar se fue.

Al rato, Ofelia y las dos niñas abandonaron el hotel. Alberto lo hizo minutos después. Los cuatro se reencontraron en el cruce de Rivadavia con Lafuente. Y subieron a un taxi.

Una hora más tarde, cuando el vehículo se detuvo en la calle Virrey del Pino al 1800, Ofelia sintió un ramalazo de alivio al ver en el edificio de la esquina un mástil con la bandera cubana.

Alberto la observó entrar con las dos chicas, y partió en el mismo vehículo.

Al día siguiente, Mario Antonio Santucho y Esteban Abdón fueron retirados de la Embajada por la hermana del Turco Martín. En cambio, Ofelia, sus hijas y las del Roby, pidieron asilo político, que fue inmediatamente concedido.

Ellas permanecieron allí hasta el 23 de diciembre de 1976, cuando la Junta Militar que ya gobernaba el país les dio el salvoconducto para viajar a Cuba.

III

Rafael de Jesús Ranier y sus dos escoltas llegaron desde Colonia a bordo de una lancha colectiva que atracó en el embarcadero de Tigre al caer la tarde del 9 de diciembre.

Allí los aguardaba un agente del SIE al volante de un Peugeot 504.

En el trayecto hacia el sur del Gran Buenos Aires, el Oso supo por boca de este que el saldo de su funesta siembra incluía —además del Turco Martín— a otras veinticuatro personas; entre ellas, el jefe del Estado Mayor del ERP y los cuatro hijos de Santucho.

Recién entonces entendió aquella frase declamada en la mañana por uno de sus acompañantes: “El paquete está en casa, y vino con una sorpresa”.

Tal vez, en ese instante, haya sentido un escalofrío.

Ya había oscurecido cuando el Oso descendió del Peugeot en un paso a nivel lindante con la estación de Villa Dominico. Y fue a pie hasta su domicilio.

Al día siguiente restableció contacto con un compañero de célula del ERP. El tipo dio por hecho que él estaba al tanto del golpe recibido y sólo se limitó a pasarle una cita para el sábado en una esquina de Wilde con un tal “Gabriel”. Pero sin revelar el motivo del encuentro. Eso lo inquietó aún más.

Españadero no dio señales de vida hasta la tarde del viernes, cuando se dejó caer —disfrazado con su gastada camisa de trabajo— en el hogar del “filtro”.

A modo de disculpa por su demora en comunicarse con él, invocó el rol que le cupo en el asunto de los nueve niños ahora bajo la protección —debido a un descuido suyo— de los cubanos. Al respecto, se permitió una inexactitud:

—A los pibes de Santucho los salvé yo.

Y pasó por alto el nerviosismo del Oso ante al enorme daño causado por sus delaciones en la jefatura del ERP. En cambio, dijo:

—Todavía hay algo que únicamente vos podés averiguar.

Aludía a la siguiente situación: el Batallón 601 tenía en su poder la lista de las unidades guerrilleras de combate y los apodos de sus jefes —secuestrada el 2 de diciembre en la casa donde solía reunirse el Estado Mayor insurgente— y a ello se le sumaba la infidencia del Turco —soplada al Oso en ese mismo día— sobre un traslado de armas en gran escala para una "acción importante". A la vez, enumeró otros indicios no menos sugestivos: una disminución notable de la actividad del ERP en las últimas semanas, en coincidencia con un número inusual de vehículos robados y el desplazamiento de militantes —incluso, de otras provincias— hacia el sur bonaerense.

En este punto, Españadero resumió el problema:

—Hay algo muy pesado en marcha. Pero no sabemos dónde va a ser.

El Oso, acodado ante un mate que se enfriaba, preguntó:

—¿Por qué no se lo preguntan al Turco?

Españadero clavó los ojos en el mantel de hule y, entre dientes, masculló:

—Los detenidos no hablaron.

Al Oso, el uso de ese tiempo verbal le llamó la atención. Pero sólo dijo:

—Veré qué se puede hacer.

Y tras un espeso silencio, anunció su encuentro con Gabriel.

El militar, gratamente sorprendido, sonrió.

El Oso no. Temía haber sido descubierto. Y que esa cita fuera una trampa.

Españadero minimizó tal riesgo con una mueca.

Durante la mañana del sábado, el Oso fue en su Rastrojero hacia Wilde. Y se detuvo junto a una canchita de fútbol en la esquina de Moctezuma y Rodó.

Allí, un muchacho morrudo que fumaba una pipa sobre el césped reparó en su presencia, antes de incorporarse con un salto.

Ya en la cabina, Gabriel le indicó al Oso que avanzara unas cuadras. Y en el cruce con Coronel Brandsen, subió a la camioneta otro sujeto.

Su presentación corrió por cuenta de Gabriel. Se trataba de "Emilio", nada menos que el jefe de la Compañía "Juan de Olivera", la máxima unidad militar del ERP en la zona sur.

Ambos pasajeros se apearon en la Avenida Mitre, después de acordar con el conductor otra cita para el martes por una tarea no especificada.

Quizás, al verlos partir, el Oso haya sentido un cosquilleo en el estómago.

IV

Juan Mangini también tuvo una semana intensa.

El lunes 8 de diciembre había estado con "Roberto", quien integraba el área de Inteligencia del ERP.

Aquel hombre flaco, de pelo corto y bigote algo cuartelero compartió con él una caminata de cien metros en la Avenida Corrientes, cerca del Obelisco.

Lo breve del trayecto hizo que el capitán Pepe hablara sin rodeos:

—Hay que negociar con los milicos antes de que los maten.

Se refería a Juan Ledesma y a los otros secuestrados; luego, agregó:

—Tenés que buscarlo a “Tito”.

Roberto frunció la nariz al escuchar el apodo.

Ese Tito era un típico “lumpen” de guante blanco. Un pequeño y ambicioso traficante de datos e influencias. El tipo bordeaba el mundillo de los servicios de inteligencia, presumía ser amigo del general Guillermo Suárez Mason —por entonces, jefe del Quinto Cuerpo del Ejército— y se alquilaba al mejor postor. Su cartera de clientes incluía la guerrilla.

Roberto, apuró la respuesta:

—No sé si lo engancho hoy. Tengo que llamarla a “Lila” para que me haga el enlace.

Ella había sido compañera de militancia y amiga personal del “Gallego”; así le decían a Víctor Fernández Palmeiro, el líder del ERP-22 de Agosto, una fracción escindida del PRT en 1972 por divergencias en torno a la posición de la guerrilla ante las elecciones del año siguiente.

Lo cierto es que fue el Gallego quien cultivó el vínculo con Tito. Y al caer herido de muerte en el otoño siguiente, tras ejecutar al contraalmirante Hermes Quijada —el justificador oficial de la masacre de Trelew—, dicho contacto lo heredó Lila, quien ahora colaboraba con el PRT.

Ya a pasos de la esquina Pepe soltó algunas directivas: no ofrecer dinero de entrada, oír lo que piden y dejar en claro que el negocio es por la libertad de todo el grupo. Después dijo:

—Que Tito no se avive que entre los “chupados” hay un comandante.

Por último, acordaron comunicarse con una clave telefónica cada tres horas.

Pepe vio a Roberto perderse entre la gente. Y se esfumó por una boca del subte para ir a otra cita.

Tal vez, entonces, su mente haya evocado la expresión adusta de Santucho al ordenarle explorar la posibilidad de semejante tratativa.

Eso sucedió unas horas antes, en aquel departamento de la zona norte que le servía de refugio. Luego, su voz brotó con firmeza:

—Pedro no va a cantar lo de Monte Chingolo.

El problema era que la organización del ataque estaba absolutamente en sus manos. Por eso, el Roby se aferraba a la esperanza de recuperarlo.

El pesimismo de Pepe al respecto fue silencioso. Y Benito Urteaga no abría la boca.

—Pedro no se va a quebrar —insistió el Roby.

—¿Y los demás? —intervino Pepe.

—Ellos tampoco —fue la respuesta del líder del ERP.

De modo que la suspensión del copamiento no estaba en sus planes.

Ahora, tras emerger de la estación Lacroze del subte, Pepe vio al tipo que lo esperaba en la puerta de una pizzería frente al cementerio.

Se trataba de un militante de la Regional Sur con noticias frescas sobre los recientes allanamientos. Al cabo de un instante, Pepe supo por él lo ocurrido con Ofelia y los nueve niños. Y sin perder tiempo, regresó al "aguantadero" de Santucho.

En tanto, Roberto ubicó a Lila al filo de la noche y le dio instrucciones sobre cómo plantear el "arreglo". Ella actuó con celeridad.

El martes a la tarde se reunieron en El Blasón, la confitería de Pueyrredón y Las Heras. Lila ya traía la respuesta de Tito.

—¿Qué te dijo? —quiso saber él, ni bien se sentó.

—Que entre los detenidos hay un comandante.

Roberto se puso lívido.

En resumidas cuentas, Tito —en su papel de desinteresado mediador entre los billetes del ERP y el bolsillo del Batallón 601— había anticipado el siguiente cronograma: diez mil dólares para empezar a hablar. Y la vida de todos por medio millón. Pero sólo la vida, porque para la libertad ya era tarde.

El encuentro entre Lila y ese sujeto fue al mediodía en otro bar.

Tito, un cincuentón rollizo, medio calvo y con mirada ruin, atribuyó tales condiciones al negociador militar. Y soltó un nombre de cobertura: "Gastón". Fue lo último que dijo antes de retirarse, sin pagar su café.

Ahora, en El Blasón, Roberto la miraba a Lila, una mujer de treinta y siete años con una belleza dura, como marcada por ciertos sinsabores. Y dijo:

—Hacé una cita con ellos lo antes posible.

Su siguiente paso fue verse con Pepe en ese tramo de Corrientes. El diálogo resultó otra vez telegráfico. Y la última frase fue:

—No tenemos mucha guita. Estirá la negociación. Ofrecé menos.

Esta vez fue Roberto quien observó cómo Pepe se perdía entre la gente.

A la noche, Lila le pasó por teléfono la cita con Tito y Gastón: sería en un bar del centro durante el atardecer del miércoles.

Ese 10 de diciembre, el Buró Político del PRT sesionó desde temprano en el refugio de Santucho. Y con un doble propósito: idear una urgente estrategia para revertir la desaparición de los niños —tema a cargo de Eduardo Merbilhaá— y, además, resolver la continuidad del plan de ataque al Batallón de Arsenales "Domingo Viejobueno".

Con respecto al primer asunto, las averiguaciones realizadas por Alberto aún eran infructuosas. Y el Roby se esforzó por disimular su pesadumbre.

En cuanto a lo otro, él seguía confiado en el silencio del comandante Pedro. Pero su sueño de salvarlo ya no era tan nítido. Y, tras efectuar un minucioso análisis de la situación, reclamó para sí la jefatura

táctica del copamiento.

Los cinco integrantes del cuerpo rector del Partido se opusieron. Y por un motivo inapelable: sobre su secretario general pesaba una estricta prohibición del Comité Central de participar en acciones militares.

¿Quién, entonces, reemplazaría a Ledesma? En el correspondiente cabildeo se barajaron varios candidatos. Al final, el elegido fue Urteaga. Pero Santucho mantendría un control directo sobre el plan y su ejecución.

Así fue como Mariano —el segundo en la dirección política del PRT— quedó al mando del Batallón Urbano “José de San Martín”.

Aquella fuerza operativa estaba compuesta —en parte— por tres compañías guerrilleras, a su vez agrupadas en la Unidad “Guillermo Pérez”, cuya misión era el asalto al cuartel. Su jefe: el capitán “Miguel”. Era el nombre de guerra de Abigaíl Attademo, un platense de veintisiete años.

La otra pata del Batallón era la Compañía “Juan de Olivera”, encargada de las contenciones y el hostigamiento externo. Su jefe: el capitán Emilio. Así se hacía llamar Jorge Omar Arreche, también platense y de la misma edad.

Ambas unidades —más el personal de Logística y Servicios— sumaban unos doscientos cincuenta combatientes.

Mariano asimiló la designación sin pronunciar una sola sílaba, como si todos sus sentidos ya se hubieran focalizado en la flamante responsabilidad.

Seguidamente, el Buró Político decidió no modificar el instante fijado por Ledesma para el comienzo del ataque: las 18 del domingo 21 de diciembre. Faltaban apenas once días.

Al concluir la reunión el portero eléctrico sonó tres veces; era la contraseña del capitán Pepe. Y tras la partida de sus participantes, Santucho quedó a solas con él. Caía ya el atardecer.

En ese mismo momento, una silueta petisa y ancha salía del edificio del SIE para caminar por Callao hacia el sur, escoltado a varios metros por otras dos siluetas. No era otro que el capitán Héctor Vergez.

Y después de cruzar Corrientes, volteó la cabeza hacia ambos extremos de la avenida, antes de meterse en la confitería El Ciervo.

Allí divisó en una mesa del fondo a Tito con una pareja. Este se puso de pie y, con un brazo extendido, dijo:

—Les presento a Gastón.

—Encantado —murmuró Roberto, con suma sequedad.

Lila, sin decir nada, escrutaba al recién llegado por el rabillo del ojo.

El tira y afloje fue vidrioso, resbaladizo y breve.

—Hay un cuarto de millón, pero tienen que blanquear inmediatamente a los compañeros ante un juez —fue el ofrecimiento de Roberto.

Gastón puso cara de póquer; finalmente, soltó:

—Medio millón es la última palabra.

Frente al gesto impávido de Roberto, el represor se permitió un consejo:

—Apúrense, porque mi gente ya está muy cabreada.

Fue cuando Tito se metió en el diálogo:

—Ah, y no se olviden del adelanto.

Hablaba de aquellos diez mil dólares oportunamente mencionados por él en su cita con Lila.

Los cuatro quedaron en verse al día siguiente en el mismo lugar.

Por la noche, Roberto se comunicó con Pepe desde un teléfono público a una línea segura para informar las novedades.

Pero este —quien acababa de despedirse de Santucho— lo sorprendió con una nueva directiva:

—Podemos negociar la libertad, pero no la vida. Es una decisión del Roby.

Una decisión que el comandante —según Pepe— fundamentó así: "La vida de los militantes no se defiende con dinero; únicamente la lucha de las masas va a garantizar la sobrevivencia de los revolucionarios detenidos".

—Podría haber avisado eso a tiempo —opinó Roberto, antes de cortar.

A la mañana siguiente, él se encontró con Lila en Corrientes y Pasteur para ir juntos a la cita con Tito y Gastón.

—Se pudrió el negocio —fue su saludo.

Lila se puso muy seria. Y Roberto explicó:

—No vamos a tratar por la vida. La libertad o nada.

Y envueltos por la tensión, enfilaron hacia Callao.

En el trayecto, al reparar en el maletín de ejecutivo que a Roberto le colgaba de una mano, Lila preguntó:

—¿Llevás ahí los diez mil dólares?

—No. Pero traje el maletín para que ellos crean que sí.

Luego, miró su reloj. Eran las 11.05. Ambos apuraron el paso.

Él, entonces, calculó que los otros ya debían estar en El Ciervo. Y también, que a esa hora todas sus mesas estarían ocupadas.

En eso pensaba cuando Lila y él entraron allí por la puerta lateral, la que da a Corrientes. Pero la confitería estaba desierta; ni los mozos se veían.

Un solo segundo les bastó para olfatear el peligro. Y sin frenarse, cruzaron con prisa el salón para salir por la puerta principal, la que da a Callao.

Enfrente, entre el gentío que circulaba en ambas direcciones, sobresalía un tipo por su inmovilidad. Y no les quitaba los ojos de encima.

Ellos volvieron a Corrientes. A un par de metros, apoyado contra una pared, otro tipo fingía leer un diario. Tampoco les quitaba los ojos de encima.

Ellos cruzaron la avenida. Allí, un tercer sujeto, acompañado por una mujer, repartía su mirada entre la

vidriera de una boutique y los pasos de Roberto y Lila hacia el subte.

El del diario, entonces, fue a la otra boca del subte, la que estaba pegada a El Ciervo. Y, de golpe, se paralizó al ver que ellos giraban sobre sus talones para cruzar Callao a la carrera.

Su desconcierto derivó en una súbita exhibición de gestos ampulosos. En ese instante, el seguimiento se convirtió en una cacería.

Roberto, de soslayo, llegó a notar cómo los tres tipos —con otros dos hasta el momento no detectados — se largaban tras ellos.

El avance de la pareja por la avenida hacia Lavalle —con Roberto llevándola a Lila de la mano— fue desaforado.

Uno de los agentes —el que estuvo enfrente de El Ciervo— se les aproximaba cada vez más. Roberto soltó el maletín. El otro lo recogió. Eso les concedió a ellos unos segundos de ventaja. Y apuraron la corrida.

Ya a treinta metros de la esquina vieron que el semáforo de Lavalle estaba en rojo, y que en la fila de autos había un taxi desocupado.

Cuando el semáforo pasó del amarillo al verde, ellos se zambulleron en la cabina. Y el vehículo arrancó.

Roberto volteó la cabeza hacia la luneta.

Su perseguidor, con cara entre demudada y furiosa, los veía alejarse desde el cordón de la vereda. Aún sostenía el maletín, ahora abierto y vacío.

Y él no evitó una sonrisa.

Recién entonces le indicó al chofer una dirección cualquiera. Después, se reclinó en el asiento y exhaló un suspiro. Ya en la siguiente cuadra rompió el silencio:

—Tito nos mandó tragados.

Había susurrado esa frase al oído de Lila. Ella asintió, aunque con una duda:

—¿Nos querían “chupar” o sólo afanarse la guita?

La respuesta fue:

—Ambas cosas, compañera.

En ese instante, el taxista los interrumpió para exclamar:

—¡Qué hermoso día!

A esa misma hora, el Roby corregía el borrador del editorial a publicarse en el próximo número del periódico *Estrella Roja*.

Su título reflejaba todo el dramatismo del momento: “El comandante Pedro ganará su último combate frente al enemigo”.

Esa frase, por cierto, nació desactualizada: Juan Eliseo Ledesma había dejado de existir el día anterior en medio de un suplicio inenarrable.

Elías Abdón, Ángel Gertel y los otros doce integrantes de Logística también fueron asesinados.

En algo Santucho tuvo la razón: ninguno había hablado.

V

Benito Urteaga, ya al mando del Batallón "José de San Martín", se abocó con celeridad a los preparativos del ataque al cuartel de Monte Chingolo.

Durante la mañana del martes 16 de diciembre, mantuvo una reunión con el Estado Mayor de la Compañía "Juan de Olivera" en una casa de Berazategui, próxima a la Parroquia Sagrada Familia.

La finalidad: evaluar los recursos necesarios para cubrir los dispositivos de contención y hostigamiento en torno al escenario del combate. Dicho cálculo contemplaba las características de la zona, el movimiento del tránsito en cada acceso a distintas horas del día y los cambios de guardia en los retenes fijos de la policía caminera.

Inclinado sobre un enorme mapa, Mariano marcaba con un lápiz los puentes viales, ciertos pasos a nivel del ferrocarril Roca y otros puntos que, a su vez, formarían un doble cordón periférico para impedir el arribo de refuerzos desde otras unidades del Ejército.

A su lado, con las manos apoyadas en la mesa, el capitán Emilio permanecía en silencio.

Jorge Omar Arreche era un muchacho alto, corpulento y de sonrisa fácil. Se sumó al PRT-ERP en 1970 junto a su pareja, la "Gringa" —tal como le decían a Norma Finocchiaro—, de quien se había enamorado durante la adolescencia, al cursar ambos el secundario en la Escuela de Bellas Artes de La Plata. Luego, él entró en la Facultad de Arquitectura; ella, en la de Filosofía. Y tuvieron dos hijos, Tomi y Marianita, a los cuales —antes de la represión indiscriminada— ellos solían llevar a reuniones y actos.

Emilio no tardó en destacarse en las tareas políticas. De hecho, en 1973 fue el responsable del PRT en el triángulo La Plata-Berisso-Ensenada. También supo exhibir una notable destreza en las acciones armadas, al punto de haber sido uno de los primeros militantes en obtener el grado de capitán. Y a fines de 1974 —tras producirse una reorganización de cuadros—, pasó a comandar la estructura militar del ERP en la Regional Sur.

Ahora, siempre en silencio, contemplaba las cruces trazadas por Mariano en el mapa. Este, al concluir, dijo:

—Son nueve, en total.

Se refería a los puentes que cruzan el Riachuelo y el río Matanza.

Emilio ocupó su lugar y los enumeró en voz alta, agregando la cantidad de combatientes asignado en cada uno.

Otro integrante de la Compañía tomaba nota en una hoja arrancada de un cuaderno. Con letra pequeña, difícil de descifrar, escribía: "P1-un oficial, un sargento y ocho guerrilleros; P2-un oficial, un sargento y tres guerrilleros", y así sucesivamente.

En una segunda hoja puso los sitios y las fuerzas para las otras acciones de la Compañía, hasta

completar un semicírculo con ocho puestos de contención que llegaban al cruce de Etcheverry, camino a La Plata.

Desde un extremo de la mesa, el sargento Gabriel atendía el desarrollo del cónclave con su pipa entre los labios.

Luego, tomó la palabra para dar detalles sobre el armamento y el transporte disponible. Él estaba a cargo de la logística del asunto. Su nombre legal: José Oscar Pintos. Y tenía veinticuatro años.

Al dar por concluido el encuentro, Mariano comunicó la fecha del ataque. Faltaban sólo cinco días.

Los presentes ya sabían que ese dato, al igual que el lugar a ser tomado por asalto, no debía salir de sus bocas. Y tal secreto —así como se estilaba en estos casos— regía de modo especial para los propios combatientes, hasta poco antes de la batalla.

Mariano fue el primero en retirarse.

Emilio recogió de la mesa las dos hojitas con las anotaciones. Las guardó en un bolsillo. Y partió con Gabriel rumbo a la próxima cita.

Exactamente a siete cuadras —en una calle de tierra lindante con la Avenida Rigolleau—, los esperaba Rafael de Jesús Ranier a bordo del Rastrojero. En esa esquina no había otra presencia que la suya.

Emilio y Gabriel se acomodaron en la cabina. Este último le indicó al Oso que tomara por la Avenida Mitre hacia el sur.

Recién a la altura del arroyo Las Conchitas, Emilio reveló la tarea a realizar: un traslado de armamento en tandas, a varias casas operativas. Y añadió:

—Esto nos puede llevar dos o tres días.

Minutos después, el Rastrojero se metió en un corralón situado sobre la calle 160, de la localidad de Plátanos.

De allí, salió cargada con cajas y envoltorios de tela. Las primeras contenían pistolas y granadas caseras escondidas entre viruta de madera. Y los fardos, fusiles automáticos, ametralladoras y escopetas calibre 11.70.

La ferretería fue trasladada a tres bases del ERP, una en Ezpeleta, otra en las afueras de Quilmes y la tercera en La Plata, cerca de la Terminal de Ómnibus. Emilio y Gabriel se quedaron allí a pasar la noche.

El reparto prosiguió durante la mañana siguiente en una vivienda de Bernal y en una vieja casona de Ranelagh, en donde —según pudo detectar el Oso— ya había combatientes acuartelados para la acción.

Claro que él aún ignoraba su fecha y lugar. Pero por los menos tenía para Españadero seis nuevas direcciones.

Caía el sol cuando se despidió de Emilio y Gabriel, luego de fijar con ellos una cita para el próximo día frente al Hipódromo de La Plata. Previamente, él iría al corralón de Plátanos a buscar otro cargamento de armas.

Y ya desde su hogar lo llamó por teléfono a Españadero para informarle las novedades de la jornada. Esa noche, el Oso durmió como un tronco.

Al amanecer del jueves 18 de diciembre, una escuadrilla de aviones Mirage sobrevoló el centro porteño con maniobras rasantes en Plaza de Mayo. No era una exhibición.

A las 8, el informativo de Radio Colonia —la emisora uruguaya escuchada en Argentina para eludir la censura— propaló la inconfundible voz del locutor Ariel Delgado con las siguientes palabras: "Buenos Aires. Pronunciamiento de la Fuerza Aérea contra el gobierno. Los rebeldes no responden a sus mandos naturales. El brigadier Héctor Fautario está detenido".

Tal fue el precio que este tuvo que pagar por su osadía de no plegarse al plan golpista del Ejército y la Armada.

El cabecilla sublevado era el brigadier Jesús Orlando Capellini, un católico integrista sobre quien sus propios camaradas decían que estaba "a la derecha de Atila". Por entonces, era el jefe de la VII Brigada Aérea de Morón, situada a treinta y cinco kilómetros de Buenos Aires. Aquella unidad y la base militar del Aeroparque fueron los epicentros de la asonada.

El ministro Ángel Robledo, en un desesperado intento de conjurar la crisis, designó en lugar de Fautario al brigadier Orlando Ramón Agosti, un jerarca aeronáutico alineado con los otros comandantes.

Pero a Capellini y sus adláteres —quienes ya habían tomado tres emisoras de radio para difundir sus proclamas— eso no les bastó: exigían la caída de Isabel Martínez y la asunción del general Jorge Rafael Videla para "instaurar —según su primer comunicado— un nuevo orden de refundación, con sentido nacional y cristiano".

Videla, de viaje oficial en Venezuela, regresó aquel mismo día. Y hasta ya entrada la madrugada, deliberó con el almirante Emilio Eduardo Massera en el Edificio Libertador. También estaban presentes los jefes de los cuatro cuerpos del Ejército, otros cinco generales y tres altos oficiales de la Armada.

Ellos, públicamente, no apoyaban ni condenaban la iniciativa de Capellini. Pero, en lo interno, si bien el desplazamiento de Fautario les vino de perillas, el "fragote" no pudo ser más inoportuno, dado que estorbaba el cronograma de su propia conspiración. Videla lo resumió así:

—No es momento para el golpe. Conviene esperar a que la situación política se deteriore aún más.

En consecuencia, se resolvió disuadir en tal sentido al brigadier amotinado. Pero —por la razón antedicha—, no enseguida.

A las 8.20 de ese jueves, el Oso llegó al corralón de Plátanos.

Allí le fue comunicada una leve alteración en su tarea: en vez de transportar el armamento a La Plata a bordo del Rastrojero, lo haría en una Ford F100. Y tras entregársela a Emilio y Gabriel, regresaría en tren a Plátanos, para luego acudir en su propia camioneta —con otra remesa de fusiles y pistolas— a una quinta de Florencio Varela, en donde, además, él quedaría acuartelado.

Ya eran las 9 cuando el Oso estacionó el vehículo en la calle 41, de La Plata, junto al paredón del hipódromo.

A los pocos minutos, después de bajar de un Peugeot 404 en el cruce de esa calle con la Diagonal 114 —a unos ciento cincuenta metros de donde estaba el "filtro"—, Emilio y Gabriel empezaron a caminar

hacia la camioneta, mientras el auto se alejaba en dirección opuesta.

A través del parabrisas, el Oso los vio aproximarse. También vio como, de repente, dos Falcon los cercaban en la esquina con la calle 119, ya a unos cien metros de donde estaba él. La captura fue veloz, violenta y eficaz.

Antes de ser encapuchados, la última imagen en llegar a los ojos de los dos guerrilleros fue la del Oso charlando animadamente con un tipo de la patota.

Tal vez en aquel instante a Emilio le haya preocupado más otra cuestión: no haber podido desprenderse de las dos hojas con anotaciones que aún llevaba en el bolsillo.

El Oso, en tanto, partía hacia Plátanos.

En el trayecto, se detuvo dos veces para llamar a Españadero desde teléfonos públicos. Pero sin lograrlo. Y repitió el intento rumbo a la quinta de Florencio Varela, con idéntico resultado.

De modo que —por sus responsabilidades logísticas en el dispositivo externo de la operación— terminó concentrado allí con parte los combatientes. Y sin que su mandante del SIE lo supiera.

Durante el anochecer de aquel jueves, el Estado Mayor del Batallón “José de San Martín” fue convocado con suma urgencia en una base del ERP próxima a la estación de Lanús.

El temario se limitaba a dos asuntos: la caída del jefe de la Compañía “Juan de Olivera” junto a su lugarteniente, y el levantamiento de Capellini.

Con respecto a lo primero, Urteaga informó el reemplazo de Emilio por el capitán “Santiago”. Tal era el nombre de guerra de Hugo Irurzún, el jefe de la Compañía de Monte. Este llegaría desde Tucumán en las próximas horas.

También hizo saber que, en vista de lo ocurrido —que incluía la pérdida del cargamento de la F100—, se realizaría una redistribución de armas, además de cancelarse la fase insurreccional del plan; a saber: manifestaciones relámpago con cortes de calles y la toma de la planta transmisora de Canal 2.

Con respecto a la sublevación de los aviadores, Mariano dijo que el Buró Político del PRT había resuelto una breve postergación del copamiento, a la espera de que la crisis desatada por el ala dura de la Fuerza Aérea enturbie aún más el descontento social; recién entonces —según ese planteo—, el ERP pasará a la acción en medio de la simpatía popular.

La nueva fecha fue fijada para el lunes 22 de diciembre.

Cuando la reunión parecía a punto de terminar, se escuchó la voz de capitán Miguel. El jefe de la Unidad “Guillermo Pérez” pidió precisiones acerca del secuestro de Gabriel y Emilio.

En aquella inquietud había una cuestión personal: Abigaíl Attademo —un ex estudiante de Ciencias Naturales que, además, supo brillar como jugador de La Plata Rugby Club— era amigo de Jorge Arreche desde antes del ingreso de ambos al PRT.

Mariano, al tanto de ese vínculo, carraspeó antes de reconocer:

—No sabemos con exactitud lo que pasó.

Y explicó que —de acuerdo con la escasa información manejada por el Buró Político— la caída de

los dos guerrilleros se produjo entre las 9 y las 10.30; es decir, después de que el chofer de Logística les dejara la camioneta con las armas y antes de que ellos pudieran trasladarlas a una base del ERP ubicada al oeste de Villa España. También admitió que se ignoraba el sitio de la captura y la fuerza interviniente. En cambio, sobre los apuntes que Emilio llevaba en el bolsillo no se dijo ni una sola palabra.

Al día siguiente —con el "rechifle" aeronáutico como telón de fondo—, hubo en el sur bonaerense una vidriosa quietud.

A primera hora del sábado 20 de diciembre, Españadero atendió una llamada telefónica en su despacho con alfombra roja de Campo de Mayo.

Y escuchó, entrecortada, la voz del Oso. Entonces, alzó la suya:

—¡Pelotudo! ¿Dónde carajo te metiste?

El Oso se lo explicó. Y él, ya más amable pero no menos ansioso, expresó su apuro por verlo de inmediato.

El encuentro fue al rato en la casa del "filtro". Esa vez, Españadero se dejó caer ahí sin su clásica camisa de trabajo. Y fue al grano:

—Arreche y Pintos murieron sin cantar. Pero le encontramos algo al capitán Emilio.

Sus manos exhibían una fotocopia de las dos hojas con apuntes. Se notaba que él aún no los había descifrado.

El Oso contempló el papel por un instante. Y sin un asomo de duda, dijo:

—El ataque va ser en el cuartel de Monte Chingolo.

Lo sabía con certeza por un increíble golpe de suerte.

El día anterior, el capitán Santiago pasó por la quinta de Florencio Varela, en donde estaba concentrada una parte de la Compañía "Juan de Olivera". Allí también permanecía el Oso.

Hugo Irurzún —santiagueño, ex estudiante de Ingeniería y uno de los cuadros militares más destacados del ERP— aún rengueaba de modo casi imperceptible por una herida de combate.

Durante su primer contacto con integrantes de esa unidad en calidad de jefe, los puso al tanto de los últimos acontecimientos. También detalló los cambios que habría en el plan; entre otros, la nueva fecha del ataque.

Y así como al pasar, blanqueó el objetivo con apenas dos palabras: "Monte Chingolo".

El gran enigma que atormentaba al SIE había sido develado. Pero el Oso no tenía modo de hacérselo saber a Españadero.

Seguidamente, Santiago agrupó a los presentes en sus respectivas escuadras, y les fue explicando sus funciones en el campo de batalla.

Por último, encomendó al Oso y a otro chofer de Logística —cuyo apodo era "Coco"— la redistribución de las armas.

Esa tarea suponía abandonar el acuartelamiento.

Y en la mañana del sábado, ya otra vez al volante de su camioneta, el espía se detuvo junto al primer

teléfono público que vio para llamar a Españadero.

Ahora, frente a él, repetía aquellas dos mágicas palabras: “Monte Chingolo”.

El militar estaba entre sorprendido y exultante. Pero rápidamente pasó de las felicitaciones a una directiva: el Oso debía retrasar por dos horas su tarea para el ERP. Y explicó lo que tenía en mente. Luego, se fue.

Todo indica que el Oso aprovechó ese tiempo muerto para visitar a su viejo amigo Rodolfo Illescas, un sindicalista con peso en la delegación local de las 62 Organizaciones.

Y recién al mediodía empezó con el reparto del armamento.

La casa operativa de Ezpeleta encabezaba su lista. Pero antes —fruto de otra directiva de Españadero — hizo escala en un galpón al sur de Berazategui.

Allí había personal del SIE. Durante media hora, los tipos trabajaron sobre la carga del Rastrojero. Y al partir, en las cajas faltaban pistolas, había fusiles con el percutor limado y granadas que estallarían antes de tiempo.

El Oso volvió a pasar por aquel lugar, antes de seguir su camino hacia otras bases del ERP.

También cubrió una cita con un militante en una plaza de Lomas de Zamora. Era Daniel De Santis, el responsable sindical de la Regional Sur del PRT. El Oso había llegado tarde. Y al Tano le llamó la atención su modo de excusarse:

—Me dieron la cita hace quince minutos en Quilmes. Así que me mandé por Pasco a toda velocidad, tocando bocina y sacando la pistola por la ventanilla.

El Oso lo dijo así como al pasar. Y sonreía.

Luego, indicó la ubicación de un Peugeot 504 con las llaves bajo la alfombra y armas en el baúl. Las armas, supuestamente, incluían una ametralladora y un FAL. Ese vehículo —claro— venía del galpón de Berazategui.

Al atardecer, el Oso concluyó la faena en una quinta de Florencio Varela. Y quedó otra vez acuartelado.

En ese mismo instante, el jefe del Batallón 601, Alberto Valín, abandonaba su guarida de la calle Viamonte para dirigirse —a toda velocidad y con la sirena puesta— al Edificio Libertador.

Su propósito: comunicar a la máxima autoridad de Inteligencia del Ejército, el coronel Carlos Alberto Martínez, la crucial revelación aportada por el Oso.

Pero el hombre llamado Pelusa se le adelantó:

—La cosa va ser el lunes a la tarde en Monte Chingolo. Me lo avisó Calabró por teléfono.

Se refería al gobernador de Buenos Aires.

La perplejidad de Valín se tradujo en un pesado silencio. Ignoraba, desde luego, la visita del Oso al sindicalista Illescas. Y que en esa circunstancia, el “filtro” cometió la infidencia.

Lo cierto es que Illescas corrió con premura hacia la casa de su jefe político, el joven intendente de Lomas de Zamora, Eduardo Duhalde.

Y este, al comprender la trascendencia de lo que acababa de oír, aseguró a Illescas que transmitiría esa información de inmediato —y personalmente— al gobernador Victorio Calabró, un sujeto bien visto por los militares.

—Le voy a decir que vos trajiste el dato —fue su despedida.

Sin embargo, ante el mandatario bonaerense, Duhalde dijo al respecto:

—El asunto me llegó por un muchacho que anda en la joda.

Por toda respuesta, Calabró estiró una mano hacia el teléfono para llamar al coronel Martínez. Y antes de ser atendido, Duhalde le susurró:

—Avísele al coronel que esto vino de mi parte.

Ahora, con un cabeceo, Martínez le indicó a Valín que se sentara. Y lo miró fijo, antes de sorprenderlo con una pregunta retórica:

—¿Usted es consciente de que estamos ante una oportunidad irrepetible de aniquilar al ERP de un plumazo?

Su tono fue solemne, como si hubiera hablado también para sí. Valín asintió.

Desde principios de diciembre, él acudía diariamente a ese despacho para informar las novedades del plan guerrillero en marcha.

Y Pelusa a su vez las volcaba a los oídos del Comandante en Jefe, en sus ya tradicionales desayunos de trabajo.

Videla supo mostrarse muy interesado por la cuestión. Y hasta había trazado la estrategia política del caso: debilitar, pero no impedir, la acción del ERP.

Esa misma tarde, luego de que Valín se retirara, el coronel se cuadró ante el escritorio del poderoso general, y le resumió todo con una sola frase.

La única reacción de este fue mirar su reloj. Faltaban menos de cuarenta y ocho horas para el asalto insurgente.

En tanto, Valín se dirigía —otra vez a toda velocidad y con la sirena puesta— hacia el Regimiento de Patricios, en Palermo. Allí lo aguardaba el subjefe del Primer Cuerpo del Ejército, general Albano Harguindeguy.

El “Vasco” —así como lo llamaban sus allegados— lo recibió con las debidas disculpas por la ausencia del titular de la división, el general Rodolfo Cánepa, quien agonizaba a raíz de una enfermedad terminal.

Valín le expuso la situación a boca de jarro.

Y él, un oficial de Caballería con rostro cuadrado y ojillos inquietantes, no tardó en convocar a su Estado Mayor, compuesto por seis coroneles.

El jefe del SIE fue invitado a deliberar con ellos.

A la noche se les sumó el comandante de la Décima Brigada de Infantería, general Adolfo Sigwald. Y también, el mayor Roberto Barczuk, al mando de la sección de Operaciones e Inteligencia del Batallón

“Domingo Viejobueno”.

El jefe de dicha unidad, coronel Eduardo Abud, fue el último en llegar. Y la bienvenida de Harguindeguy fue:

—Coronel, tome nota: el lunes a la tarde el ERP le va a tomar el cuartel.

En su voz no había ni una pizca de broma.

Entre esos once oficiales del Ejército se gestó la mayor movilización militar en zona urbana de la historia argentina.

Los aprestos incluían unos seis mil hombres provenientes de regimientos de Capital Federal, La Tablada y La Plata, con tanques, carriers para transporte de personal y helicópteros artillados. Además, otros mil efectivos aportados por las fuerzas de seguridad se encargarían de la represión externa.

Al mismo tiempo, en el Batallón de Monte Chingolo, las medidas defensivas se extremaron como nunca. Desde el alba hubo soldados con fusiles en todas las ventanas, nidos de ametralladores MAG en sitios estratégicos y la guardia reforzada al máximo Ya imperaba el “alerta roja”.

Así comenzó el domingo 21 de diciembre.

A media mañana, había un incesante ir y venir de vehículos militares en el acceso principal de la unidad, sobre el Camino General Belgrano.

Eso fue advertido por unos vendedores callejeros que atendían un puesto de pan dulce en la esquina con Montevideo. Luego, se esfumaron.

Uno de ellos cubrió no lejos de allí una cita con el capitán Pepe, quien esta vez manejaba un Siam Di Tella. La conversación fue breve. Luego, el jefe de inteligencia del ERP enfiló hacia Quilmes con un pésimo presentimiento.

De hecho, los datos del falso comerciante encajaban con el reciente informe de un suboficial del Ejército que colaboraba con el PRT. Este advertía sobre “preparativos en gran escala de las Fuerzas Armadas para sofocar una acción guerrillera”.

Pepe ahora iba al encuentro de Irurzún. El capitán Santiago era el único que aún podía convencer a Santucho del peligro en ciernes.

El dramático panorama descripto por Mangini hizo que Santiago se reuniera con el Roby al mediodía en su búnker de San Martín.

La esgrima verbal entre ambos tuvo aristas algo ríspidas. Y en un momento, Santiago exclamó:

—¡La operación está cantada! Hay que levantarla.

Pero el Roby fue inflexible:

—No hay pruebas concretas para suponer eso.

—¿No? ¡Esto es digno de La Armada Brancaleone! —replicó Santiago, casi a los gritos.

Y la última frase de Santucho fue:

—El operativo se hace igual.

Por la noche, Videla se reunió con los comandantes de los cuatro cuerpos del Ejército y otros cinco

generales. Entre ellos, Carlos Dalla Tea.

En ese cónclave se decidió que la sublevación de Capellini debía concluir cuanto antes. Y se lo comisionó a él para convencerlo.

Dalla Tea llegó al filo de la medianoche a la VII Brigada Aérea de Morón. Y Capellini, con un rosario en el cuello, se metió con él en una oficina.

—Vea esto, brigadier —dijo, al extender hacia sus ojos las notas que llevaba Emilio durante su captura.

Capellini frunció el entrecejo, antes de murmurar:

—No entiendo. ¿Qué es esto?

La respuesta fue seca y elocuente:

—Mañana por la tarde el ERP va atacar el Batallón de Monte Chingolo. Esto debe encontrar unidas a las Fuerzas Armadas, ¿entiende?

Al clarear el lunes 22 de diciembre, el informativo de Radio Colonia propaló la voz de Ariel Delgado con las siguientes palabras: “Buenos Aires. El brigadier Capellini depuso su actitud. Los sublevados de la Fuerza Aérea responden nuevamente a sus mandos naturales”.

En tanto, los guerrilleros se preparaban para entrar en operaciones.

Pero en el cuartel de Monte Chingolo el aire seguía enrarecido. Al menos, eso notó “Patora”, un conscripto que militaba en la Juventud Guevarista (JG), una agrupación de base del PRT.

Él había visto al coronel Abud supervisando personalmente la instalación de ametralladoras MAG detrás de dos tanques de agua, próximos a las calles Coronel Lynch y Los Quilmes. Desde allí se podía barrer con mucha facilidad a quienes penetrasen por esos sectores. Y en otros lugares fueron colocadas baterías para obuses de 155 milímetros.

También observó que grupos de colimbas cavaban zanjas en el camino que une el acceso al predio con la Guardia Central, para así obstruir la circulación de los vehículos atacantes. Además, ya había trincheras y “pozos de zorro” por todos lados. El “alerta roja” persistía.

Al mediodía, Patora pudo salir por una tranquera lateral con el pretexto de ir a comprar cigarrillos para los suboficiales.

Entonces, tuvo un brevísimo contacto con un enviado de Mariano. En pocas palabras le describió la tensión imperante en el Batallón.

Mariano no demoró en retransmitir ese relato por teléfono a Santucho. Y el copamiento se postergó por veinticuatro horas.

También por teléfono, Abud se comunicaba desde su despacho cada media hora con Harguindeguy. Y este con Valín, quien a su vez subía las novedades —o su absoluta falta— hacia el Edificio Libertador. La espera enervaba a los altos mandos del Ejército.

Ya por la noche, allí se reunió su Estado Mayor. Y el Comandante en Jefe aprobó sin dilaciones una propuesta del coronel Martínez: enfriar las medidas preventivas en el Batallón de Monte Chingolo, para

inducir al ERP a realizar el operativo. En este punto se dio por terminado el encuentro.

En la mañana del martes 23 de diciembre, el calor era infernal, al igual que el clima navideño de aquel año.

En cambio, dentro de la unidad —tras tres días de acuartelamiento— corría una suave brisa: el coronel Abud había levantado el “alerta roja” y, a la tarde, dio franco a los soldados que no estaban de guardia.

A las 15, los jóvenes bajo bandera empezaron a brotar por los portones que dan al Camino General Belgrano. Y se alejaban en grupos.

Patora, uno de los favorecidos por el asueto, caminó unos doscientos metros por la calle Bermejo, hasta toparse con el enviado de Mariano que lo esperaba en un Fiat 600.

Y nuevamente con pocas palabras, dijo que la situación en el cuartel había vuelto a la normalidad.

Chequeos posteriores del ERP confirmaron tal parecer. Ese inmenso predio con murallas de ladrillo parecía envuelto por un extraño sopor.

Urteaga, por lo tanto, evaluó como óptimas las condiciones para la batalla. Y Santucho se mostró de acuerdo con el inicio de las hostilidades.

Exactamente a las 18.30, cuando el sol comenzaba a menguar, un camión Mercedes-Benz de la empresa Coca-Cola —que presidía una larga caravana de vehículos— embistió el portón de la unidad. Y se oyeron los primeros disparos.

CAPÍTULO DIEZ

SIN NOVEDADES EN EL FRENTE

Durante la mañana de aquel martes, el economista y abogado Héctor Fernández Baños había tomado exámenes en la Facultad de Derecho de la UBA. Después se entretuvo en una mesa de la confitería Bellas Artes con el diplomático Raúl Clarissó de la Vega y otro economista, el doctor Juan Alemann. Lo cierto es que él solía cultivar tales relaciones.

A los treinta años, ese hombre alto y delgado, cuyo rostro con barba irradiaba una tenue picardía, poseía un hablar envolvente y deslumbraba por su solidez académica. Sus colegas le auguraban un exitoso porvenir. Y el propio Alemann —quien no era ajeno a los preparativos golpistas de las Fuerzas Armadas— hasta tenía planes para él.

Con tono distendido, el trío departió sobre la actualidad política. Hasta que, de pronto, Fernández Baños miró su reloj. Y al constatar que ya eran las 11.45, se puso de pie; entonces, a modo de despedida, le deseó a sus contertulios una feliz Navidad. Finalmente, abordó un taxi en la Avenida Figueroa Alcorta.

En ese mismo instante, Carlos Emilio All —el segundo jefe de Inteligencia del ERP— ingresaba a un antiguo edificio de la calle Perú al 1330, del barrio de San Telmo. Y fue recibido en un departamento del quinto piso por una militante del área, apodada “Luisa”.

El Cuervo —tal como sus compañeros lo llamaban— conocía el lugar, dado que él había conseguido la garantía propietaria para que Luisa se mudara allí con su pareja, el “teniente Gustavo”, quien también reportaba a dicha estructura. Eso ocurrió en agosto, semanas antes de nacer el bebé que ella ahora sostenía entre los brazos. Gustavo, por su parte, debía llegar de un momento a otro.

Y desde un sillón, el Cuervo anticipó:

—La casa está “destabicada”. Los compañeros van a venir abiertamente.

Aludía al arribo escalonado —previsto a primera hora de la tarde— de algunos miembros del Estado Mayor para una actividad aún no especificada por él.

En cambio, explicó el plan de evacuación en caso de alguna sorpresa. Y lo cifraba en la proximidad de aquella vivienda —de apenas dos ambientes— con la terraza, desde donde era posible ganar los techos aledaños.

Luisa tragó saliva. No se veía en esa situación con el bebé a cuestas.

De golpe, sonó el portero eléctrico: tres timbres seguido por otro más corto. Era la clave de Gustavo.

Al minuto, emergió tras la puerta la figura de Fernández Baños, quien besó a Luisa, antes de alzar al niño.

A las 15.30, el clima en ese hogar había cambiado.

Acodado en un pequeño escritorio junto a la biblioteca, Benito Urteaga oía lo que alguien le comunicaba por teléfono.

En un extremo del mueble, el Cuervo probaba las perillas de una centralita de radio que, por el momento, sólo emitía un zumbido.

A su vez, Juan Mangini tenía los ojos puestos en un enorme plano del Gran Buenos Aires desplegado sobre la mesa.

Mientras tanto, Nélida Augier extraía de un bolso varios *walkie-talkies* para colocarlos encima de un aparador.

En la sala había otros cuatro guerrilleros, en calidad de ayudantes.

Todos ellos integraban el Mando Táctico del ataque al Batallón de Arsenales “Domingo Viejobueno”. Y lucían uniformes verde oliva.

Gustavo los observaba con forzada naturalidad. Era como si el detalle de los uniformes le asombrara más que la operación en sí. Una operación de la cual su mujer y él se acababan de enterar.

Previamente, el equipo de Mariano se había cambiado la ropa de calle por esa vestimenta. Luego, fue realizada una formación militar en medio del living. Por último, se repasó el plan de evacuación, no sin omitir el orden de los presentes en la fila del posible escape.

Eso contrarió a Luisa, ya que garantizaba de modo muy precario la salida del bebé. Mariano se mostró razonable al respecto, y enmendó el asunto con suma rapidez. Ella, sin soltar palabra alguna, fue a preparar café.

Ahora, tras concluir su conversación telefónica, Mariano alzó la voz:

—En el cuartel levantaron el “alerta roja” y dieron franco a los soldados.

Se refería al breve informe del conscripto Patora.

A continuación, Pepe tomó asiento ante el teléfono. Y discó el número de la casa en donde se concentraba la jefatura de la Compañía “Juan de Olivera”. Su intención era hablar con Hugo Irurzún. Pero él no estaba allí.

En el transcurso de la siguiente hora Pepe repitió el intento otras tres veces con idéntico resultado. Eso empezaba a inquietarlo. Y también, a Mariano. Sin embargo, mantuvieron su incertidumbre en silencio para no contagiársela a los demás. Aun así, en estos se notaba un creciente nerviosismo.

Recién a las 16.50, Pepe escuchó por el auricular la voz del capitán Santiago. Y exhaló una bocanada de alivio, mientras alzaba un pulgar hacia Mariano.

En resumen, los dichos de Santiago confirmaron que en el cuartel de Monte Chingolo todo habría vuelto a la normalidad. Su fuente: los falsos vendedores de pan dulce distribuidos en puestos lindantes a

la fortificación.

Seguidamente, dijo que los pelotones de combate bajo su mando ya estaban en condiciones de pasar a la acción.

Lo mismo sucedía con las escuadras de la Unidad “Guillermo Pérez”, según supo asegurar su jefe, Abigaíl Attademo, ya al caer la tarde.

La comunicación entre él y Mariano fue por *walkie-talkie*.

—Sólo necesito la orden para proceder —se envalentonó el capitán Miguel.

Había pronunciado esa frase desde la conserjería del Molino Blanco, un hotel alojamiento de Quilmes, situado a ocho cuadras al sur del Batallón.

Poco antes, una pareja redujo a punta de pistola al empleado y cortó el cable del teléfono. Los clientes —la mayoría, en paños menores— fueron agrupados en una habitación del fondo, mientras el lugar era invadido, en tandas, por ochenta guerrilleros. Estos —tras un apurado reparto de armas y equipos— se apoderaron de los autos estacionados en el playón del establecimiento. Ahora aguardaban con ansiedad la partida hacia la batalla.

Y Miguel insistía:

—Sólo necesito la orden…

Aquellas palabras le llegaron entrecortadas a Mariano. Un chirrido impidió su respuesta. Unos segundos después, brotó otra vez la voz de Miguel:

—Hola, hola, Mariano. Cambio.

Y al cabo de un nuevo chirrido, continuó:

—Hola, hola. No se escucha nada. Contesten por favor. Cambio.

—¡Procedan! —alcanzó a gritar Mariano.

La comunicación, entonces, se interrumpió definitivamente.

Luego, Mariano se aproximó al teléfono. Había llegado el momento de hablar con Santucho. Sería la primera de una serie de llamadas entre ellos a realizarse —según lo pactado— cada quince minutos.

El líder del ERP había instalado el Mando Estratégico del ataque en una casa situada en la localidad de San Martín. Lo acompañaban Domingo Menna, Luis Mattini, Juan Manuel Carrizo y Eduardo Merbilhaá.

Al oír su voz, Mariano exclamó:

—¡Se lanzó la operación!

Y tras recibir quizá palabras de aliento, colgó el auricular. Su semblante era grave.

En la segunda comunicación con el Roby —pasadas las 18.35—, Mariano dijo que esperaba de un momento a otro las novedades del frente de combate.

Allí, en tanto, el camión Mercedes-Benz —siempre a la cabeza de la columna motorizada del ERP— avanzaba por el predio militar con un increíble empeño. Desde varios ángulos, una lluvia de balas caía sobre su carrocería.

II

A las 18.40, el general Videla levantó la copa. Los agasajados —un puñado de civiles con trajes oscuros— lo imitaron. Pero el militar más poderoso del país no llegó a saborear su contenido. Se lo impidió la irrupción de un capitán con un radiograma en mano.

La escena transcurría en el Salón San Martín del Edificio Libertador, durante un vino de honor ofrecido a los periodistas acreditados.

A Videla sólo le bastó un vistazo al papel para comprender su significado. Y no se le movió un músculo del rostro. Simplemente, ensayó una disculpa, antes de que sus pasos se perdieran tras la puerta.

En la sala del Comando en Jefe del Ejército lo esperaban los generales Carlos Dalla Tea, Carlos Martínez y Roberto Eduardo Viola, entre otros oficiales del Estado Mayor. Videla encabezaría allí el Mando Estratégico de la defensa del Batallón de Monte Chingolo. A tal fin, fue colgado —hacía ya dos días— un gran mapa del teatro de operaciones. Ese mapa fue lo primero que él vio al entrar. De hecho, todos tenían los ojos puestos ahí.

Dos suboficiales marcaban sobre el plano el desplazamiento de las tropas y ya habían señalizado la virulenta escaramuza en el acceso principal del cuartel. Eran datos del Primer Cuerpo, recibidos casi en tiempo real.

Videla, entonces, se puso a dictar las órdenes para cada una de las unidades asignadas a la acción. Inmediatamente fueron transmitidas por radio.

A esa misma hora, un Falcon —escoltado por otro vehículo y una motocicleta policial— llegaba al Regimiento de Patricios, en Palermo. De la cabina emergió una silueta con uniforme de combate. Se trataba del comandante de la Décima Brigada de Infantería, general Adolfo Sigwald.

Un sargento lo condujo hasta la Sala de Situación del Primer Cuerpo. Allí fue saludado por el general Albano Harguindeguy, quien, sin más, le soltó:

—La cosa acaba de empezar.

El Vasco vestía de elegante sport. Lo acompañaban sus coroneles.

Por toda reacción, Sigwald —un confeso admirador de su tocayo, el *Führer*— frunció el ceño. Harguindeguy le sostuvo la mirada.

Ellos detentaban el Mando Táctico de la batalla con el ERP.

A través del ventanal, el predio del Regimiento de Patricios ofrecía un paisaje bucólico. En realidad, la tropa de la casa —casi dos mil efectivos— se encontraba desplegada en el sur bonaerense, al mando del coronel Felipe Alespeiti.

A este se le unió el coronel Federico Minicucci, quien traía batallones de La Tablada, La Plata y Pigüé, con otros cuatro mil hombres.

Ambos oficiales comandaban la fase externa de la operación: neutralizar las contenciones y los

dispositivos de hostigamiento del capitán Santiago.

A su vez, la defensa del cuartel estaba en manos del coronel Eduardo Abud. Lo asistía el mayor Roberto Barczuk.

En ese preciso instante —corrían las 18.42—, la figura del coronel se recortaba sobre la torre de los tanques de agua, agazapada tras una ametralladora MAG.

Previamente, desde allí había observado con binoculares la marcha —a unos cuatrocientos metros— de la caravana del ERP por el Camino General Belgrano. Y también, su aparatoso ingreso al Batallón, ya en medio de los tiros.

Ahora no necesitaba binoculares para apreciar el avance guerrillero hacia su propia posición: el Mercedes-Benz, en medio de la humareda, se veía cada vez más grande. Entonces, apuntó con cuidado.

Era el mismo camión azul —dedujo Abud— que la Jefatura de la Bonaerense reportó al Comando del Primer Cuerpo como “sustraído”.

Desde Palermo, un coronel de apellido Varangot le había retransmitido a él la novedad, con los únicos detalles obrantes en el informe policial: el vehículo fue interceptado al mediodía en una calle de Florencio Varela por los ocupantes de un Falcon blanco, al grito de “¡Somos del ERP!”.

En cambio, Abud ignoraba su recorrida posterior: que por horas transitaría el inmenso triángulo comprendido entre Quilmes, Lomas de Zamora y Glew, con escalas en algunas bases operativas para cargar combatientes y armamento. Y que su última parada sería el Molino Blanco.

Tampoco imaginó que allí, tras la distribución de los “fierros” —que incluían fusiles, varios morteros y dos ametralladoras Colt con trípode— fue organizada la caravana: el Mercedes-Benz a la vanguardia, seguida por tres camionetas y seis autos repletos de milicianos.

Aún conservaban ese orden al aproximarse al coronel. La cabina del camión quedó en la mira de su MAG. Y él apretó el gatillo.

El conductor saltó del vehículo, al igual que sus acompañantes y los que iban en la caja. Todos, echados sobre el pasto, empezaron a disparar. El coronel sólo atinó a refugiarse detrás del tanque de agua.

En tanto, el Mercedes-Benz zigzagueó a la deriva hasta estrellarse contra una garita. Otros autos se abrían en abanico. Y los tiros silbaban desde todos lados. El lugar se había convertido en un infierno.

Minutos después, el mayor Barczuk atendió una llamada telefónica realizada desde el Primer Cuerpo. Querían un informe de la situación. Su respuesta fue:

—Todo el sistema de seguridad, por el momento, resiste el ataque con éxito. Pero considero inminente la necesidad de contar con refuerzos.

En ese instante, el combate arreciaba en la Guardia Central. A pocos metros, Abud descendía con premura de la torre.

—Comprendido. En un rato llegarán cinco helicópteros con personal —le dijeron a Barczuk desde el otro lado de la línea.

La frase había sido pronunciada por el propio Harguindeguy. Sus coroneles lo miraban, expectantes. Sigwald, en cambio, lucía ensimismado.

Con ellos ahora había otros dos oficiales: el coronel Alfredo Valín y el mayor Carlos Españadero. El rostro de este último era indescifrable.

Lo cierto es que lo envolvía una preocupación: no tener contacto con el Oso desde el sábado. Y se preguntaba qué sería de él. Estaba al tanto, claro, de su acuartelamiento en la base de Florencio Varela con integrantes de la Compañía "Juan de Olivera". Pero no lograba conjeturar su ubicación actual. Ni su rol —si es que lo tuviera— en los combates librados a casi veinte kilómetros de esa sala.

A continuación, el vozarrón de Harguindeguy se hizo sentir nuevamente; esta vez, para encomendarle a un ayudante dar curso a su promesa.

Ya al filo de las 19, los combates en el cuartel eran aún más reñidos.

Desde un Peugeot 504 detenido junto al puesto de vigilancia de la entrada, la "sargento Ana" —cuyo nombre legal era Liliana Malamud— operaba un pequeño transmisor de radio. Ella estaba a cargo de las comunicaciones. Y no tardó en establecer contacto con el Mando Táctico. Junto al auto, atrincherado detrás de una puerta abierta, el capitán Miguel le bramaba al micrófono:

—¡Hay tres sectores bajo control!

Y los enumeró. Se refería a esa entrada, al vértice norte de la Guardia Central y —hacia la derecha— a las calderas lindantes con la Compañía de Servicios. Su voz chorreaba optimismo.

III

El enlace radial con el capitán Miguel supo generar en el departamento de la calle Perú un clima de confianza hacia la operación.

Benito Urteaga, todavía con el micrófono en la mano, consultó su reloj. Eran las 19.05. Y evaluó que el plan se cumplía según lo previsto: el grupo de asalto ya había penetrado en el Batallón y avanzaba.

Entonces, tomó el teléfono para hablar con Santucho. Era la cuarta vez que lo hacía. En su llamada anterior, apenas informó:

—Mantengo contacto con las unidades.

Ahora, con tono más enérgico, repetía las palabras de Miguel:

—¡Hay tres sectores bajo control!

Desde la base de San Martín, el Roby se mostró cauto. Y sólo preguntó:

—¿Los objetivos están consolidados?

Mariano tardó unos segundos en responder:

—A esta altura, estimo que no.

El Roby no hizo sugerencias. Y él, tras despedirse, colgó el auricular.

En tanto, el Cuervo marcaba sobre un croquis del cuartel los tres sectores en cuestión. Y Pepe se puso

a estudiarlos con detenimiento.

De golpe, ambos desviaron los ojos hacia Mariano. Este, por *walkie-talkie*, acababa de establecer comunicación con Hugo Irurzún.

—Los puestos se cubrieron —arrancó, lacónicamente, el capitán Santiago.

Aludía a las contenciones. Un círculo de fuego con ciento treinta guerrilleros —agrupados en dieciocho escuadras—, que abarcaba los puentes del Riachuelo y el río Matanza, las afueras de La Plata y City Bell, el Arroyo de las Piedras, un paso a nivel del Ferrocarril Belgrano y los alrededores del Batallón "Domingo Viejobueno".

En todos esos lugares —de acuerdo a los dichos de Santiago—, los milicianos ya habían levantado barricadas con vehículos en llamas, delante de colectivos y camiones volcados. El propósito: evitar la aproximación de refuerzos policiales y militares a la unidad atacada.

Mariano se limitaba a escuchar.

Santiago prosiguió. Esta vez, con un reporte de las acciones —hasta entonces— más álgidas del día. Una emboscada policial en el Puente Pueyrredón, del lado de Avellaneda, que los guerrilleros pudieron eludir. Y una breve escaramuza con una sección de Artillería del Ejército en el Puente de la Noria, que finalizó con el rápido repliegue de los insurgentes. También mencionó —ahora, con tono grave— una persecución que aún no había concluido.

El asunto había empezado con un enfrentamiento entre una escuadra del ERP y personal de la Policía Federal en el Puente Vélez Sarsfield, que une el barrio de Barracas con la localidad de Piñeyro, en Avellaneda. Y se extendía a sangre y fuego hacia las calles de Sarandí, ya con unos quince patrulleros de aquella fuerza y otros tantos de la Bonaerense. Hasta ahí llegaban los datos obtenidos por Santiago. De modo que ignoraba las bajas en ambos bandos.

Recién entonces Mariano abrió la boca para preguntar sobre las contenciones en torno al cuartel. Y Santiago se permitió una metáfora:

—Adentro, el calor no quiere aflojar.

Fue su forma de resumir la sinfonía de estampidos y explosiones que sonaba en el predio militar. Luego, agregó:

—Afuera, todos están en sus puestos, esperando a los milicos.

Fue su forma de describir las humeantes barricadas sobre el Camino General Belgrano, las avenidas paralelas y el Arroyo de las Piedras. Ocho, en total, con casi cincuenta combatientes. Él los coordinaba desde un Fiat 128 que recorría la zona. Y redondeó su frase:

—Espero la llegada de refuerzos enemigos en quince minutos. Cambio.

Sabía de lo que hablaba: poco antes le habían informado por el *walkie-talkie*:

—¡Se viene una columna del Ejército!

Era la voz de Daniel De Santis.

El Tano integraba una escuadra en repliegue hacia la Autopista Ricchieri, tras taponar el puente del

Camino de Cintura, a la altura de Lomas.

En tales circunstancias, fue visible —a doscientos metros al sur— el avance de la caravana militar. La presidía una *pick up* con una MAG montada en la caja, seguida por cuatro carriers y media docena de camiones repletos de soldados. Era una sección completa del Regimiento 3 de Infantería "General Belgrano", enviada a Monte Chingolo por el coronel Minicucci.

Los guerrilleros —a bordo de un Renault 12 y un Peugeot 504— circulaban en sentido opuesto; o sea, hacia el convoy. Y amartillaron sus armas.

Ya a cincuenta metros de la *pick up* artillada, el Tano, al volante del Renault, exclamó:

—¡Bajen los fierros!

Los del Peugeot tuvieron el mismo reflejo.

Ambos autos, sin alterar la velocidad, siguieron su marcha. Y por eternos segundos, pasaron junto a los vehículos castrenses. Finalmente, estos quedaron atrás. La barricada, también.

El Tano, entonces, vio por el espejito cómo uno de los carriers embestía el extremo de un colectivo volcado para abrir un boquete por donde pasar.

Al instante, comunicó la novedad a Santiago.

También puso en su conocimiento un problema previo a la acción: el faltante de un FAL y una ametralladora que debían estar en el baúl del Peugeot con las otras armas asignadas a la escuadra.

Santiago asimiló esto último en silencio, antes de cortar.

Lo cierto es que tenía la mente puesta en un cálculo: el tiempo que demoraría aquella columna en llegar a la primera barricada del Camino General Belgrano.

Y ahora —en su comunicación con Mariano—, insistía:

—¡En quince minutos están acá!

Por toda respuesta, Mariano le soltó:

—Copiado. Cambio y fuera.

En el living del Mando Táctico, las miradas de Pepe y el Cuervo continuaban clavadas en él. Pola, en cambio, lo observaba de soslayo.

Su siguiente paso fue hablar con Santucho. Y con ritmo telegráfico lo puso al tanto de las novedades. La llamada finalizó a las 19.30.

Para entonces, el Cuervo había vuelto al croquis del cuartel y Pepe, instalado ante la centralita de radio, trataba de comunicarse con sus atacantes. El intento ya le llevaba algunos minutos.

Justamente a esa hora, desde el Peugeot detenido en la entrada del Batallón, la sargento Ana operaba su equipo de radio a destajo. Y alzó la voz:

—¡Ya mismo aviso a Sanidad, compañera!

La compañera estaba a setenta metros, junto a una camioneta frenada por un montículo de tierra. Allí había varios heridos.

En el siguiente instante, Ana —ya a los gritos— hizo una promesa idéntica; esta vez, a un combatiente

de la escuadra atrincherada en las calderas. Allí también había heridos.

Había otros ante la Guardia Central y cerca de los coches vacíos del ERP. El número de muertos no era menos impreciso.

Ya anochecía, entre fogonazos, estallidos y el olor a pólvora.

Por el parabrisas, Ana vio a un guerrillero solitario que corría desde el flanco izquierdo para unirse al grueso de las fuerzas insurgentes. De golpe, cayó de bruces. Un segundo tiro lo desplomó por completo.

El capitán Miguel, a metros del Peugeot, veía la misma escena.

Una ametralladora le colgaba de una mano; la otra sostenía un transmisor HT Midland de seis canales. Con ese aparato comandaba su tropa.

Pero, por unos segundos, aquella visión lo había paralizado. Luego, desvió la mirada hacia la Guardia Central. Y divisó las pequeñas siluetas en su vértice norte. Entonces, reiteró la orden de tomar el edificio.

Era su única chance para no recurrir a un repliegue anticipado.

De hecho, a una hora de iniciado el combate, el ERP sólo mantenía el control del Puesto Uno, en la entrada principal de la unidad. A su vez, la escuadra que había copado las calderas —para avanzar sobre la Compañía de Servicios y la Plaza de Armas— ahora se encontraba atascada por la metralla enemiga. Y en ambos flancos había otras escuadras inmóviles bajo las balas.

En tanto, los defensores de la Guardia Central recibían a los irregulares con fuego graneado. También les disparaban desde un carrier.

Miguel trataba de guiar a la distancia los movimientos de sus hombres. Hasta que Ana —siempre desde el Peugeot— le hizo señas.

Pepe, por fin, había logrado comunicarse por radio. Y pedía por él. Su voz se entrecortaba. Miguel no tardó en ponerse al habla.

—Hola, hola, cambio —fueron sus palabras.

En ese instante, oyó un ruido ensordecedor. Y con el micrófono ante la boca, alzó la vista; esta vez, la amenaza venía del cielo: cinco helicópteros Bell UH-1 artillados. Y escupían balas trazadoras.

—¡No te copio, Pepe! Cambio —insistió.

Entonces, hubo un chirrido atroz. Y luego, nada. El enlace se había cortado.

Mientras tanto, en la base de San Telmo flotaba la incertidumbre.

El jefe de Inteligencia del ERP maldecía una y otra vez, sin dejar de tocar las perillas de la centralita para restablecer la comunicación.

A su lado, Mariano masticaba su impaciencia en silencio.

Recién a las 20 horas, llamó a Santucho. Y con voz apagada, le soltó:

—No puedo tomar contacto con uno de los equipos.

El líder guerrillero quiso saber a qué equipo se refería. Mariano se lo dijo.

—Sigan intentando —indicó el Roby, antes de colgar.

En la base de San Martín todos pasaron de la fe revolucionaria a la tensión.

—Capaz sea un problema pasajero —conjeturó el Gringo Menna.

Por respuesta, el Roby enarcó las cejas.

Luis Mattini, Juan Manuel Carrizo y Eduardo Merbilhaá no abrían la boca.

A los quince minutos, Mariano volvió a llamar.

—Estoy perdiendo contacto con las unidades —fue su única frase.

Significaba que ahora tampoco podía comunicarse con el capitán Santiago. Y que, en consecuencia, ya no tenía el control de la operación.

El Roby expuso esa realidad a los presentes, y remató:

—Parece una broma. ¡Es increíble!

No faltaba a la verdad: el emprendimiento insurgente más ambicioso de la historia argentina tambaleaba por un simple desperfecto técnico. Al menos, tal era su creencia en ese momento.

A las 20.30 hubo otra llamada desde San Telmo. Y Mariano, por cierto, sonó menos marcial:

—¡La falta de contacto es absoluta! Estamos acá al pedo.

El Roby no encontró palabras para él.

Y tras unos segundos de mudez, les dijo a sus acompañantes:

—¿Qué se puede hacer ahora?

Nadie supo qué contestar.

En tanto, Merbilhaá prendía una Spica a transistores que tomó de la cocina. Y enganchó el *Boletín Sintético* de Radio el Mundo.

Los cinco se pegaron al aparato. Era el único recurso que tenían para quebrar el aislamiento informativo. Los envolvía una nerviosa expectativa.

Primero, oyeron un cable de la agencia Saporiti sobre el respaldo al brigadier Agosti por parte de sus pares del Ejército y la Armada; después, un reclamo de las 62 Organizaciones para que Calabró sea destituido de la gobernación. Y al final, que Guillermo Vilas acababa de ganar el Olimpia de Oro.

Pero del ataque al cuartel de Monte Chingolo, ni una sola sílaba.

Merbilhaá apagó la Spica. Y Carrizo propuso:

—¿Y si voy a la zona de la operación a ver qué pasa?

El "capitán Francisco" era —al igual que Santucho— contador público por la Universidad Nacional de Tucumán. Y fue uno de los fundadores del PRT-ERP. Tenía en su haber la memorable fuga —junto con otros catorce guerrilleros— del penal de Villa Urquiza, en aquella provincia. Y el ataque a la fábrica militar Fray Luis Beltrán, en Santa Fe. El Roby confiaba ciegamente en él.

Sin embargo, esa vez le respondió:

—Es inútil. ¿Qué vas a hacer? No hay manera segura de llegar ahí.

Su mirada no tenía el brillo de siempre.

A su vez, en la base de San Telmo se vivía un instante supremo de zozobra: Mariano permanecía ante

el ventanal y empuñaba una pistola.

Segundos antes, dos detonaciones lo sobresaltaron.

El Cuervo, entonces, se volteó hacia él. Pola quedó petrificada. Gustavo y Luisa emergieron del dormitorio con el bebé. Uno de los ayudantes se puso a hurgar un bolso con armas. Y los otros tres tomaban posiciones en el pasillo, iniciándose así el protocolo de la evacuación.

Pepe, en cambio, seguía enfrascado en su pelea con el transmisor de radio.

En ese momento, se oyó un tercer estampido. Fue cuando Mariano, tras un salto casi felino, corrió el cortinado con la Browning ya amartillada.

Ahora la enfundaba. Aunque sin apartar los ojos de la calle: allí sólo había unos pibes que jugaban con petardos.

Sin embargo, el final feliz del episodio no alivió el nerviosismo que palpitaba en aquel living. Ya eran las 20.45, y aún persistía la falta de comunicación con las unidades operativas.

Al rato, llegaron al departamento tres integrantes de la Escuadra Especial del Buró Político, un cuerpo afectado a su seguridad. Encarnaban el último medio de Mariano para retomar el contacto con el frente de combate.

Los improvisados mensajeros partieron con apuro hacia el sur bonaerense; dos a bordo de un auto y el tercero, en motocicleta.

Mientras Mariano por el ventanal los veía alejarse, Luisa lo miraba a él, y no con su mejor talante. La razón: el número de personas —todos, guerrilleros de primer nivel— que ya conocían abiertamente su hogar.

El bebé, en sus brazos, rompió en llanto. Ella lo llevó al dormitorio. Gustavo contemplaba a Pepe desde el sillón.

Este tenía los ojos inyectados. Resoplaba como si su corazón latiera a toda máquina. Cada tanto, se le oía un insulto. Y sus dedos se ensañaban vanamente con la botonera del transmisor.

Por su parte, el Cuervo caminaba de una punta a otra del living. Pola se había refugiado en la cocina. Y Mariano, con expresión desbordada, continuaba junto al ventanal. Parecía la tripulación de un barco que acaba de encallar.

Ellos luego sabrían —por vía telefónica— que a los mensajeros no les resultó posible llegar al objetivo, impedidos por los retenes del Ejército que bloqueaban el paso a la provincia.

Eso fue lo que le Mariano le informó al Roby en su llamada de las 21.25. La conversación fue breve, dramática y signada por el desconcierto.

—Habrá que ordenar la retirada. Pero no sé cómo —deslizó Mariano.

—No hay otra que confiar en el criterio de Miguel —fue el cierre del Roby.

No imaginaba que esa frase tendría el efecto de una invocación: al minuto, la voz agitada de Abigaíl Attademo afloró por el parlante de la centralita.

Mariano se abalanzó sobre el aparato. Y Miguel resumió:

—La situación es crítica. Muy difícil. Cambio.

Su dicción denotaba apuro, como sin tiempo para los detalles.

Mariano, entonces, impartió la orden de repliegue.

Y la respuesta fue:

—Hace rato, compañero, que nos estamos replegando. Sólo esperábamos que se hiciera bien de noche…

Como música de fondo, se oía el tartamudeo de las ráfagas.

Noventa minutos antes —a poco de cortarse la comunicación con Pepe— un helicóptero Bell UH-1 que sobrevolaba la Guardia Central aterrizó a metros del edificio. Otros dos lo hicieron junto a la Jefatura del Batallón. Y los restantes, a metros de la Compañía de Servicios.

De sus cabinas saltaron unos setenta efectivos armados hasta los dientes. Y con notable sincronía, se abrieron paso a los tiros.

En paralelo, la contención guerrillera emplazada en el cruce de Montevideo y el Camino General Belgrano era diezmada por la columna del Regimiento 3 de Infantería. El convoy, en medio de un fuego incesante, no tardó en llegar a la entrada principal del Batallón.

Miguel, parapetado en el Puesto Uno, vació el cargador de su ametralladora, y lo reemplazó por uno nuevo. Otros milicianos también disparaban sin parar. De pronto, una carga de mortero despedazó a tres.

Fue en ese instante cuando Miguel resolvió ordenar la retirada.

Ahora —en comunicación con Mariano—, insistía:

—El repliegue está en marcha. Cambio y fuera.

Fue la última vez en esa noche que Mariano habló con él.

A continuación, lo llamó al Roby. Y le lanzó a boca de jarro:

—Retomé contacto con Miguel.

Su voz exudaba cansancio. Y con un par de frases abrevió el panorama.

El Roby carraspeó, antes preguntar:

—¿No hay más detalles?

La respuesta fue negativa.

Al finalizar la llamada, el departamento de San Telmo quedó atrapado en un pesado silencio. Así transcurrieron unos minutos.

De repente, Gustavo salió del dormitorio, al grito de:

—¡Vengan rápido! ¡Están pasando la noticia por la Cadena Nacional!

Y todos entraron en tropel.

Sobre una banqueta al borde de la cama, la pantalla de un televisor portátil mostraba en blanco y negro una imagen del escudo nacional. Y en *off*, se oía un comunicado del Comando General del Ejército.

Tras dar cuenta del intento de copamiento en cuestión por parte de “un grupo numeroso de elementos subversivos”, el locutor agregó: “Efectivos del Ejército realizan operativos de seguridad en la zona, para

así evitar la huida de los terroristas”.

Y el remate fue: “Se requiere a la población no transitar por el perímetro comprendido entre Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora y La Plata”.

Mariano apagó el televisor. Y el bebé comenzó a berrear.

Todos en aquella habitación intuían que las cosas habían salido mal. Pero aún no eran conscientes de la magnitud del desastre.

Ya al filo de la madrugada, los integrantes del Mando Táctico se cambiaron los uniformes por ropa de calle. Y, de a dos, comenzaron a retirarse.

En la mañana siguiente, a Gustavo lo despertó la campanilla del teléfono. Al descolgar el auricular, alguien le dijo:

—¿Te enteraste del ataque extremista de anoche?

Era la voz del doctor Juan Alemann.

Entonces, el economista y abogado Héctor Fernández Baños contestó:

—Algo escuché por televisión. ¡Qué barbaridad!

CAPÍTULO ONCE

PAISAJE DESPUÉS DE LA BATALLA

Durante el 24 de diciembre, los acontecimientos de la víspera impregnaron con un aire malsano las horas previas a la Navidad.

Desde el alba, los programas de radio difundían datos oficiales distribuidos con cuentagotas: que el ataque al Batallón "Domingo Viejobueno" había sido obra de la "organización declarada ilegal (ODI)" —los medios tenían prohibido nombrar al ERP—, que la guardia de la unidad rechazó de inmediato la "acción terrorista" y que habría al menos cincuenta "subversivos abatidos".

Los diarios *Clarín* y *La Nación* coincidían con la cifra.

En cambio, la edición matinal de *Última Hora* discrepaba al respecto. "¡Cien muertos!", era sencillamente, su título de tapa con una tipografía enorme. Y el copete: "Sitian a trescientos extremistas en la unidad Viejobueno". Abajo, dos fotos nocturnas y un resumen incompleto de lo ocurrido.

Rafael de Jesús Ranier tenía esa portada ante los ojos, y parpadeaba. El diario se lo había traído su concubina al volver de trabajar en la panadería.

El "filtro" permanecía recluido en su hogar de Villa Dominico desde la tarde anterior, tras zafar del acuartelamiento en la quinta de Florencio Varela ni bien los combatientes partieron hacia la batalla.

Eva López también había traído una docena de facturas, que él ahora engullía con avidez, a pesar de su nerviosismo.

De hecho, el mayor Españadero pudo percibir su masticación al comunicarse con él por teléfono pasada la media mañana. Y con tono risueño, le dijo:

—A vos, el cagazo no te quita el apetito.

El Oso retribuyó la humorada con un monosílabo. En parte, por estar absorto en las imágenes irradiadas por el televisor:

Era un informe del *Noticiero 13* montado a las apuradas. Y comenzó con un plano medio del portón principal del cuartel —ya bajo la luz del día—, por donde salían camiones con tropas que desafinaban a viva voz la *Canción del Infante Argentino*. El movilero Edgardo Mesa describía:

"Las patrullas de combate están por iniciar una recorrida en los alrededores."

El tipo hablaba con dicción lenta, casi confesional, rodeado por un bullicioso grupito de civiles que

aplaudía a los soldados.

Después, la cámara captó el despegue de un helicóptero UH-60 Black Hawk, y él supo afirmar:

“Se retira el Comandante en Jefe, luego de haberse interiorizado de una serie de detalles sobre la normalidad en toda la zona aledaña.”

Recién entonces, Españadero le soltó al Oso por el auricular:

—Vos tenés que hacer la vida de siempre si querés salvar tus huevos. Y eso significa que por un tiempo no te podés borrar del ERP sin despertar sospechas.

Su tono había recuperado la severidad. Y completó:

—Ellos ahora saben que la operación estaba cantada.

El Oso volvió a parpadear. Aunque cumpliría con el consejo a pies juntillas.

A esa misma hora, Daniel De Santis llegaba a su casa.

Silvia, su mujer, mecía la cuna del bebé. Y él —tras haber ido a recuperar un transmisor que escondió durante el repliegue en la vivienda de un simpatizante del ERP— se dejó caer en el sofá.

Y con ojos entrecerrados, se preguntaba qué efectos tendría semejante derrota sobre la organización, pero sin hallar la respuesta. A la vez, sentía un ramalazo de angustia por la cantidad —aún imprecisa— de combatientes caídos y por los que —tal vez en ese preciso instante— estarían siendo torturados. De ahí pasó a un desfile de evocaciones: su diálogo por *walkie-talkie* con el capitán Santiago, el cruce casual de su escuadra con la columna del Regimiento 3 de Infantería y el faltante de armas en el Peugeot. Esta última cuestión hizo que, de repente, le viniera a la mente una frase: “Me mandé a toda velocidad, sacando la pistola por la ventanilla”.

Pertenecía al muchacho de Logística que, tres días antes, le había indicado la ubicación de aquel vehículo con las armas en el baúl.

Lo cierto es que el Tano no recordaba bien su rostro. Tampoco sabía que su apodo era el Oso. Y se puso a pensar en otra cosa.

Ya por la tarde, el diario *La Razón* ofrecía más detalles sobre los combates en Monte Chingolo, además de hacer propia la estimación de muertes deslizada en la mañana por *Última Hora*. Y sumaba la de siete militares y dos policías.

Benito Urteaga se había enfrascado en su lectura.

Él estaba con Pola y el pequeño José en la casa de La Plata que compartían con otra pareja. Y cada tanto se comunicaba por teléfono con una base del ERP en el barrio de Belgrano.

Allí se centralizaba la información de lo sucedido a partir de datos aportados por guerrilleros que pudieron salir del cuartel. Por ahora, las conclusiones eran básicas: el enemigo los esperaba y el repliegue fue desordenado.

Allí también se trabajaba sobre listas de personas que faltaban. Sin embargo, los cálculos eran inciertos y azarosos. De hecho, no había cifras concretas de bajas; se ignoraba la existencia de prisioneros, la situación de los heridos y el número de combatientes desconectados de sus escuadras.

—No queda otra que esperar —le decían a Mariano por el otro lado de la línea.

Quien haya pronunciado la frase no faltaba a la verdad. Fue necesario esperar hasta el fin de la dictadura para saber que en esa ocasión el ERP había perdido cincuenta y tres militantes (treinta, en combate; los restantes, ejecutados luego de sus capturas). A su vez, quedó firme el conteo oficial de siete militares y dos policías caídos. Pero en los informes castrenses y periodísticos de la época se omitía otra nómina fatal: la de cuarenta pobladores asesinados por el Ejército durante los “rastrillajes” en los asentamientos lindantes a la unidad. Y a tiros de ametralladora desde los helicópteros que sobrevolaban la zona.

Mariano continuaba enfrascado en el diario. Y Pola, sin decir palabra alguna, permanecía en la cocina con José.

Poco antes, él le dio una mala noticia: la ejecución de su gran amiga, la Piojo, tras ser capturada en las inmediaciones del Puente Vélez Sarsfield. Ana María Lezcano tenía veinticinco años y un embarazo de tres meses.

Ya puesto el sol, llegaron los otros dos inquilinos y, luego, tres compañeros, para pasar allí la Nochebuena. Un festejo —dadas las circunstancias— signado por un ánimo sombrío.

Aun así, Mariano tuvo el impulso de proponer un brindis.

Eso bastó para que Pola perdiera el control. Y estrelló su copa contra el piso.

Ante el azoro de los presentes, tal catarsis prosiguió con un llanto profundo, desgarrador, en medio de reproches a la cúpula guerrillera por no haber frenado el plan de ataque, a sabiendas de una posible traición.

Quizás entonces se le cruzara por la cabeza el rostro sonriente de la Piojo. Y su llanto no cedía.

Hasta que Mariano la abrazo para llevarla al dormitorio. Allí, le dijo:

—Sí, es cierto. Las cosas se nos están yendo de las manos. Hay que superar la situación o todo puede irse al diablo.

La crisis de Pola se redujo a un sollozo. Y Mariano, agregó:

—Desesperarnos sería una victoria del enemigo.

Finalmente, su tono adquirió un tinte más pragmático:

—No podés hacer una escena así delante de otros compañeros.

Pola no le contestó.

Por su parte, la Nochebuena de Santucho no resultó más alegre.

El líder del ERP se encontraba en una casa situada en algún lugar del norte bonaerense, escoltado por miembros de la Escuadra Especial. Lo acompañaban Liliana Delfino y su hijito, Mario Antonio.

Al rato, llegó —debidamente “tabicada”— parte de su familia; a saber; sus padres —don Francisco y Manuela del Carmen—, sus hermanos menores —Julio César y Manuela Elmina—, su cuñada —Cristina Navajas— y sus sobrinos.

Doña Manuela del Carmen lo notó al Roby alicaído. Y él le explicó la razón: extrañaba la presencia de

sus hijas, Ana Cristina, Marcela Eva y Gabriela Inés, asiladas con Ofelia y sus primas en la Embajada de Cuba.

Julio César lo notó abatido. Nunca lo había visto así: el Roby casi no hablaba ni comía. Luego, se alejó hacia un rincón de la terraza. Y él fue a ofrecerle un vaso de vino. Entonces, le escuchó decir:

—Algo anda muy mal, Julito. Nos estamos equivocando.

Eran las 23.55. Y los fuegos artificiales ya estallaban en el cielo.

En tanto, el general Videla aguardaba la Navidad con uniforme de combate y casco. Ese miércoles había sido para él muy intenso.

Antes del mediodía, tras su recorrida por el cuartel agredido, acudió —junto al almirante Massera y el brigadier Agosti— a la Casa Rosada. Allí —sin la actitud comprensiva que supo exhibir en ocasión del ataque montonero al Regimiento 29 de Infantería, en Formosa—, informó a la señora Presidenta sobre la batalla de Monte Chingolo. Luego, voló hacia Tucumán para encabezar la formación principal del Ejército con motivo de la Nochebuena.

En eso estaba ahora. Y, por cierto, en un sitio cargado de simbolismo como para una ceremonia así: la Escuelita de Famaillá, donde funcionaba el primer centro clandestino de detención del país. Junto a su delgada silueta, el general Domingo Antonio Bussi —quien acababa de suceder al general Acdel Vilas en el Operativo Independencia— miraba al infinito con una expresión perturbadora.

Y el Comandante en Jefe leía su discurso:

—Tenga presente el Ejército y compréndalo así la Nación, que la delincuencia subversiva actúa bajo el amparo de una pasividad cómplice.

Desde esa frase en adelante, sus palabras hicieron blanco en las debilitadas instituciones democráticas. Al final, dijo:

—Frente a estas tinieblas, la hora del despertar ha llegado.

Y, como al pasar, mencionó un plazo de noventa días.

II

El Gringo Menna giraba el dial del televisor en busca de algún noticiero, y se topó con la imagen de un grupo de soldados que avanzaba por una zona selvática. Era un spot del Ejército. Y con una canción pegadiza:

“Hoy la patria me llama, pequeña / para hacerte una tierra mejor / sin piratas con rojas banderas / ni hombres que odian por no tener Dios.”

El Gringo, sin evitar una sonrisa, apagó el aparato.

A su vez, Eduardo Merbilhaá hojeaba una revista. Luis Mattini le ofrecía un mate a Juan Manuel Carrizo. Y Santucho revisaba unos apuntes.

La escena sucedía durante la mañana del 26 de diciembre en la misma casa donde el Roby pasó con su

familia la Nochebuena.

Al rato, llegó Benito Urteaga con un muchacho de cara ancha y cejas tupidas; era el secretario del Buró Político, Fernando Gertel —hermano del malogrado Petete—, a quien le decían “Quique”.

Recién en ese instante la dirección del PRT empezó a sesionar para hacer su evaluación de lo actuado en el Batallón “Domingo Viejobueno”. El Roby abrió el debate con una larga ponencia.

El día anterior, Mariano y él se habían reunido con Abigaíl Attademo y Hugo Irurzún. Pero sólo abordaron el costado militar del asunto. Y el diagnóstico fue lapidario: graves fallas en las comunicaciones, desprolijidades en la retirada y, desde luego, la certeza de que el enemigo estaba al tanto del ataque.

Ahora, en cambio, su análisis excluía tales tópicos. El Roby consideraba que, en principio, “fue correcto encarar esta operación”. Una iniciativa que —según sus palabras— expresaba “un enfoque determinante de la lucha revolucionaria”.

Entonces, citó a Mao: “Errar, persistir; volver a errar y volver a persistir hasta la victoria”. Y repasó los momentos difíciles de otros procesos insurgentes que al final triunfaron. Sus ejemplos abarcaban desde los traspiés de los ejércitos patrios en Paraguay y el Alto Perú hasta la sangrienta represión aplicada a los comunistas chinos durante los levantamientos de Cantón y Shanghái, sin omitir algún revés de la guerrilla cubana. Y sobre Monte Chingolo, interpretó:

—Fue una derrota militar y un triunfo político.

Era, por cierto, una frase de Fidel Castro tras el asalto al cuartel de Moncada.

Pero el Roby sabía que ambas situaciones no eran equiparables. Y terminó reconociendo que la derrota del ERP “alejaba, hasta hacerlas imposibles, otras perspectivas que no fueran la de preparar la resistencia al golpe militar”.

También admitió “un rasgo de aventurerismo” al no haber frenado el ataque ante los indicios de una posible “filtración”.

Quique tomaba notas para luego volcarlas al acta del cónclave.

Fue cuando la voz del Merbilhaá se hizo oír:

—¿Cómo pudo ser que nos estaban esperando?

De ahí en más, no se habló de otra cosa. Y con picos de exaltación.

—¿Qué carajo hace la gente de inteligencia? —se preguntaba Carrizo.

Y el Gringo exclamó:

—¡Los “filtros” nos pasan por debajo de las piernas!

Para Santucho había llegado el momento —aunque tardíamente— de tomar al toro por las astas. Entonces, puso el problema en manos del Buró Político. Y Mariano quedó como responsable de la investigación.

Ya era el mediodía de aquel viernes.

Horas después, dos militantes de Logística lo llevarían “tabicado” al Oso a una casa de La Plata,

próxima a la Terminal de Ómnibus.

El soplón había llegado allí en un micro de la empresa El Rápido Argentino. Al costado de las boleterías lo esperaban el “Rafa” y “Pedro”. En ambos pudo notar una actitud fría, como cargada de recelo. Y entrecerró los ojos al ir con ellos hacia la Calle 41.

Se reintegraba así al ERP, sin otra meta ni misión que prolongar la impostura de su militancia, tal como Españadero le había indicado el miércoles.

Dicho sea de paso, desde entonces este no volvió a hablarle; tampoco atendía sus llamadas. Eso le daba mala espina.

Y aquella caminata casi a ciegas —porque él espiaba el trayecto por el rabillo del ojo— lo perturbaba aún más. Otra vez temía haber sido descubierto. Y que esa cita fuera una trampa.

El Rafa lo tenía tomado de un brazo para guiar sus pasos. Pedro marchaba a su derecha. Ninguno abría la boca.

El Oso ignoraba que, poco antes, habían estado con el “Rolo”, un integrante de la Compañía “Juan de Olivera”.

Adrián Saidón —tal era su nombre legal— estaba abrumado: su mujer, “Noni”, había sido asesinada tras su captura cerca del cuartel. Aída Leonora Brushtein tenía veinticuatro años y un bebé de dos meses.

—¡La acción estaba cantada! —repetía Rolo una y otra vez,

Y comunicó una directiva impartida a último momento por la dirección del PRT: cada célula debía elevar un informe sobre posibles delaciones, sabotajes y otros misterios ocurridos recientemente en su estructura.

El Oso y sus lazarillos doblaron por la Calle 5. De eso, él se dio cuenta al ver de reojo la tienda Trofeos Faletti en la mitad de la cuadra. Entonces, también supo cuál sería el final del recorrido.

De hecho, diez días atrás había pasado frente a ese mismo local —junto con el capitán Emilio y el sargento Gabriel— a bordo del Rastrojero cargado de armas. La travesía concluyó a la vuelta de la esquina, en una casa de la Calle 40.

Aquella vez, por ser el chofer del vehículo, él no estaba “tabicado”. Y fueron recibidos por Pedro. Adentro estaba el Rafa y su pareja, la “Cuñata”.

La ferretería fue ingresada con celeridad. Y escondida en un “embute” bajo las maderas del piso. Emilio y Gabriel se quedaron a pasar la noche. Y el Oso partió hacia su hogar. Sus dos pasajeros ya tenían las horas contadas.

Ahora, el azar de las cosas lo arrastraba otra vez a ese lugar. Es probable que semejante coincidencia le provocara un escalofrío.

En ese instante, el Rafa lo sorprendió con un codazo. Y sus palabras fueron:

—¡Agachá la cabeza y no te hagás el vivo!

El Oso crispó los párpados. Así fue ingresado a la casa. Presentía lo peor.

Al abrir los ojos, la Cuñata lo saludó desde la cocina con un leve cabeceo. También estaba “Ángela”

—la mujer de Pedro— y Rolo. Todos, apesadumbrados por el desastre. Pero no había un clima punitivo en su contra. Recién entonces, exhaló un suspiro de alivio.

La reunión fue breve. Su temario sólo abarcaba la implementación de nuevas pautas internas de seguridad y un análisis de la flamante coyuntura. Eso derivó en un dramático cambio de impresiones sobre el colapso bélico del martes.

El Oso intervenía activamente del debate. El estar a salvo le había inyectado un ánimo tan exultante como llamativo. Y, de repente, asombró a los presentes con una frase:

—¡Uy, qué cagada! ¡Todas las compañeras muertas!

Las miradas lo fulminaron. Y él prosiguió:

—¡Sí! Porque al final mataron a todas las lindas. Por lo menos hubieran hecho cagar a todos los bagayos que se han salvado.

Rolo estuvo a punto de saltarle a la yugular. Pedro lo frenó. Y el Rafa increpó al delator:

—¿Qué te pasa, tío? ¿Cómo vas a decir eso?

La respuesta fue:

—Bueno… es una broma. ¡Qué lástima las chicas lindas que murieron!

La reunión terminó en ese momento, envuelta por la tensión. Y el Oso fue rápidamente depositado en la Terminal de Ómnibus.

Ya caía la noche, y también una filosa llovizna.

En la mañana siguiente, Benito Urteaga despertó a sólo diez cuadras del lugar visitado por el hombre al que debía identificar.

Después del mediodía, oyó desde el comedor una frenada. Y por la ventana vio emerger de un Fiat 1500 a Juan Mangini.

Al entrar en la casa, la mirada de Pepe se detuvo en los papeles sobre la mesa. Y también, en una caja de zapatos llena de diminutas cartulinas. Era un archivo con fichas individuales de militantes; la mayoría, de la Regional Sur.

Lo cierto es que Mariano —ya abocado de lleno a esclarecer la “entrega” de la operación— centraba en aquella zona sus sospechas.

Pola lo asistía en la pesquisa. Pepe se les sumó. Y se puso a revisar el fichero.

Por su parte, Mariano inventariaba los golpes represivos más recientes: citas envenenadas, emboscadas con compañeros abatidos y allanamientos en casas operativas, depósitos e imprentas. Su lista incluía la sangrienta localización de la finca donde era retenido el ejecutivo Domenech, la pérdida del taller de la Sección Automotores, el secuestro del responsable local de Logística —Ceferino Fernández—, las veinticuatro capturas del 7 y 8 de diciembre —entre estas, las de Pedro, el Turco Martín y los hijos de Santucho—, la celada al capitán Emilio y, obviamente, lo de Monte Chingolo.

Luego, volcó esa enumeración —de modo horizontal— en una hoja. Y con letra muy pequeña fue escribiendo —de modo vertical— los nombres de guerra que Pepe le dictaba.

Había llegado la parte crucial del asunto: cruzar personas y circunstancias. La suma de vínculos entre ambas arrojaría la identidad del “filtro”.

El rastreo se hizo agotador. Había militantes que aparecían en varios hechos; otros, en muy pocos. Y algunos, en demasiados. Pero sobre nadie surgía una penumbra categórica.

Hasta que, de pronto —ya al atardecer—, Mariano exclamó:

—¡Lo tenemos, carajo! ¡Miren esto!

Había detectado a uno que aparecía en todos los casos.

Pola y Pepe se arrimaron a la hoja. Y sólo les bastó un vistazo para apreciar el hallazgo. Era sorprendente: en cada caída, en cada allanamiento, en cada uno de los objetivos guerrilleros afectados por el Batallón 601 estaba, de un modo u otro, la huella de aquel tipo; ya sea porque había tenido una cita, ya sea porque estuvo de chofer o, simplemente, porque llegó tarde.

En Mariano y Pola se advertía —por primera vez en setenta y dos horas— un ramalazo de optimismo. Pepe, en cambio, no salía del estupor.

Sus ojos estaban clavados en el apodo del “filtro”, escrito al pie de la lista. Y acababa de caer en la cuenta de que coincidía con el del paper suscripto por la inteligencia montonera —y que llegó a sus manos hacía ya tres meses— sobre un presunto agente del Ejército enquistado en el ERP.

El Oso había quedado a la intemperie.

Así se lo hizo saber Mariano al Roby en la mañana del domingo, tras llegar a su refugio con Pola y Pepe. Allí estaba el resto del Buró Político.

Por toda reacción, el Roby enmudeció, sin dejar de escrutar la ficha del sujeto en cuestión. Y tras unos segundos, quiso saber:

—¿Estamos seguros de que este es el traidor?

—Absolutamente, compañero —fue la respuesta de Mariano.

Junto a él, Pepe asentía en silencio.

El Roby, entonces, se concentró otra vez en la ficha. Los datos sobre el Oso eran escasos; apenas se referían a los últimos diecisiete meses de su existencia, sin llegar a su etapa previa en las FAP. Pero al líder del ERP le alcanzaban para comprender algo que contradecía su lógica: el sospechoso no era un cuadro del enemigo sino un personaje menor, muy limitado e inequívocamente lumpen. Eso lo hacía dudar. Y tras otro instante de reflexión, dijo:

—Hay que tener la certeza de su traición. Pruebas definitivas.

—Bueno, lo mejor sería hablar con él —fue la opinión de Pepe.

El Roby estuvo de acuerdo. Y bajo el calor infernal de aquel 28 de diciembre, dio la orden de detener a Rafael de Jesús Ranier para interrogarlo.

Era el Día de los Santos Inocentes.

III

Sobre la mesa de una casa situada en Ezpeleta había un ejemplar atrasado de la revista *El Gráfico*. El tal Coco le echó un vistazo a una fotografía del plantel de River, el nuevo campeón del Torneo Nacional. Y desvió la vista.

Se trataba del otro chofer de Logística que estuvo acuartelado con el Oso en Florencio Varela. Ahora —citados para una presunta tarea— compartían la tarde del 6 de enero de 1976. Pero la actitud de Coco era esquiva. Aun así, dijo:

—¿Cómo pudo haber pasado?

Se refería a la captura del jefe montonero Roberto Quieto. Todos sabían de su caída cuando tomaba sol con la familia en una playita de Olivos.

El Oso, sin desatender el ventilador que intentaba reparar, contestó:

—Se habrá confiado demasiado...

Y justo sonó el timbre con la contraseña de los compañeros que esperaban.

Pero, por cierto, eran otros compañeros. Pertenecían a la Escuadra Especial del Buró Político. Uno les apuntó con su pistola, y dijo la frase de rigor:

—A partir de este momento, están a disposición de la justicia revolucionaria.

El estupor del Oso fue apenas perceptible.

Con los ojos vendados, fueron conducidos en la caja de una camioneta hacia una base operativa no lejana.

La seguridad del sitio se encontraba a cargo de otros cinco integrantes de esa unidad. Los prisioneros fueron alojados en habitaciones separadas.

La del Oso sólo tenía un catre de campaña. Y su mano derecha fue engrillada a un gancho clavado en la pared. Así corrieron algunas horas.

En ese lapso, es posible que él se haya hundido en un mar de conjeturas. No sabía la acusación en su contra. Ni si en realidad el sospechoso era Coco. Pero fue consciente de que se jugaba el pellejo. Y que la más mínima vacilación —una palabra o un silencio fuera de lugar, y hasta un simple parpadeo— bastaría para propiciar su final. También era consciente de una ventaja: no sería torturado; él estaba al tanto de que el ERP —por razones doctrinarias— evitaba ese recurso.

Tal vez pensara en eso cuando la puerta se abrió de golpe. Y arrojado por un empujón, Coco cayó de bruces. Su rostro mostraba una mancha violácea en un pómulo, otra más tenue al costado de la boca y, entre gemidos, escupía gotas de sangre. La puerta volvió a cerrarse. Y el Oso quedó petrificado.

Juan Mangini observaba la escena por una mirilla. O, mejor dicho, la puesta en escena. Porque lo de Coco —cuyos moretones fueron simulados con un lápiz de sombra y la sangre, con jugo de tomate— fue una actuación guionada por él para aflojar la lengua del traidor.

Su siguiente paso fue quedarse a solas con el Oso. Y le soltó de corrido:

—Sos el único del grupito de las FAP que está con vida. Casualidad, ¿no?

Su tono, deliberadamente, carecía de matices.

El Oso miraba el piso, como avergonzado. Pero sin largar nada. Y la voz del capitán Pepe se hizo más enérgica:

—¡En Logística mandaste tragado a tres jefes!

El Oso persistía en su mudez. Y Pepe lo ametrallaba con otras inquisiciones.

Así transcurrió una interminable hora.

Hasta que, de pronto, el Oso —ya con los nervios al límite— inclinó el cuerpo para juntar la mano engrillada con la libre en posición de súplica, y decir:

—¡Por favor! ¡Soy un compañero! Me estoy comiendo un garrón.

Pepe lo fulminó con la mirada. Y se perdió tras la puerta.

En la noche de ese martes, Coco se fue a su casa. Y el jefe de Inteligencia del ERP, a reunirse con Santucho para informar que el Oso aún no había hablado.

Este quedó nuevamente solo con sus fantasmas.

Más tarde, quizá ya de madrugada —él había perdido la noción del tiempo—, pasó algo fuera del libreto: la irrupción del sargento "Miguel" —el responsable de la guardia nocturna— para asustarlo con un diminuto micrófono de grabador que parecía una picana. El tipo lo hostigó en forma verbal por un rato, y se fue. Esa vez, el Oso tampoco habló.

En la mañana, el tipo se dio dique ante Pepe por su acción. Este enfureció; su reproche retumbaría entre las paredes:

—¡Vos estás para cuidar la casa! ¡Y no sos quién para amenazarlo!

El interrogatorio del miércoles fue también extenuante. Y prometía el mismo resultado que el anterior.

A la noche, Pepe —ya fuera de sí— le puso al Oso una pistola en la sien, y dijo:

—Mirá, yo no comparto todos los criterios del Buró Político. Y te voy a volar con un tiro la cabeza.

La respuesta fue un sollozo.

Pepe, resignado, enfundó la pistola. Y abordó otro tema:

—Vos entregaste armas que no andaban. Las granadas estaban "tocadas".

De repente, el Oso alzó los ojos hacia él.

Algo —apenas una percepción imprecisa— le indicaba a Pepe que había tocado una fibra sensible. Y continuó:

—¡Todos los "fierros" estaban reventados! ¡Vos los entregaste! ¿Entendés?

El Oso lo seguía mirando; ahora, lívido y con la mandíbula caída.

Acababa de entender: ese armamento fue manipulado a sabiendas de que eso sería su boleto hacia la desgracia. En otras palabras, el Batallón 601 lo había sacrificado como a un peón de ajedrez.

En tanto, Pepe gritaba:

—¡Hijo de puta! ¡Decime qué milico es tu contacto!

Y para su asombro, el Oso, entonces, farfulló:

—Bueno, sólo fueron unas charlas. Nada más que eso.

Era el prólogo de una confesión. El Oso se había quebrado.

Ante semejante logro, Pepe decidió no correr riesgos y llevar al prisionero a un lugar más seguro, ya que temía un intento del enemigo para rescatarlo.

La mudanza se hizo el jueves a la noche. Y concluyó en una casa del barrio de Mataderos cedida por un militante sindical. Sus dimensiones eran exiguas: sólo tenía un living y un dormitorio, además del baño, la cocina y un patio.

Cuando el Oso fue ingresado allí, los ocho hombres armados que custodiaban el lugar lo contemplaron con una fría curiosidad, al igual que tres integrantes del equipo de inteligencia que colaborarían con Pepe en el interrogatorio; entre estos, se encontraba Pola.

Sin darle tiempo a nada, el Oso fue sentado en la cocina. Pepe quedó otra vez a solas con él, y retomó el tema pendiente:

—¿Así que te juntabas con los milicos sólo para charlar?

El Oso, tímidamente, asintió. Y Pepe puso cara de decepción.

—¿Para charlar? No jodas. Vos entregaste a medio mundo.

La frase no había sonado agresiva. La siguiente, tampoco:

—Vos sabés que los infiltrados acá terminan mal. Pero en una de esas…

El remate quedó picando en el aire.

Ese atisbo inconcluso de promesa fue para el Oso como una luz. Y rompió en llanto. Pero esta vez, con lágrimas de alivio. Después, entre hipos y suspiros, inició un balbuceo incomprensible. Al rato, ya hablaba a borbotones. Parecía dispuesto a “cantar” hasta *La Marsellesa* al revés.

En primer lugar —y como muestra de buena voluntad—, ofrendó a su mentor, el “mayor Peirano”, no sin explicar su estilo de trabajo con él.

Pepe no lo interrumpía con preguntas.

Y empezaba a comprender lo que tanto había desconcertado a Santucho: la eficacia del Oso —un individuo primitivo y ramplón— se basaba únicamente en su capacidad de ver, oír y contar. El tipo era una especie de cobayo amaestrado en adquirir datos sueltos —y aparentemente inconexos—, pero de gran utilidad como para que los militares pudieran armar el organigrama guerrillero. Ahora, Pepe tenía ante sí al hombre que atesoraba casi todo lo que el Ejército sabía del ERP.

A la medianoche, el interrogatorio pasó a un cuarto intermedio. Y el Oso fue llevado a la única habitación de la casa. Allí, con la mano izquierda esposada a la cama, durmió como un bebé en compañía de una guardia permanente.

A la mañana empezó el trabajo de Pola sobre él, turnándose con Pepe en la obtención de sus confesiones.

Ella estaba preparada para presionarlo o hacer que trastabille cuando en sus dichos hubiera contradicciones. Pero no fue necesario: el Oso contaba todo.

De entrada nomás, ofrendó esta vez a su concubina, Eva López, y a los hijos de esta, Eduardo y Ángel Kuniz, al señalarlos como enlaces y mensajeros entre sus mandantes de uniforme y él.

En la maratónica sesión de ese viernes, el Oso, además, empezó a explayarse sobre su propia trayectoria de soplón, sin escatimar detalles.

De modo que, en medio de lloriqueos, admitió su pesar por la "traición" —tal es la palabra que usó— a su amigo, el Gallego Fernández. Tosió una risita aguda por el asado que le hizo comer al Turco Martín en compañía de Españadero. Y regresó al llanto al referirse a su doble condición de propiciador y testigo de los secuestros del capitán Emilio y Gabriel.

El Oso volvió a su improvisada celda ya de madrugada.

Y el relato de sus hazañas se prolongaría durante otros tres días.

Pepe, cada tanto, se sentaba con él para reconstruir algún hecho preciso. Pero sólo con Pola se abría como un libro negro que goteaba sangre.

Ante su presencia, sus confesiones corrían sin freno, como descargas de todo lo que él tenía adentro. Incluso, le había puesto un apodo: "Princesita". Y hasta pedía por ella en las horas muertas del encierro, con el propósito de transmitirle algún detalle atascado en el tintero. Para Pola, la experiencia fue devastadora. Más de una vez tuvo que esforzarse por no perder la compostura.

En aquellas setenta y dos horas, el Oso supo atribuirse más de cien militantes desaparecidos o asesinados, sumados los de Monte Chingolo.

El lunes a la noche ya no tenía demasiado que contar. Estaba sentado en un rincón de la cocina con la cara bañada en sudor y lágrimas. Entonces, farfulló:

—Princesita, he hecho mucho daño; sé lo que me merezco.

Y se tomó la cabeza entre las manos.

Al minuto, irrumpió Pepe. Y en voz muy baja, le dijo a Pola que su presencia allí ya no era necesaria. Ella apagó el grabador. Al salir, vio al Oso sollozar en silencio.

Pepe extendió hacia él dos hojas y una lapicera. Debía escribir un resumen de su confesión. Y con palotes temblorosos, puso en el encabezado:

"Yo, Rafael de Jesús Ranier, declaro ante la Justicia Popular representada por el PRT y el ERP, ser un miembro del SIE infiltrado en el ERP con el objeto de destruir su organización."

Luego consignó el número de sus víctimas y sus delaciones más destacadas. Por último, hizo constar que esa declaración fue fruto de su "propia voluntad" y que no había recibido "malos tratos o torturas".

También le sacaron una borrosa fotografía, en la que su mirada bizca rehúye la cámara. Atrás de él, hay un enorme cartel con una estrella de cinco puntas y una leyenda: "¡Gloria a los héroes de Monte Chingolo!".

Ambas cosas serían publicadas en *El Combatiente* del 21 de enero.

El PRT, a su vez, haría una edición limitada —apenas, cinco ejemplares— de las actas del interrogatorio. Su título: “El expediente del Oso”. Uno terminó en el Batallón 601, otro quedó archivado en Cuba y los restantes se extraviaron.

Pero en la madrugada de aquel martes 13 aún se estaba lejos de eso.

A primera hora de la mañana, el Oso despertó sacudido por voces que venían del living. Los dos guardias evitaron mirarlo; tampoco le dirigían la palabra.

Del otro lado de la puerta sesionaba el Tribunal Revolucionario, compuesto por seis militantes del PRT. Al rato, las voces cesaron.

Es posible que el Oso no haya oído desde el dormitorio su sentencia. Aun así, estaba abrumado. Ese día no lo sacaron de allí.

Al caer el sol, entró Pepe. Les dijo a los guardias que se fueran. Y sin rodeos, le preguntó a él como prefería morir. Las opciones: un disparo o la inyección letal. El Oso eligió la segunda. Su llanto ahora era atroz.

Dos horas después, Juan Mangini llegó a un edificio de Palermo. En el único departamento de la planta baja lo esperaba una colaboradora suya. Allí también se encontraba Luisa, la mujer del doctor Héctor Fernández Baños.

A ellas les asustó su aspecto: el capitán Pepe estaba agitado; por momentos, temblaba. Y pidió un vaso de vino. Tenía una necesidad visceral de hablar. La ejecución del Oso lo había afectado.

Su relato fue estremecedor. Dijo que el tipo lloraba a mares. Que después del jeringazo —aplicado por el “teniente Manolo”, un médico de la Compañía de Monte—, su llanto se detuvo. Qué quedó inmóvil, con expresión de pánico, pero con un dejo expectante, como para que las primeras estocadas del veneno no lo tomaran por sorpresa. Y que tuvo convulsiones. Y que fue necesario sujetarlo. Y que luego cayó en un letargo.

—¡Pero no se moría! —exclamó Pepe, con ojos desorbitados.

En resumen, hubo una segunda inyección. Recién entonces, definitivamente, el Oso exhaló su último suspiro.

Esa noche, el jefe de Inteligencia del ERP no pudo conciliar el sueño.

Al día siguiente, el cadáver de Rafael de Jesús Ranier fue encontrado en un baldío del barrio de Flores por unos pibes que jugaban a la pelota.

Sobre el pecho tenía un cartel con su nombre y una frase: “Soy un traidor a la revolución y entregador de mis compañeros”.

Para el imaginario castrense de la época, ese hombre fue un héroe oculto de la “guerra sucia”. Y en los pasillos del Ejército aún se lo evoca por su máximo “servicio”: Monte Chingolo. El ERP jamás pudo sobreponerse a esa derrota. Su debacle, entonces, fue inevitable. No obstante, en eso hubo razones mucho más profundas y complejas.

Lo cierto es que aquel martes, cuando el cadáver del soplón aún estaba tibio, concluía un ciclo de

consolidación militar iniciado el 6 de octubre con la firma en la Casa Rosada de los Decretos de Aniquilamiento. Tal vez en ese instante haya comenzado en realidad la dictadura. Y que lo del 24 de marzo fuera sólo una mudanza.

Pero eso ya es otra historia.

EPÍLOGO

“La idea era preservarlo al Oso. Pero eso no se dio”, repetiría el mayor Carlos Españadero una y otra vez a lo largo de los años.

Sin embargo, en su momento no había tenido mucho tiempo para lamentar la ejecución de su “filtro” favorito, dado que ya preparaba al reemplazante: un tal “Facundo”. Bien vale reparar en su historia. Y en un episodio que marcó para siempre su destino.

El 14 de febrero de 1975 —a cinco días de empezar en Tucumán el Operativo Independencia— una unidad de la Compañía de Monte recorría la orilla del río Viejo Pueblo. El miliciano “Daniel” encabezaba la columna. Y a la altura del paraje Yacuchina, se topó con una patrulla militar. La escaramuza fue breve, aunque virulenta. Daniel hirió de muerte a un teniente enemigo, antes de que una granada lo pulverizara. Tenía veinticuatro años y su nombre real era Víctor Pablo Lasser. Una escuadra insurgente fue bautizada con su nombre.

El homenaje no alivió la conmoción de Miguel Ángel Lasser por la muerte de su hermano mayor. Esa granada —tal como luego Españadero supo interpretar— también hizo añicos sus ideales. Hasta entonces, el muchacho hacía tareas de apoyo al foco rural del ERP desde San Miguel de Tucumán. Y decidió volver a la ciudad bonaerense de Darregueira, a treinta kilómetros de La Pampa.

Allí había nacido a fines de 1954, en el seno de una familia de clase media. Y allí lo fue a buscar una patota del Ejército días después de su regreso.

Sus integrantes creían que poseía datos del ERP. Y les sorprendió gratamente que él, con sumo beneplácito, ofreciera brindarlos. Estaba convencido de que la guerrilla había empujado a Víctor Pablo hacia una muerte segura. De modo que fue con ellos a Buenos Aires en libertad. Allí cayó en manos de Españadero.

Una larga conversación le bastó a este para convertir a Lasser en un agente “inorgánico” del Batallón 601.

Sus primeros aportes: delatar a conocidos e ir a operativos como marcador. A la vez, recibía lecciones básicas de Inteligencia. Luego —a modo de ejercicio— fue infiltrado como conscripto en el Comando de Arsenales, en Palermo, para espiar a los soldados. Esa tarea duró hasta el verano de 1976. Recién entonces pasó a ser un miembro de número en la troupe del “mayor Peirano”.

En aquellos días moría Rafael de Jesús Ranier.

Su viuda, Eva López, contó a Españadero que el Oso estuvo casi una semana en poder de sus captores.

En ese instante, comprendió que ahora el ERP tenía, al menos, su nombre de cobertura. Pero no le dio importancia: él en realidad estaba muy concentrado en guiar los pasos del nuevo discípulo en las filas del Grupo de Infiltración.

"El chico tiene condiciones", le decía a su jefe, el coronel Alberto Valín.

Lo cierto es que el "chico", además, tenía una psicología algo inquietante. En un cuestionario motivacional que debió completar para su ingreso como PCI (Personal Civil de Inteligencia), una de las preguntas era: "¿Tiene amigos?". Y su respuesta fue: "Ninguno".

Aun así, Españadero llegó a tener con él un notable vínculo afectivo, al punto de invitarlo a su hogar y presentarle a los hijos.

En paralelo, supervisaba con celo su reconversión en "Facundo", tal como le decían en el ERP. Aquello consistió en la búsqueda de viejos contactos para enquistarse en alguna célula de la Regional Capital.

En eso estaba cuando las Fuerzas Armadas tomaron por asalto el poder.

Inmediatamente después, ocurrió el bautismo de fuego del Ejército en aquella nueva etapa: el 29 de marzo, un grupo operativo —probablemente, al mando del capitán Juan Carlos Leonetti— atacó una quinta en Moreno, donde se celebraba un aparatoso plenario del Comité Central del PRT.

Allí había cuarenta y nueve personas. Además de su dirección y la cúpula del ERP, estaban los miembros del cuerpo organizador, invitados especiales de la JCR, personal de Logística y la escuadra de defensa.

Treinta y siete guerrilleros pudieron escapar de la encerrona. Entre ellos, el propio Santucho y el jefe del MIR chileno, Edgardo Enríquez, precedidos por un guardia armado con un FAL. También se retiraron a los tiros los más altos dirigentes. Menos uno: el capitán Pepe.

Juan Mangini, el último en replegarse, fue interceptado en una calle lateral por una patrulla de apoyo. Sus integrantes se lo llevaron con vida. No se sabe cuándo ni dónde fue asesinado.

Idéntica suerte corrieron otras siete personas, incluida su mujer, Leonor Inés Herrera. Y cuatro cayeron en combate.

A Mario Roberto Santucho le llegaría su hora el 19 de julio.

Ese lunes, cuatro sujetos armados irrumpieron en el departamento de Villa Martelli, desde donde estaba por viajar a La Habana.

El Roby pudo desarmar a uno y le disparó con su propia pistola, antes de ser acribillado por los otros.

Así cayó el hombre que jugaba al ajedrez con la Historia.

Su agonizante rival —como en alguna novela de Joseph Conrad— no era otro que el capitán Leonetti, su tenaz perseguidor.

Allí también estaban Benito Urteaga y el pequeño José, Domingo Menna y su mujer, Ana María Lanzillotto, además de Liliana Delfino.

Mariano, alcanzado por las balas, quedó muerto en el living. El Gringo y las dos mujeres fueron

llevados a Campo de Mayo, donde serían asesinados.

José fue entregado a su familia paterna. Y partió con Pola a un largo exilio en Nicaragua.

Aún hoy es un misterio el modo en que fue localizada aquella vivienda. A la mañana había sido capturado el secretario del Buró Político, Fernando Gertel, y se conjetura que una factura de farmacia hallada en su billetera habría sido la punta del ovillo.

A partir de entonces, lo que quedó del ERP se extinguiría irremediablemente.

En tanto, Lasser ya se movía en el "oficio" con soltura. Y gozaba de la estima de sus superiores, dado que sus logros informativos derivaban invariablemente en allanamientos y secuestros.

A fines de octubre, el azar hizo que se topara en un vagón del subterráneo con un antiguo jefe de la Compañía de Monte, el "capitán Armando". Era una pieza de caza mayor. Facundo le fingió amistad, y se dieron una cita para el día siguiente en la pizzería Imperio, de Corrientes y Federico Lacroze.

Armando tuvo el tino de comentar el asunto a unos compañeros en una casa de seguridad, antes de ir al encuentro con él.

Tras su partida, llegó un integrante de Contrainteligencia, y al enterarse con quién se vería Armando, exclamó:

—¡Es una trampa! ¡Facundo es un "filtro"!

Y salió con premura hacia la cita para tratar de atajarlo.

Demasiado tarde: al llegar, a Armando lo sacaban esposado por una puerta, y Lasser salía tranquilamente por otra.

Julio Abad —tal era su nombre legal— fue llevado a Tucumán. Allí fue visto en el centro clandestino Nueva Baviera. Se dice que murió tras brutales tormentos.

Envalentonado por la hazaña, Lasser hizo una cita con otro militante en una parada de colectivos. Esta vez, la trampa fue para él: a culatazos y patadas fue subido a un Falcon verde, escoltado por otro del mismo color.

—¡Guerrillero hijo de puta! —fue la frase de bienvenida.

Y él no dudó en exclamar:

—¡Paren! ¡Soy tropa propia! ¡Llamen a Peirano!

Fue su confesión. Los presuntos represores eran en realidad del ERP.

Tras un juicio revolucionario, Miguel Ángel Lasser fue ejecutado. Su cadáver apareció al día siguiente en un basural de Avellaneda.

El mayor Españadero pasó a retiro en 1977, aunque siguió vinculado al área de Inteligencia del Ejército.

Desde entonces, tuvo una extraña tarea: recibir a familiares de desaparecidos con nacionalidad alemana que pedían ayuda en su embajada. Él aprovechaba para interrogarlos, además de obtener unos pesos por informaciones falsas.

De hecho, sobre él pesa una macabra acusación: haberle cobrado veinticinco mil dólares al teólogo

alemán Ernst Käsemann a cambio del cuerpo de su hija, asesinada por los militares en ese año.

El siglo XXI no lo encontró a Españadero bien parado. A los setenta y cuatro años vivía “de prestado” en un galpón de la calle Castañares, a pocas cuadras del Cementerio de Flores. Y trabajaba de taxista.

A fines de 2005, ya bajo el impulso de los juicios de lesa humanidad, puso los pies en polvorosa. Y no se supo de él hasta la década siguiente.

El 6 de septiembre de 2012 terminó tras las rejas por orden de la Justicia de Comodoro Rivadavia, debido a su rol en la desaparición del soldado José Luis Rodríguez Diéguez. Sus camaradas de causa: el ex jefe del Regimiento 25 de Sarmiento, Teófilo Saá y —mientras estaba con vida— Jorge Rafael Videla.

El 14 de febrero de 2014, Españadero fue condenado a prisión perpetua. Y se lo alojó en la Penitenciaría Federal de Mujeres, en Ezeiza.

En la actualidad —aquejado de asma bronquial, tabaquismo, hiperplasia de próstata, divertículos en el colon, artrosis de columna e hipertrofia ventricular izquierda—, disfruta del beneficio de la prisión domiciliaria.

Que su Dios se apiade de él.

AGRADECIMIENTOS

Sobre la base de una investigación que empezó en la primera década del siglo XXI y algunos borradores inconclusos, este libro fue escrito entre octubre de 2015 y marzo del año siguiente; o sea, durante la transición —por momentos, dramática— de una Argentina a otra. Pero —milagrosamente— sus vicisitudes no empañaron mi viaje a través del aún más ominoso final de 1975.

Por eso, las gracias están dadas desde las profundidades de ambos tiempos.

A mi mujer, Laura Lifschitz, por el amor incondicional. A mis hijas, Zoe y Milena Ragendorfer, por la paciencia. Al pequeño Julián Domínguez, por la complicidad. Y también a Laika, Lina y Remo, por la compañía.

A Daniel Guebel, por su papel en la fase inicial de esta obra. Y a Federico Briem Stamm, por su destreza investigativa.

A Ana Laura Pérez, por su titánico esfuerzo para que este texto viera la luz.

A Ramón Torres Molina, por sus observaciones y consejos.

A Carlos Lafforgue, por su conocimiento y la amistad.

Y a todos mis compañeros del Archivo Nacional de la Memoria.

A Alberto Elizalde, mi consultor de cabecera.

A Luis Mattini, por abrirse a sus recuerdos.

Al diplomático, escritor e investigador cubano José Luis Méndez Méndez, por nuestros pasos tras la pista del Plan Cóndor.

A Rolo Diez, Eduardo Anguita, Walter Goobar, Carlos Martínez, Roberto Cirilo Perdía, Julio Santucho, Raúl Argemí, Alberto Bocles y el “Yuyo”, por sus aportes.

Y a todos los veteranos de la lucha armada que dieron su testimonio.

A Horacio Méndez Carreras, por facilitar una de las tramas más alucinantes de esta historia.

A Rodolfo Yanzón y Félix Crous, por su insistencia en que yo llegara a la última página.

A Javier Diment, por haber transitado conmigo algunos caminos paralelos al tema en cuestión.

A Maco Somigliana, por ciertas curiosidades en común.

A Gabriela Sosti, por sus obsequios documentales.

A Pablo Llonto, por sus papeles.

Al fallecido general Ricardo Brinzoni, por su generosidad al franquearme el acceso a sus peores amistades.

A Gustavo Cirelli y María Sucarrat, por el apoyo.

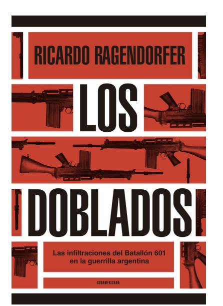
Y a todos mis compañeros del diario *Tiempo Argentino*.

Al Negro Abel, por la logística.

A Enrique Tenenbaum, quien algo sabe de este libro.

Al inolvidable Martín Malharro, por las charlas sobre represores y “filtros” en nuestra mesa de El Británico.

Y a los maestros Isidoro Gilbert y Rogelio García Lupo.

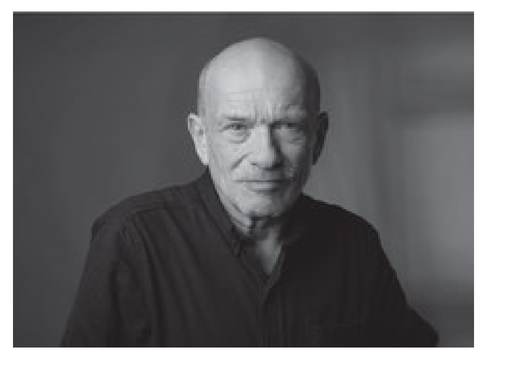


He aquí una historia jamás contada; una historia polémica y “maldita” del pasado reciente: *Los doblados* es un relato verídico que explora la figura de la traición, tal vez el único tema sin saldar aún por la riquísima bibliografía sobre los setenta. Como en los mejores thrillers, narrado desde diversos planos, el libro se mete en las aulas del Colegio Militar, el búnker céntrico del Batallón 601, el Edificio Libertador, la Casa Rosada y las casas de seguridad donde se escondían las cúpulas guerrilleras, para narrar la progresión que llevó a los militares al poder el 24 de marzo de 1976.

En este relato atrapante nacido de aquellas redes de espionaje destaca Rafael de Jesús Ranier, alias el “Oso”, un soplón enquistado en el PRT-ERP, a quien se le atribuyen la entrega de medio centenar de militantes, las cincuenta y tres bajas del delatado ataque al cuartel de Monte Chingolo, y la localización de domicilios, talleres de armamento, imprentas y depósitos de propaganda donde cayeron acribilladas otras trece personas.

Ricardo Ragendorfer dedicó una década a esta investigación que incluye archivos de origen militar jamás develados: actas, directivas, evaluaciones, legajos de servicio y partes operativos; y gran cantidad de testimonios, tanto de antiguos militantes y jefes sobrevivientes de esas organizaciones como de represores.

De la trama vertiginosa de ese período surge para el autor una certeza: aunque el Ejército sabía –por un infiltrado– que Montoneros preparaba un gran ataque, dejó que se produjera. Por eso la legalización del terrorismo de Estado no fue fruto del copamiento al Regimiento 29 de Infantería de Formosa en octubre de 1975 –como sostienen algunos–, sino el resultado de una intriga palaciega urdida en el mayor de los sigilos, que les dio a las FF.AA. el control operacional del país.



RICARDO RAGENDORFER

Nació en La Paz, Bolivia, 1957. Inició su carrera en 1978 como redactor en la edición mexicana de Interviú. En México trabajó en el diario *Uno más Uno* y en la revista *Proceso*. En Argentina desde 1984, colaboró con *El Porteño, Página/30, Noticias, Pistas, Tres Puntos, Gente, TXT* y *Miradas al Sur*, y con *Página/12, Nuevo Sur* y *Ámbito Financiero*. También con *La Prensa* y *La Nación*, y con las revistas *Delitos y Castigos, First, Cerdos & Peces, Rolling Stone, Geografía Universal, Veintitrés, 7 Días, El Tajo, Le Monde Diplomatique, Newsweek* y *Caras y Caretas*. Actualmente es redactor en *Tiempo Argentino*.

Investiga temas relacionados con el terrorismo de Estado en la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación (Archivo Nacional de la Memoria).

Es autor de *Robo y falsificación de obras de arte en Argentina* (1992), *La Bonaerense* (1997), *La secta del gatillo* (2003), *Historias a pura sangre* (2006) y *La maldición de Salsipuedes* (2016).

Coguionista del film *El Bonaerense* (Pablo Trapero), tuvo a su cargo la investigación y las entrevistas para el documental *Parapolicial Negro* (Javier Diment) basado en una crónica propia, al igual que el largometraje *El túnel de los huesos* (Nacho Garasino).

En televisión, trabajó en *El otro lado* (ATC), *Unidos y Dominados* (América), los noticieros de ATC y de Telefe, *Mañana Vemos* (Canal 7), *Historias del crimen* (Telefe), *Mal entendido, Oficios* (Ciudad Abierta), el *Noticiero Central* (CN23) y *Atardecer de Noticias* (360TV). En radio, condujo *El juguete rabioso* (FM 750) y fue columnista de *Sólo por hoy* (Radio Belgrano).

Dictó cursos, seminarios y talleres en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Plata, en la Escuela de Comunicación de la Universidad de Antioquia (Colombia) y en Artilaria.

Foto: © Alejandra López

Ragendorfer, Ricardo
Los doblados. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2016
(Investigación periodística)
EBook.

ISBN 978-950-07-5638-9

1. Investigación periodística. I. Título
CDD 070.4

Edición en formato digital: agosto de 2016

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

ISBN 978-950-07-5638-9

Índice